J. L. Martín Nogales

La mujer que amaba a las abejas



¿Qué estaría dispuesta a hacer una madre por su hijo? ¿Qué haría una mujer por defender al amor de su vida? La mujer que amaba a las abejas mezcla la intriga de un crimen, la emoción de una historia de amor, el testimonio de la vida de las mujeres durante el franquismo y la inocencia de la mirada infantil que es testigo involuntario de todo eso. Investiga por qué murió un joven abandonado junto a un ribazo; indaga en las razones de una mujer que envuelve en pañales a su hijo, abandona la casa en la que vive y huye; cuenta cómo hizo realidad una joven valiente el amor con el que siempre soñó; y se pregunta de qué manera el azar y las decisiones personales van construyendo la vida de las personas.

José Luis Martín Nogales

La mujer que amaba a las abejas



Título original: *La mujer que amaba a las abejas*
José Luis Martín Nogales, 2023

-

Revisión: 1.0

02/07/2024

En vuestro recuerdo, Luis y Feli.
Para Virgilio y Arantza.

Todos tenemos un enigma y
como es lógico ignoramos
cuál es su clave.

MARIO BENEDETTI, *Despistes y franquezas*

La niñez no es un paso en el
camino, sino todo el camino.

HENRY ROTH, *Redención*

No man is an island,
entire of itself;
every man is a piece of the continent,
a part of the main.

[Nadie es una isla
formada por él solo;
cada hombre es una pieza del continente,
una parte del todo].

JOHN DONNE, *Meditations*

Primera parte

La guerra de las abejas

2 de agosto de 1939

QUEMABA EL AIRE, pero un hombre desafiaba el calor, en pleno mediodía del mes de agosto, corriendo por el camino que bajaba del pueblo hacia el llano. A esas horas los perros permanecían tumbados a la sombra, con la boca abierta, y los pájaros no se atrevían a salir del cobijo de las hojas en las ramas de los árboles; pero el hombre, sudoroso, cruzó las calles desiertas, llegó hasta la última casa y enfiló el camino de las huertas. Sentía el aire tórrido en la cara, pero seguía corriendo. Levantaba una nube de polvo a su paso y rompía los matojos secos al pisarlos, pero no se detuvo hasta dejar atrás las últimas casas del pueblo.

Giró la curva del paredón del corral en el que dormían las ovejas amodorradas por el calor. Y fue entonces cuando lo vio, al final del camino, sentado en el suelo, recostado en uno de los álamos que crecían a la orilla del regato. Corrió más deprisa, sin preocuparse ni por el bochorno del mediodía ni por las aristas de las piedras del camino que se le clavaban en las suelas de las alpargatas. Llegó junto a él sofocado, se inclinó, le agarró la cara con las dos manos y le gritó con vehemencia:

—¡Moreno, ¿qué te pasa?!

Y vio sus ojos negros como los tizones del hogar en la chimenea. Estaban quietos, pasmados, sin mirar a ningún sitio.

—¡Moreno, ¿qué ha pasado?! —volvió a preguntar nervioso.

Y al soltarle la cabeza, se le dobló descoyuntada sobre el pecho. Fue entonces cuando descubrió la sangre que le enredaba el pelo. Tenía una herida en el cráneo, de la que brotaba un hilo rojo que

bajaba por el cuello, le manchaba la camisa en la espalda, resbalaba por la corteza del árbol y empapaba las hierbas secas del suelo.

Le dejó recostado sobre el tronco, se incorporó y miró con pavor hacia el final del camino. Unos pasos más allá el polvo del sendero estaba teñido de rojo. Donde antes hubo un pequeño charco, los terrones resecos habían absorbido la sangre derramada hacía poco tiempo. Alrededor aún se veían algunas gotas coaguladas. Brillaban como si fueran pequeños rubíes perdidos en una pelea, que se habían quedado esparcidos por el suelo, abandonados en la huida. La maleza del borde del sendero estaba aplastada por el cuerpo que había sido arrastrado hasta allí y colocado junto al tronco del árbol. El polvo mostraba un reguero de tierra aplanada, removida por el peso de ese hombre que había sido llevado como un fardo, para dejarlo allí sentado sobre la hierba seca.

Se apartó un poco del cuerpo y estiró el cuello para otear a lo lejos. Giró nervioso la cabeza a uno y otro lado, temiendo encontrar el rostro al acecho de alguna persona escondida tras los arbustos. Volvió al sendero y miró con ansiedad hasta donde se perdían sus lindes entre la vegetación. No había nadie en aquel paraje solitario. Retrocedió buscando algo: un arma, una prueba, un indicio que delatara la causa del incidente. Separado unos pasos del cuerpo inerte, miró confuso alrededor. ¿Qué buscaba con el pavor reflejado en sus ojos? ¿Qué esperaba encontrar en ese camino aislado, en el que solo había polvo, un sol abrasador y un hombre muerto?

El médico se encargó de comunicar el suceso al juez y este avisó al puesto de la Guardia Civil más cercano. Una pareja de guardias se desplazó hasta el pueblo. Se plantaron a la puerta de la casa de Antonio, con los dos mosquetones en posición de alerta. Golpearon la aldaba y esperaron. Antonio salió a abrir y los miró con actitud desafiante.

—¿Antonio Nogales? —preguntó uno de ellos, llevándose la mano a la frente con un gesto de saludo militar.

Antonio asintió con una inclinación de la cabeza. Era un

hombre delgado, de cara estrecha, mentón afilado y mirada honda. Vestía pantalones de pana del color del barro y una camisa a cuadros rojos como las tejas, que estaba ya descolorida por el sol. Se quedó quieto junto a la puerta, cerrando el paso a los guardias. Estos pudieron ver desde allí el cuerpo del Moreno que reposaba encima de la cama, en una pequeña alcoba de la planta baja.

—¿Ha sido usted quien ha descubierto al finado?

Antonio volvió a asentir con un golpe de cabeza. Junto a la cama, había dos mujeres, sentadas en sillas de madera, que permanecían ensimismadas, sin prestar atención a las personas que estaban en la puerta.

—¿Y ellas? —se interesó el guardia civil.

—Son mi mujer y mi hija —respondió sin volverse, manteniendo la cabeza erguida, mientras seguía mirando fijamente a la pareja de guardias.

—¿Sus nombres? —le reclamó en un tono seco.

—Amparo y Delia.

La mujer mayor llevaba un vestido negro hasta los tobillos. Tenía la cabeza inclinada hacia el suelo y no se movió al oír su nombre. Delia, la más joven, levantó la cara y miró hacia el portal. En la penumbra contempló las sombras de los tres hombres enmarcadas entre las jambas de la puerta. Uno de los guardias se volvió levemente hacia ella y sus miradas se cruzaron durante un instante. Tenía los ojos llorosos, pero su mirada era firme.

Antonio se mantuvo quieto bajo el dintel de la puerta, cerrando el paso a los recién llegados, manifestando así que su presencia no era bien recibida.

—¿Qué relación tiene el finado con usted?

—Era para mí como un hijo.

—¿Ha sido el único que lo ha visto esta mañana…? —el guardia dudó durante unos instantes antes de añadir—: El único que lo ha visto en ese estado…

—Sí.

—¿Había fallecido ya cuando lo encontró?

—No lo sé. Solo me preocupé por socorrerlo. Fue al dejarlo

sobre la cama cuando me di cuenta de que ya no era posible hacer nada.

—¿Y por qué lo trajo aquí?

—Porque esta es su casa. Él vive con nosotros —dijo, como si aún no tuviera asumido que estaba muerto.

—Tenía que haber dado parte primero al médico —le recriminó el guardia—. Debía haber dejado que inspeccionáramos el lugar del crimen sin alterarlo.

Antonio no respondió. No pronunció ninguna excusa. Se mantuvo mirándolo fijamente, hasta que el guardia se sintió incómodo y volvió a preguntarle.

—¿Y cómo lo ha traído? ¿Usted solo?

—Sí. A la espalda.

Ni él mismo podía explicar entonces de dónde había sacado fuerzas cuando se puso en cuclillas, de espaldas a ese cuerpo abandonado, agarró los brazos por encima de sus hombros, se levantó con él y corrió cuesta arriba por el camino, hasta la casa, bajo un sol de fuego, llevándolo como un fardo sobre las costillas.

—Debe mostrarnos el lugar donde lo ha encontrado.

—¿Ahora? —se resistió Antonio, molesto.

—Sí, ahora. Tiene que acompañarnos hasta el lugar donde lo vio.

Antonio hizo el gesto de salir de la casa y los guardias se retiraron para que pasara. Cruzó delante de ellos con resignación, como si fuera a ser custodiado hasta el calabozo, cerró la puerta tras de sí y comenzó a andar.

—Tiene que seguir exactamente el mismo recorrido que ha hecho esta mañana —le advirtieron.

Antonio iba delante y ellos un paso detrás de él, con los mosquetones en las manos, como si fueran vigilando a un detenido.

Llegaron hasta la última casa del pueblo, en donde vivía don Rafael, en una hacienda espaciosa, que estaba formada por la vivienda, un patio amplio y corralizas. Desde la casa de Antonio hasta allí no había más de doscientos metros en línea recta. Ese era el camino que había seguido cuando encontró el cuerpo muerto

recostado en uno de los álamos del sendero. Pero esta vez, acompañado por la pareja de la Guardia Civil, no fue directamente, sino dando un rodeo entre las calles estrechas, para sugerir que lo había estado buscando en los alrededores.

—¿Vio algo desde su casa que le hiciera sospechar?

—No, no vi nada.

Las calles del pueblo estaban trazadas de forma irregular, por lo que era difícil ver desde ninguna de ellas algo que ocurriera en el camino que conducía a los huertos. Y eso lo sabían los guardias. Las paredes de las casas y los muros de los corrales tapaban el camino. Y en los ribazos había arbustos, matorrales y árboles cuyas ramas frondosas no dejaban ver lo que sucediese más allá.

—Si no vio nada sospechoso, ¿entonces por qué salió de su casa?

—Porque era la hora de comer y él no había llegado aún. Eso me alertó.

—¿Y por qué se dirigió a este lugar y no a otro?

—No lo sé. —Se encogió de hombros Antonio.

—¿Por qué salió corriendo desde su casa hasta aquí? —insistió el guardia.

Antonio no le contestó inmediatamente. Solo al cabo de un instante dijo:

—Pensé que podía haber ido al huerto a buscar algo para la comida…

—Entonces, usted no sabía dónde estaba…

—No, no lo sabía.

—¿Cuándo fue la última vez que lo había visto hoy?

—Esta mañana, después de levantarnos. Luego he abierto la tienda y he estado todo el tiempo trasteando en el almacén.

—¿Y él?

—Él no sé qué iba a hacer hoy. No me lo ha explicado; y yo tampoco le he preguntado nada.

Llegaron al camino de polvo y recorrieron unos cincuenta metros, hasta alcanzar la pared de un corral abandonado. Algunas piedras de sus muros estaban caídas en el suelo y el tejado formaba ondulaciones, como si estuviera soportando con dificultad el

desgaste de la intemperie antes de hundirse definitivamente. Alrededor crecía la maleza y entre las rocas estaban enredadas hojas de hiedra que subían arañando las paredes.

Dieron la vuelta al paredón y, cuando doblaron la esquina, vieron desde allí el tramo del camino que llevaba hasta las huertas. Solo entonces descubrieron el álamo que crecía junto al regato.

—Ahí estaba. —Señaló Antonio.

Los dos guardias se adelantaron y estuvieron observando los indicios que habían quedado marcados en el camino: las rayas en el suelo, el polvo amontonado, la tierra aplastada por el cuerpo arrastrado hasta allí. Mientras, Antonio se acercó al álamo, se apoyó en el tronco y pasó la mano con suavidad por la corteza. El tiempo la había agrietado con estrías. A su alrededor crecían zarzas y hierbas enredaderas, que lo abrazaban como si quisieran ahogar ese tronco envejecido.

Los guardias se alejaron unos pasos para observar el sendero. Era estrecho e irregular, con un trazado de curvas que seguían el cauce del regato. Estaba plagado de matojos, con árboles dispersos que crecían en los bordes, junto al agua. Uno de los guardias se detuvo para memorizar la disposición de las marcas de sangre en el suelo. Al momento se levantó pensativo. Dio unos pasos y se acercó hasta el álamo. Se plantó frente a Antonio, lo miró y volvió a preguntarle:

—¿Dónde ha estado el Moreno esta mañana?

—Y yo qué sé… —se molestó Antonio, mientras le mantenía la mirada desafiante.

—Antes o después se acabará sabiendo —le amenazó—. Y entonces será mucho peor.

Los guardias no le creyeron. Ellos tenían otras sospechas y por eso le hicieron preguntas que era mejor no contestar: ¿de dónde venía el Moreno por ese camino? ¿Cuándo lo había visto él por última vez? ¿Con quién había estado antes?

—¿Qué hacía el Moreno a esas horas en este lugar? —insistió el guardia.

El camino que llevaba hasta los huertos estaba en una leve pendiente que descendía con suavidad desde las casas del pueblo. Las construcciones y la vegetación hacían imposible que pudiera verse desde las casas lo que estaba sucediendo en la senda, cerca del regato. Así que nadie pudo ver qué le había sucedido al Moreno aquella mañana. Eso es lo que declararon algunas personas del pueblo cuando los interrogó la pareja de guardias civiles que se había desplazado hasta allí para escribir el atestado de lo sucedido.

La casa más cercana al lugar donde se encontró el cuerpo muerto era la del hacendado Rafael. Desde ella tampoco se podía ver todo el sendero, pero, si alguien fuera atacado allí, si se produjera una pelea, si hubiera voces o una persona pidiera ayuda a gritos, sí se oirían las llamadas de auxilio desde la casa.

—¿Han oído algún grito? —le preguntaron los guardias.

Y don Rafael mostró su extrañeza por ser interrogado sobre el caso, se encogió de hombros y juró que no había oído nada.

En el silencio abrasador del mediodía, cuando todo estaba en calma y ni siquiera los pájaros se atrevían a romper con sus trinos la quietud de la siesta, en el campo se oían todos los sonidos. Pero ese día, nadie había oído nada.

Si hubiera soplado el viento en dirección hacia el llano, este habría llevado las voces arrastrándolas por la tierra hasta extraviarlas en la zona que llamaban el Monte de los Almendros. Pero aquel mediodía que Antonio bajó corriendo en busca del Moreno, cuando hacía unos meses que había acabado la Guerra Civil, aquel mediodía no soplaba una brizna de aire.

Le preguntaron a don Rafael quiénes estaban a esa hora en casa.

—Es para el informe —se justificaron.

En la pared de su casa orientada hacia los huertos había una ventana en el piso superior. Los guardias comentaron que desde allí podían verse algunos tramos del camino y quizás alguien pudo observar algo desde ella. Don Rafael les respondió que estaba comiendo en casa con la familia, que no vieron nada, que no oyeron nada y que él no podía aclarar más de aquel suceso.

Al día siguiente, los guardias civiles volvieron a golpear la aldaba

de la casa de Antonio. Cuando este abrió la puerta, le saludaron militarmente.

—Pueden proceder al enterramiento —le autorizaron—. Pero sepa que esto no ha acabado aquí —le advirtieron en tono amenazador—. Al final se sabrá quién lo hizo.

Pasados unos días, Antonio volvió a recorrer solo el camino hacia los huertos. Llevaba un balde de latón en la mano y dentro de él, una azada pequeña. Llegó hasta el álamo que crecía en el lindero y apoyó las dos manos en su tronco, como si fuera a abrazarlo. Recorrió despacio, con la yema de los dedos, su corteza blanca y descascarillada. Se giró y recostó la espalda en ese viejo álamo, como unos días antes lo había hecho el Moreno cuando se vio abandonado, impotente y solo, sintiendo en el cogote el aliento de la muerte.

Junto al árbol, en el ribazo, había un montón de rocas. Esa zona del camino estaba asentada sobre una base de piedra caliza, que afloraba a trechos cuando el agua arrastraba la tierra y dejaba desprotegidos los picos de algunas piedras, cortantes como cuchillos.

Al lado del tronco, agrietado y grueso, había arraigado el brote de una semilla caída del álamo en el último otoño. Cuando se tronchara seco el viejo álamo, ese brote crecería con fuerza para perpetuar allí la vida, en medio del polvo y de las rocas.

Donde encontró el cuerpo sin vida del Moreno, Antonio cavó un hoyo y enterró en él las raíces de una planta de romero que llevaba en el cubo. Se acercó hasta el regato, lo llenó de agua y volvió para regar aquel tallo frágil y chiquitito, recién plantado. Frotó con los dedos algunas hojas y, al aspirar su olor, evocó los días que habían vivido juntos y se prometió a sí mismo que se acordaría de él cada vez que oliera esa planta que arraiga en las tierras más áridas, desafiando al viento y la sequía.

Al levantar la mirada, lo deslumbró el sol que refulgía entre las ramas de los chopos. Una leve brisa hizo vibrar las hojas que temblaban encima de su cabeza y removió la pregunta que le iba a

perseguir durante años: ¿cómo murió aquel hombre joven y bueno?

—Pagarán esto —dijo entre dientes—. Ellos o sus hijos lo pagarán.

Verano de 1936

LA HISTORIA COMENZÓ en realidad unos años antes, la mañana en la que Antonio llegó a una pequeña herrería de Aranda de Duero que realizaba trabajos por encargo. Aún no había amanecido, llamó a la puerta y esperó. Cuando el herrero descorrió el tranco de la cerradura y asomó el rostro tras la puerta, le dijo:

—Quiero un cuchillo grande, de tamaño carnicero.

El encuentro que se produjo aquella mañana entre Antonio y el herrero Ismael puso en marcha una historia de pasiones desatadas. Tuvo que pasar el tiempo para que se conociera de qué modo aquella mañana se unieron las vidas de personas en las que se iban a ir encadenando destinos inesperados. Sin sospecharlo entonces, ese fue el inicio, al cabo de unos meses, de un matrimonio fugaz. Ese encuentro provocó deseos que acabarían engendrando niños. Encendió rencores entre familias. Removió la desesperanza de una madre abandonada. Hizo realidad el amor con el que siempre soñó una mujer valiente. Y causó la muerte de un hombre, que nunca debió producirse. ¿Cuánto de azar y qué porcentaje de decisiones personales componen una vida humana? Sin darnos cuenta, un pequeño gesto puede poner en marcha un terremoto. Y eso hizo Antonio aquella mañana del verano de 1936.

Antonio era el único tendero de Valdeálamos. La planta baja de su casa la había convertido en el comercio que abastecía todos los productos que necesitaban los habitantes del pueblo. Pomposamente había rotulado encima de la puerta el letrero «Ultramarinos», aunque en realidad nada de lo que allí se vendía había viajado desde

el otro lado del mar ni había cruzado ninguna frontera. No procedía de ningún lugar más lejano que de la propia provincia. En las estanterías de madera que había fabricado él mismo ofrecía comestibles que la gente no cultivaba en las huertas y carnes de animales que no se criaban en las corralizas del pueblo. Latas de atún, sardinas en aceite, arenques, sal, especias, quesos, galletas, chocolates se mezclaban en la tienda con hilos de todos los colores, botones, agujas, herramientas imprescindibles para los arreglos urgentes, martillos, sogas, canastos, baldes de latón…

En el lado opuesto al mostrador, Antonio había colocado un par de mesas y alguna silla recia de madera de pino, de manera que aquella habitación servía también como taberna donde refugiarse en las tardes frías del invierno y donde se reunían los hombres para jugar a las cartas en los días de fiesta.

Para abastecerse, Antonio viajaba hasta la cercana localidad de Aranda de Duero. Salía temprano del pueblo, en plena noche, montado en un mulo, y cuando amanecía ya estaba buscando en tiendas y almacenes los productos que le habían encargado. Por la tarde volvía a recorrer los casi veinte kilómetros que separaban ambos lugares, para regresar a casa con las últimas luces del crepúsculo.

Aquel día llegó hasta la puerta de la herrería muy temprano, cuando en el cielo no se había encendido aún la fragua del sol. Confiaba en el herrero Ismael, un hombre discreto al que acudía siempre que necesitaba alguna herramienta de metal: tenazas, argollas, herraduras para los caballos. Antonio esperó a que se abriera la puerta.

—Quiero un cuchillo grande, de tamaño carnicero —le pidió en cuanto Ismael asomó su cara bajo el dintel.

Ismael era un hombre robusto y serio. Se quedó apoyado en la jamba de la puerta, vestido con el delantal de cuero que le protegía para que no le quemasen las chispas que salían disparadas como proyectiles cuando golpeaba en el yunque el hierro ardiente.

—Tendrás el cuchillo para el mediodía —le respondió.

Se conocían desde hacía años. Su amistad se había forjado en

unas circunstancias adversas. Ambos habían estado destinados en Melilla, donde hicieron juntos el servicio militar obligatorio. Allí se conocieron. Habían vivido juntos en uno de los blocaos que se construyeron en el Rif durante la guerra con Marruecos. Era un fuerte de adobes levantado en medio del desierto, en el que permaneció encerrado un destacamento de soldados hasta que el desastre de Annual llevó a la muerte a la mayoría de sus componentes. Estaban aislados, en medio de tribus hostiles que esperaban el momento oportuno para atacarlos. Apenas tenían comida, vestían uniformes antiguos, inapropiados para el calor, y calzaban alpargatas que les dejaban los pies expuestos a la arena encendida del desierto.

En el fuerte no tenían agua. Antonio y el herrero Ismael formaban parte de la escuadra encargada cada día de coger una caravana de mulas, cargar unas tinajas y salir hasta el pozo más cercano situado a un kilómetro de allí, para abastecer de agua al destacamento. De camino tenían que cruzar un pequeño desfiladero rocoso. Un día iban confiados de regreso al campamento cuando les atacó un grupo de rifeños. Los esperaron emboscados detrás de las rocas y comenzaron a dispararlos a su paso. Fueron unos minutos desconcertantes. Resonó el eco de los disparos entre las piedras. Cayó al suelo herida una mula. Se reventaron las tinajas llenas de agua, que salpicó como si se hubiera producido una explosión y se desparramó empapando la arena encendida. En la confusión se oían las voces del cabo dando órdenes inútiles, mezcladas con los lamentos de los heridos y los gritos de todos. En la emboscada murieron tres soldados. Y cuando los demás quisieron responder al ataque con sus viejos fusiles Mauser, los asaltantes ya habían huido, sin bajas, rápidos en un terreno que conocían bien.

Antonio quedó tirado en el suelo, herido en una pierna. Todos corrieron con las mulas en dirección al blocao, precipitadamente, en desorden, sin preocuparse de nada ni de nadie. Antonio se desangraba en el suelo. No podía andar. Y fue Ismael quien vio desde la lejanía cómo intentaba incorporarse y, sin dudarlo, volvió a recogerlo y lo llevó en volandas todo lo que quedaba hasta el blocao.

De no haber sido por él, habría muerto desangrado en el fuego del desierto.

Antonio volvió a la fragua al mediodía. No era lo habitual, pero esta vez el herrero estaba esperándolo en la calle, sin quitarse el delantal de cuero, con las mangas de la camisa arremangadas, que dejaban ver sus brazos desnudos musculosos. Tenía la cara tiznada de negro y en su rostro brillaban los ojos enrojecidos por el calor. Apoyaba una de sus manos en el hombro de un muchacho.

—Este es mi chico Aurelio —le dijo.

Era un joven enclenque, que le miraba con timidez.

—No te engañes por su aspecto —añadió—. Es fuerte y trabajador. Puede ayudarte en el campo.

Ismael era parco en palabras. Tenía cinco hijos y cada día le resultaba más difícil poner algo en la mesa que les sirviera para comer.

—Llévalo contigo —dijo—. Ponle un camastro y él se ganará el pan trabajando en tus tierras. Tiene dos buenos brazos y puede ayudarte durante la cosecha.

Antonio se quedó sorprendido por la propuesta inesperada, aunque conocía las dificultades de Ismael para alimentar las bocas que se sentaban cada día alrededor de su mesa. Sabía que a una de las hijas la había mandado a vivir a casa de su hermana, porque él no podía mantener a toda la prole. Antonio siempre buscaba a alguien que le ayudase a recoger el cereal que sembraba cada año en sus tierras. Necesitaba un jornalero, sí, pero solo en verano. Y hasta entonces siempre se había apañado con la ayuda de algún joven del pueblo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Diecisiete —respondió el muchacho.

Antonio era un hombre de decisiones rápidas.

—En mi casa no te faltará un trozo de pan —le dijo.

Él esbozó una sonrisa. Leve, pero franca. Y agradecida.

—De momento, serán solo los meses del verano; luego ya veremos qué podemos hacer… —pronunció Antonio.

El muchacho se encogió de hombros, en un gesto que indicaba

resignación.

—Anda, coge tus cosas —le dijo.

Pero no tenía nada que coger. Solo volvió la cabeza para despedirse.

—Adiós, padre —dijo con serenidad, mientras se miraban ambos a los ojos.

Ismael puso las manos en sus hombros y le dio un suave zarandeo de ánimo. Luego se restregó la mano callosa en el pantalón, para limpiarse los rastros de carboncillo, y se la alargó amistosamente a Antonio.

—Agradecido —le dijo.

Antonio recogió el cuchillo recién fundido, en cuya hoja de acero brillante y afilada rebotó la luz con un fulgor inquietante. En ese momento, sin saberlo, había puesto en marcha un seísmo. Decisiones que parecen intrascendentes son las que marcan el destino de las personas. Pero de eso Antonio no era consciente entonces. Lo sabría unos años después.

Antonio acababa de cumplir los cuarenta años, pero su rostro estaba envejecido por el efecto de la intemperie. El frío de los inviernos le había endurecido la piel y el sol delos veranos la había tostado hasta adquirir el color de las mieses quemadas. Vivía con su mujer y su hija Delia. Entre los tres atendían la pequeña tienda en la que se abastecían las gentes del pueblo, al mismo tiempo que labraban unas pocas parcelas de cereales, cuidaban el reducido rebaño de ovejas que él había heredado de su familia y mantenían el colmenar, que fue la dote que su mujer aportó el día de la boda. No era mucho el trabajo, pero siempre tenían que solicitar el apoyo de algún vecino, en los días de la siega y de la vendimia. Ese año, sin embargo, todos supieron en el pueblo que aquel muchacho había ido para ayudarlos en las labores del campo. Eran tiempos difíciles; y había que salir adelante como fuese. Eran años de resistencia.

Aquel joven tenía la piel tostada; alguien se refirió a él desde el principio como el Moreno; y desde entonces ya a nadie le interesó

saber cómo se llamaba en realidad. El mismo Antonio comenzó a llamarle así. Y él adoptó ese nombre como propio. Solo hubo una persona que no utilizó nunca ese apodo: Delia, quien desde el primer día se dirigió a él por el nombre con el que le conoció al verlo por primera vez.

—Este es Aurelio —le presentó Antonio el día que llegó con él —. Está aquí para ayudarnos a recoger la cosecha.

Y Delia lo miró con frialdad:

—Sé bienvenido a esta casa —le dijo.

Recién comenzado el día, mientras Antonio ordenaba los productos en su tienda de ultramarinos, al otro lado del pueblo don Rafael bajó al comedor de su casa vestido con botas de montar. Era un hombre corpulento, ancho de espaldas, robusto. Tenía la cara cuadrada, que se adornaba con bigote y perilla. En la mano llevaba un sombrero de ala ancha, que usaba para protegerse del sol en cuanto salía al campo. El mes de julio era un periodo de una actividad intensa, porque en ese tiempo comenzaba la siega en las sementeras de trigo que formaban la hacienda. Don Rafael miró la luz que entraba con suavidad entre los cortinones de las ventanas del comedor y brillaba en la mesa de nogal colocada en el centro de la estancia. Sentado a la mesa estaba el joven Álvaro, que comía despreocupado el almuerzo que le había preparado una de las criadas. Don Rafael, al verlo almorzando tranquilamente, le reprochó con tono severo:

—A estas horas ya deberíamos estar en los sembrados.

Álvaro, un joven de veintiún años y aspecto vigoroso, lo miró confuso.

—¿A qué esperas? —le recriminó de nuevo ante su aturdimiento; y con voz de enfado le ordenó—: ¡Vamos! ¡Date prisa!

Álvaro rebañó con un trozo de pan el huevo frito que le quedaba en el plato, se levantó de la mesa con urgencia y salió del comedor detrás de su padre.

El hacendado Rafael se despertaba cada mañana temprano, se vestía una amplia camisa blanca en verano, chaleco y chaquetilla de

paño en otoño, se calzaba botas de montar, mandaba que le ensillaran un caballo, mientras él almorzaba solo en la mesa grande del comedor, y durante toda la mañana se dedicaba a recorrer a caballo los campos en los que trabajaban a destajo los braceros. Era una rutina y un gesto de autoridad.

Ese día no fue solo. De las cuadras salieron dos jinetes. Se alejaron del pueblo al trote, rebotando acompasados en el lomo de los animales. Recorrieron los senderos que llevaban hasta los campos de cereal y subieron a la loma más cercana a las tierras en las que trabajaban las cuadrillas de jornaleros que habían contratado. Allí don Rafael tiró de la cincha y apretó con el freno el morro del caballo, que se detuvo resoplando.

El perfil de aquel jinete se recortaba cada mañana sobre el horizonte limpio del cielo de las sementeras. Se alzaba sobre los estribos y oteaba los campos. Todo aquello y lo de más allá, donde ni siquiera alcanzaba la vista, era suyo: las tierras, los surcos, las espigas que iban a nacer en ellos, los árboles frutales, las acequias, las encinas del monte. Todo eso era lo que había reunido él, lo que había heredado de su padre, lo que su abuelo amontonó con esfuerzo y lo que quería transmitir a sus descendientes.

Pero esa mañana don Rafael estaba lleno de ira. Su hijo mayor, Álvaro, le había manifestado el día anterior su desinterés por encargarse de la hacienda y administrar todas esas tierras. Álvaro quería ser médico. Quería trabajar en un hospital. Lejos de allí. En la capital.

Él lo consideró un desprecio hacia lo que con tanto empeño habían conseguido para ellos las generaciones que los habían precedido. La conversación había sido tensa, breve y poco amable. Ante la determinación de Álvaro, don Rafael pronunció estas palabras que iban a quedar para siempre en la memoria de ambos: «Hijo mío, ¿cómo puedes renunciar así a todo lo que te pertenece…? ¿Cómo puedes ser tan tonto?».

Por eso aquella mañana quería mostrarle sus dominios desde la loma. Lo llevó allí y detuvo el caballo en la cima para que los contemplara. Tieso sobre la silla de cuero, miraba alternativamente

al horizonte y a la cara de su hijo. Lo contemplaba con arrogancia, en silencio, mientras en su interior pronunciaba las palabras que le había dicho tantas veces: todo esto será tuyo; todo te lo daré si me haces caso y abandonas la idea de marcharte a vivir por tu cuenta, lejos de la familia.

Mientras tanto, Delia estaba en la hacienda, en la casa de don Rafael y de doña Berta, ordenando la ropa que ese día iba a vestir Álvaro. Ese era su trabajo: Delia era criada en casa del hacendado Rafael; «asistenta», que era como la llamaba doña Berta, porque había leído en una revista de moda que así se las calificaba en la ciudad a las muchachas del servicio. Ese nombre le parecía más elegante; y además, «criada» sugería una idea de desigualdad y de sometimiento que la República se había propuesto combatir.

Delia llevaba ya unos meses con ese trabajo, desde que un día llegó su madre de la calle, cruzó nerviosa bajo el pomposo letrero de «Ultramarinos» y se plantó en medio de la tienda más inquieta que de costumbre.

—Hija mía, doña Berta me ha ofrecido que vayas a trabajar a su casa —exclamó como quien anuncia una buena nueva.

—¿A vivir en aquella casa? —se extrañó Delia.

—No, no. Solo a trabajar. Solo durante el día. Podrás comer allí; y luego volverás a casa con la puesta del sol.

La iniciativa no le gustó a Antonio, que intervino desde el otro lado del mostrador:

—Es mejor que trabaje aquí, en la tienda —opinó, dirigiéndose a su mujer.

—Pero si aquí no hay nada que hacer… —objetó ella.

Hacía calor en aquella estancia situada en la planta baja de la vivienda, acondicionada como comercio. Antonio había construido un mostrador de madera a un lado y encima de él colgó una balanza, con los dos platillos metálicos que habían ido envejeciéndose hasta adquirir un color amarillento como el aceite. Sobre el mostrador estaban las pesas de hierro de distintos tamaños. Junto a ellas, un

taco de papeles de estraza marrones, que servían para envolver algunos productos. Al lado había una caja redonda con arenques que formaban círculos concéntricos brillantes como un sol de escamas. Los hombres solían comprar uno de esos pescados salados y resecos, frotaban con el papel las escamas para que se desprendieran del arenque y lo comían con un trozo de pan, para distraer el hambre al atardecer.

—Tengo que ganarme la vida —apuntó Delia.

—Ya lo haces —le rebatió Antonio—. ¿O es que no nos ayudas cada día?

—Pero eso no basta… Tengo que hacerme mi propia vida.

—¿Qué vida te vas a hacer ahora, si está todo revuelto? ¿No te das cuenta cómo está el país?

Ella estaba de pie, con el brazo apoyado sobre el mostrador. A su espalda estaban colocadas estanterías de madera en cuyas baldas se ordenaban algunos productos: latas de conserva y sardinas en aceite, cajas de galletas, alguna tableta de chocolate, botes con especias, canela, pimentón. Más allá había un revuelto de objetos, que pretendían hacer frente a las necesidades más inmediatas del trabajo cotidiano: sogas, cuerdas, hilos de coser, velas, botijos de barro, dos canastos colgados de un clavo en la pared, un cesto de mimbres, un hacha, un martillo. El azar y la intuición de Antonio hacían que en cualquiera de sus viajes a la ciudad encontrara productos a un precio asequible que en alguna ocasión podría vender a algún vecino. Así mantenía abastecido aquel almacén, que era en realidad un escuálido escaparate de la subsistencia.

—Haz cualquier cosa —insistió Antonio—; lo que quieras, menos mezclarte con esa gente.

—Es que no hay otra cosa que pueda hacer…

Antonio no entendía la necesidad que mostraba su hija de trabajar fuera de casa. Dentro de unos años se encargaría de la tienda que entonces llevaba él, y que era también la única taberna del pueblo. En unos pocos años todo sería suyo.

—Ya es bastante trabajo atender la casa —sugirió Antonio—. Hay que hacer la comida y lavar la ropa y cocinar cada día.

—Tengo ya diecinueve años —argumentó Delia— y tengo que pensar en la vida que quiero para mí.

—Algún día te casarás. Y entonces tendrás que atender la casa y los hijos —le dijo Antonio—. Hasta entonces no necesitas hacer nada más.

—Yo no lo veo así —opinó ella.

Antonio entonces se impacientó:

—Pues haz otra cosa. Cose, hazte modista… Lo que sea, pero no vayas a servir a esos. No entres en esa casa, porque no sabes cómo saldrás después.

La madre miró con preocupación el rostro hermoso de Delia. Sabía a qué se estaba refiriendo Antonio. Se decían demasiadas cosas del hombre al que pertenecía medio pueblo, el que poseía más fanegas de cereal, el que empleaba más *jornaleros, el que* había tenido alguna criada que un día abandonó Valdeálamos vergonzosamente. A esa casa quería ir ella a trabajar.

—Encárgate del colmenar —le ofreció Antonio—. Es tuyo: te lo regalamos. Algo te dará la miel…

—Puedo ocuparme de la casa y cuidar el colmenar… Pero con eso no me voy a ganar la vida —zanjó ella—. Quiero trabajar; y me gustaría tener su aprobación, padre.

Antonio hizo un gesto resignado, encogiéndose de hombros. No le gustaba aquella propuesta, pero no quería contradecirla. Se dio cuenta de que no iba a doblegar la voluntad de su hija, porque ella ya tenía una decisión tomada. Delia se volvió hacia su madre y comentó con una sonrisa burlona:

—Ahora tendré que llamarla siempre «doña Berta».

Ambas se rieron, porque todos conocían en el pueblo la altivez de esa mujer que exigía que la trataran así las personas empleadas en su casa.

Y así fue como Delia comenzó a ir a casa de doña Berta todas las mañanas. Hacía labores de costura y de plancha. Lavaba la ropa en el lavadero, la tendía a secar en un cobertizo de madera, la planchaba, remendaba los paños rotos, hacía zurcidos, reponía los botones que se habían extraviado, ordenaba los manteles, organizaba

las sábanas, ventilaba los baúles y armarios.

Esa mañana había terminado de planchar la ropa de Álvaro. Salió del cuarto de labor con las camisas dobladas, un pantalón y otras prendas, que las llevaba sobre los brazos estirados delante del pecho. Iba por el pasillo hacia la habitación de Álvaro. En el silencio de la casa solo se escuchaba el crujido de las maderas que ella pisaba al andar.

La casona era grande y tenía amplios pasillos. Había sido palacio de algún antiguo hidalgo, un noble venido a menos, un ilustre arruinado. Lo delataba la solidez pétrea del edificio y algunos vestigios de tiempos mejores, como el escudo de piedra que aún conservaba en la fachada sobre el portalón. Desde el portal se accedía a la cocina, al comedor, al cuarto de coser y a una sala donde los hombres pasaban el tiempo conversando. A través de una escalera se subía a las estancias de la vivienda usadas como dormitorios y cuartos privados. A la izquierda estaban las habitaciones del matrimonio; a la derecha, las de los hijos. Delia había subido la escalera y cruzaba hacia el cuarto privado de Álvaro para dejar su ropa en el arcón.

Había oído los cascos de los caballos cuando los dos hombres salieron para inspeccionar las labores que se hacían en sus campos. Sabía que Álvaro iba a ser el heredero de las tierras: de las hectáreas donde se sembraba el cereal, de los regadíos en los que engordaban las patatas y remolachas bajo la tierra, de las hileras de vides, rectas como si hubieran sido trazadas a cordel, de los rebaños que mordisqueaban los pastos raquíticos en el monte, de las sementeras abonadas con el sudor de los jornaleros. Todo eso iba a ser suyo; y su padre le estaba enseñando a protegerlo. Eso es lo que iba pensando Delia cuando abrió la puerta del cuarto, cruzó el umbral, se acercó hacia el arcón que estaba a la izquierda sin fijarse en la cama que había al otro lado de la habitación. Abrió la tapa del arcón y escuchó al mismo tiempo el ruido de las bisagras y la voz que sonó detrás de ella:

—Buenos días, Delia.

Al girarse vio el rostro de Álvaro, que intentaba esbozar una

sonrisa. Estaba vistiéndose. Tenía una camisa blanca en las manos y el torso desnudo. Doña Berta le había indicado a Delia cómo debía tratar a los miembros de la casa.

—Buenos días, señorito Álvaro —respondió azorada.

Sabía que no debía entrar en las habitaciones más que cuando no hubiera nadie en ellas.

—Pensaba que estaba en el campo con su padre —se disculpó.

—Sí, he ido a ver los trigales; pero hemos regresado hace un rato.

Álvaro la observó con detenimiento. Delia era una mujer hermosa. Tenía el rostro alegre y el gesto seguro y un punto altivo.

—Puedes hacer lo que tuvieras previsto —sugirió él—, porque yo iba a salir inmediatamente.

Delia tenía los ojos negros y una mirada ardiente como el carbón encendido.

—No, ya me voy. Volveré luego, cuando haya terminado de vestirse.

Álvaro se ajustó la camisa y comenzó a atarse los botones. Quiso retenerla un rato.

—¿Puedes acercarme el chaleco, por favor?

Delia cogió el chaleco más luminoso que encontró en el armario: tostado y alegre como el color de la miel cocida.

Cuando se acercó a dárselo, Álvaro se quedó mirando la línea ondulada de sus labios.

—Este año no habrá una buena cosecha —dijo él, apartando la mirada.

Álvaro era serio, introvertido, distante; por eso le extrañó a Delia que quisiera entablar conversación. Ella alargó el brazo con la prenda y levantó la cara.

—No ha llovido a tiempo —diagnosticó.

Se quedó mirándolo con serenidad, con una actitud confiada, y pensó que Álvaro era una buena persona.

Al entregarle el chaleco, se rozaron suavemente las manos. Cuando sintió el contacto de la piel, él la apartó con un impulso, porque notó cómo le subía por la espalda un ligero temblor.

Delia entró en la cocina donde faenaba Cándida con los cacharros del fogón. Esos eran sus dominios y ella no dejaba que nadie merodease por allí si no era la hora de la comida. Delia lo sabía, pero tenía algo que quería contarle.

—No te imaginas lo que acabo de ver —le dijo.

—Sorpréndeme —le retó Cándida, mientras retiraba un puchero de la chapa metálica que calentaba con el fuego de la leña.

—He visto a Álvaro desnudo.

—¿Lo dices en serio?

—Como lo oyes.

—Cuenta, cuenta —le pidió, mientras se limpiaba las manos en el delantal y se acercaba atenta hasta ella.

—Pues eso… Que le he visto desnudo en su habitación. He entrado a dejar unas cosas, y ahí estaba él…

—¿Sin vestirse? —se asombró.

—Tenía la camisa en la mano.

—¡Qué barbaridad…! —exclamó Cándida.

—Y hemos estado hablando… Los dos solos en su habitación.

—¿Habéis estado los dos solos en su habitación, y él desnudo…? —repitió maravillada.

—Como lo oyes.

—¡Santa Bárbara…! Como se entere doña Berta…

—No tiene por qué enterarse, mujer.

—¿Y cómo lo has hecho? —preguntó curiosa.

—Pues eso: he entrado en su habitación pensando que no había nadie y allí estaba él. Desnudo.

—Pero ¿desnudo desnudo? —quiso asegurarse Cándida.

—En realidad no del todo. Se estaba ajustando la camisa.

—¿Y por debajo? —se interesó la cocinera, haciendo un gesto y señalando con la mano la cintura, las nalgas, los muslos.

—Pues acababa de ponerse los pantalones.

—Ah, qué mala persona eres… ¡Estaba vestido!

Se acercó a ella, mientras le hacía con la mano un gesto amenazador.

—Te voy a dar yo a ti… Eres una mentirosa. Pues fíjate que ya

me lo había creído…

—Mira que te lo digo veces, Cándida… Que eres demasiado ingenua. Y no tienes que fiarte tanto de la gente.

Cándida soltó una carcajada y se rieron las dos mirándose con picardía. Luego Delia añadió:

—Pero no te imaginas lo guapo que está cuando se pone la camisa.

—No me digas más… Ya veo que a ti te gusta el señorito Álvaro…

—¿Y a quién no? —reconoció Delia.

—Pero, mujer, que esa carne no está hecha para que la comamos nosotras.

Cándida se acercó a la cocina de hierro y removió el guiso que estaba cocinando en una cazuela. Cogió un poco de pimentón con una cuchara de madera, lo espolvoreó encima y comentó con picardía:

—Pues ¿sabes lo que te digo? —calló un momento, antes de añadir—: Que yo no lo cambio por tu primo Juan.

—Hacéis buena pareja —reconoció Delia.

—Pero a él no le gusta que yo esté sirviendo en esta casa, ya ves tú. Dice que él nunca trabajará para otro. Que es una injusticia comprar el sudor de los demás. Que trabaje don Rafael en vez de explotar a los jornaleros. Esas cosas me dice, y yo a callar, porque no le falta razón… Pero de qué voy a vivir yo si no…

—Algún día podrás tener tu propia casa —la animó Delia.

—Y entonces saldré de esta cocina…

Miró alrededor observando los muebles, los utensilios y las paredes que formaban su mundo cotidiano. Se volvió hacia Delia y le dijo:

—¿Pero sabes por qué Juan no quiere que esté aquí? Porque no se fía un pelo de don Rafael. Siempre me dice que tenga mucho cuidado. Que don Rafael es como un gallo en celo. Que solo piensa en eso… ya sabes. Y es verdad. Porque a veces viene a la cocina, se acerca y me pasa la mano por la cadera, para decirme que cocino muy bien y cosas así. Y yo me aparto, y entonces se va.

Cándida era una mujer alegre y vital. Llevaba varios años trabajando para doña Berta. Era curiosa y habladora. Le gustaba cocinar. Volvió a acercarse al fogón, cogió un tronco de leña, abrió la pequeña puerta de hierro del frontal de la cocina metálica y alimentó el fuego que calentaba el guiso de la cazuela. Se incorporó, cambió el semblante y volvió a hablar con un tono dicharachero:

—Álvaro es un buen partido para la mujer que se case con él… Su padre quiere que se encargue de las tierras porque es el más listo de los tres hijos.

—Entonces, ¿por qué le mandó a estudiar fuera del pueblo? —se extrañó Delia.

—Pues porque a doña Berta eso le pareció lo más elegante. Tener un hijo médico… —Hizo un gesto chulesco y añadió—: Eso le parecía que era ya como ser de la nobleza.

—¿Y don Rafael qué pensaba?

—Yo qué sé… Pero le dieron tanto la lata entre los dos que lo convencieron de que se fuera a estudiar a la capital y que después, cuando acabara la carrera, se haría cargo también de las tierras. Eso es lo que se dice.

—No estaba mal pensado —opinó Delia.

—Sí, pero ahora Álvaro no quiere quedarse en el pueblo. Le gustan más las mujeres de la ciudad.

Cándida hizo un gesto burlón mientras se acercaba a uno de los armarios para coger una cebolla. Despellejó las capas exteriores resecas, la partió por la mitad con el cuchillo y empezó a trocearla sobre la tabla de picar.

—Don Rafael puso los ojos entonces en el segundo hijo, en Lorenzo. Pensó que sería él quien iba a sacar adelante la hacienda. Pero…

—¿Pero qué? —se interesó Delia.

—Pues que ese tiene poco fundamento y no sirve para dirigir nada. Por eso su padre quiere que sea Álvaro el que se encargue de llevarla.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque un día le escuché hablar a don Rafael con su mujer.

Le dijo que Álvaro estaba mejor preparado para gobernar la heredad. Yo entré a recoger la mesa del comedor y se calló al verme. Luego salí, pero remoloneé en la puerta y escuché que ella le decía: «Ahora ya se puede encargar Lorenzo». Pero él no pensaba igual: «Lorenzo es muy atolondrado», le oí.

—Por eso ahora está empeñado en que Álvaro regrese al pueblo —dedujo Delia.

Cándida parpadeó molesta por el efecto de la cebolla, que le producía picor en los ojos.

—¿Ya sabes lo que le pasó con el hijo pequeño, con Emilio? —dijo bajando la voz.

Y se acercó a Delia con mucho misterio:

—Cuando él le contó que quería irse de fraile, se llevó un disgusto de muerte. Tanto que no lo dejó marchar. Se negó en redondo y le dijo que no lo iba a consentir. Y él, que sí; y don Rafael, que no. Durante un tiempo no le permitió ni salir de casa. Tuvo que intervenir el cura para poner paz en la familia.

—Emilio era un buen chico —intervino Delia.

—Pues lo amenazó con escaparse de casa… Que aún me acuerdo yo de aquello. Un día que estaba aquí solo, me acerqué a él y le dije: «Pero haz caso a tu padre, hombre». Y él me contestó que era más importante obedecer a Dios que a su padre. Ya ves tú…, con trece años.

—Hay que ver… —se asombró Delia—. Renunciar a ser el dueño de una hacienda como esta para irse de fraile…

—Tuvo que convencer el cura a don Rafael para que lo dejara ir. Le dijo que eso era lo mejor. Que si le llevaba la contraria, su hijo todavía se iba a empeñar más en marcharse. Que a esa edad los chicos son así. Y que si le había dado una ventolera tonta al chaval, que no se preocupara porque volvería a casa antes de que cantara un gallo.

—Pues ya hace unos años que se fue… —calculó Delia—. Ahora debe de tener diecisiete o dieciocho y no ha vuelto más que en Navidades.

—Lo que pasa es que don Rafael es así —explicó Cándida

apretando el puño con fuerza—. Quiere mandar en la vida de todos. Y eso no puede ser. Así que ellos, en cuanto pueden, se van. Eso es lo que pasa.

Volvió a la mesa para terminar de cortar la cebolla en trozos más pequeños. Notó cómo le picaban los ojos y una lágrima se le asomaba a los párpados. Se volvió hacia Delia y le dijo burlona:

—Y no voy a hablar más de estas cosas, porque pienso que ni Álvaro ni la hacienda van a ser para nosotras, y mira cómo lloro.

El Moreno estaba trabajando en un pequeño cuarto anexo a la tienda, que hacía las funciones de almacén. Antonio le había encargado que ordenara los trastos que él mismo había ido amontonando. Aún no habían empezado a segar sus campos de cereal, así que, mientras tanto, Antonio preparaba las herramientas y se aseguraba de dejar la tienda en condiciones para que los próximos días pudiera atenderla sola su mujer. Al coger unos sacos de esparto que estaban en el rincón, se levantó una nube de polvo que envolvió la trastienda con una bruma espesa, como la que amenazaba con cubrir el valle los días de niebla. El Moreno tosió un par de veces, se apoyó en la pared y salió de allí con los sacos en la mano.

—Están rotos —le informó a Antonio, que estaba detrás del mostrador.

—Pues hay que venderlos —le respondió—. Hazles un remiendo y se los cuelas al primero que quiera sacos para la cosecha.

En ese momento se abrió la puerta y apareció el rostro sonriente de Delia, que volvía de trabajar en la casa de doña Berta.

—En la hacienda ya llevan varios días segando —informó a su padre—. Algún día de estos deberíais empezar también vosotros.

—Don Rafael empieza a segar demasiado pronto —le replicó—, porque puede mandar a trabajar a los obreros y no tiene que hacerlo él. Pero es mejor esperar que el sol seque un poco más las cañas del trigo. Porque entonces es mucho más fácil cortarlas con la hoz.

El Moreno se quedó en silencio junto a la trastienda, mirándola. Delia le parecía una mujer atractiva. Tenía el pelo negro como la

noche. Lo llevaba en una melena corta, sin la permanente, ni cardado ni rulos que solían hacerse las jóvenes de Valdeálamos. Ella se peinaba con una raya a un lado de la cabeza y dejaba caer unos mechones ondulados hacia el otro lado, que le tapaban un poco la frente.

—Como venga una tormenta, verás cómo nos arrepentimos de no haber empezado antes —dijo Delia, observando a su padre.

Callaron los tres y entonces se oyó la respiración sofocada del Moreno.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Es que se me ha metido hasta los pulmones el polvo de estos sacos.

—Bebe agua —le aconsejó.

Y mientras lo decía, se acercó hasta el mostrador, en donde había un botijo de arcilla roja.

—Toma. Bebe un trago.

El Moreno era alto, delgado, de buen aspecto. Pero su salud era precaria porque arrastraba un asma crónica. Antonio le estaba tomando aprecio, porque era metódico y puntual. Cumplidor. Un hombre de palabra. Pero de pocas palabras. Porque el Moreno era reservado y poco hablador.

—Y esos sacos ¿de dónde han salido? —le preguntó Delia.

—Estaban ahí, llenos de polvo —y añadió el mensaje que le había dado Antonio—. Son los primeros que hay que vender, antes de que se estropeen más.

El Moreno seguía sofocado. Dejó los sacos en el suelo y bebió del botijo.

—Deberías salir un rato a tomar el aire de la calle —le aconsejó Delia.

Él se acercó a la puerta, encogido por la respiración forzada. Al pasar junto a ella, sonaron sus pulmones como fuelles. Quiso agradecerle su preocupación por él, levantó la cabeza, la miró a los ojos, vio el brillo de sus pupilas y entonces ya no supo qué decir, extraviado en la noche de esa mirada.

Unos días después, Álvaro llegó montado en la moto a la puerta de la hacienda. Hizo sonar el claxon con un pitido urgente para que le abrieran el portón del patio que utilizaba como garaje, y se quedó quieto sobre la moto, esperando. En la mañana tranquila de Valdeálamos resonaba en el aire limpio el petardeo del tubo de escape y la bocina que reclamaba la presencia de algún criado que levantara los travesaños que trancaban la puerta. Apuró el acelerador, sin embragar, para que se escuchara dentro de la casa el rugido del motor; y siguió esperando.

Don Rafael le había comprado la motocicleta a Álvaro, como un aliciente más para que se quedara en el pueblo. De eso hacía ya un año. Fue a Burgos, a un comercio que ofrecía en la fachada «Vehículos a motor», al que solía acudir cuando necesitaba informarse de las últimas novedades en maquinaria de labranza. Entró en la tienda, regentada por un avispado vendedor, que sabía complacer las pretensiones de cada uno de sus clientes. Cuando preguntó cuál era la mejor motocicleta que tenía, el regente le condujo hasta el almacén y le enseñó «el vehículo más moderno —le dijo—, el último del mercado, fabricado por los alemanes, una tecnología puntera, con horquilla hidráulica y amortiguadores. Es una BMW —concluyó—, y eso significa que es una compra de garantía». Pronunció unas letras irreconocibles para don Rafael y exageró un poco las virtudes del producto que quería venderle: «Esta R-12 es la última motocicleta que se ha fabricado y no va a ser superada nunca».

Le llevaron la moto al pueblo en el remolque de un viejo camión. Entonces don Rafael llamó a Álvaro y le dijo: «Es tuya. Si vives en el pueblo, cuando se te antoje podrás irte con ella adonde quieras. Aquí no te va a faltar de nada». Don Rafael no estaba acostumbrado a que nadie le llevara la contraria. Era tozudo y quería demostrarle que en la hacienda lo tendría todo y que lo mejor que podía hacer era dejar los estudios e instalarse definitivamente en la que iba u ser su propia casa. Quiso animarlo, para hacerle cambiar de opinión, e insistió: «Al fin y al cabo, ya has vivido los mejores años de la juventud en la ciudad y te has divertido como te ha dado

la gana. Eso ya no te lo va a quitar nadie. Pero uno no es joven para siempre. Eso se te va a acabar. Y en la ciudad tendrás que hacer cosas que no quieras. Aquí los demás harán lo que tú digas; y a ti nadie te va a decir lo que tú tienes que hacer».

Álvaro tocó la bocina varias veces, incómodo por la espera. ¿Es que no había nadie en la casa o estaban todos sordos? Al momento la puerta comenzó a abrirse desde el interior. Álvaro quedó deslumbrado por el fulgor del sol que salió por la ranura desde el patio descubierto. Entonces vio aparecer a Delia en el contraluz. Su contorno se desdibujaba, envuelto por el halo que producía el sol. Empujaba con dificultad el portón con las dos manos, afianzándose sobre los pies para hacer fuerza. Álvaro paró el motor, se bajó de la motocicleta, sacó el pedal que la sujetaba en el suelo, se quitó el casco y fue hacia ella para ayudarla.

—Han debido de salir todos a la siega —explicó Delia.

—No te preocupes, ya te ayudo yo —dijo mientras se colocaba a su lado para empujar con ella la pesada puerta que daba acceso al patio y a las cuadras.

Cuando el portón estuvo abierto, volvió hasta la moto, se sentó, la arrancó de nuevo, cruzó despacio el umbral y, cuando llegó junto a ella, se detuvo.

—¿Te gustaría dar una vuelta en la moto? —le propuso.

—¿Yo? Ni hablar. No sé ni cómo funciona ese trasto.

—No, hombre… Tú sola, no. Yo te llevo.

—¿Ahí los dos? Si no cabe ni siquiera uno… —le rechazó.

—Este asiento es para dos. Mira —le señaló a su espalda el hueco vacío.

—¿Ir sentada ahí? No, no —negó con la cabeza—. ¡Qué miedo!

—Es muy estable, mujer. Tiene amortiguación. Si coge un bache en la carretera, ni lo notas.

Y para demostrarlo, Álvaro hizo fuerza sobre las nalgas y se impulsó varias veces, revotando en el asiento.

—Gracias, pero no —concluyó Delia, mientras volvía a empujar el extremo de la puerta, la hacía girar sobre el gozne y corría la aldaba.

—Si quieres, te llevo a las fiestas de San Pedro —le ofreció.

—¿Mañana? —se interesó Delia.

—Claro. Mañana es el día de San Pedro. Son fiestas en Valdeande. Yo voy a ir al baile de la tarde y si quieres te llevo.

Delia dudó un momento.

—¿Volverá pronto? —le preguntó.

—Volveré cuando tú digas —se mostró complaciente.

Delia lo observó con agrado. Estaba en la moto, con la cabeza erguida, con los pies apoyados en el suelo y con las manos enfundadas en unos guantes de cuero del color de las castañas. La miraba serio, expectante, amable. «Es una buena persona», pensó.

El Moreno estaba sentado junto a una mesa de la taberna, solo, tamborileando en la superficie de madera con los dedos, cuando se oyó en la puerta el bufido de la motocicleta y un bocinazo. Álvaro aceleraba con fuerza para que rugiera el motor y supiera Delia que ya había llegado. En un segundo, el Moreno oyó unos pasos que corrían en el piso de arriba, cruzaban la habitación, recorrían el pasillo y saltaban con alegría sobre los escalones de madera hasta el portal. Aunque era un mismo edificio y la tienda estaba comunicada con la vivienda, esta tenía su propia entrada. Delia apareció en la puerta risueña; y cuando el Moreno la oyó saludar a Álvaro, no pudo evitar acercarse a la ventana para verla. Llevaba un vestido de flores, alegre como ella. Las mujeres de Valdeálamos solían ponerse ropa de colores oscuros, negros, grises o marrones, pero ella vestía colores claros y telas estampadas de flores. Al Moreno, parapetado detrás del cristal, Delia le pareció, vestida así para ir a bailar, la mujer más atractiva que había conocido. Es verdad que no conocía muchas chicas, pero ella era la más hermosa.

—¿Cómo me siento? —le oyó preguntar, dudando si debía sentarse con las dos piernas a un lado o a horcajadas.

—Como estoy yo, con una pierna a cada lado —le indicó Álvaro.

Y mientras se acomodaba, manifestó el miedo contenido que

tenía:

—¿Es muy veloz esta moto?

—Como un avión —exageró Álvaro, que con el casco y las gafas que se había puesto parecía en verdad un piloto—. La empresa que la ha montado fabrica motores de avión; así que esta moto vuela.

—No me asuste, que no me monto —lo amenazó ella con un mohín.

—No te preocupes, mujer —quiso tranquilizarla—, que esto tiene cuatro velocidades y voy a ir en la más lenta.

El Moreno la vio sentada en la moto, pegada a Álvaro en el minúsculo asiento que tenían que compartir ambos, y sintió envidia. Ella llevó las manos atrás para sujetarse en el pequeño respaldo metálico que cerraba el asiento. Pero cuando arrancó la motocicleta, la espalda se le inclinó hacia atrás con el impulso y Delia se abrazó con miedo a la cintura de él para estar más segura. Y así los contempló el Moreno desde la ventana, mientras se alejaban calle abajo hacia la carretera.

Cuando llegaron en moto a Valdeande, produjeron expectación, en esa hora del atardecer en que la gente merodeaba por las calles, cuando aún no había comenzado el baile. Los mayores volvían la cabeza al oír el ronroneo del motor y algunos niños se arremolinaron a su alrededor en cuanto se detuvieron ante la puerta del corral en el que Álvaro pensaba dejar protegida la moto durante ese tiempo. Una motocicleta era para ellos una curiosidad que no tenían demasiadas posibilidades de contemplar a diario.

Subieron juntos hasta la plaza del pueblo. Un aire festivo impregnaba el ambiente y se reflejaba en las caras de jolgorio que mostraban quienes se encontraban por el camino. Pero allí Álvaro y Delia se separaron: él se juntó con un grupo de amigos; y ella, con unas jóvenes de Valdeálamos que habían llegado un poco antes.

En uno de los lados de la plaza se había levantado un estrado con un par de carros, y allí subieron unos músicos contratados para la ocasión. Llevaban acordeón, trompeta, guitarra y un conjunto de

tamboril, bombo y platillos. La jota que abrió el repertorio puso a bailar a las pocas personas que estaban en ese momento congregadas en la plaza. Levantaron los brazos y comenzaron a saltar alegremente mientras chasqueaban los dedos al son de los acordes. Aquella era la primera llamada, a la espera de que fueran llegando las cuadrillas de hombres y los grupos de mujeres que estaban desperdigados por las calles adyacentes.

Delia conversaba alegremente en un extremo de la plaza con un grupo de amigas, mientras observaba a los jóvenes que estaban alrededor. La mayoría le resultaban conocidos, porque solían encontrarse en las fiestas de los pueblos cada año. Los contemplaba con desinterés, porque ella solo buscaba entre aquellos rostros uno que le importaba.

Cuando empezó a sonar un pasodoble torero, las mujeres formaron parejas entre ellas para bailar. El ritmo las hacía marchar de acá para allá, de un lado a otro de la plaza, aunque nunca llegaban al final, porque con un desplante chulesco daban media vuelta y regresaban de puntillas al punto del que habían partido. Algunos jóvenes comenzaron a acercarse de dos en dos a las chicas que estaban bailando y se ofrecían para formar parejas entre ellos. Era una costumbre sencilla, que facilitaba el acercamiento y la seducción. Había quienes aceptaban la invitación y quienes la rechazaban, dejándoles a los chicos humillados, perdidos entre la multitud y obligados a probar suerte con otras parejas.

Delia estaba distraída y no prestaba atención a las conversaciones de sus compañeras. Buscaba un rostro que se le escondía entre la gente. Poco a poco se habían ido incorporando nuevas parejas atraídas por la música y la plaza se fue llenando de tantas personas que los danzantes chocaban entre sí cuando se movían con demasiado entusiasmo. En medio del barullo de las conversaciones y del ruido de la música, Delia no se dio cuenta de que sus amigas habían comenzado a emparejarse, se apartaron un poco de la pared y se metieron en el oleaje del baile. Solo había quedado una junto a ella, que le dio en el brazo y le hizo un gesto para que ellas también se incorporasen a la marea de la música y el

baile.

Delia, en medio de la plaza, siguió distraída, sin interés, moviéndose al compás de unas canciones que no estaba disfrutando. Los niños corrían entre las parejas del baile y ella se sintió molesta cuando uno la empujó al pasar a su lado. En el aire se fue extendiendo un olor a jabón de camisa limpia y al dulzor de las almendras garrapiñadas que tostaban en los puestos ambulantes.

Rehicieron las parejas entre el grupo de amigas y Delia bailó sin entusiasmo otras dos, tres, cuatro melodías más. Estaba cansada, tenía ganas de volver a casa, comenzaba a embargarla un ligero sentimiento de melancolía. ¿Qué reloj gobierna el inestable corazón humano?

Pero entonces oyó una voz amable cerca de su cara.

—¿Bailamos? —le pidió.

Parpadeó, tuvo que salir del mundo cerrado en el que se había metido y, sin darse cuenta, estaba ya enlazando sus dedos con los de él y abandonando con suavidad la otra mano sobre su hombro.

Bailaron un rato en silencio. Ella procuraba concentrarse en el ritmo de la música y miraba por encima del hombro de él, pero de vez en cuando volvía el rostro para contemplarlo. Cuando se dio cuenta de que estaba llegando el final de la canción, temió que se acabara esa sensación extraña de inquietud y de gozo. El final de la música suponía el final del abrazo y tal vez la ruptura de la pareja. Cuando acabó la canción, se separaron. Fue solo un instante, porque él la volvió a agarrar de una mano, tiró de ella y se perdieron entre la multitud para seguir bailando juntos.

A doña Berta le gustaba organizar en todo momento las tareas de la casa y por eso ordenaba permanentemente lo que tenía que hacer cada una de las criadas. Era la manera que ella había elegido para mostrar su autoridad.

—Ya es hora de planchar —le urgió a Delia unos días después —. Con todo lo que hay que hacer, y tú mirando a las musarañas. Venga, date prisa.

Delia había acabado de descolgar la ropa y estaba sentada en un poyo de piedra, con el cesto al lado, cobijada bajo la sombra que le daba el pórtico del patio. El sol iluminaba las paredes con la luz jovial de la mañana y rebotaba en las sábanas blancas tendidas a secar. Delia la miró sin sobresalto, asintió con un gesto amable, se incorporó y se dirigió tranquilamente al cuarto de la plancha.

Doña Berta se apartó de la luz. Evitaba el sol, porque hacía daño a la delicadeza de su piel. Su rostro tenía la blancura de la leche y estaba adornado con algunas pecas. Su pelo rojizo le caía sobre la frente formando bucles y rizos. Sentía desde el principio admiración por esa muchacha que se comportaba con una actitud desenvuelta, segura de sí misma. Ese sentimiento fue transformándose en envidia, cuando experimentaba ante ella una sensación de inferioridad incontrolada, que le parecía inexplicable. Y con el tiempo, ese pesar se fue agravando y le generaba un ánimo irritable cuando observaba con celos el rostro sereno, joven y luminoso de su asistenta.

Delia puso la plancha de hierro a calentar en la chapa metálica de la cocina. Volvió a la sala, cogió el canasto con las prendas de ropa arrugadas y lo colocó al lado de la mesa en la que las iba a planchar. Volvió a la cocina. Mojó con un poco de saliva la yema de su dedo y tocó con él la superficie de la plancha, con un movimiento rápido, para comprobar si ya se había calentado lo suficiente. La agarró por el asa de madera y volvió al cuarto. Cogió la camisa blanca de Álvaro recién lavada. Notó su tacto suave. La apretó con las dos manos y se la llevó a la cara. Evocó el roce dulce de aquella tela cuando ella abandonó la mano en su hombro y le acariciaba levemente el cuello al bailar juntos. Aspiró con nostalgia y sintió el olor fresco de la camisa limpia. Cerró los ojos. Imaginó las manos de él en su cintura, como aquella noche. La palma de la mano en su espalda. El contacto de sus dedos entrelazados. El aliento. La gota de sudor que aún recuerda cómo le fue resbalando por la espalda y le cosquilleó en la columna vertebral, haciéndole temblar todo el cuerpo. El calor de esa noche de verano en la que bailaron juntos hasta que se acabó la música y se fueron todos y ellos regresaron a

donde habían dejado la motocicleta. Allí, en la penumbra, él la abrazó contra la pared. Y ella se había dejado hacer, encogida en su pecho, con los ojos cerrados como en ese momento en el cuarto de planchar, concentrada solo en las caricias que él trazaba sobre su piel, mientras ella exploraba con sus manos la espalda, la cintura, las caderas, las nalgas que apretaba contra las suyas.

Aquella noche Delia iba a recordarla durante toda su vida. Porque hay experiencias cuyo recuerdo nos estimula y nos mantiene vivos.

Cándida metió el cazo en el puchero que estaba calentando en el fogón. Lo sacó lleno de verdura, vació su contenido en el plato que tenía en la otra mano, se volvió hacia la mesa y se dirigió a Delia que acababa de sentarse para comer:

—No te imaginas lo que acabo de escuchar…

Cogió otro plato y lo llenó para ella. Se sentó enfrente para comer ambas, como hacían todos los días después de que hubieran terminado los dueños de la hacienda en el comedor. Cándida era la encargada de la cocina. Debía preocuparse de que siempre hubiera provisiones en la despensa, de cocinar, preparar el comedor, servir los platos mientras comían don Rafael, doña Berta y sus hijos, recogerlo todo, lavar los cacharros sucios y limpiar la casa. Vivía allí; su reino era la cocina; en uno de sus lados había una alcoba, cuya entrada estaba tapada con cortinas; dentro tenía una cama y allí dormía ella cada día.

—No sabes el enfado que tiene don Rafael —soltó Cándida al tiempo que se sentaba.

—¿Y eso?

—Porque el señorito Álvaro le ha dicho que no se va a quedar en la hacienda. Que esa no va a ser su ocupación en la vida. Y que ahora se va a pasar una temporada fuera, antes de ponerse a trabajar en un hospital.

—¿A dónde se va?

—Lejos. A Cádiz. O a Huelva. No sé dónde ha dicho, pero muy

lejos.

Cándida se llevó la mano al rostro y se golpeó suavemente con el torso de los dedos.

—Menuda cara tiene el señorito Álvaro… Y qué valor… porque se lo ha soltado, así sin más, en el comedor.

Delia dejó la cuchara en el plato y se quedó mirándola, para que Cándida le contara cuanto antes lo que había pasado. Esta imitó el tono de enfado de la conversación:

—«¿Qué te vas ahora? ¿En medio de la cosecha? ¿En los momentos que más se necesita que estés aquí?». Eso le ha reprochado su padre. «¿Te vas y nos dejas tirados?». Pero él no ha dicho ni mu.

—¿Y los demás?

—Los demás qué iban a decir… Estaban atónitos. Todos callados. Ha habido un momento de silencio, que no sabes tú… Yo he cogido la sopera y me he venido zumbando.

Cándida se llevó la cuchara a la boca. Durante unos momentos se hizo el silencio en la cocina y ese mutismo reflejaba la tensión que se había instalado en el comedor repentinamente.

—Desde aquí he oído la voz enfadada de don Rafael —reanudó la conversación—. No he entendido lo que decía, pero me he quedado quieta, esperando a ver si volvía un poco la calma. Cuando he entrado de nuevo con la bandeja de carne, le he oído a Álvaro que decía: «No tengo ninguna razón para quedarme».

—¿Que no tiene ninguna razón para seguir aquí es lo que ha dicho?

—Sí, hija, sí… Eso ha dicho. Y que por eso se va.

—¿Y luego? —preguntó Delia—. ¿Qué va a hacer después? ¿Cuando pase ese tiempo va a volver?

—Y yo qué sé… No ha dicho nada. Don Rafael se ha puesto a gritarle como un loco. Le ha llamado desagradecido y mal hijo y no sé cuántas barbaridades más. Yo he salido del comedor atemorizada. Desde la puerta he escuchado cómo le maldecía don Rafael: «¿Sabes lo que te digo? Que puedes irte a donde te dé la gana. Y por mí, como si no vuelves nunca».

Dos días después, por la mañana, más temprano que de costumbre, don Rafael salió a caballo a los campos donde segaban los jornaleros, acompañado esta vez por su hijo Lorenzo, que cabalgaba junto a él. Mientras recorría al trote la finca, fueron cayendo al polvo de los caminos algunas ilusiones que don Rafael había ido forjando en su cabeza durante años. Con el tiempo, las lluvias convertirían en barro esos sueños perdidos.

Cuando llegó a la cima de la loma, respiró profundamente el aire de la mañana, erguido sobre el caballo. Dejó que se le llenaran los pulmones, quiso que la brisa aventara la añoranza, miró al horizonte con orgullo, picó las espuelas al caballo y descendió por la suave pendiente de la ladera, al galope, hacia aquellas tierras que había arado su padre y antes su abuelo y el abuelo de su abuelo; y así hasta el principio de los tiempos. Esas tierras que dieron de comer a bocas hambrientas durante siglos y que él no iba a dejar que se perdiesen.

En la casa se habían quedado solos doña Berta y Álvaro. En su habitación, junto a la puerta, estaba preparada una maleta de madera con algunas ropas imprescindibles. Desde el cuarto de coser, Delia oía sus pasos cuando se desplazaban por el pasillo de un lado a otro de la casa. Al rato les oyó bajar por las escaleras. Cuando chirriaron los goznes del portón que cerraba el patio, Delia se acercó a la ventana. Oyó el petardeo de la motocicleta y vio a Álvaro sentado sobre ella, vestido con un chaquetón de paño, el casco, las gafas y los guantes de piel de cabra. Contempló cómo se alejaba por el camino, mientras la moto iba levantando una estela de polvo, efímera como las ilusiones. Desde detrás del cristal, Delia suspiró con nostalgia.

¿Quién puede conocer los sueños que alberga el corazón humano?

Álvaro había previsto desde hacía meses celebrar el final de los estudios de Medicina en las costas de Cádiz con sus amigos de la universidad. Uno de ellos disponía de una finca familiar cerca de Rota, con caballos, una pista de tenis y merendero. La playa no quedaba lejos de la finca y alrededor había una geografía que les

evocaba diversión: Jerez de la Frontera, Sanlúcar, El Puerto de Santa María, Cádiz, San Fernando, Chiclana. Allí se habían citado todos a mediados de julio, para pasar unos días de descanso y jolgorio, como despedida de sus años universitarios.

Esa mañana estaban todos en bañador junto a la pequeña piscina; las chicas, tumbadas tomando el sol; los chicos, desperdigados sobre la hierba. Álvaro charlaba con uno de sus compañeros, que había llegado desde Zaragoza.

—En la universidad de Zaragoza este ha sido un curso perdido.

—¿Por las huelgas? —se interesó Álvaro.

—Por las huelgas, por los enfrentamientos y porque han entrado las trifulcas en las aulas. Fíjate lo que pasó el día 2 de mayo. Un grupo falangista del SEU se encerró en la universidad e izó la bandera bicolor. Los anarquistas de la FAI se atrincheraron enfrente para echarlos. Hubo disparos, se realizó el desalojo a la fuerza, se produjeron heridos, apaleados… En fin, un desastre.

—Pues lo mismo que hemos vivido en Madrid todos estos meses —le confirmó Álvaro.

Hacía un día espléndido: luminoso, azul, cálido. Ambos estaban sentados con las piernas cruzadas sobre la hierba.

—Ha entrado la violencia en la universidad, como en todas partes —añadió Álvaro—. No se pueden ver los falangistas con los comunistas, ni estos con los anarquistas…

—Es la sociedad la que está dividida —le interrumpió—. Los políticos nos han llevado a la discordia y al odio. No buscan el entendimiento, sino imponer a los demás su ideología, y así no se va a ninguna parte.

Soplaba una leve brisa que venía del mar y refrescaba los cuerpos bronceados. Los bañadores de las mujeres dejaban al descubierto los hombros estilizados y los muslos prietos y juveniles. El sol hacía brillar la piel morena de esos cuerpos tumbados, refulgía en los cabellos revueltos e iluminaba los ojos llenos de vitalidad.

—¿Nos movemos a donde están ellas? —le propuso Álvaro, para poner fin a una conversación que empezaba a crisparse.

Señaló al grupo de chicas y ambos se levantaron. Álvaro se

acercó a una de las mujeres, que estaba tumbada en la hierba, le susurró algo al oído y se sentó a su lado, mientras ella le dirigía un gesto cómplice y un fingido reproche. Todo era armonioso en esa mañana tranquila de verano. Todo estaba dispuesto para que ellos lo disfrutaran: el sol, la brisa, el frescor del agua y sus cuerpos llenos de juventud y de deseo.

Álvaro se tumbó mirando al cielo y se acercó más al cuerpo de la mujer. Cerró los ojos y dejó la mente en blanco, adonde le llegaban mezcladas las voces de sus compañeros, los susurros cómplices y las risas que estallaban en los labios de las mujeres. Iba a iniciar una nueva etapa de su vida. Volvería a Madrid y empezaría a trabajar en un hospital en cuanto acabase el verano. Ni siquiera pensaba en la posibilidad de regresar a Valdeálamos.

Sentía cómo el sol le calentaba la piel, y a través de los párpados cerrados podía adivinar la luz del sol, que era una explosión de fuego en el cielo azul. Oyó unos chillidos estridentes, abrió los ojos y vio una bandada de cuervos que cruzaban el cielo dejando un reguero de manchas negras. Sobre el azul limpio del horizonte, esos pájaros eran los mensajeros de la muerte.

En ese momento una nube de aviones cruzaba desde el norte de África hacia la Península, llevando tropas de asalto. Al mismo tiempo, una tormenta de barcos cargados de legionarios agitaba las aguas del Estrecho. Desde el norte de África tropas rebeldes de regulares y legionarios estaban siendo embarcadas hacia el puerto de Cádiz para iniciar la sublevación militar de Franco contra la República. En el aeródromo de Ceuta se preparaban aviones para organizar un puente aéreo que transportara el convoy de soldados que iba a extender el golpe. La rebelión había comenzado en Melilla, en las guarniciones que estaban asentadas en el protectorado de Marruecos, pero simultáneamente desde el norte de la Península el cierzo empujaba ya contra las laderas de Guadarrama nubarrones de soldados que marchaban en camiones para ocupar Madrid.

Cuando la bandada de cuervos se perdió en la lejanía, Álvaro volvió a cerrar los ojos, pero al momento le sobresaltaron las voces de uno de los jóvenes del grupo, que apareció alarmado en el jardín.

—¡Se ha levantado el ejército! —exclamó con cara de susto—. Quieren acabar con la República.

Año 1937

LAS NUBES TAPABAN EL CIELO y la luna se desdibujaba tras ellas, borrosa, como si fuera el resplandor de una vela apagándose. Aparecía un momento y al rato volvía a ocultarse en el firmamento sin estrellas. Su luz no iluminaba los campos sembrados de cereales ni los ríos que se precipitaban por barrancos hasta el valle para regar las cosechas de los campesinos. La noche era negra como el odio; y el mundo, un lugar de sombras.

En las calles de Valdeálamos un hombre caminaba pegado a las paredes de las casas. Buscaba el refugio de la oscuridad. Andaba deprisa y se ocultaba en las zonas más umbrosas. Rehuía las puertas, para que el ladrido de los perros no alborotase el silencio. Sigiloso y furtivo, buscaba un imposible: pasar desapercibido a los ojos de todos.

Atravesó la plaza, arrimado a una de las paredes laterales. De los caños de la fuente manaba un chorro abundante de agua, que chocaba en la piedra, rebotaba con estrépito y rompía la quietud de la noche.

Cruzó la calle Ancha, subió el pasaje de la Cuesta y llegó a las escaleras que daban acceso a la iglesia del pueblo. En algún árbol cercano sonó el canto triste de una lechuza, como si quisiera delatar a aquel hombre que andaba cabizbajo y encogido, porque se creía de esa manera más irreconocible. Dejó atrás la morera y comenzó a subir la suave loma que protegía el pueblo del azote del cierzo en el invierno. En la cima se había levantado hacía unas décadas una torreta de aspecto medieval, que las gentes llamaban vanamente

«castillo». Era un cilindro de piedras sin tejado, con ventanucos que imitaban las troneras de los arqueros.

Cuando el hombre llegó fatigado hasta la puerta del castillo, un rayo de luna iluminó su cara. Golpeó con el puño cuatro veces; hizo un largo silencio, respiró profundamente y pegó de nuevo tres veces; luego dos; y finalmente, una. Era el código que Antonio había convenido con el joven que se escondía tras aquellas paredes de piedra. Prestó atención y entonces escuchó en el silencio de la noche el cri-cri incansable de los grillos que estaban agazapados en los agujeros de tierra de la ladera. Al otro lado del monte había lobos que aullaban en las noches de nieve. Detrás de la negrura, merodeaban las alimañas esperando sorprender a sus presas.

Cuando estalló la rebelión militar, Valdeálamos quedó en medio de la zona sublevada. Esos son los motivos que pueden decidir el futuro de unas vidas: allí donde se habían alzado militares rebeldes se convirtió en zona nacional; donde los jefes militares permanecieron leales al gobierno, era territorio republicano. Quienes vivían en uno u otro lado fueron los peones que serían movidos en el tablero de la guerra.

Algunos jóvenes de Valdeálamos se alistaron voluntarios para unirse al ejército. El Moreno permaneció en la casa de Antonio y, aunque Valdeálamos quedó en la retaguardia, vivía con recelo de lo que podría ocurrir en ese tiempo de fusiles y de sinrazón. Al llegar el crepúsculo, se encerraba en casa intranquilo. Como los demás. Como todos en el pueblo. Cada noche el miedo envolvía Valdeálamos con una bruma de desconfianza, recorría sus calles, se pegaba a las paredes de las casas y entraba en el corazón de los hombres.

Una noche, el Moreno, Antonio y Delia estaban en el cuarto que había junto al portal, sentados los tres sobre taburetes de madera, en silencio. Desde que se produjo la sublevación, trancaban la puerta con llave y permanecían encerrados, medio a oscuras, iluminados solo por la luz temblorosa de una vela. Unos golpes

resonaron con fuerza en la puerta. Se miraron sorprendidos. Escucharon atentos, paralizados en medio de la sala. Volvieron a oír los golpes del picaporte metálico en la oscuridad.

—¿Quién será a estas horas? —se extrañó Antonio.

Salió al portal, se acercó al ventanuco y al abrirlo descubrió la cara asustada de su sobrino Juan. Descorrió el cerrojo y le hizo pasar; pero este, al encontrar a Delia y al Moreno allí, se volvió hacia Antonio.

—Tengo que hablar contigo. A solas —remarcó.

—Lo que me tengas que decir pueden oírlo estos también. No te preocupes. Es como si hablaras conmigo a solas.

Juan dudó un momento, miró los rostros de ambos, se quedó en silencio, vaciló y movió la cabeza indeciso.

—Tengo que irme del pueblo —dijo al fin—. Me están buscando.

Juan era uno de los jóvenes que se había quedado cuando estalló el levantamiento militar. Se decía que aquello iba a ser cuestión de días. Pero pasaron los días, las semanas, los meses y aquello no tenía fin. Juan seguía allí. Hasta que un día le comunicaron desde el ayuntamiento que debía presentarse la semana siguiente en la Caja de Reclutas. No lo hizo y entonces supo que lo estaban buscando.

—Tengo que escapar —propuso nervioso.

—Pero ¿qué dices? —se extrañó Antonio—. ¿Por qué?

—He visto un camión de militares que ha entrado en el pueblo. Han subido por la calle del lavadero. Saben dónde vivo… Van a por mí.

Juan estaba inquieto y hablaba atropelladamente:

—Yo no voy a ir al frente. No voy a matar a gente como yo.

—¿Y cómo te vas a escapar ahora?

—Como sea —dijo, mientras dio unos pasos hasta la pared y regresó alterado, como un animal encerrado en una jaula.

—Pero si no hay manera… —le desengañó Antonio.

—Tú conoces gente fuera de aquí. Compras en otros pueblos y hablas con unos y con otros. Tú conocerás personas que me puedan ayudar.

—La gente ahora tiene mucho miedo.

En ese momento, la madre abrió la puerta, vio sus caras serias en la penumbra y se quedó junto a las jambas, sin entrar.

—Hola, Juan —saludó.

Juan le correspondió con un movimiento de cabeza y luego se produjo un silencio tenso. Antonio hizo una señal con la mano y ella cerró la puerta y los volvió a dejar en ese cuarto ensombrecido de repente.

—Pues me iré solo —comentó inmediatamente.

—¿Pero qué dices? Si es imposible moverse por las carreteras sin que te vean, sin que te pare un control militar en algún sitio. Solo te puedes escapar a través del monte. Y eso ¿dónde te lleva?

—Pues haré eso, me iré por el monte.

—Anda, no seas bocazas, Juan… Si no te pillan y te fusilan, será porque antes te has muerto de hambre.

Volvió el silencio a aquella habitación lóbrega. Juan se llevó las manos a la cabeza intranquilo.

—Tengo que esconderme ahora —dijo con voz desesperada—. Me van a pillar.

—Escóndete aquí mismo —le ofreció Antonio—. En el desván, en la cuadra… Donde quieras.

—No, porque os voy a poner en peligro a todos.

—¿Quién va a venir aquí a buscarte? —le objetó Antonio—. Te quedas unos días, y cuando pase la recluta, te vuelves a tu casa.

—De ninguna manera —se opuso tajante—. No quiero que os arriesguéis por mí.

En algún lugar del pueblo resopló el motor de un camión que subía por una calle en cuesta. En el cuarto se hizo el silencio. Volvió el miedo. Delia y el Moreno se miraron callados; Antonio, sentado, se inclinó sobre las rodillas, se rascó las piernas, nervioso, se peinó con la palma de la mano los cabellos revueltos y exclamó:

—¡Hay que darse prisa! Tienes que esconderte ya.

Se levantó de la silla con un impulso. Le dio un golpe con el dedo índice en el pecho y le ordenó:

—¡Vete al castillo! Allí estarás seguro. Allí no te buscará nadie.

Y esa noche Juan ya no volvió a casa. Se escondió en aquella torre diminuta, medio derruida. Estuvo en vela durante toda la noche y no se quedó dormido hasta el amanecer, junto a las palomas que anidaban en los huecos de las paredes.

Antonio, quieto como un fantasma en la oscuridad, de pie en aquella loma a la que había subido escondiéndose en medio de la noche, escuchó atento cualquier indicio de vida al otro lado de la puerta del castillo. Notaba el frío de la brisa nocturna que soplaba en la cima del collado. Volvió a golpear de nuevo en la madera cuatro veces. Esperó unos segundos y dio con el puño otros tres golpes. Luego dos. Y finalmente, uno. Oyó cómo en el interior alguien descorría la tranca de madera que sujetaba la puerta. Cuando empezó a abrirse, empujó con el hombro hasta que se hizo un pequeño hueco por el que pudo pasar de perfil.

—Te he traído comida —dijo, plantándose en medio de aquella destartalada construcción.

—No sé cómo te voy a pagar lo que estás haciendo por mí —habló Juan detrás de la oscuridad.

—Tonterías… —se desentendió.

A tientas, le dio una bolsa de tela en la que había algunos alimentos que había guardado Amparo para él: una hogaza de pan, pimientos del huerto, cecina, tocino, unos cigarrillos, una tableta de chocolate…

Se movían los dos a oscuras entre aquellas paredes estrechas. Para no caerse, Antonio apoyó la espalda en las piedras.

—¿Tú cómo estás? —le preguntó con el mismo tono de voz sigiloso.

—¡Harto! —le respondió sin contemplaciones.

—Pero tienes que seguir escondido. Te acusan de desertor. Están haciendo preguntas. La gente en la tienda me pregunta «¿Sabes algo de Juan?»; y yo «Lo mismo que tú», les digo.

—Yo ya no aguanto más en este encierro, Antonio.

—Pero ahora no puedes salir —trató de convencerle—. Te

detendrán. Te llevarán preso y yo qué sé lo que te pueden hacer.

—Si no se acaba esto pronto, yo me largo de aquí. Estos días he pensado mucho. Tengo un plan. Es peligroso, pero lo voy a cumplir.

Delia volvía del lavadero con un balde de ropa en la mano. Cándida estaba mirando por la ventana, esperándola, y en cuanto la vio, salió a su encuentro corriendo. La encontró en el tendedero del patio. Cuando llegó, se levantó una ráfaga de viento que agitó la ropa húmeda. El aire temblaba al rozar la piel y producía escalofríos. Cándida se acercó a Delia, que estaba tendiendo una sábana, y le dijo alterada:

—He oído que han declarado a Juan desertor, y que lo están buscando…

—Tranquila, mujer —quiso serenarla.

—¿Tú sabes algo? ¿Sabes dónde está?

—Yo qué voy a saber…

¿Qué podía decirle Delia? Ella se debatía entre dos lealtades: a Cándida y a su primo Juan. Nadie debía saber dónde estaba él, para evitar el riesgo de que lo descubrieran. Nadie, ni siquiera Cándida, una de cuyas virtudes no era precisamente la discreción.

—Se fue y no me dijo nada —se lamentó Cándida con los ojos llorosos.

—No le des vueltas a eso. Seguro que está bien.

—¿Y si lo cogen y lo llevan a la cárcel, eh? ¿Y si le matan…?

—No digas esas cosas, mujer.

Se abrió la puerta que daba acceso al patio desde la calle y apareció don Rafael con una tabla debajo del brazo y con una sierra en la mano. Cándida se limpió las lágrimas con la parte inferior del delantal, para que no la viera en ese estado, para evitar que le preguntara por el motivo de su llanto. Pero los ojos se le quedaron enrojecidos. Don Rafael se acercó hasta ellas y las saludó, ajeno a sus tribulaciones.

—Buenos días, señoritas —dijo con una mueca tunante, al mismo tiempo que recorría sus cuerpos con la mirada y hacía un

gesto chulesco de aprobación.

—A dónde irá este… —comentó Cándida en cuanto se alejó de ellas.

—Ahora le ha dado por la carpintería.

Cándida hizo un gesto despectivo, se llevó la mano a la frente y giró el dedo varias veces para indicar que estaba perdiendo la cordura.

—Está chalado —dijo—. Quiere hacer una consola para el salón, ya ves tú. Ha encargado que le traigan herramientas. El otro día compró un banco para trabajar y qué sé yo cuántas cosas más: cinceles, niveles, escuadras…

—La hacienda está abandonada —se lamentó Delia—. Don Rafael ya no tiene a nadie que la atienda. Se está quedando solo.

—No hay gente que trabaje las tierras porque todos se han ido al frente. Y eso es lo que le tiene desquiciado —calló un momento antes de añadir—: Ni siquiera se preocupa por conocer dónde están sus hijos…

—¿No se sabe dónde está Álvaro? —se interesó Delia.

—Nada. No tienen noticias de él desde que les contó en una carta que le habían alistado como médico militar. Eso es todo lo que saben.

—Pobre Álvaro… —se lamentó Delia.

Ambas permanecieron en silencio. Delia pensó en Álvaro y lo imaginó vestido de oficial, alto, imponente, agarrándola como la noche que bailaron juntos… Casi podía sentir el roce de los dedos en su cintura, cuando el aleteo violento de la ropa tendida, agitada por el aire, la sacó de sus ensoñaciones.

—Y para colmo, va el otro hijo, Lorenzo, y se marcha voluntario al ejército —dijo Cándida.

—Don Rafael se ha quedado solo. Quién se lo iba a decir…

—Lo tiene bien merecido. Porque solo piensa en él. Que se joda —exclamó Cándida.

—Y lo que le preocupa en esta situación es que la hacienda esté desatendida. Hay que ver…

—Sigue siendo el mismo sinvergüenza de siempre —se enfadó

Cándida—. El otro día se me acercó en la cocina —parodió con el tono de voz las palabras de don Rafael—: «¿Dónde está tu novio?», me preguntó. «Eso quisiera saber yo», le dije. Y él: «Los dos estamos solos, Cándida»; y puso su mano en mi hombro, el sinvergüenza. «Todos estamos solos en estos tiempos», le dije, y ahí le dejé.

Cándida hizo un gesto de despecho. Sopló más fuerte una ráfaga de viento, las sábanas blancas se hincharon como las velas de un navío y, al agitarse la ropa colgada, el patio pareció por unos momentos un mar con barcas a la deriva.

—Cuando acabe la guerra no habrá mozos con los que podamos casarnos. Nos quedaremos solas, Delia. Toda la vida.

—No seas tan pesimista, mujer.

—Ya lo verás. Estarán todos muertos. Se van a matar unos a otros en el frente —auguró.

En el patio estalló un chasquido al chocar la ropa empujada con violencia por el aire. Cándida volvió a lamentarse:

—¿Qué habrá sido de mi Juan? Me siento sola, Delia. Me siento sola sin él…

Se pasó el dorso de la mano por los párpados:

—Es que yo lo quería, ¿sabes?… Lo quería y creo que lo he perdido.

El Moreno era un hombre reservado y de pocas palabras. Algunos vecinos de Valdeálamos no vieron con buenos ojos que no se alistara en el ejército. Lo comprobó cuando comenzaron a mirarlo con desdén al cruzarse con ellos por la calle. En aquellos días, su vida dependía de un poco de silencio. Pero los demás hablaban a sus espaldas. Y él sabía que las palabras pueden acabar matando.

Un día le dijo a Antonio:

—Yo ya no te hago falta aquí.

—No se te ocurra decir eso —le replicó Antonio—. Ni lo pienses siquiera.

—Es que la gente habla… Que si otros se han ido al frente, por qué yo no… Y yo no quiero estar en boca de nadie.

—La gente habla mucho. A eso te tienes que acostumbrar.

—Pero yo no quiero que eso te perjudique. Tú vives de que los demás vengan a comprarte. Y no lo harán si te miran con malos ojos por mi culpa.

—Que miren como quieran… No podemos montar nuestra vida según lo que piensen de nosotros los demás. Porque entonces siempre seremos sus rehenes. Tú te quedas en casa —zanjó Antonio —. Con nosotros. Y no se hable más.

Pero en cuanto supo que iba a producirse un nuevo reclutamiento, el Moreno se presentó voluntario en las dependencias municipales para alistarse.

Al enterarse Delia de su decisión y de que no tardaría en abandonar la casa, se sintió compungida. El Moreno, Aurelio como le llamaba siempre, se había convertido para ella en una costumbre. Su presencia era discreta; pero a Delia le gustaban sus silencios. Lo vio salir por la puerta hacia el puesto militar y contempló su rostro con una emoción que no había experimentado hasta entonces. Pensó con tristeza que tal vez no volvería a verlo nunca más.

El Moreno se dirigió al despacho de reclutamiento. Por el camino comenzó a sentir la respiración sofocada. Le costaba subir la pendiente de la calle, porque el sofoco iba en aumento. Cuando llegó, vio dos militares que estaban de pie, junto a la puerta, con un fusil en la mano. En la calle aguardaban silenciosos y en fila algunos jóvenes del pueblo. A ratos llegaba desde el interior un grito destemplado, que era una orden escueta:

—¡El siguiente!

Y entonces entraba uno de los que esperaban afuera, para ser reclutados si estaban en edad militar o para ser fichados si no iban a incorporarse al ejército de forma inmediata.

Juan se apoyó en la pared, solo, apartado de todos, respirando con dificultad por el ataque de asma que estaba sufriendo. Intentaba llenarse los pulmones de aire a bocanadas, pero el oxígeno no le llegaba a los bronquios. Aspiraba ruidosamente, pero se ahogaba.

Cuando le tocó entrar, se quedó de pie, en medio del cuarto. Era una habitación pequeña, con las paredes desconchadas, que olía a

polvo humedecido. Enfrente estaba el sargento encargado de la movilización, sentado detrás de una mesa. A su espalda había una ventana pequeña, suficiente para que su rostro quedara difuminado por el contraluz. El Moreno seguía con su ataque de asma. No podía respirar y se ahogaba.

Un militar que se había colocado junto a él le ordenó que se pusiera firme, pero él resopló encorvado, incapaz de estirarse, ahogándose, mientras sus pulmones sonaban en la habitación como un fuelle viejo.

—¡Saluda! —le ordenó autoritario el hombre al que apenas podía ver por el contraluz de la ventana.

Y el Moreno se llevó la mano a la frente y pronunció un grito imposible, que sonó atragantado, en medio del ahogo que sufría. Fue un gorgeo ininteligible, que nadie pudo interpretar. Volvió a intentarlo, pero su voz sonó aún más débil, mientras la crisis de asma le aceleraba una respiración inútil. El sargento vio que aquel muchacho iba a ahogarse, mientras abría la boca agobiado, intentando absorber el aire que no le llegaba a los pulmones.

—¿Qué coño te pasa? —le preguntó arisco—. ¿Te acojona el ejército?

—Es que tengo asma crónica —pronunció entre sofocos.

Se levantó el sargento de su asiento y lo miró desconfiado. Se acercó a él y le ordenó:

—Ponte a correr en el sitio, sin avanzar, levantando las piernas todo lo que puedas. ¡Ya! Hasta que yo te diga.

El Moreno comenzó a saltar como si estuviera desfilando a paso ligero. Lo hizo dos, tres, cuatro veces. Empezó a toser, se dobló sobre el pecho, se encogió formando un ovillo, tuvo que acercarse a la pared mientras tosía y se ahogaba. El soldado que estaba junto a él lo miró con estupor. Aquel hombre se iba a morir allí mismo. El sargento se dio media vuelta hacia la mesa, desentendiéndose de él. Pensó que aquel muchacho era un desecho, un estorbo para el ejército.

Cogió uno de los papeles que tenía en una carpeta, escribió algo con rapidez y se lo entregó al Moreno.

—¡El siguiente! —gritó.

El Moreno dio media vuelta y salió de aquel cuarto ahogándose. En su documento de identificación constaba su presentación voluntaria al reclutamiento y que era «afecto a la causa nacionalista». Pero añadía su condición de «inútil para el servicio militar». Era un enfermo crónico. Una carga.

Delia se alarmó cuando lo vio regresar en esas condiciones a casa. Corrió desde la puerta a su encuentro y lo agarró antes de que se cayera en medio de la calle. Cogió su brazo y lo colocó por encima de su hombro. Así anduvieron los dos, entraron en casa y subieron las escaleras.

Delia lo llevó hasta su cuarto arrastrando los pies y lo ayudó a tumbarse en la cama.

Él se quedó de medio lado, encogido, baldado, a punto de perder el conocimiento. Ella agarró una de sus manos, la colocó entre las suyas y la acarició, temblorosa. ¿Qué podía hacer por él en esas circunstancias?

—Voy a llamar al médico —le dijo, mientras hacía el gesto de incorporarse.

Pero él la retuvo, apretó su mano y Delia sintió el calor de los dedos que se aferraban a ella como una salvación.

Lo miró asustada. Nunca lo había visto así. Aurelio se iba a ahogar; y por su mente pasó como un fogonazo la idea de que podía morirse allí mismo. Verlo así la conmovió y le produjo una infinita piedad, emociones que nunca había sentido por él hasta entonces. En ese momento deseó abrazarlo, aunque no lo hizo. Llevó la mano a su espalda y le frotó con ternura.

—Voy a buscar al médico —repitió—. Tienes que recuperarte y quedarte con nosotros, porque no queremos que te vayas.

El médico le mandó que permaneciera en la cama varios días, hasta que remitieran los síntomas de su lesión en los bronquios. En cuanto se fue, volvió Antonio a la habitación y se sentó en una silla, a su lado.

—Le prometí a tu padre que cuidaría de ti —le dijo—, y voy a hacerlo.

El Moreno lo miró agradecido. Estaba pálido, con aspecto cansado. Esbozó una sonrisa e hizo un gesto de reconocimiento cerrando los párpados.

—Esta es tu casa —añadió—; y nosotros, tu familia.

A partir de ese día, Delia entraba en su habitación antes de marcharse a trabajar a la casa de don Rafael. Contemplaba su cara y se quedaba escuchando la fatiga de su respiración. En sus pulmones Aurelio tenía un susurro de colmena, como si en su interior aleteara un enjambre. Y ella, que atendía con mimo las abejas del colmenar cada año, sentía entonces el impulso maternal de cuidar de él. Le sonreía en cuanto abría los ojos; y así fue como el Moreno se acostumbró a despertarse viendo el rostro sonriente de Delia. Durante esos días se aferró a sus ojos negros como si ese fuera el horizonte al que siempre quiso llegar. Cuando ella no estaba, anhelaba volver a contemplar cuanto antes su sonrisa. Esperaba su voz desde antes de que amaneciese. Y cuando miraba sus labios soñaba con perderse algún día en ellos.

—¿Cómo te encuentras hoy? —lo saludaba ella.

Y él la miraba embelesado. Observaba cada uno de sus movimientos por la habitación, cuando le traía algo para comer, cuando abría los ventanillos para que entrara la luz de la mañana y cuando estiraba la ropa de la cama para que se sintiera mejor.

El Moreno pasaba el resto del día solo en aquella habitación. Las visitas que le hacía Antonio no calmaban su ánimo, porque él consumía el resto de las horas esperando que ella volviera. Delia aquellos días se convirtió para él en una necesidad.

Don Rafael caminaba aprisa hacia la plaza, impelido por el temor que le había transmitido el sargento encargado del reclutamiento. Sudaba bajo el sombrero con el que se protegía del sol que, a esas horas del mediodía, calentaba como un horno el polvo de la tierra. Bajo el brazo llevaba aquel objeto extraordinario que solo poseía él

en el pueblo. Lo había traído de la capital, y con él podía escuchar lo que alguien estaba diciendo en ese momento a miles de kilómetros de distancia. Parecía algo mágico, como un hechizo de brujería, pero bastaba enchufarlo a la corriente y en el interior de ese aparato se oían voces.

Entró en el ayuntamiento, accedió a una sala de la planta baja y abrió el ventanal. Lo colocó en el alféizar y giró el mando del volumen. En la plaza resonaron entonces los acordes de una marcha militar.

Al sargento de la recluta le informaron el día que llegó al pueblo que allí no se oían los partes militares, porque en Valdeálamos solo había una radio, que era la de don Rafael. ¿Cómo se enteraban entonces los vecinos del avance de los nacionales?, preguntó. No se enteraban. ¿Y de qué modo podían seguir las victorias del ejército? No las seguían. ¿Y quién alimentaba el fervor patriótico de los jóvenes para que se alistaran para luchar por la patria? Nadie. Esa misma tarde se presentó en casa del hacendado Rafael, golpeó el picaporte y cuando este abrió la puerta, se encontró con una escuadra militar, con el sargento ante él, custodiado por varios soldados, todos con el fusil en posición de alerta. El sargento le ordenó con firmeza que todos los días debía facilitar a los vecinos que escucharan el parte de guerra de Radio Nacional de España. Y don Rafael respondió que mañana mismo acudiría al ayuntamiento con la radio para que todos pudieran oír las victorias militares del ejército de los nacionales. Y que desde entonces, lo haría todos los días, a la misma hora. Así que esa mañana cogió el aparato mágico que tenía en su interior todas las voces, llegó al ayuntamiento, lo enchufó y lo puso a tal volumen que pudieran escucharlas todos los concentrados.

Poco a poco se fueron juntando algunos vecinos en la plaza, alrededor de la radio, formando un semicírculo silencioso. Antonio estaba en la tienda, oyó la música militar y se dirigió al Moreno, que estaba sentado junto a la ventana, convaleciente:

—Voy a ver qué sucede.

Salió a la calle, se acercó al grupo y se sumó a los que estaban

congregados allí. Sobre el rumor del agua de la fuente que manaba en el centro de la plaza, se impuso enseguida la voz militar del locutor:

«Parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo, correspondiente al día de hoy, 26 de julio de 1937, segundo año triunfal. En el día de hoy el ejército nacional ha reconquistado los pueblos de Brunete y Boadilla, en el frente de Madrid».

Había un silencio expectante entre las personas que se habían reunido a escuchar el parte. Las palabras del locutor resonaron con contundencia militar y rebotaron en las paredes de piedra de las casas construidas alrededor de la fuente.

Al terminar la lectura del comunicado, en Radio Nacional de España se escuchó el himno nacional. Don Rafael, que estaba apoyado en la pared, junto al aparato de radio, se enderezó y levantó el brazo. Algunos lo imitaron. Antonio miró preocupado hacia el castillo, pensando en la suerte que le esperaba a su sobrino Juan. Otro locutor comenzó a hablar inmediatamente con tono de arenga:

«Las heroicas tropas del Generalísimo Franco han reconquistado los pueblos de Brunete y Boadilla, abriendo una brecha decisiva en el frente de Madrid, con el objeto de alcanzar la capital de España. En la ofensiva han participado las brigadas IV y V de Navarra, y las brigadas 13 y 150, apoyadas por piezas de artillería pesada y por las fuerzas aéreas de la Legión Cóndor. El 18 de julio, aniversario del glorioso Alzamiento, el ejército inició una contraofensiva que ha llevado a ocupar los pueblos de Brunete y Boadilla y a establecer el frente cerca de El Escorial. Brunete, ejemplo de valentía, ha puesto de relieve la gallardía de los hombres que combaten junto al Generalísimo por la liberación de España».

Sobre la plaza caía un sol de aceite hirviendo. Antonio pensó en su sobrino Juan, encerrado entre las paredes de la torre en ruinas. ¿Cuánto podría aguantar allí antes de que alguien lo descubriese? ¿Cuánto tiempo puede estar un hombre encerrado antes de volverse loco? La voz exaltada que seguía sonando en la radio le trajo la imagen delos soldados de Brunete, tumbados para esconderse sobre piedras que quemaban como brasas. Aquellos hombres llevarían

varios días sin dormir y sin apenas comer, tratando de esquivar la muerte en cada paso, corriendo sobre la tierra reseca, entre explosiones, mientras el sol les enloquecía la cabeza. Aquellos días fue tan elevado el calor en Brunete, que se derritieron las gomas de los cables que protegían el teléfono y el tendido eléctrico. En ese infierno de fuego se abrasaban los soldados, sin alimentos y sin agua.

El locutor proseguía con su arenga:

«Otra vez más las tropas del Caudillo han obligado a retroceder al ejército rojo, que ha sufrido 20.000 bajas. Un centenar de aviones enemigos ha sido derribado. El ejército de salvación nacional prosigue su marcha victoriosa hacia la capital».

—¿No era en Brunete donde estaba tu hijo? —le preguntó uno de los hombres a don Rafael.

—Allí está, sí —respondió.

Y don Rafael se quedó pensando en los soldados muertos sobre la tierra que ardía como el aire del infierno. Uno de ellos podía ser su hijo Lorenzo, que salió del pueblo con los primeros voluntarios. Don Rafael había tratado de disuadirle, para que no lo dejara a él solo al cuidado de la hacienda. Pero no le hizo caso. Se alistó voluntario. Y tras él se marcharon todos los jornaleros, dejando la cosecha sin recolectar en los campos y abandonando los haces sin trillar en las eras. Lorenzo no hizo caso a las amenazas que le lanzó su padre desde la puerta para detenerlo. Estaba decidido a enrolarse como soldado. Y cuando don Rafael lo vio marcharse, subido en un viejo camión militar hacia el frente, le pareció un niño camino del matadero.

En la radio sonó una marcha militar. Las noticias habían terminado. Y la gente se fue dispersando en silencio.

Antonio sabía que el plan era peligroso, pero a pesar de ello decidió llevarlo a cabo. Estaba en la tienda, detrás del mostrador, con los codos apoyados sobre la madera. Estaba preocupado. Pensaba que tenía que arriesgarse porque si no, Juan acabaría cometiendo una locura. Entonces entró Delia, que volvía de trabajar en casa de don

Rafael, y se sentó a la mesa en la que estaba su madre quitando de un celemín los guisantes que estaban agujereados por los gorgojos. Pronto llegaría la hora del crepúsculo y entonces echarían los cerrojos y trancarían la casa, porque aquellos días se había extendido el miedo como una nube densa de humo que oscurecía la vida de todos.

—Mañana me voy a Gumiel —dijo Antonio.

—¿Solo? —le preguntó Delia.

Pero él no respondió.

—¿Y para qué? —insistió.

Antonio guardó silencio. Estaba preparando algo arriesgado y no quería que nadie lo supiese. Una guerra es un estado permanente de inseguridad. Delia se inquietó, preocupada por lo que pudiera estar tramando con tanto sigilo.

—Sea lo que sea, no lo hagas —intervino su mujer, Amparo, con tono de súplica—. Será peligroso.

—Saldré antes de que amanezca —la informó él.

Valdeálamos era un pueblo de retaguardia. Estaba alejado de las vías principales de comunicación y para llegar a él había que desviarse por carreteras comarcales. Por eso mantenía una aparente tranquilidad, que se rompía con la llegada de algún convoy militar o con el paso de contingentes de voluntarios que se habían alistado en la provincia. En ocasiones entraban al pueblo vehículos que buscaban productos para abastecer a las tropas. Entonces confiscaban lo que encontraran a mano, mientras la gente trataba de esconder aprisa los alimentos, antes de que se los quitaran. En Valdeálamos se combatía desde la retaguardia, y cualquier escaramuza podía ser peligrosa.

—Están cortadas carreteras y hay controles en los accesos —le recordó Delia—. No debes arriesgarte.

Al día siguiente Antonio se levantó temprano. Fue al cuarto donde dormía el Moreno para despertarlo y ambos bajaron a la cuadra. Cogieron un mulo y cargaron dos sacos de trigo.

Cuando dejaban atrás las últimas casas del pueblo, las campanas del reloj dieron las tres en la torre de la iglesia.

Caminaron los dos en silencio, arrebujados en una manta cada uno para combatir el frío de la noche. Entre las sombras, solos en medio de la oscuridad, parecían dos fantasmas que huían al destierro.

A lo lejos se iluminó el cielo con el chispazo de un rayo que dibujó una serpentina. Oyeron el primer trueno como un murmullo distante. Luego resonaron otros, cada vez más cerca. El cielo se encendía con chisporroteos fugaces, que dibujaban grietas de luz en la oscuridad.

—Ahí está Gumiel —dijo Antonio señalando a un horizonte invisible.

El Moreno no sabía a dónde iban ni a qué. «Mañana tienes que acompañarme», le había dicho sin más. «Te despertaré temprano». Y él no le preguntó nada, porque el Moreno era así: leal como los caballos.

—Ahí es —le dijo cuando divisaron una casa solitaria en las afueras del pueblo.

Entonces le contó Antonio qué estaban haciendo allí. Pero no todo. Solo le reveló una parte. La que era menos peligrosa.

—El hombre que vive ahí se llama Rufo. Es del sindicato. He venido a pedirle que esconda a Juan y luego le ponga en contacto con gente para pasarse al otro lado. Le conozco desde hace tiempo. Es de los nuestros. Sé que él nos va a ayudar.

Se detuvieron ante la casa y golpearon con cautela el picaporte de hierro. Esperaron un rato en silencio, mientras la lluvia que había empezado a caer chocaba contra la tierra componiendo una sinfonía monótona. Volvieron a repetir los golpes. Y esperaron. Dieron por tercera vez con el puño en la madera. Al cabo de un rato se abrió el ventanuco. Detrás no se veía nada, pero Antonio imaginó en la oscuridad el rostro de aquel hombre al que había ido a pedir apoyo.

—Soy yo: Antonio —se presentó.

—¿A qué has venido?

—Es por mi sobrino Juan; necesita tu ayuda.

Se produjo un momento de silencio. En la noche densa, solo se oía la respiración agitada al otro lado de la puerta. Antonio esperaba

a que chirriara la llave en la cerradura y se abriera, para explicarle con más detalle cómo podía darle amparo al hombre que llevaba varios días escondido entre los muros de piedra del castillo.

—Soy yo —repitió—. Antonio, el de Valdeálamos.

Una ráfaga de viento estrelló gotas de lluvia contra su cara, al tiempo que resonó en la negrura del portal la voz seca de Rufo:

—Yo no conozco a nadie —respondió tajante.

Y cerró el ventanuco de golpe.

Antonio se quedó pasmado, en medio de la lluvia. Desplegó la manta desde la cabeza para protegerse del agua, dio media vuelta y le dijo al Moreno:

—¡Cagüen todo! ¡Qué le habrán hecho a este hombre para que nos reciba así! Ahora no te puedes fiar de nadie…

Al día siguiente, Delia y el Moreno caminaban hacia el colmenar, porque se había escapado un enjambre de las colmenas y ella iba a coger las abejas huidas, las iba a meter en un saco y las depositaría en otro corcho, para que formaran una nueva colonia. Aunque el cielo cerraba el horizonte con una techumbre gris y plomiza que anunciaba la lluvia inminente, Delia tenía que hacerlo con urgencia, antes de que las abejas ojeadoras encontrasen un lugar definitivo donde asentarse y se fueran de allí para siempre.

—Acompáñame —le había pedido ella—. Por si necesito que me ayudes.

Él llevaba una pequeña escalera de madera, que sostenía horizontal debajo del brazo. Ella sujetaba en una mano una careta de alambres y en la otra un saco de esparto.

—¿No te picarán? —le preguntó temeroso.

—Las abejas nunca pican si no se sienten atacadas. Si tú las dejas en paz, ellas no se meterán contigo. En eso se parecen poco a las personas.

Él admiraba a esa mujer valiente. Caminar a su lado le producía una emoción contradictoria de gozo y de nerviosismo. Iba mirando al suelo, levantó la cabeza hacia ella y pronunció:

—Me gusta cómo eres… Porque tienes valor.

Delia se sintió halagada, pero quiso acallar las emociones que le producía ese comentario amable y le dijo:

—¿Sabes que en una colmena puede haber hasta 70.000 abejas?

El Moreno se sintió azorado por sus propias palabras. Ella era una mujer fuerte y decidida; él, tímido e inseguro. Quiso manifestar interés por un tema del que no sabía nada, pero que para ella era importante.

—¿70.000? —mostró un asombro impostado.

—En una colmena grande se pueden juntar todas esas. ¿Te imaginas viviendo tantas en un espacio tan reducido? Por eso tienen que tener una organización perfecta. Cada una sabe lo que tiene que hacer, y lo hace.

—¿Y qué hacen?

—Pues no parar en todo el día. Fabrican cera para construir las celdillas, cuidan de las larvas, van a buscar polen, hacen miel… Siempre están ocupadas.

—¿Cuánto tiempo vive una abeja?

—Las reinas viven dos años; las abejas, cuarenta días. Así que una colmena se está renovando continuamente.

El zumbido de alguna abeja que volaba por el camino les anunció la cercanía de su destino. El colmenar estaba en una suave pendiente, en la que hacía mucho tiempo que a alguien se le ocurrió colocar unos corchos rudimentarios, para formar las colmenas. Nadie sabía desde cuándo estaban allí. El abuelo y, antes, el abuelo de su abuelo, hasta un tiempo que se perdía en la memoria, habían cuidado las abejas durante generaciones.

Cuando llegaron, Delia observó el enjambre que se había instalado en una de las ramas del fresno que crecía en la ladera. No era ese su destino definitivo. Cuando un grupo de abejas abandona un corcho siguiendo a otra reina, solo permanece un tiempo provisional en el enjambre, lo suficiente para cohesionarse como colmena. Mientras, las ojeadoras buscan el lugar apropiado en el que establecerse para formar una nueva colonia. Por eso Delia tenía que darles un hogar allí, antes de que se marcharan a buscarlo.

—Tú quédate aquí —le dijo Delia—. No te muevas y no te harán nada. Y si necesito algo, ya te llamaré.

Se vistió un buzo, se enfundó los guantes de tela áspera, se colocó en la cabeza la máscara que tenía una careta de alambre en la parte delantera y se dirigió hacia el árbol. Con una mano sujetaba la escalera y con la otra, el saco de esparto. Cuando llegó al fresno, dejó la escalera apoyada en el tronco y se quedó observando el enjambre. Formaba una bola negra, de la que se desprendían numerosas abejas que revoloteaban alrededor. Su aleteo levantaba un zumbido persistente, intenso, como si estuviera anunciando que aquel tumulto iba a provocar una explosión en cualquier momento.

Delia escaló lentamente los peldaños de la escalera, abrió el saco y lo sostuvo así en una mano. Con la otra empujó el montón de abejas arrastrándolo desde la rama para que la reina cayera al interior del saco. La masa de abejas se desplomó con un bufido atronador. Luego Delia fue rebañando suavemente los pequeños montones de abejas que se habían quedado pegadas a la rama y las depositó dentro, junto a las demás. Cuando ya no faltaba ninguna, cerró el saco, descendió por la escalera y se dirigió a un corcho vacío. Quitó la tapa y comprobó que estaban limpias y bien colocadas las alzas. Con cuidado, acercó la boca del saco a la entrada y volcó en él las abejas.

Cuando terminó de sellar la cubierta con barro, se acercó a Aurelio, al tiempo que se despojaba de la careta.

—Te voy a enseñar un panal, para que veas qué perfección —le dijo.

El aire se había oscurecido de pronto. Las nubes cubrían el cielo, se quedaban enganchadas en las cimas de los montes cercanos y dejaban pasar una luz turbia.

Aurelio sentía temor de la picadura de las abejas. De buena gana habría rechazado la idea, pero no quería oponerse a su ofrecimiento.

Delia levantó la tapa de una colmena y salieron varias abejas que se quedaron revoloteando frente a ellos. Cogió una de las alzas verticales y se la enseñó.

—Las abejas construyen una geometría asombrosa. Mira:

hexágonos idénticos en los que alojan a las larvas y depositan la miel que les servirá de alimento.

Las abejas seguían trazando círculos alrededor de ellos. Aurelio se agarró a su brazo en busca de seguridad, y a ella le gustó esa sensación.

—Fíjate —le señaló acercando sus dedos desnudos al panal—. Esta es una forma perfecta, porque así consiguen construir el máximo espacio con el menor gasto de materiales.

Él sentía temor por las abejas que zumbaban junto a ellos y se aferró a su brazo con más fuerza.

—¿Y nunca se confunden de colmena? —preguntó.

—Nunca. Una sociedad de abejas no admite intrusos. No tolera a los extraños. Si entrara una que no pertenece a la colmena, enseguida la reconocerían.

—¿Cómo? —se sorprendió Aurelio.

—La detectan por el olor y la matan.

Comenzó a llover y cayeron unas gotas dispersas que sonaron como una pequeña explosión al aplastarse en el polvo. Delia colocó el alza, puso la tapa de la colmena y ambos corrieron a refugiarse en un cobertizo que había a la entrada. No era más que un tejadillo construido con ramas de palmas sobre unos postes de troncos irregulares, pero estaba levantado allí para protegerse del sol y para resguardarse en caso de lluvia.

—¿Ves como las abejas no te hacen nada si tú las dejas en paz?

Estaban solos, juntos bajo la lluvia, cobijados bajo un techo de ramas secas donde olía a tierra mojada y a miel. Y Aurelio, sin saber de qué otro modo decirle lo que sentía por ella, pronunció atolondrado:

—Me gustas, Delia.

Delia le sonrió. Desde que supo que no iba a marcharse al frente, sentía una tranquilidad que antes no había experimentado junto a él. A veces se preguntaba qué sentimiento era ese. Ya no había jóvenes en el pueblo. Todos se habían marchado a la guerra. Todos habían sido reclutados. ¿Cuántos de ellos iban a volver?

Notó el cuerpo de él tembloroso. ¿Qué era eso?, se preguntó.

¿Era la misma emoción que experimentaba ella? ¿O era solo la humedad de la lluvia?

Delia lo abrazó y él la estrechó también con fuerza y la cobijó bajo sus brazos.

—Estás temblando —le dijo.

Y su voz fue para él un bálsamo en medio del estremecimiento que sentía.

Delia contempló aquel rostro que la miraba embelesado. Le gustó el roce de su piel con la suya. Acarició su pelo. Acarició su cara, tostada como las cañas de trigo en el verano.

Él la atrajo hacia sí, agarrándola por la cintura, y repitió:

—Me gustas desde la primera vez que te vi.

Mientras, ella colocaba las manos en su rostro y lo arrastraba suavemente hasta juntar sus labios.

Antonio esperó a que llegara el momento más inhóspito de la noche. Se levantó cuando escuchó las dos de la madrugada en el reloj de la torre del campanario. Salió a la calle con sigilo. El pueblo estaba inmóvil. A lo lejos se oía ladrar a un perro, desvelado como él por el peligro que flotaba en el aire. Enfiló la cuesta de la calle Ancha. No quería que le viera nadie. Siempre evitaba las noches de luna llena y huía de la luz del alba. Tenía que ser el único que pisara la tierra en el pueblo a esas horas, para que no lo descubriesen. Porque no podía dar ninguna explicación de lo que estaba tramando que no pusiera en riesgo su vida y la de su sobrino Juan.

Ascendió por la ladera, sofocado por el esfuerzo y por el temor que sentía. Llegó a la puerta del castillo. La golpeó según la consigna que habían convenido: cuatro golpes, y silencio; tres golpes, y silencio; dos golpes, y silencio; un golpe. Esperó y volvió a repetir la serie. Se mantuvo atento. Esta vez nadie levantó la madera que trancaba la puerta desde el interior. Escuchó para identificar algún movimiento, pero solo oyó en la noche el canto monótono de los grillos que buscaban aparearse.

—Juan —lo llamó a media voz, como un susurro.

Pensó que estaría dormido y volvió a golpear la puerta varias veces, sin preocuparse por la consigna, pensando solo en despertarlo. Cuando tampoco obtuvo respuesta, le dominó la inquietud. Empujó con el hombro y oyó el roce de la madera con el suelo de piedra sobre el que se asentaba. ¡La puerta no estaba trancada!

—Juan —volvió a llamarlo.

Empujó con más fuerza y entró. Dentro la oscuridad era absoluta, como si se hubiera enterrado en un agujero profundo de la tierra. Fue palpando el suelo a su alrededor, a tientas, esperando encontrar el cuerpo inmóvil de Juan. Lo imaginó enfermo, inconsciente, herido tal vez. Dio varias vueltas alrededor del pequeño círculo que abarcaba la torre, pero no encontró nada.

Salió nervioso al exterior y anduvo varios pasos hacia un lado y hacia el otro, buscándolo. Juan no estaba allí. Había desaparecido. ¿Lo habían descubierto?, se preguntó asustado. ¿Se lo habían llevado preso? ¿Se había escapado? ¿Estaba perdido? ¿Había sufrido un accidente? ¿Dónde estaba Juan?

Esa noche Antonio ya no pudo dormir. Nada. Ni una hora. Estaba inquieto. Preocupado. Cuando regresó a casa y volvió a acostarse, estuvo toda la noche dando vueltas en la cama y haciendo sonar los muelles oxidados del jergón. Toda la noche oyendo las horas en el reloj del campanario. Hasta que amaneció y entonces ya no pudo más y volvió a subir hasta el castillo para comprobar con la luz del día qué le había pasado a su sobrino.

Cuando Delia entró en la cocina, encontró a Cándida sentada a la mesa, cabizbaja, con el brazo apoyado en el tablero y la mano en la frente.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó extrañada.

Cándida se sobresaltó al verse sorprendida en ese estado.

—No es nada, ya se me pasará —dijo reponiéndose.

Y se incorporó, y fue hasta el fogón, y cogió un puchero, lo volvió a dejar donde estaba y ya no supo qué más podía hacer.

—¿Qué te ha pasado? —volvió a preguntarle, acercándose a ella.

Cándida se llevó las dos manos al rostro, se tapó la cara y comenzó a llorar.

Delia se acercó a su espalda, colocó las manos en sus hombros y se mantuvo así, junto a ella, abrazándola, en silencio. Los sollozos de Cándida le encogían el corazón.

—¿Qué voy a hacer ahora? —pronunció llorosa.

—¿Pero qué te ha pasado, mujer? Me tienes preocupada.

—Déjalo, porque tú no puedes hacer nada en esto.

—¿Cómo que no…? Déjame que te ayude.

Cándida volvió a estallar en un llanto inconsolable. Y de repente, con un impulso imprevisto se giró hacia ella, la miró y dijo:

—Estoy embarazada.

—¿De quién? —preguntó atónita.

—De quién va a ser…

—Pues no lo sé, mujer. ¿De Juan? —especuló.

—Qué más quisiera yo…

—Pues ¿de quién?

Hubo un silencio denso. Cándida no quería pronunciar su nombre.

—De don Rafael —confesó al fin.

—¿De don Rafael?

—De ese.

—¿Qué estás embarazada de don Rafael? —repitió incrédula.

—Sí, hija, sí.

—Pero ¿cómo has hecho eso?

—No lo sé. No me lo preguntes.

—¿Lo sabe él?

—Se lo acabo de contar hace un rato. ¿Y sabes lo que me ha dicho?

Delia levantó los hombros y mostró un gesto de extrañeza.

—Que ya puedo ir pensando en marcharme de esta casa…

—¡Qué sinvergüenza! —exclamó Delia.

Le acarició el hombro, el brazo, la espalda, para darle algo de consuelo. Luego la abrazó y Cándida apoyó el rostro en su pecho, afligida.

—Y el muy canalla no quiere que se entere doña Berta. Me ha amenazado si le digo algo. Me ha dicho que me atenga a las consecuencias.

—Pero eso no se puede ocultar —señaló Delia—. Se acabará enterando.

—Por eso me ha ordenado que me vaya cuanto antes. Y que me invente una excusa.

—¡Qué sinvergüenza!

Cándida alzó la cabeza para mirarla a los ojos y le pidió entre llantos:

—Tú ten cuidado también. Porque ese es un animal.

Al cabo de unos días, al finalizar la comida, Cándida se quedó de pie en medio del comedor. Don Rafael apuraba una copa de *brandy* como hacía siempre al terminar de comer. Doña Berta reposaba sentada en el sillón, junto a la chimenea.

—Me voy a ir —les comunicó rígida, con las manos cruzadas sobre el delantal—. Voy a dejar de trabajar en esta casa.

—¿Qué dices? —se extrañó doña Berta.

—Me voy con mi hermana, que va a tener otro hijo.

—¿Y qué hago yo ahora sola? —se preocupó doña Berta—. ¿Quién va a ayudarme en la cocina?

Se volvió buscando el respaldo de su marido:

—Rafael, dile algo.

Él miró el cuerpo de la criada, que mostraba todavía el aspecto atractivo de sus últimos años de juventud. Aquella mujer se había mostrado distante con él desde el primer día que fue a trabajar en la casa. Le habían contado algunas cosas en el pueblo de cómo había tratado a las criadas anteriores. Y por eso ella se había comportado con una actitud seca y precavida. Pero los dos sabían lo que acabó pasando entre ellos.

—Déjala —dijo don Rafael dirigiéndose a su mujer—. Que se vaya.

En realidad, esa era la disculpa que él le había ordenado que le

contara a doña Berta: que abandonaba la hacienda para ayudar a su hermana, que vivía en otro pueblo de la provincia. Una mentira.

—Déjala que haga lo que quiera —añadió con displicencia.

Y doña Berta no se interesó por ella, ni por los verdaderos motivos de su marcha ni por nada. Simplemente le reprochó:

—Serás desagradecida… Con lo que hemos hecho en esta casa por ti…

Desde que se fue Cándida, tuvo que encargarse Delia de algunas tareas que antes hacía ella en la hacienda. Doña Berta se preocupó de la despensa, de las provisiones y de organizar las comidas. Delia cocinaba y fregaba los platos. Berta le enseñó cómo debía servirles en la mesa. Siempre tenía que preparar tres cubiertos. Dos para ellos y otro para Lorenzo. Doña Berta le ordenó que todos los días que durase la guerra tenía que mantener reservado en la mesa el lugar fijo en donde él se sentaba durante las comidas. Así lo habían hecho desde que se enroló en el ejército. Era una señal de respeto. Y de esperanza. De Emilio no le dijo nada; y cuando preguntó por Álvaro, le respondió que en esa casa no querían saber nada de él. Que don Rafael así lo había ordenado.

Pero Delia sí quería saber el destino de Álvaro. Cuando pasaba junto a la puerta de su cuarto, se preguntaba qué habría sido de él. ¿Dónde estaba? ¿En qué ciudad? ¿En qué hospital curaba a los soldados heridos en el frente? ¿Cuántas enfermeras lo intentaban seducir? ¿Habría alguna mujer a quien mirase como la había mirado a ella aquella noche de verbena en que la besó?

Los golpes en la aldaba de la puerta de entrada la sacaron de estos pensamientos. Salió aprisa de la habitación, y no había llegado aún a las escaleras cuando volvieron a golpear más fuerte. Bajó los escalones corriendo, preguntándose quién podría llamar a esas horas de la mañana con tanta urgencia. Cuando abrió, un cartero militar le entregó un sobre.

Con él en la mano volvió a subir la escalera principal de la casa, recorrió el pasillo y llegó hasta la puerta de la habitación donde

estaba recluida doña Berta. No sabía que entre sus dedos le llevaba un aviso del destino.

Doña Berta abrió el sobre con premura. Ni siquiera se preocupó por buscar el abrecartas dorado que usaba otras veces. Rasgó el sobre, sacó el papel que contenía, lo desdobló y lo leyó en silencio.

—¡Virgen Santa! —exclamó.

Y se quedó pálida, volviendo a leer incrédula lo que decía aquella carta. Luego se levantó temblorosa y recorrió insegura el pasillo, apoyándose en la pared, en busca de su marido. Lo encontró en la corraliza de la planta baja donde había instalado el taller de carpintería en el que trabajaba a todas horas, obsesivamente. Le entregó la carta y con ella el mensaje del destino que iba a arrancarle las ilusiones que había alimentado durante tantos años.

Don Rafael la leyó ensimismado, mientras doña Berta se tapaba la cara entre sollozos. En esa carta, desde Capitanía General les comunicaban que su hijo Lorenzo había muerto.

«Heroicamente», les decían. «Defendiendo la posición de su unidad en Villanueva de la Cañada». En el sobre les incluían la foto que guardaba en la cartuchera. Estaban retratados los dos juntos. Se la habían sacado unos días después de la boda. Ella había escrito con una caligrafía esmerada en la parte de atrás: «Para nuestro hijo, Lorenzo, como prueba del mucho cariño que te tenemos».

Luego supieron que la lucha en Villanueva, junto a Brunete, en el frente de Madrid, había sido encarnizada. El ejército republicano se propuso ocupar ese punto estratégico. Durante la noche del asalto se peleó con las bayonetas caladas, cuerpo a cuerpo, casa por casa. Murieron todos los que defendían la posición. También Lorenzo, que era casi un niño cuando le colocaron un fusil en el hombro para ir a morir en medio de rastrojos. Su cuerpo quedó abandonado en territorio ocupado por el ejército leal a la República. Allí se estabilizó el frente durante meses. Don Rafael y doña Berta nunca supieron qué fue del cadáver de su hijo.

Ninguno de los dos llegó a conocer aquellos campos horrorizados de Brunete. En ellos murieron en unos días, entre los dos bandos, alrededor de 40.000 soldados. Sus cuerpos quedaron

abrasándose al sol en esas tierras de fuego. Desamparados, sin que nadie se ocupara de enterrarlos.

De allí habían huido espantados los conejos, aturdidos por el estruendo de los cañonazos, que no pararon de estallar durante veinte días seguidos. Ya no volaban palomas en aquel cielo azul. Todos los pájaros se habían marchado despavoridos. No quedaban codornices en los rastrojos. Ni una perdiz. Ni un gorrión. Solo había allí miles de cadáveres abandonados sobre la tierra seca. ¿Cuántos son 40.000 cadáveres juntos? ¿Cómo imaginarse los campos teñidos con tantos charcos de sangre? ¿Cuál es la imagen de 40.000 cuerpos descoyuntados, descomponiéndose en posturas infames, abrasados por el sol que los quema como una fragua?

Don Rafael no podía creer lo que estaba leyendo. Así, de repente, se desvanecen los sueños. Y entonces buscamos en los demás a los culpables de nuestras desdichas. Don Rafael había perdido un hijo; y él sabía quiénes eran los culpables de su desgracia. Con esa carta maldita en la mano, que le anunciaba la muerte de su hijo y el derrumbe de todos sus proyectos, exclamó lleno de ira:

—Ya les llegará a todos esos cabrones el momento de pagar por su delito.

Hacía algunos años, Antonio había levantado un corral en una de las calles que discurrían por la pendiente suave que desembocaba en la carretera. Allí amontonaba la paja que servía de pasto a los animales. Adosado a él estaba el almacén en el que destilaban la miel en invierno. En esa estancia se guardaba la cera con la que fabricaban velas para alumbrarse de noche. Y junto a la pared había tinajas de barro que conservaban la miel cocida para todo el año.

En la parte de atrás había un pequeño terreno, que estaba cerrado por los muros de piedra de la construcción pero que quedaba a la intemperie. Ese espacio lo había convertido en gallinero, por donde se paseaban las gallinas, picoteando en la tierra, buscando con qué alimentarse.

Delia y el Moreno caminaban aprisa por la calle hasta el corral.

Él llevaba un cubo de agua en cada mano, que había llenado en la fuente de la plaza para reponer los bebederos de las gallinas. Ella, una huevera de alambres y una cesta con granos de centeno. Delia se acercaba hasta allí un par de veces a la semana para llevarles algo de pienso, echar agua en unos cuencos de piedra y recoger los huevos que hubiera en los ponederos. Pero últimamente lo hacía con más frecuencia. Y siempre que tenía ocasión la acompañaba el Moreno.

Abrieron la puerta, entraron, cerraron con una tranca por el interior y, allí mismo, Delia tiró al suelo la cesta y la huevera, lo agarró por el cuello y lo acercó para que la besara. Aurelio se tambaleó con el empuje imprevisto, balanceó los baldes y el agua saltó sobre ella, mojándole el vestido y la blusa. Dejó caer los dos baldes de latón al suelo, y el impulso que tomó el agua le salpicó la camisa. Atrajo con fuerza su cuerpo contra el suyo, la abrazó, notó el contacto de sus pechos tersos, mojados por el agua, y apretó las nalgas de ella contra las suyas.

No era la primera vez que se veían allí, y siempre era ella la que propiciaba esos encuentros, en los que el Moreno experimentaba un desorden de emociones.

Al rato, ambos estaban tumbados sobre una manta, encima de la paja. Ella reposaba la cabeza en el hombro de él y le acariciaba el pecho con las yemas de los dedos. Incorporó el torso e hizo un movimiento de cabeza hacia ambos lados para recolocar su pelo, que se posó en la frente con suavidad. Aurelio se fijó en su piel brillante y deseó perderse otra vez en la curva de su cintura y en los abismos secretos de sus caderas.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—Me gustan tus ojos —le dijo.

Delia se recostó de nuevo junto a su hombro. Colocó la cabeza inclinada hacia atrás para poder mirar el rostro tostado de Aurelio. El color de su piel era una mezcla de los aires cálidos de los desiertos de África y de las tierras rojizas de las sementeras junto a los álamos del río.

—Tú eres lo que siempre he soñado —dijo Aurelio; y girando el rostro para mirarla, añadió—: Tú eres la mujer que me gustaría

tener.

Sobre sus cabezas, gruesas vigas de madera sostenían el tejado del pajar. Por algunos agujeros minúsculos se colaban rayos de sol, que pintaban puntitos luminosos en el techo, flechas de luz que eran sutiles y fuertes como los anhelos que habían ido naciendo en el interior de Aurelio desde el primer día que la vio y se enamoró de ella.

—Contigo imagino lo que es un hogar —le confesó, mientras observaba los muros de piedra, la luz del sol que los envolvía, las vigas de roble que apuntalaban el tejado.

Giró la cabeza para contemplar el rostro encendido de Delia. Le acarició la frente, los párpados, las mejillas, los labios cálidos.

—Me gustaría tener una familia contigo —pronunció, expresando al mismo tiempo una petición, un deseo y un sueño.

Y ella incorporó el torso, apoyándose en uno de los brazos, y soltó con entusiasmo:

—Pues casémonos.

Eran dos muchachos. Ella acababa de cumplir los veinte años; y él era unos meses más joven todavía.

—Podemos construir nuestra casa en este lugar —soñó Delia—. Tendremos hijos. Y nos calentaremos las noches de invierno alrededor de la chimenea.

Delia se inclinó sobre él, le sujetó el rostro con las manos y, mirándole fijamente a los ojos, repitió con pasión:

—¡Casémonos!

Primavera de 1939

PASARON LOS DÍAS, los meses y las estaciones. Seguía la guerra. Y en Valdeálamos todos deseaban que aquello acabase cuanto antes. La rebelión militar había desencajado la vida de las gentes. La rutina cotidiana era solo aparente. Porque la vida no era tranquila.

En la casa de Antonio habían terminado de cenar. El Moreno y él estaban en la cocina, sentados en taburetes frente a la chimenea. Hacía frío al anochecer durante aquellos primeros días del mes de marzo. Antonio se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Nos vamos esta noche. Túmbate vestido sobre la cama y yo te avisaré.

Era pasada la una de la madrugada cuando Antonio apareció en la alcoba que el Moreno compartía con su mujer, le zarandeó el hombro y le urgió:

—Vamos. Tienes que levantarte.

Se incorporó sigilosamente, tratando de no despertar a Delia, que dormía a su lado.

Cuando salieron a la calle, el cielo estaba oscuro y sin luna. Apenas se veía entre las sombras. El Moreno tuvo la misma sensación de ceguera que cuando bajaba al sótano de la bodega sin luz. Se puso detrás de Antonio y lo siguió, sin decir nada. Solo oía el soplo de su respiración y el roce de las pisadas en el suelo de tierra. Hacía frío. La noche tenía un extraño silencio de cementerio.

Estaban cerradas las puertas de las casas y las contraventanas de madera. Todos dormían y nadie pudo ver a esas horas las dos sombras que salían sigilosas del pueblo por la senda de los corrales.

Antonio se detuvo en la última corraliza. Abrió la puerta, se volvió hacia el Moreno y le dijo:

—Espera aquí.

Apareció enseguida, volviendo de la oscuridad del corral con un saco lleno de trigo.

—Al hombro —le ordenó, sin más.

Volvió a entrar y salió al rato con otro saco idéntico. Cerró la portezuela, se cargó su saco a la espalda y echó a andar. El Moreno lo siguió, y así fueron los dos, en silencio, uno detrás del otro, como dos almas en pena en medio del campo solitario y oscuro.

Dejaron la senda y se desviaron hacia el monte. Caminaban protegidos por la noche y por la espesura de los árboles. Solo delataba sus pasos el chasquido de la carrasca seca que se amontonaba en el suelo.

Estuvieron andando cerca de una hora, hasta que cruzaron el monte, descendieron la ladera y llegaron al lugar en el que estaba construido un molino. Allí había un salto de agua, que resonaba al caer con fuerza en medio de la oscuridad. No se veía nada. Solo se oía el rumor del agua, que se iba haciendo más intenso conforme se acercaban a él. En la profundidad de la noche aquel molino solitario parecía un paraje abandonado.

Antonio dio unos golpes en la puerta del molino y al rato se oyó cómo alguien levantaba al otro lado la madera que trancaba la entrada.

—Traemos esto para moler —dijo en cuanto apareció el rostro adormilado del molinero.

Entraron y el Moreno vio por primera vez las muelas de piedra que trituraban el cereal.

—Tened cuidado —les advirtió el molinero—. Estos días andan vigilando el monte.

Antonio volcó el trigo en la cubeta de piedra. Comenzó a oírse el sonido ronco de las ruedas que rompían los granos de trigo, mientras en otro saco iba cayendo el polvo blanco de la harina.

El molinero apartó para él dos latas de harina de un celemín de cada saco molido. Luego los cerraron atándolos con una cuerda, los

cargaron otra vez al hombro y salieron. Volvió a advertirles desde la puerta:

—Los guardias andan estos días por el monte.

Enfilaron el mismo camino por el que habían llegado. Antonio iba delante y el Moreno detrás. Antes de entrar en la espesura donde se hacía más cerrado el monte, Antonio se detuvo, para cambiar el saco al otro hombro. Oyó un ruido. Prestó atención, extrañado por el crujido de las hojas secas. Se quedó quieto. No hacía viento. Nada movía las ramas de los árboles ni las hojas de las encinas alrededor de ellos; y sin embargo, se oía el chasquido de la carrasca cerca, que era el ruido en el suelo de unos pasos siguiéndolos.

—¡Aprisa! —ordenó Antonio, mientras se cargaba el saco a la espalda y recorría el sendero a zancadas.

Al correr, se oía crujir las ramas rotas a su paso, que los delataban en el silencio de la noche.

—¡Alto! —les ordenaron desde lejos.

—Es la pareja de la guardia civil —dijo Antonio en voz baja; y añadió—: Sigue. No te detengas.

El Moreno sorteaba como podía las ramas bajas de los árboles y seguía a Antonio procurando no separarse de él, en medio de aquella oscuridad impenetrable del monte. Comenzó a sentir fatiga. Respiraba con dificultad. No veía dónde pisaba ni sabía por dónde tenía que ir. Se habían salido de la senda y cruzaban entre arbustos y encinas. Hasta que al rato Antonio se detuvo, se retiró a un lado para dejarle pasar y le dijo:

—Entra aquí.

En la ladera había una oquedad que formaba una boca negra en medio del monte.

—¡Vamos, entra! —le apremió.

Había una humedad cálida en el interior de la tierra. Antonio entró tras él, lo adelantó y le dijo:

—Sígueme.

Encendió el chisquero que llevaba siempre en el bolsillo. Era una pequeña rueda metálica que al rozar la punta de una piedra de pedernal hacía saltar la chispa para encender la brasa en un cordón

trenzado. Chasqueó la piedra, sopló sobre la brasa que se había encendido en la mecha y con ese mínimo resplandor se introdujo en el interior de la cueva y avanzó por ella, tanteando con la mano la pared. A trechos tenía que andar encorvado, pero no se detenía.

Fue un trayecto penoso, andando a oscuras, golpeándose con los salientes de las rocas. El Moreno respiraba sofocado por el asma y necesitaba salir pronto de aquel agujero de humedad para no desvanecerse allí mismo. Cuando llegaron a la entrada que daba acceso a la cueva desde otro punto de la colina, notó el frescor limpio del aire al sentirse de nuevo en medio del monte, pero sus pulmones eran ya un fuelle oxidado.

Seguía la noche cerrada y no había aún en el cielo indicios del amanecer cuando llegaron al pueblo. El Moreno no podía más, se asfixiaba, necesitaba descansar y que se le pasara el ataque de asma que le había provocado la carrera.

Antes de entrar en el pueblo, dejaron los dos sacos escondidos en el mismo corral del que los habían cogido. En los próximos días Antonio vendería la harina de manera furtiva en el mercado negro. Con esos sacos podían cocerse hogazas de pan para quitar el hambre de varias semanas.

Llegaron a casa como otras veces, cuando aún todo eran sombras y oscuridad. En cuanto amaneció, ya estaban levantados a la misma hora de todos los días, para evitar sospechas.

Mientras, en el monte, dos guardias civiles seguían vigilando la boca de una cueva en la que estaban seguros de haber visto entrar a dos estraperlistas a los que seguían los pasos.

—Ya saldrán —se animaban entre ellos, haciendo un gesto burlón de astucia—. No se van a quedar ahí todo el día…

—Saldrán si no se los han almorzado ya los osos de la cueva —añadió uno de ellos.

Y los dos se rieron con picardía.

Eran días de penuria y escaseaban los alimentos después de tanto tiempo de guerra. La cosecha ese año no había sido abundante:

pocas semillas, abono escaso, ninguna maquinaria y una sequía prolongada aumentaron la miseria. Eso se decía. Las cosechas de trigo las gestionaba el Servicio Nacional, que establecía lo que podía moler cada familia. Con la poca harina que les adjudicaban tenían que amasar el pan para todo el año. El resto era hambre.

Ese mismo día, al atardecer, subía Antonio con prisa por el camino de los huertos. Andaba rápido, para llegar a casa antes de que se echara la noche. Caminaba en la penumbra y no vio a la persona que se acercaba desde el final de la senda hacia donde estaba él. Iba abstraído, pensando en las plantas raquíticas de cebolla que acababa de trasplantar.

Frente a él se encontró de repente y de manera imprevista con don Rafael. Ambos se tenían un recelo mutuo, que la guerra había acrecentado. En Valdeálamos, don Rafael era en esos años el encargado de apuntar las fanegas de trigo que cada vecino amontonaba en las eras. Era el veedor del municipio. Su informe sobre lo que había cosechado cada uno lo mandaba a la Fiscalía de Tasas, y, sobre esos datos, cada agricultor tenía que entregar al Servicio de Abastos la mayor parte de la cosecha, a un precio tasado, que siempre era muy inferior al precio del mercado. A cada familia le dejaban solo un pequeño porcentaje de la recolección, que nunca era suficiente para cocer pan para todo el año.

Cuando vio a don Rafael a unos pasos, Antonio hizo un gesto de fastidio. Si hubiera tenido tiempo para rectificar, lo habría evitado; pero ambos se encontraron frente a frente, al final del sendero, junto a una valla.

Antonio se dedicaba a moler sacos de trigo clandestinamente para las familias del pueblo que falseaban los datos de la cosecha y se quedaban con más fanegas de las que les correspondía. Cobraba bien. Era un negocio rentable, aunque se exponía a multas severas y a que le confiscaran todo el cereal.

Don Rafael sospechaba lo que estaba haciendo, pero Antonio era hábil escapando de los controles. Sabía que se dedicaba a una actividad peligrosa, pero ya se había acostumbrado al riesgo que suponía. Llevaba tiempo realizando ese trabajo y en su casa también

se habían familiarizado a convivir con él. La primera vez que lo hizo no se lo quiso revelar a nadie: ni a su mujer, ni a Delia ni al Moreno, para que no trataran de disuadirlo. Solo les dijo: «Mañana me voy a Gumiel». Y al Moreno: «Esta noche te despierto temprano, porque tienes que venir conmigo». No le contó el peligro al que se exponían, porque contaba con la lealtad del Moreno, que era fiel como los perros. En ese viaje, Rufo no le quiso ayudar a esconder a su sobrino Juan. Cuando les cerró de un portazo el ventanuco, era aún de noche y había empezado a llover. Antonio no se desanimó por el desplante. Le quedaba el segundo objetivo del viaje. «Ahora tenemos que atravesar el pueblo —le reveló al Moreno—. No cruzaremos las calles, para que no nos vean. Vamos a rodearlo por la parte de las viñas. Al final de ese camino hay una granja donde nos esperan para comprarnos estos sacos de trigo». Esa fue la primera vez que vendieron fanegas de trigo a un precio desorbitado, en el estraperlo. Entonces descubrió Antonio que aquel era un buen negocio; y desde entonces ya no había parado de dedicarse a él.

Don Rafael se detuvo al ver a Antonio, pero este siguió andando, porque no quería darle ninguna explicación ni quería responder a preguntas que podían comprometerle.

—Poco trigo va a haber este año para moler —insinuó don Rafael cuando se vieron de frente.

—Pues habrá que comer pan negro —le contestó Antonio, sin detenerse.

—La guardia civil vigila el estraperlo —le advirtió cuando se cruzaron.

—Es su deber —comentó Antonio, dándole la espalda.

—Habrá denuncias —levantó la voz don Rafael, a unos pasos de él—. Yo ya te he avisado.

Pero esas palabras no eran una advertencia, sino una amenaza.

Después de tantos meses de guerra, la espera del final estaba impregnada de una extraña ansiedad colectiva. La Tierra no había cambiado sus leyes: seguía imperturbable la alternancia de los días y

de las noches y cumplía puntualmente el orden previsible de las estaciones. Pero aquellos eran días anómalos: en Valdeálamos la escuela estaba cerrada; la tienda, mal abastecida; y la gente esperaba con angustia las noticias que llegaban cada día del frente.

Doña Berta bordaba en el cuarto unos pañuelos, mientras Delia remendaba el rasguño de una camisa.

—¿Cuándo se va a arreglar esto? —se quejó doña Berta.

Y ella le respondió con una cierta ingenuidad juvenil:

—Algún día todo volverá a su sitio.

Estaban las dos solas en la habitación de la planta baja que se usaba como cuarto de planchar. Aún no se había ido el frío del invierno, que permanecía aferrado, como cada año, a las paredes de piedra de la casa. En un extremo de la habitación caldeaba el ambiente una estufa de leña.

Doña Berta era una mujer esbelta y elegante. En un pueblo donde el sol tenía que dorar cada año las espigas, quemar los tomates hasta enrojecerlos y hacer madurar las ciruelas, el rostro de las gentes tenía un color tostado. Pero ella mantenía siempre la blancura suave de la piel, moteada en verano con algunas pecas. Tenía el pelo rojizo y rizado, los ojos brillantes del color de las esmeraldas y sus labios eran una mancha roja de carmín en su rostro nevado. Todos los jóvenes de Valdeálamos la pretendían desde la adolescencia. Pero ella acabó siendo la mujer de don Rafael, cuando los dos eran todavía unos muchachos.

—No todo va a volver —comentó para sí misma doña Berta—. Lorenzo ya no volverá nunca.

Delia la miró con pena. Doña Berta estaba abstraída, encerrada en su propio mundo y en sus obsesiones. Había perdido un hijo; y había perdido al marido. Todos conocían en el pueblo las infidelidades de don Rafael; y ella, aunque fingía no saberlo o que no le importaba, en realidad lo sufría en silencio, encerrada en la hacienda.

—Emilio y Álvaro son buenos chicos —quiso animarla Delia—. Ellos le darán las alegrías que la vida le quitó con Lorenzo. Ya lo verá.

Doña Berta no levantó la vista. Aparentaba ser una mujer fuerte, pero en realidad le afligía el dolor por la ausencia de los hijos. Era orgullosa y tenía que vivir con la humillación de un marido que la engañaba. ¿Qué podía hacer en esas circunstancias, sometida, humillada y sola? Sabía que no podía huir de ese mundo; y entonces lloraba deprimida. Pero lo hacía escondida de todos, solitaria, en su habitación. No quería contar sus aflicciones a la asistenta, ni que esta la viera llorando. Le parecía que eso minaba su autoridad y el respeto que debía tenerle. No podía desahogarse con nadie, y su pena se iba haciendo una bola negra que crecía en su interior y la llevaba a la depresión y a la melancolía. Se acercó a la ventana, entornó el ventanillo y de repente la habitación cobró un aspecto de penumbra inquietante.

En ese momento, lejos de las paredes frías de la casa, un coche militar asomó por la última cuesta de la carretera; se fue acercando lentamente, con un petardeo de motor antiguo; giró para entrar en el pueblo; y se paró frente a la casa del hacendado Rafael.

Las dos mujeres oyeron el ruido del motor en la calle. Luego, el claxon. Al momento alguien llamó golpeando el pomo de bronce con urgencia.

—¡Ya vamos! —levantó la voz doña Berta—. Vaya manera de aporrear la puerta… —protestó.

Se giró hacia las escaleras para ir a abrir, pero reaccionó inmediatamente. Como si de repente se hubiera dado cuenta de su condición de señora, se paró en seco, se volvió hacia ella y le ordenó:

—¿Qué haces que no vas a ver qué pasa? Ve a abrir.

No podía Delia imaginar, mientras caminaba por el patio para abrir el portón de entrada a la hacienda, que el destino iba a remover otra vez la vida de aquella casa. Y también la suya, de una forma repentina e imprevisible.

Cuando llegó a la calle, vio parado ante la hacienda un coche militar pintado del color de las aceitunas. El soldado joven que lo conducía abrió la puerta y descendió de él. Delia miró su cara seria y su gesto adusto. Un presentimiento la llevó a pensar en Álvaro. Se alarmó, porque si una noticia proviene de la guerra suele ser para

comunicar un desenlace fatal.

Álvaro se había alistado en el ejército de los sublevados. Fue encuadrado dentro del personal médico. Al principio lo destinaron a la retaguardia de los hospitales que atendían a los heridos del frente de Madrid. Cuando se asentaron las defensas en la capital y se estabilizaron las líneas de ambos ejércitos, las necesidades en otros frentes se hicieron más perentorias. Entonces lo trasladaron a un hospital de campaña en Aragón. Eso es todo lo que sabía su familia, por alguna carta que él les había mandado.

El soldado que conducía se bajó del coche, se fue hacia la otra puerta, la abrió y ayudó a bajar a un hombre, que apareció envuelto en una manta. Se apoyó en él penosamente y comenzaron a andar los dos hacia la puerta de la casa.

Delia se quedó pasmada cuando lo reconoció. Estaba demacrado, sin afeitar, con la cara seca por la delgadez. Se le veía agotado. Tenía la mirada lánguida y entristecida. Pero era él. Era Álvaro, que regresaba.

Delia se quedó mirándolo desconcertada. Se acercó hacia los dos hombres, iba a sujetar a Álvaro, a abrazarlo, a decirle cuánto se alegraba de que estuviera allí, cuando el soldado que lo acompañaba vio su delantal de sirvienta y le indicó secamente:

—Avise a alguien de la familia para que vengan a hacerse cargo del alférez.

Y ella, a su pesar, se giró y volvió a entrar en la casa para comunicarle la noticia a doña Berta. Desde la puerta gritó:

—¡Doña Berta, doña Berta! ¡Qué ha llegado Álvaro! ¡Y está vivo!

Así se comporta a veces la vida. Como en unos vasos comunicantes, mezcla con un criterio indescifrable venturas y desgracias. Les había robado un hijo la muerte, pero el destino les devolvía otro en medio de la guerra. Solo que a este lo recibían en un estado deplorable.

Álvaro permaneció durante varios días en la cama, adormecido y al

borde del agotamiento. Doña Berta le encargó a Delia que mantuviera siempre su habitación bien ventilada.

—Padece una enfermedad contagiosa —le aclaró—. Y si no lo haces así, podemos acabar todos enfermos.

Ella entraba sigilosamente en la habitación y hacía lo que doña Berta le había encomendado: dejarle un vaso de leche caliente en la mesilla, con un par de bizcochos, vigilar un rato su sueño, para comprobar que estaba descansando, ordenar la habitación y abrir la ventana para que se airease.

Ventilar la habitación era la principal preocupación de doña Berta. Álvaro les contó, mientras se desmoronaba exhausto sobre la cama, con una tos ronca y seca que le arrancaba los bronquios, que sufría una enfermedad pulmonar; y doña Berta pensó inmediatamente en la tuberculosis, mortal y contagiosa. «Dios mío —pensó—, qué desgracia nos ha caído encima». Lo tuvo claro desde el principio: si Álvaro no se recuperaba, moriría de tuberculosis; y con él, todos aquellos a los que hubiera contagiado. Así que le advirtió a ella desde el primer día:

—Que no pase más de una hora sin que abras un rato la ventana. Hay que ventilar para que no nos contagiemos.

Doña Berta evitaba acercarse a la habitación. Pero Delia entraba con frecuencia y abría el balcón, para que penetrase el aire de la primavera en aquel cuarto donde reposaba enfermo Álvaro, que había vuelto con un aspecto tan desvalido. No lo hacía solo porque se lo hubiera ordenado doña Berta, sino sobre todo por la salud de él, cuya fragilidad le inspiraba una profunda compasión.

Entraba en el cuarto, se acercaba sigilosa hasta la cama y se quedaba mirando la respiración agitada de Álvaro, tapado con el embozo hasta el cuello. Se fijaba en su frente despejada, con el peinado echado hacia atrás; observaba los pómulos hundidos del rostro, que eran señales del hambre y del cansancio que había sufrido; miraba con asombro el bigote militar que se había dejado crecer durante esos años; y se quedaba abstraída contemplando la expresión serena y hasta amable de ese rostro dormido.

Así estaba cuando él abrió los ojos y la vio por primera vez desde

el día de su regreso. Ella, de pie junto a la cama, mirándolo tranquila, dibujó una sonrisa y le preguntó:

—¿Cómo estás?

Él la observó con un gesto de incredulidad.

—Muy cansado —le dijo.

—Voy a abrir la ventana un rato y te dejaré que descanses.

Así lo hizo, como lo había hecho otras veces antes mientras él dormía. Salió de la habitación y cerró la puerta.

Pero Álvaro esa vez ya no pudo dormirse. Esperó impaciente hasta que volviera y, en cuanto oyó pasos al otro lado de la puerta, no pudo evitar el gesto instintivo de llevarse la mano a la cabeza, para ordenarse el cabello hacia atrás, peinándolo.

—Tienes buen aspecto —lo saludó ella, para animarlo, cuando lo vio despierto.

Cerró la ventana, y ya se disponía a marcharse, cuando él le pidió:

—Quédate un rato, por favor. Hace mucho tiempo que no hablo con nadie.

Ella cogió una silla que estaba junto a la pared, la acercó a la cama y se sentó.

—¿Qué tal te encuentras? —se adelantó a preguntarle.

—No muy bien; ya ves.

—Tu madre dice que tienes tuberculosis.

Álvaro amagó una sonrisa por primera vez.

—No, no tengo tuberculosis.

—Pues entonces ¿qué tienes?

—Neumonía —precisó—. Y cansancio crónico.

—Vaya… —se lamentó ella—. ¿Y cómo lo has cogido?

—En Teruel. Este invierno.

—¿Has estado en Teruel?

—Sí; en un hospital de campaña. Aquello fue un espanto.

Álvaro cerró los ojos, se llevó la mano a la frente y se frotó los párpados con los dedos. Comentó:

—No puedes imaginarte lo que es vivir a la intemperie en la montaña… Todo cubierto de nieve y helado… Y estar allí, días y

noches, muertos de frío.

—¿Cuántos días estuviste? —se interesó ella.

—Ni lo sé… Pero más de dos meses. Nadie sabía ya que día era; ni nos importaba. Solo sentíamos frío. Mucho frío. Hacía tanto frío que los hombres morían congelados en los puestos de vigilancia. Se quedaban tiesos. Y cuando iban a relevarlos eran una columna de hielo.

—¡Qué horror!

—Hasta 20 grados bajo cero llegó el termómetro. Soplaba una ventisca que recorría la ladera de los montes como si fuera un cuchillo de hielo.

Álvaro respiraba con dificultad. De vez en cuando se paraba para llenar de aire los pulmones malheridos. Pero necesitaba hablar. Después de muchas horas de silencio quería contar lo que había vivido. Y Delia lo escuchaba con afecto.

—Una noche hacía tanto viento y tanto frío que nadie se podía dormir. Estábamos en una tienda de lona. Nos levantamos todos, y estuvimos moviéndonos sin parar, recorriendo la tienda de un lado a otro. Dando vueltas una y otra vez, como locos, para que los pies no se nos helaran.

—Y allí pillaste la enfermedad.

—Allí cogí un enfriamiento terrible, que no pude curar. Porque no había capotes para todos; ni tapabocas ni pasamontañas que nos protegiesen. No había mantas suficientes. Y aquello derivó en una neumonía severa. Y así estoy.

Ella hizo ademán de levantarse, mientras le recomendaba:

—Necesitas descansar.

—No, no —la interrumpió—. Me viene bien charlar un rato. No te vayas, por favor.

Lo miró y se quedó quieta, prendida a esos ojos negros, suplicantes, que le transmitían franqueza.

—Había soldados que iban calzados con alpargatas —rememoró él—. ¡Sobre la nieve! Y fíjate si haría frío que se helaron todas las tuberías de abastecimiento de agua. Cada día se reventaban los depósitos de los camiones por el hielo. No podían moverse los

carros blindados ni los aviones, por el frío. ¡Y los soldados, con alpargatas…!

—¿Y tú qué hacías? —le preguntó ella.

—¿Yo qué hacía? Estaba como médico en el frente. Y hacía lo que podía. El hospital era un pabellón de lona, con tres mesas que servían para practicar los primeros auxilios de urgencia. Las camillas eran dos palos y una tela. En esas angarillas nos trasladaban a los heridos desde el campo de batalla a la tienda que usábamos como hospital. Les dábamos anestésicos y amputábamos pies helados, una pierna partida, un brazo amenazado de gangrena. Vendábamos heridas, desinfectábamos, intentábamos cortar las hemorragias. Porque a veces no había tiempo ni medios para trasladarlos a un hospital de la retaguardia. Algunos se nos morían allí mismo, desangrándose.

Ella hizo un gesto de dolor, impresionada, pero Álvaro no se percató, mientras miraba abstraído a la pared.

—Algunos heridos venían con las manos congeladas. No podían ni apretar el gatillo del mosquetón. Lanzaban las granadas arrancando la espoleta con los dientes, porque no podían hacerlo con los dedos helados.

—Mejor olvidarlo todo —le recomendó ella.

Pero él mostró su desacuerdo:

—No, no; es mejor contarlo. Necesito sacar fuera todo ese horror para que no se me pudra dentro.

Los dos permanecieron un momento callados. Ella se quedó pensativa y volvió la cabeza hacia la ventana buscando la luz.

—Era una guerra de trincheras —siguió él—. Una batalla de ataques y de contraataques, que duró dos meses, en la que había que defender cada loma hasta la muerte.

—¿Cuántos murieron? —volvió a preguntarle.

—No lo sé. ¿Cincuenta mil hombres entre los dos bandos? Vete a saber…

—¡Qué barbaridad!

—Y los cientos de heridos… Y los prisioneros…

Calló un momento, antes de añadir:

—Yo ya sé lo que es el infierno: ¡aquello fue el infierno!

—La guerra —dijo ella—. La guerra es el infierno.

Pero él no la escuchó, porque estaba absorto en su propia pesadilla.

—Avanzábamos, y nos encontrábamos los cuerpos de los enemigos que habían muerto defendiendo aquella posición. Retrocedíamos, y ahí estaban los nuestros que habían caído en el asalto. Sobre la nieve eran todos lo mismo: cadáveres abandonados.

Álvaro cerró los ojos cansado y, al volver a abrirlos, se quedó mirando el rostro de Delia, como si la descubriera entonces. Como si no la hubiera visto hasta ese momento. Era realmente hermosa. Así la recordaba él: con ese corte de pelo corto y rebelde. Y con esa expresión de su rostro: decidida y segura de sí misma.

—¿Y tú qué tal estás? —le preguntó—. ¿Te has trasladado a vivir a esta casa, como Cándida?

—No, Cándida ya no trabaja aquí —le informó—. Hace tiempo que se fue a casa de su hermana.

—¿Entonces ahora vives tú aquí en vez de ella?

—No. Yo sigo viviendo en mi casa. Vivo con mi marido.

Esas palabras le desconcertaron. Le sorprendió tanto enterarse de que estaba casada, que instintivamente sintió una cierta decepción. Como si en ese instante hubiera perdido alguna imprecisa oportunidad.

Hubo un momento de silencio. Denso. Turbador. Hasta que Álvaro preguntó:

—¿Y quién es tu marido?

—Aurelio —dijo ella.

—No lo conozco. ¿De dónde es?

—Le llaman el Moreno —le aclaró.

—Ah… El muchacho que ayudaba a tu padre en la cosecha. Lo recuerdo, sí.

Álvaro se fijó en sus ojos negros, profundos, llenos de vida, en los que merecía la pena perderse para siempre.

Aquellos días confusos dejaron en la memoria de la gente de Valdeálamos algunas escenas que, pasado el tiempo, iban a cobrar un significado imprevisto. La imagen de un médico joven que estuvo a punto de perder la salud y la cabeza entre heridos de guerra, que le llegaban rotos y ensangrentados del frente de combate. Un hombre enfermo al que evacuaron a su casa justo a tiempo. Un cuerpo deshecho que apartaron allí para que volviera al ejército en cuanto se recuperase. Días de cama y de agotamiento. Mañanas de convalecencia, sentado en una silla, frente al balcón. Algunos paseos tímidos, cuando asomaba el sol de abril y entonces se veía la silueta encorvada de un hombre enfilando en solitario la carretera monótona…

El pasado es solo una acumulación de imágenes. Eso es lo que nos queda de todo lo que vamos viviendo: recuerdos, evocaciones, fotos fijas que se estancan en la memoria y nos dicen lo que hemos vivido. Con ellas construimos nuestra historia. Y así iban a recordar durante mucho tiempo a Álvaro en Valdeálamos: mediante una cadena de imágenes que representaban la recuperación de un hombre enfermo, que algunos imaginaron al borde de la muerte. Pero eso era solo una parte de lo que él vivió en aquellos días decisivos de su vida. Porque las cosas no ocurren siempre como las imaginamos.

Todos habían visto a ese hombre resquebrajado, que caminaba solo al atardecer por caminos solitarios; pero nadie conocía las muchas horas que pasó con la mujer que lo cuidó durante esos días de convalecencia. Doña Berta seguía recelando de que aquella no fuese una enfermedad contagiosa y mortal, y evitaba estar mucho tiempo junto a él. Álvaro le pedía todos los días a Delia que se sentara a su lado, junto a la ventana, mientras el aire de Valdeálamos le limpiaba los pulmones. Pasaron muchas tardes enteras juntos. Si alguien hubiera podido observarlos, habría asistido a conversaciones que ninguno de los dos deseaba terminar. Habría oído risas joviales. Habría escuchado comentarios cómplices. Se habría percatado de acercamientos tímidos, contactos fugaces, roces medidos, insinuaciones. Habría visto cómo se detenían las miradas en los

labios rojos y encendidos. Habría sido testigo de gestos de pasiones contenidas. Habría podido contemplar cómo se miran dos jóvenes movidos por un deseo que los acerca inevitablemente.

Pasó el tiempo: las horas, los días, las semanas… Hasta que un día comenzaron a tocar las campanas a una hora desacostumbrada. Ella estaba en el cuarto de la plancha y se sobresaltó. Las campanas en Valdeálamos lo anunciaban todo: si había fuego o tormenta, si era la hora de comer o de rezar, si alguien se casaba o había muerto. Se quedó escuchando atenta. ¿Qué ventura o qué desgracia anunciaban esos repiques? Estaba dilucidando el sentido de aquel tañido de campanas, cuando entró Álvaro en el cuarto como un vendaval.

—¡Se ha acabado la guerra! —exclamó.

Y al momento estaba saltando; y se acercó, le agarró las manos y se puso a brincar, festivo. Luego, dejándose llevar por el entusiasmo, se acercó más a ella, la agarró los hombros y le dio un beso en los labios.

—¡Qué se ha acabado la guerra! —le dijo, mirándola a la cara, con los ojos grandes de júbilo.

Ella sonrió, sin euforia. Álvaro se dirigió hacia la puerta con la misma prisa con la que había entrado, y no pudo escuchar lo que Delia comentaba entonces:

—Sí, se ha terminado la guerra… ¿Y ahora qué?

2 de agosto de 1939

AQUELLA MAÑANA Delia comenzó a impacientarse cuando vio que pasaban las horas y él no aparecía. Lo esperaba en la cama desde antes del amanecer. Siempre oía el golpe de la puerta al cerrarse, cuando aún era de noche; y ese era el indicio de que todo había ido bien y de que la entrega clandestina se había cumplido sin incidentes. Pero ese día amaneció y no hubo en la casa más que silencio.

Pasó las horas con inquietud. Delia sabía que durante el día él no podía moverse sin que lo descubrieran. La noche lo encubre todo: difumina los rostros y convierte en una sombra irreconocible a quien se mueve sigiloso por los senderos del monte. Pero si le sorprende la luz del amanecer, no puede hacer otra cosa más que esconderse y esperar el momento propicio para salir de la madriguera.

Durante toda la mañana estuvo impaciente, dudando si sería oportuno ir a buscarlo. ¿Dónde estaba?, se preguntaba nerviosa. ¿Qué le había ocurrido? Y conforme iba pasando el tiempo, le inquietaba cada vez más el temor de que hubiera sido descubierto.

Al mediodía, cuando todos estaban en sus casas protegiéndose del sol tórrido durante la comida, Delia ya no pudo aguantar más.

—Algo le ha ocurrido —le dijo preocupada a Antonio.

—Le habrán detenido —vaticinó. Y renegó golpeando con el pie en el suelo, mientras pronunciaba un improperio—. Joder!

—¿Y si lo han herido?

—¡Cagüen todo! —se desahogó furioso y enrabietado—. Ya voy

a buscarlo.

No se movía una brizna aquel mediodía ardiente del mes de agosto. Nada más salir de casa, sintió el sofoco del aire cálido y experimentó la misma sensación de asfixia que cuando entraba al horno encendido donde el panadero cocía las hogazas de pan.

Cruzó las calles desiertas y llegó hasta la hacienda de don Rafael. Nunca habían mantenido buenas relaciones, pero su trato había empeorado tras la Guerra Civil, que hizo surgir entre ellos rencillas y desavenencias. La muerte de su hijo Lorenzo había convertido a don Rafael en un hombre enojado y vengativo. Antonio pasó deprisa junto al muro de piedra de la hacienda. Iba sudoroso y lleno de ira. Pensó en don Rafael con desconfianza. La gente que vivía en esa casa no era de fiar. En aquellos días más que nunca, todo eran sospechas y recelos.

Y sin embargo, fue desde ahí, nada más doblar la esquina de la hacienda, desde donde Antonio vio el cuerpo del Moreno apoyado en un álamo que crecía junto al camino. Tenía una herida en la cabeza. Al lado estaba el charco de sangre que había teñido de rojo el polvo, la maleza y las hierbas secas de alrededor. Alguien le había dado un golpe y había arrastrado su cuerpo para dejarlo abandonado junto al tronco del árbol.

Desde las casas del pueblo no se podía ver lo que ocurría en el camino de las huertas. Pero en la hacienda había ventanas desde las que se veía ese recorrido. Desde ellas se podía vigilar la llegada de una persona por el sendero. Se podía ser testigo de un ataque, de un asalto o de un robo. Don Rafael tenía que saber qué había sucedido junto a su casa, porque desde esas ventanas podían oírse las voces de cualquiera que pidiera socorro; y también, los gritos de pelea. El silencio para no contar esos detalles podía estar encubriendo un crimen. Eso es lo que pensó la gente desde el primer momento en Valdeálamos. Cuando se produjo la muerte del Moreno, en la casa estaba don Rafael; y cuando le preguntaron los guardias civiles que investigaban el suceso, contestó que él no había oído nada, aunque el balcón de su habitación estaba abierto al camino donde lo encontraron. Y lo mismo respondió Álvaro.

Colocaron su cuerpo, con la herida aún abierta en el cráneo, tumbado encima de la cama de la alcoba, con la rigidez de la muerte. Cuatro personas velaron durante toda la noche el cadáver: Delia, Antonio, Amparo y un hombre de la cofradía de la Buena Muerte. Delia estaba desolada, mirando en silencio la cara del Moreno, que había empezado a teñirse con la palidez de la muerte. No había pronunciado ninguna palabra desde que llevaron allí su cuerpo. Miraba abstraída su rostro, incapaz de explicarse lo que había pasado. Tenía colapsado el corazón, las lágrimas, la ira, los deseos y las palabras.

El hombre de la cofradía se acercó a ella:

—Le acompaño en el sentimiento —le dijo, plantado ante ella, firme como un árbol, serio como un sepulturero.

Y ella lo miró, sin reaccionar, contemplándole en silencio, como si no lo conociera, sin saber qué hacer, sin decirle nada, hasta que él se dio media vuelta y se acercó al cuerpo sin vida del Moreno. Los miembros de la cofradía se comprometían a asistir a las familias que sufrían un fallecimiento y acompañarlas en el velatorio. Era un gesto piadoso. Los cofrades tenían el doloroso encargo de ayudar a los difuntos a recorrer el penoso tránsito desde la vida hasta el más allá. Ellos se encargaron de amortajar el cadáver del Moreno, acompañar el duelo y el velatorio, fabricar el ataúd de madera, cavar la tumba con pico y pala en la tierra del camposanto…

Al día siguiente, Delia quiso estar presente mientras colocaban el cuerpo del Moreno en el ataúd, encima de la cama en la que dormían juntos. Contempló el rostro del Moreno impávida, demacrada, inexpresiva, como si fuera ella el cadáver que debían enterrar. Varias personas llevaron el féretro sobre los hombros hasta la iglesia, y ella iba detrás, con la cabeza cubierta con un velo negro. Durante el funeral estuvo mirando todo el rato la superficie amarillenta de aquella caja en la que desaparecía para siempre el hombre al que había querido tanto.

Antonio y los cofrades portaron el ataúd hasta el cementerio. La luz del crepúsculo proyectaba las sombras del cortejo sobre el camino. Eran alargadas, lúgubres, inquietantes. Al depositarlo en la

tumba que habían cavado ese día, Delia cogió un puñado de tierra, se lo llevó a los labios, lo besó, se acercó al abismo de la fosa y lo dejó caer sobre el féretro. Uno tras otro, fueron acercándose los demás, y en el silencio resonó el eco triste de los terrones que rebotaban sobre la caja de madera. Cuando finalizaron, los cofrades taparon la fosa echando paletadas de tierra sobre el ataúd. En medio del silencio crepuscular, en la ladera del camposanto solo se oía el llanto de las mujeres, el rechinar de las palas al rozar alguna piedra y el chasquido seco de la tierra al caer sobre el ataúd. Delia miraba absorta cómo caía el polvo seco y los terrones al precipicio oscuro de la tumba.

Como si fuera una autómata, Delia recorrió en silencio el camino desde el cementerio hasta la casa. Al cruzar bajo el dintel la envolvió el vacío sepulcral de las paredes. Recorrió la penumbra del pasillo y entró en la habitación en sombras. Esa noche, cuando se acostó en la cama, se dio media vuelta buscando el cuerpo del hombre con el que había dormido los últimos tres años. Alargó el brazo, palpó con las manos el vacío que había dejado su cuerpo y entonces un escalofrío le recorrió la espalda. Notó cómo un océano le nacía en el vientre, le subía por el estómago, le comprimía los pechos, le ahogaba la garganta y le estallaba en los ojos un sollozo incontenible.

—¡Aurelio! —gritó.

Cerró los puños y golpeó las sábanas con fuerza, mientras lloraba desconsoladamente:

—¡Aurelio! ¡Aurelio! ¡Aurelio!

Su llanto fue durante toda la noche un río de dolor, que afligió a las golondrinas asustadas en los nidos que colgaban del alero del tejado. Hizo temblar de tristeza a las palomas que anidaban en la pared del desván. Y desveló a las crías de los gorriones que piaron hasta el amanecer, angustiadas en la oscuridad.

La muerte del Moreno, abandonado al pie de un árbol con un golpe en la cabeza, turbó la quietud de las gentes de Valdeálamos. Hubo

rumores y se airearon comentarios que aumentaron la zozobra de aquella mujer que se quedaba viuda tan joven. «Algo habrá hecho», decían algunos a sus espaldas.

Todos sabían lo mucho que se amaban aquellos dos muchachos que se habían casado en medio de la guerra. Les causaba extrañeza verlos pasear juntos al atardecer por los senderos del campo. Los matrimonios en Valdeálamos no salían a la calle agarrados de la mano. Cada uno entretenía su tiempo de ocio independiente del otro. Y a ellos, sin embargo, muchos días se les veía juntos; se les veía reír; y se les veía abrazarse sin ningún pudor. Eran demasiado jóvenes, decían: unos niños a los que les había unido la soledad, la incertidumbre y el miedo de la guerra.

A los pocos días de la muerte del Moreno, Álvaro, que había empezado a ejercer de médico en Valdeálamos, se presentó frente a Delia, en la cocina de la hacienda donde ella no había dejado de trabajar. Álvaro la vio esos días transitar por los pasillos desolada, sin ánimo, sin la vitalidad que tuvo siempre; y sintió la obligación de animarla. Se acercó a ella y la miró compadecido.

—Tienes toda la vida por delante —le dijo.

—Lo sé. Pero ya no será igual…

—Aunque las cosas cambien, tienes que seguir viviendo.

Delia inclinó la cabeza, apenada.

—Solo una cosa nos mata en vida —añadió él, que se había acostumbrado en la guerra a convivir con la muerte—, y es la desesperanza. Tú no desesperes. Tienes toda la vida por delante.

Ella levantó la cara y lo miró con serenidad:

—No te preocupes. Estoy bien.

Pero no pudo evitar que se le entristeciera el rostro y comenzara un sollozo contenido, manso como la lluvia en invierno. Álvaro sintió el impulso de acercarse a ella y de abrazarla; pero una extraña sensación de respeto le hizo contenerse. ¿Cómo tranquilizar a una mujer que acaba de perder al hombre que quiere? ¿Qué palabras se deben pronunciar entonces? ¿Cómo darle un poco de consuelo?

—Tienes que ser fuerte —insistió—. No te desanimes.

—Lo sé, Álvaro… No te preocupes.

Sí, ella era una mujer fuerte, pero la vida se le había roto repentinamente, sin avisarla. Le habían arrebatado a la persona que más necesitaba en ese momento. Álvaro era el único en el pueblo que sabía por qué, el único que conocía su secreto. Él le agarró la cara con las dos manos y le dijo mirándola a los ojos:

—No mires atrás. Mira hacia adelante: ahí es donde está la vida.

Delia se secó las lágrimas con un pañuelo y cerró los ojos emocionada. Quiso contener su llanto, pero estaba conmovida. ¿Qué iba a ser de su vida a partir de entonces? ¿Cómo iba a afrontar lo que sucediera en los próximos meses? Entonces ya no pudo más, estalló en sollozos, se inclinó hacia él, buscó el consuelo de sus brazos, abandonó la cabeza en su hombro y añadió entre lágrimas:

—No es fácil acostumbrarse a vivir sin alguien. Éramos muy felices juntos.

A partir de entonces todo se fue sucediendo de una manera accidentada en la vida de Delia, en la historia de su familia y también en la historia de Valdeálamos, que aún queda en la memoria de algunos supervivientes de aquellos días de niebla. Transcurrieron unos meses y cuando la noticia comenzó a conocerse en el pueblo, todos reaccionaron con desconcierto. Nunca había ocurrido algo igual, ni allí ni en los pueblos de alrededor, y aquel suceso fue el más escandaloso que se produjo en Valdeálamos durante esos años. La gente se quedó atónita cuando comenzó a comentarse de boca en boca, con expresiones de asombro y de incredulidad, que Delia iba a casarse con Álvaro.

«Han pasado solo unos meses desde que enterró a su marido y ya va a compartir su lecho con otro», criticaban las mujeres a sus espaldas. «No ha guardado el tiempo de luto», añadían. «A Lola le mataron al marido en el frente hace dos años y sigue vistiendo de negro, y ni va a las fiestas de los pueblos, ni a bailes ni a nada».

Cuando se cruzaba con la gente por la calle, la miraban con recelo. Notaba los gestos de reproche de las mujeres. La picardía de los hombres. El desprecio. En poco tiempo los vecinos habían

cambiado la conmiseración hacia ella por la condena.

Entró en casa compungida. Antonio la vio, se detuvo ante ella y le dijo:

—Tú no hagas caso de nadie. ¡Es tu vida!

Se acercó a ella, le puso una de sus manos en el hombro, le levantó el mentón con un dedo de la otra mano y le repitió, mirándola fijamente a los ojos:

—Si hacemos lo que quieren los demás, siempre estaremos sometidos a ellos. Tú no hagas caso.

Y ella le contestó con firmeza:

—No me importa nada lo que piensen los demás. Ya lo sabes. Cuanto más reparo veo en sus ojos, más segura estoy de lo que tengo que hacer. ¿Y sabes por qué?

Calló un momento, levantó las cejas, abrió los ojos para que se le llenaran de luz y dijo:

—Porque sé que esto es lo que él desearía que hiciese.

Álvaro se lo había comunicado unos días antes a sus padres, al acabar de comer, cuando estaban los tres solos en la sala: don Rafael, sentado, con una copa de *brandy* en la mano; doña Berta, hojeando una revista; y él, mirando el rayo de luz que entraba por la ventana, mientras repasaba mentalmente las palabras que quería decirles. No fue una conversación tranquila. No es difícil imaginar la tensión que se produjo en aquella sala, que estaba un poco en penumbra, con los ventanillos entornados para que el sol no dañara los muebles de nogal. Con tono reposado les transmitió lo que había decidido.

—¿Casarte? —Lo miró doña Berta con ojos espantados—. ¿Con ella?

—Sí —confirmó él.

—Si es la criada… —fue el primer reparo.

—¿Y qué?

Fue tal la sorpresa para doña Berta, que no reaccionó en ese primer momento.

—¿Cómo que y qué? —intervino el padre—. No tiene dote, no

tiene hacienda, no tiene familia, no tiene dónde caerse muerta… ¡No tiene nada!

—Bueno… —reconoció él, que ya esperaba esas recriminaciones.

Doña Berta se volvió hacia el marido y con un gesto de la mano quiso indicarle que acabara con ese desatino, con esa idea estrafalaria, con esa locura.

—Te has encaprichado de ella —añadió don Rafael—. Y te alabo el gusto —le dijo, forzando un gesto cómplice—. Reconozco que tiene buen cuerpo. Si te gusta, quédate con ella. La tienes en casa todos los días. Haz lo que quieras hacer. No necesitas casarte con ella.

Lo dijo así, y aún añadió, como si con eso pusiera fin a la conversación:

—Tienes mi permiso. Haz con ella lo que quieras.

Álvaro no esperaba una reacción tan despectiva hacia Delia. Quiso ser educado:

—No soy como tú —le dijo.

Su padre lo miró sorprendido, y reaccionó de forma airada:

—Eso es lo malo: que nunca serás como yo —le recriminó—. Mira dónde vives y todo lo que tienes. ¿Y eso gracias a quién?… Así es como soy yo; ya veremos cómo acabas tú…

Hubo después más reproches, palabras fuertes, amenazas. Se dijeron en esa conversación cosas que después nunca se olvidaron: «Despídete de la herencia», «Ya no eres nada para mí», «Antes te quiero muerto», «Nos iremos de casa»… Pero eso no cambió nada.

—Es viuda —aportó como nuevo argumento doña Berta—. Y está de luto.

—Está de luto, pero no está muerta —contestó él—. Puede casarse.

—Pero si era de los republicanos… —la acusó ella—. ¡De los otros!

Álvaro se encogió de hombros.

Doña Berta se desesperaba aún más. Miraba al marido reclamándole más contundencia. Pero don Rafael era un hombre

intuitivo. Vio que él no les estaba pidiendo ningún consentimiento y que ya tenía tomada la decisión.

—Si eso es lo que vais a hacer —quiso zanjar la conversación el padre—, os iréis del pueblo. No viviréis en Valdeálamos ni volveréis aquí en muchos años. Lejos de aquí podéis hacer lo que queráis, pero no contéis con nosotros para nada.

—No contaremos con vosotros, pero viviremos donde queramos. Yo quiero ejercer la medicina. Y de momento, nos vamos a quedar aquí —dijo firme Álvaro.

—¡Dios mío! —Se llevó las manos a la cabeza doña Berta—. ¡Qué vergüenza! ¡Qué escándalo!

Y tenía razón: aquel fue el suceso más escandaloso que se recordaría en Valdeálamos durante muchos años.

Cuando se hizo público el enlace, se leyeron en la iglesia las amonestaciones pertinentes en tres misas y unos días después se celebró la boda. En ella no participaron los padres de Álvaro y no tuvo los fastos que podía esperarse del primero de los hijos que se casaba del hombre más rico del pueblo, el que estaba destinado a heredar su hacienda. Ni siquiera estuvo en la ceremonia de la boda el único hermano que le quedaba a Álvaro, el fraile Emilio, que tuvo que huir durante la guerra desde el convento de Barcelona en el que vivía como franciscano a una misión de la orden en Nicaragua, y que vivía allí, alejado de la familia. Llegaron como invitados algunos amigos de Álvaro que vivían en la ciudad, antiguos compañeros de estudios, gente de la milicia, que despertó la curiosidad por las bandas, medallas, entorchados y corchetes con que se engalanaron. En la plaza del pueblo se estacionaron algunos vehículos y a su alrededor fisgonearon los niños llenos de asombro. Los vecinos se asomaron a las puertas de las casas para ver pasar a los desconocidos. Luego, durante días convirtieron en motivo de conversación la ropa, los zapatos, los peinados de las mujeres… Y cuando vieron a Delia subir por la calle Mayor vestida de blanco hacia la iglesia, se levantó un murmullo de asombro a su paso. Ella caminaba resuelta y serena, por medio de la calle, alta, erguida, hermosa como una Venus clásica. Cuando se encontró con Álvaro en el atrio de la iglesia, este

observó su rostro. Estaba luminoso. Su pelo negro como la noche contrastaba con el velo blanco de luna con el que se cubría la cabeza. Y Álvaro la contempló embelesado.

Segunda parte

El niño que perdió un caballo

Verano de 1943

EL CORAZÓN SE MUEVE por razones que no siempre comprendemos. ¿En qué se basa el amor? ¿Cuánto hay en él de pasión, de sacrificio, de voluntad y de deseo? La vida esconde secretos sorprendentes.

Delia y Álvaro se trasladaron a vivir a una casa junto a la plaza del pueblo que había sido ocupada en otro tiempo por el maestro. Tenía un huerto y un recogido patio interior, en cuyo centro Álvaro plantó una higuera. En verano era un lugar apacible, en el que Delia pasaba las tardes cosiendo, mientras el hijo, Luis, jugaba a la sombra de sus ramas. Álvaro se había instalado como médico de Valdeálamos y de otros tres pueblos de alrededor. Y Delia había recuperado la alegría con el nacimiento del hijo.

—Luis, mira lo que hay en la pared —lo llamó desde la cocina.

Pero él no atendió la llamada. Siguió empujando una pequeña caja de madera en la que transportaba hojas recogidas del suelo, desplazándolas de un extremo al otro. Amontonaba unas, descargaba las otras, volvía a recoger las que había llevado y las colocaba con cuidado en un montón. ¿Qué eran en su imaginación de tres años cada una de esas hojas? Aquel carromato sin ruedas unas veces acarreaba animales de un lado para otro del patio; otras veces, se convertía en carroza, a la que subía a toda su familia junta. Y allí iban todos revueltos en su fantasía: sus padres, el abuelo Antonio, el abuelo Rafael, la abuela Amparo, la abuela Berta… Su inocencia infantil era ajena a las controversias que los tenían separados.

Junto a la pared había un caballo de madera con forma de balancín. Luis había atado la cuerda que rodeaba su cabeza a una argolla del patio, como había visto que hacían los mayores cuando dejaban los mulos en la calle. Se acercó a él, lo desató, se sentó en el lomo y comenzó a cabalgar, recorriendo valles, cruzando ríos y subiendo montañas, quién sabe hacia qué destino.

Volvió a sonar la llamada de su madre:

—Luis, ven, mira: un pájaro y un perro.

Aquello sí despertó su curiosidad; bajó de un salto del caballo; no se entretuvo en atarlo al aro de la pared y fue corriendo a la cocina.

—Siéntate en ese taburete —le dijo, señalando el que estaba junto a él—. Siéntate y lo verás.

Delia se quedó de pie, detrás, en la penumbra para que no pudiera verla, y se colocó entre la bombilla y el blanco de cal de la pared. Al momento, Luis vio con asombro cómo surgió en la blancura del muro un pájaro que agitaba las alas y salía volando hasta perderse en el techo. Entonces apareció la sombra de un conejo, que se asomó curioso a la alacena, moviendo el hocico y olfateando los alimentos. Se esfumó como el humo, y llegó otra vez el pájaro, que andaba a saltos, balanceándose y moviendo la cabeza hacia los lados. Al instante, se elevó aleteando sobre el cielo blanco de la pared y se escondió en el agujero de la alacena.

—¿Y el perro? —preguntó Luis.

Delia alargó el brazo en la penumbra, juntó las dos manos, estiró los dedos, levantó los pulgares, separó el corazón del anular y en ese momento apareció en la pared un perro con la boca abierta. Luis no la veía hacer todos esos movimientos, porque solo estaba pendiente de observar cómo el perro asomaba la cabeza por el borde de la alacena, como si estuviera escondido detrás de las baldas. Cuando el perro apareció vigilante, los demás animales huyeron de allí. Olfateó el mueble, movió las orejas, abrió y cerró la boca varias veces y no tardó en esconderse también y desaparecer.

Para sus ojos de niño todos aquellos animales acudían para coger la comida que se guardaba en la alacena. Pero allí estaba el perro

para evitarlo, porque era el guardián de los alimentos para que nadie los robase.

—Que salga el perro ladrando —pidió.

Y el perro salió rápido de su escondite, moviendo las orejas, y abrió la boca inmensa, como una fiera. Y entonces él cerró los ojos asustado, porque realmente oyó ladrar con furia al perro en la pared.

Acababa de oscurecer. Don Rafael bajaba por el sendero hacia las eras. Llevaba una manta sobre los hombros para dentarse en ella extendida sobre los haces de cereal. Hacía una noche oscura, sin luna, y las estrellas brillaban en el firmamento vigilando el sueño de los hombres sobre la Tierra.

En Valdeálamos los perros eran los guardianes encargados de velar para que los ladrones no robaran en las casas ni en las cosechas de los campos. Así había sido desde que se instaló, hacía muchos siglos, la primera familia en aquel valle. Y esa era la tarea que don Rafael confiaba al perro lobo que lo acompañaba en los paseos y al que dejaba luego al cuidado de sus posesiones.

Sonaba el canto monótono de los grillos mientras bajaba por el camino en sombras. En algún lugar oyó el ulular de un búho, la llamada de las cigarras, el croar de un sapo solitario. Caminaba con las manos en los bolsillos de los pantalones, con gesto chulesco. Comenzó a silbar. No se veía ninguna luz. El mundo entero era una sombra gris, que no dejaba vislumbrar los objetos: ni las plantas ni las piedras ni los animales ni los linderos del camino por el que andaba.

Era el tiempo de la recolección, y cada noche, después de cenar, don Rafael iba hasta la era para cerciorarse de que no faltaba nada de lo que se había cosechado ese día. Observaba con orgullo el montón de trigo, que era el más abundante frente a los de los pequeños propietarios del pueblo. Se sentaba en los haces segados por los jornaleros y levantaba satisfecho la mirada hacia el cielo infinito y hacia las estrellas, como si también todo eso le perteneciese. Esperaba hasta que llegaba uno de los criados. Y

entonces él volvía altivo a casa, para dormir en la cama, sobre sábanas de algodón, dejando a su criado y al perro el encargo de vigilar su cosecha de trigo, tumbados sobre la paja.

Esa noche, cuando llegó a la era, escuchó ladrar a varios perros amotinados. Su instinto le hizo desconfiar. Junto a los montones de trigo recién beldados dejaba siempre a su perro como guardián del grano acumulado durante el día. Era un perro lobo arisco, que tenía sometidos al resto de canes del pueblo; un animal que se mostraba reservado, pero que se comportaba de modo fiero e implacable al defender sus posesiones.

Apretó el paso. Los perros seguían ladrando en la oscuridad: a algún animal perdido en la noche o a alguna sombra que cruzara sigilosa aquel camino solitario.

Antes de llegar a su era le sorprendió que no saliera a recibirle el perro como tenía por costumbre, saltando a su alrededor. Lo llamó. Nada. Silbó como solía hacer otras noches desde lejos. Pero tampoco obtuvo respuesta.

Llegó al montón de trigo y entonces descubrió el engaño. En un extremo alguien había quitado una parte. Evaluó el robo: un par de fanegas. El pan de dos meses. Soltó un juramento. Volvió a silbar, llamando al perro esta vez con enfado. Nada.

—¡La madre que lo parió! —Pateó el suelo, tirando la manta con rabia.

Fue de un lado para otro, nervioso, buscando en las eras de los demás. La noche era cerrada, se veía muy poco, pero los perros lo reconocían y le ladraban al acercarse.

—Me la ha jugado bien ese cabrón —se desahogó, pensando en el autor del robo.

Al cabo de unas horas el campo tenía el sosiego de todos los días, como si nada hubiera pasado en el mundo. Una luz lechosa iluminó el rocío sobre la hierba de las eras. Pero el mundo ya no era el mismo para don Rafael. Esa noche no quiso moverse de allí, porque la ira le tenía insomne. Le dolía el valor de lo que le habían quitado; pero era más hiriente para él la ofensa personal que le suponía que le robasen. Arrebujado en la manta, estaba con los ojos

abiertos, desvelado sobre un montón de paja. Tenía la mirada fija en donde faltaba el trigo robado. Cuarenta hogazas de pan. Dos meses de hambre. El perro no regresó en toda la noche, pero él ya sospechaba quién se la había jugado y de qué manera.

Vestido con las botas de montar, don Rafael empujó la puerta de la tienda, que había jurado no volver a pisar nunca más. Tras la boda de su hijo Álvaro con Delia, dio instrucciones estrictas a los criados: «Nada de la tienda de Antonio entrará en esta casa». Se lo dijo a doña Berta y esta a la sirvienta. Y desde entonces todos lo habían cumplido. Pero ese día había algo grave que tenía que solucionar con urgencia. Por eso él mismo se plantó en medio de la sala que había convertido en un lugar prohibido para todos los demás. Antonio estaba solo, detrás del mostrador, ordenando algunas provisiones en las baldas de madera.

—Los dos sabemos lo que pasó anoche —le dijo don Rafael sin más preámbulos.

—¿De qué hablas? —se extrañó al verlo con ese aspecto: el sombrero en la cabeza y la fusta en la mano.

Don Rafael se quedó quieto, de pie, con un brazo en jarras y con el otro extendido, golpeándose las botas con la fusta. En la argolla de la puerta de entrada había amarrado el cordel del caballo con el que iba a bajar después al trote hasta donde estaban beldando su trigo los temporeros.

—Hablo de lo que pasó anoche en las eras. Tú ya lo sabes.

—Explícate, porque no sé de qué estás hablando.

—He venido a proponerte un trato —planteó don Rafael, sin más explicaciones.

—¿Un trato de qué?

—Tú me devuelves el trigo que me han robado de la era, y yo te prometo que no habrá denuncia.

—¿Estás diciendo que yo te he robado trigo?

—Estoy diciendo que tú sabes quién lo ha hecho.

—Vamos a ver… —Hizo un gesto de asombro y de enojo—.

¿Se puede saber por qué dices eso?

—Lo he sabido por el perro…

—¿Qué tiene que ver el perro en esto? —se extrañó.

—Lo acabo de ver con la lengua fuera siguiendo a tu perra, que está en celo. Alguien la ha llevado allí esta noche y ha desatado al perro para que se fuera tras ella, y así robarme el trigo.

Poco antes de llegar a la tienda, don Rafael había encontrado a su perro lobo, que volvía de la zona de las huertas. Lo llamó, él miró alternativamente a la perra y a su amo, dudó unos segundos y al momento se acercó a este, encogido, con el rabo entre las piernas, reconociendo su culpa. Nada más verlo, don Rafael cogió lo primero que tenía a mano, un rastrillo de madera, y se lo tiró con toda la fuerza, para desahogarse de la furia que llevaba encima. Le dio en las costillas, y el perro se fue aullando, arrastrándose, que casi no podía ni andar.

Antonio se encaró a él:

—¿Me acusas de haber robado trigo esta noche, solo porque has visto a tu perro en celo…? Vamos, hombre…

—Digo que tú sabes quién lo ha hecho.

—Pues a ver qué dices, porque esas palabras no se las consiento ni a ti ni a nadie.

—Andate con cuidado —lo amenazó—, porque no están los tiempos para que te pongas farruco: ya sabemos todos de qué lado estabas.

Antonio no ignoraba el peligro de ese comentario, pero le sostuvo la mirada sin miedo, mientras don Rafael volvía a amenazarlo:

—Yo ya te he avisado.

—Y yo a ti también —le respondió desafiante.

Don Rafael giró sobre sus botas, salió a la calle, escupió en el suelo nada más cruzar el umbral de la puerta, desenganchó el caballo y salió al trote hacia las eras.

Dos fanegas entonces eran mucho trigo. Con ellas podían hacerse hasta cuarenta hogazas de pan. Y eso, después de la guerra, que dejó al país en la miseria, servía para quitar el hambre de un par

de meses en una casa. Dos fanegas en el mercado negro eran mejor que el oro.

Si las relaciones entre don Rafael y Antonio habían sido siempre difíciles, después de todo lo que había pasado en esos años se hicieron imposibles. La hija de Antonio, la criada, se había casado con su hijo Álvaro; y este se había enfrentado a él y había dejado la hacienda abandonada. Don Rafael pensaba que esa familia le había arruinado sus sueños. Le había quitado el hijo, el futuro de su heredad y ahora el trigo. A veces nos planteamos dónde está el origen de las rencillas de los hombres. A veces nos preguntamos cómo se puede llegar a que alguien mate a otro sin piedad.

Desde la tienda de Antonio, don Rafael fue hasta la era para inspeccionar las labores de sus jornaleros, como hacía cada día, montado en su caballo alazán; pero ese día estaba de mal genio. Sin descabalgar, comprobó las tareas que estaban realizando los temporeros, dio órdenes, corrigió, impuso obligaciones. Luego, dejó al caballo comiendo junto a un haz de paja y se paseó con la fusta en la mano golpeando furioso las botas de montar. Esos días de verano trabajaban en las eras todos los habitantes del pueblo. Algunos estaban terminando de trillar los cereales; y la mayoría beldaba ya las mieses, para separar el grano de la paja.

No se entretuvo mucho tiempo en la era; al rato desató el caballo, puso el pie en el estribo, subió de un impulso y se marchó pavoneándose altivo sobre la cabalgadura. Al llegar al extremo que marcaba sus lindes, tiró de la cincha y se detuvo. Desde el lomo del caballo observó las eras, que formaban un pequeño universo de gentes que se afanaban cada una en su trabajo, mientras las casas del pueblo y los campos alrededor permanecían vacíos. Contempló aquella actividad como si todo estuviera dispuesto formando una maquinaria de autómatas para que él los viera moverse como peones desde la distancia.

Chasqueó al caballo y partió al paso en dirección al río. Todos lo vieron marchar hacia la hilera de álamos que crecían en la orilla. Los

cascos del caballo levantaban el polvo del camino. La brisa del atardecer agitaba las crines que se balanceaban en una danza que desordenaba la pelambre del pescuezo del animal.

Cuando llegó al río, siguió por el sendero de la orilla al trote. Don Rafael saltaba sobre la silla y se impulsaba con ímpetu, movido por la pasión. El olor de las plantas de menta que crecían junto al cauce le encendía los deseos que le habían conducido hasta allí. «Espérame junto al mojón del monte de los Almendros», le había dicho. Y hacia allí se dirigía él con toda la rapidez que le permitía la densidad de árboles y plantas junto a la orilla.

La vegetación se hacía más espesa conforme avanzaba junto al cauce y entorpecía el paso del caballo. Tras superar una curva del río, la vio a ella paseando inquieta de un lado a otro del sendero.

—Dame la mano —le dijo cuando llegó, sin descender de los estribos.

Ella estiró el brazo, la agarró con fuerza y de un brinco la subió al caballo, quedando tendida, atravesada, con la tripa encima de la grupa; se incorporó con un impulso, abrió las piernas y se acomodó sentada junto a él. Pegó los pechos a su espalda y lo abrazó. Él picó espuelas y el caballo siguió al paso hacia donde se espesaba el ramaje de los árboles.

Lejos del pueblo, en esa hora del crepúsculo, cuando todos estaban trabajando en las eras, don Rafael se adentraba con Lola hacia la parte más recóndita de la orilla del río.

Llegaron a un pequeño lugar oculto por chopos y arbustos. Allí crecía un remanso de hierba verde. Don Rafael se detuvo, esperó a que ella se deslizara por el lomo del caballo hasta el suelo, descabalgó, lo ató al tronco de un árbol para que pastase, sacó la manta que llevaba junto a la silla de montar, agarró del brazo a Lola y tiró la manta sobre la hierba. No le dio tiempo a ella a desenrollarla y extenderla sobre el suelo, porque él la sujetó con fuerza, hizo que se incorporase, acercó su boca a la suya y estuvo mordisqueando sus labios, el cuello, las orejas. Lola era menuda y se plegaba al cuerpo de él, dejaba que la levantara en vilo, entregada, se colgaba de su cuello, abrazada a él, y cuando le abrió de un tirón los

corchetes de su vestido, se tumbó en la manta y esperó las embestidas, apretando con las manos las costillas recias de ese hombre al que no veía el rostro, ni los labios ni la mirada, porque tenía los ojos cerrados.

Lola había perdido a su marido en la guerra. Era una mujer joven, tenía dos niños pequeños y vestía aún de luto. Desde hacía algún tiempo deseaba volver a casarse, pero la guerra había llevado a la muerte a muchos hombres. Su hermano le atendía las parcelas que había heredado del marido. Ella cuidaba un huerto y unas gallinas en el corral. De vez en cuando, el hacendado Rafael la citaba clandestinamente en un pajar o en el campo, en una arboleda. Buscaban el ocultamiento de todos, pero ¿cuánto tiempo se puede guardar un secreto? Las gentes de Valdeálamos no tardaron en conocer esos encuentros furtivos. Y al poco tiempo también lo sabía doña Berta. Al principio fue solo un rumor, un comentario revelado como confidencia, unas palabras maliciosas pronunciadas en voz baja, que acabaron llegando a sus oídos de mujer traicionada.

Esa tarde, Delia estaba con su hijo en la ladera del colmenar. El sol se había escondido detrás del monte y el crepúsculo teñía de color violeta las nubes de humo del atardecer. Desde la pendiente podían verse las casas del pueblo, que sobresalían entre los arbustos, los campos de trigo y los álamos que crecían desperdigados por los ribazos.

Ese fue el día que Luis aprendió a mover el dedo con los ojos.

—Alarga el brazo y pon la mano sobre esta roca —le dijo su madre.

Y él se acercó a la piedra gris y estiró el brazo, mirando hacia las casas del pueblo.

—Levanta el dedo.

Obediente, puso bien tieso el dedo pulgar. Ella se acercó y le tapó con delicadeza un ojo con una de sus manos.

—Pon el dedo en una casa.

Buscó la primera casa que se veía en las afueras del pueblo, que

era la hacienda de don Rafael. A sus ojos infantiles en aquel momento le pareció como si él estuviera empujando la casa con el dedo, que lo veía desde allí tan grande como el edificio.

—No muevas el brazo —le dijo.

Cambió la mano para taparle el ojo que tenía abierto y dejar libre el anterior.

—¿Qué casa empujas ahora con el dedo? —le preguntó.

—¡La nuestra! —exclamó con entusiasmo.

Cerraba un ojo y el dedo se desplazaba a la hacienda de don Rafael, cerraba el otro, y se movía hasta su propia casa. ¡Era un poder mágico! Luis estuvo abriendo y cerrando varias veces uno y otro ojo; y viendo cómo era capaz de mover el dedo, sin moverlo, y podía tapar así una casa o la otra, según él lo decidiese.

—Muevo el dedo con los ojos —le dijo a su madre.

Y ella lo miró con una sonrisa.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —le dijo—. A veces nos engañan.

Delia se quedó pensando que a veces somos nosotros los que nos engañamos. La distancia nos hace ver las cosas de distinta forma a como son en la cercanía.

Centrada en esos pensamientos, miró al horizonte, mientras Luis seguía ensimismado en la magia de sus manos. Entonces Delia vio a lo lejos cómo se desplazaba entre los árboles un jinete. La figura del caballo aparecía y desaparecía entre la maleza y los arbustos. Desde el monte de los Almendros volvía por la orilla del río el caballo de don Rafael. Una mujer se abrazaba a su espalda con fuerza. Delia ya sabía quién era, a pesar del ocultamiento que ellos buscaban. Aquella mujer era joven y viuda como ella. Pensó que se abrazaba con ansiedad a una pasión. A un deseo ingobernable como el agua que desciende enloquecida por las torrenteras. No podía imaginar que en realidad Lola se aferraba a ese hombre por desesperación. Él solo la buscaba para desahogar un impulso. Nada más. Ni siquiera se percataba de los sentimientos desengañados de ella ni del vacío que experimentaba cuando estaban juntos. Desde hacía años, el hacendado Rafael solo se estaba rodeando de

desilusiones.

Otoño de 1944

DON RAFAEL TUVO QUE DEJAR algunas tierras en barbecho. No había temporeros que quisieran ir a trabajar a sus campos. Cuando salía por las mañanas a inspeccionar sus dominios y se paraba en la cima de una colina montado sobre su caballo para contemplar las sementeras, las veía cada vez más abandonadas. ¿Para quién iba a ser toda aquella hacienda? Pensaba en Emilio, que le había dejado para irse de fraile. Pensaba en Álvaro, que le había abandonado para casarse con la criada. Y entonces le carcomía un sentimiento de desesperación y de rabia.

Volvía solo cabalgando por el camino que cruzaba las tierras de cereal. Soplaba el viento sur, que es un aire que calienta el cerebro de los hombres desequilibrados. Don Rafael pensaba en la ruina de las sementeras. Y pensaba con rencor en la falta de heredero. Picó espuelas al caballo con furia, hasta que le hizo correr por el camino al galope. A ambos lados estaban sus tierras convertidas en rastrojos. El caballo resoplaba. Él rebotaba en la silla de montar, que parecía que iba a salir despedido en cualquier momento. Llevaba la fusta en la mano y le dio en el lomo una vez, y otra y más veces. El sudor corría por la piel brillante del animal. El viento solano removía el cabello revuelto en la cabeza de don Rafael. El aire que enloquece a las personas inestables le azotaba en el rostro, le atravesaba la garganta y se le metía en los pulmones y en el corazón. Cuando el caballo daba muestras de frenar la carrera, atenazado por la fatiga, él le hincaba las rodillas y lo golpeaba fuerte con las piernas. Parecía que en cualquier momento el caballo iba a caer al suelo reventado,

pero don Rafael le gritaba y le daba golpes y le hacía galopar como una furia en medio de campos en barbecho.

Cuando más veloz corría, tiró del freno, le apretó el bocado en el morro y el animal se detuvo bruscamente. Don Rafael se había agarrado a su pescuezo para no salir lanzado por encima de su cabeza. Y así, abrazado al animal, comenzó a llorar desesperadamente. Se aferraba a las crines y tiraba de ellas, para no tirar de su propio cabello y arrancarlo de cólera y de aflicción.

El caballo permaneció quieto, leal, atento. Movía el cuello por la tensión y por el cansancio. Escuchaba el llanto desolado del jinete. Y relinchó con los ojos grandes como dos lunas llenas.

Al cabo de un rato, don Rafael levantó la cabeza y se incorporó sentado sobre el caballo. Cesó su llanto de rabia y de desconsuelo. Se restregó la nariz con la manga. Palmeó en el cuello al animal; le chasqueó para que comenzara a andar; y miró altivo hacia el horizonte. Una determinación se había fraguado en su cabeza. Con él no se iba a acabar la estirpe de su familia, representada en el escudo hidalgo que estaba esculpido sobre la puerta de entrada a la hacienda.

Cuando se comenzó a saber en Valdeálamos que en el vientre de doña Berta estaba creciendo una criatura, la gente al principio no daba crédito a aquellos comentarios. «Si esa mujer tiene más de cuarenta años», objetaban algunos. Y otros decían sin piedad: «Saldrá un niño enfermo», «Nacerá muerto». Cuando esas habladurías llegaron a los oídos de doña Berta, su corazón se llenó de miedos.

Aquellas semanas se le hicieron eternas. Pasaron los meses para ella con la lentitud con la que transcurre la noche de insomnio de un enfermo. Mientras, en su interior se iban formando los pulmones, las piernas, los ojos, los dedos, el corazón diminuto de esa criatura a cuya gestación solo había accedido por el empeño obsesivo de don Rafael.

Un día doña Berta percibió en la ropa una mancha de sangre que

la alarmó. Mandó a un criado que fuera con urgencia hasta el pueblo de Caleruega, a caballo, para traer al médico que ejercía allí la consulta. Desde la boda de su hijo Álvaro, el orgullo los mantenía separados. No se hablaban; no se veían. Y don Rafael no estaba en casa.

A partir del séptimo mes, el médico le anunció que corría el riesgo de que naciese prematuro. En esos meses finales del embarazo doña Berta se trasladó a una de las salas de la planta baja, porque le pesaba subir las escaleras con el vientre hinchado. Era una habitación espaciosa y ventilada, que le permitía salir más cómodamente de la casa, aunque pasaba la mayor parte del tiempo tumbada, sola, en silencio, alimentando la melancolía y las preocupaciones que se estaban asentando en su cabeza y que comenzaron desde entonces a hacerle daño.

El parto sobrevino de una forma repentina, una tarde que estaba sentada en el cuarto principal. Comenzó a sentir dolores en la pelvis, notó cómo se le contraía el vientre y sintió los primeros golpes por donde iba a nacer la criatura que llevaba ocho meses creciendo en su interior. Cuando la respiración comenzó a ser más sofocada, llamó a la sirvienta, que entró corriendo en la habitación con cara de susto.

—Ya viene —le dijo—. Llama a la comadrona.

Y ella salió de la casa corriendo, y fue tan veloz por las calles, que a los pocos minutos volvía a entrar nerviosa acompañada de la partera.

Al rato, Berta tenía la cara encendida, la boca seca, el pulso acelerado y el vientre se le contraía con unos dolores intensos. Se tumbó en la cama, mientras las mujeres hacían acopio de palanganas, de toallas, de gasas, de agua templada.

Comenzó a temblar, pero no tenía frío ni tampoco miedo. Los dolores se hicieron más repetidos y más fuertes, hasta que estalló algo en su interior, como si una bolsa de agua hubiera explotado dentro, y el chorro líquido comenzó a descender por las nalgas, mojándolo todo.

—Tranquila —la animaba la comadrona—. Respire tranquila.

Mientras, su criada la asistía poniéndole paños frescos en la

frente.

Por un instante doña Berta se sintió más serena, desaparecieron los dolores y una calma agradable le hizo flotar en un estado de sosiego placentero.

Fue por poco tiempo, porque enseguida volvió a notar el empuje del niño que estaba decidido a salir aquel día para conocer el mundo. Ella se agarró con fuerza a los barrotes metálicos que adornaban el cabecero de la cama, abrió todo lo que pudo las piernas, dobladas por la rodilla, apoyándose con los talones en el colchón.

—¡Ya asoma! —anunció la comadrona—. ¡Empuje! —la animó.

Y ella respiró con jadeos profundos, echó la cabeza hacia atrás, contrajo todos los músculos, sintió que algo se rompía en su sexo y cuando notó que la carne se le rasgaba, lanzó un grito tan estremecedor que salieron aleteando espantadas las palomas que se cobijaban en el alero del tejado.

La comadrona agarró la cabeza de ese niño que se asomaba a la luz del sol por primera vez con los ojos cerrados.

—Ya está la cabecita —le anunció con ternura—. ¡Empuje un poco más!

Y ella contrajo los músculos todo lo que pudo y acompasó el esfuerzo con gemidos de dolor hasta que salió el cuerpo frágil del niño unido al cordón que le había atado a su madre durante tantos meses, mezclado con aguas turbias y sangre.

—¡Es un niño! —gritó exultante la comadrona.

Ella se quedó exhausta, en un estado de serena placidez. Entonces le oyó llorar por primera vez, con unos chillidos desgarrados. No se calmó hasta que lo pusieron encima de la madre, como si el contacto con esa piel que lo había albergado hasta entonces fuera el bálsamo que le protegía del miedo a enfrentarse él solo al calor del sol, al soplo del aire, a la oscuridad de las sombras en el cuarto donde había nacido.

Berta le puso la mano con suavidad en la espalda y sintió la fragilidad de su piel todavía arrugada y húmeda. Le miró la cara. Tenía los ojos cerrados y hacía aspavientos de perrillo recién nacido.

Una inexplicable ternura le fue subiendo desde el vientre, donde sentía el peso leve de gorrión del cuerpo de su hijo, y le fue inundando los pechos tersos, los pulmones, el corazón, la garganta, los labios con los que le besaba ansiosamente, los ojos que se le llenaron de lágrimas, sin que ella supiera por qué ni pudiera evitarlas. Solo entonces se acordó del hombre con el que había engendrado aquel hijo y preguntó:

—¿Está Rafael?

Pero Rafael no estaba. Mandaron aviso, fueron a buscarlo, recorrieron los campos cercanos, las huertas, la bodega, y no lo encontraron. ¿Dónde se había metido ese hombre? Dieron voces por el pueblo y muchos se enteraron antes que él de que había nacido su hijo.

Por fin un criado de la casa pudo avisarlo. Lo vio salir de uno de los pajares que estaba apartado de las casas del pueblo. Iba ajustándose la chaquetilla, relajado, con el andar indolente.

—Que doña Berta ha parido un hijo —le informó el hombre de manera brusca y escueta, nada más verlo.

Y él pronunció para sí mismo, mientras seguía andando tranquilo hacia la casa:

—Ese niño heredará la hacienda y la estirpe continuará con él.

Pasado un rato, cuando ya se habían alejado los dos, se abrió otra vez la puerta del mismo pajar y de allí salió Lola. Llevaba la cara encendida aún con la calentura que le provocaban aquellos encuentros furtivos nacidos de la soledad y de la frustración.

Después del parto Berta se sintió más débil que nunca. Durante varios días no quiso levantarse de la cama. Daba pena verla triste y desganada, sin interés, con la mirada perdida en el techo. Una joven del pueblo, Trini, hacía las funciones de nodriza, porque ella no tenía leche suficiente en los pechos para alimentar al niño.

No dormía por las noches y a veces se ponía a llorar sin motivo

aparente, hasta que se le secaban los ojos, porque ya no tenía más lágrimas que derramar. Don Rafael no entendía esa actitud lánguida constante, y si la veía así, cuando se acercaba alguna vez a su habitación, no le decía «¿por qué lloras, mujer?». No le acariciaba la cara ni le agarraba la mano para protegerla entre las suyas y darle algo de calor. Con voz áspera le reprochaba:

—¿No deberías levantarte ya y cuidar del hijo y de la casa?… Que das lástima.

Trini se encargaba de atender al niño recién nacido y se lo acercaba a la madre y se lo dejaba en los brazos con ternura.

—Mire qué hermosura —le decía.

Pero ella, al abrazarlo, sin saber por qué, comenzaba a sentir una profunda aflicción y no tardaba en devolver el niño a los brazos de la buena Trini.

—No se deje arrastrar por la melancolía —la animaba ella, cuando la veía llorar a todas horas sin motivo.

Doña Berta la miraba inexpresiva y le decía con voz apagada:

—Estamos hechos de sueños. Cuando somos jóvenes, hacemos planes para el futuro. Pero los sueños se desbaratan y acabamos perdiéndonos por caminos que aborrecemos. Yo tenía un sueño, pero de él ya no queda nada.

—No diga eso —se impresionaba Trini—. La tristeza no es buena: te encierra, te aísla y te deja sola.

—No me importa estar sola; ya me he acostumbrado.

—Nadie se acostumbra a estar solo; no nacimos para eso —intentaba animarla.

Trini la miraba con compasión. La blancura de su cara se había convertido en palidez. Estaba despeinada. El cabello rojizo había perdido tersura y ya no era un baile de rizos flotando alrededor de su rostro. ¿Quién puede saber la soledad que alberga un corazón humano? Trini iba hacia la ventana, la abría para que entrara el aire fresco y le decía:

—Mire qué mañana tan espléndida hace. En cuanto esté un poco mejor iremos a pasear hasta los almendros. Y cogeremos los higos que están ya reventándose en la higuera.

Volvía junto a ella, esperando encontrarla animada con la expectativa de recuperarse pronto; pero solo escuchaba en boca de doña Berta llanto y palabras de desconsuelo:

—Ya sé lo que es vivir —decía sin interés—. Nada me queda ya por conocer más que la muerte.

Trini la miraba asustada:

—¿Qué dice, mujer? ¿Qué barbaridades se le ocurren? ¡No diga eso, por Dios!

Doña Berta era una mujer vulnerable. Pero ¿quién no lo es? El médico le recetó unas ampollas que iban a curarle la debilidad y el desánimo, le dijo.

—Necesita hierro —advirtió a la nodriza y a la sirvienta, que eran las únicas que la cuidaban—. Que tome muchos platos de lentejas. Necesita vitaminas. Ha de beber este reconstituyente que encontraréis en la botica de la ciudad. Y que coma. Que coma nueces, higos, leche de cabra. Que se alimente bien, porque el estómago es la caldera que mueve el cuerpo.

Enviaron a un criado a la ciudad a comprar las ampollas que le había recetado y el jarabe reconstituyente. Su cuerpo era un desequilibrio de sustancias químicas, de minerales, de células, de hormonas, había dicho el médico; y hasta que no se ajustase la armonía que regula el comportamiento, se sentiría mal. Eso era su cuerpo: un descontrol; y su cabeza, un páramo de desolación en el que habían anidado imágenes que le hacían daño: su marido y todas las traiciones que fue conociendo de él; las criadas que habían tenido que salir de esa casa para esconder su embarazo; lo que algunas mujeres le decían; lo que callaban otras… Hay secretos que no dañan mientras permanecen ocultos. La ignorancia solo lleva al engaño. Pero el conocimiento conduce a veces al dolor.

Aquellos días después del parto, la niebla ocultó el mundo y es como si ya nada existiese para ella. Una mañana dejó de llorar, porque una determinación se había apoderado de su cabeza. Dejó al hijo peinado, vestido, limpio. Lo dejó preparado por última vez. Lo abrazó, de pie, junto a la cuna, pero no se atrevió a mirarle a los ojos. ¿Quién puede aguantar la mirada inocente de un niño si se va a ir?

Ella se fue con el olor de aquella piel a almendras y de sus ropas perfumadas con lavanda y membrillo. Al llegar a la puerta se volvió, miró hacia la cuna, vio el cuerpo encogido como un corderillo, y esa fue la imagen que tuvo de su hijo Alberto por última vez.

Cuando se enteró Delia, sintió ternura por aquella mujer que había sufrido tantos engaños e infidelidades. La tenía aprecio y siempre había deseado que pudiera escapar de aquella situación. Le habría gustado estar cerca de ella en esas circunstancias, porque sabía que doña Berta estaba sola; no tenía a nadie con quien desahogarse; vivía encerrada con su dolor y con su orgullo herido.

Desde su corazón de madre, Delia se preguntó qué pensaría aquella mañana mientras preparaba al hijo recién nacido, encima de la mesa de su habitación, que ella recordaba con detalle de cuando estuvo trabajando en la casa.

Doña Berta limpió al niño con esmero y lo ungió con aceite de almendras para suavizar las partes más delicadas de su piel. Lo agarró de los dos pies juntos con una sola mano y lo levantó un poco, para extender un pañal de tela bajo su cuerpo. Él braceaba indefenso como un corderino boca arriba. Pronunciaba sonidos ininteligibles, mientras ella lo envolvía con fajas de lino y lo giraba sobre el pequeño colchón de lana en el que lo había tumbado. Él buscaba su mirada con ojos inocentes y torpes, que no estaban entrenados todavía para la luz; ni tampoco para la oscuridad que pronto se iba a producir en su vida. Buscaba su mirada, como si presagiara que algo inusual iba a ocurrir pronto. Como si quisiera preguntar y no supiera cómo hacerlo, porque solo tenía esa mirada extraviada de bebé que ella rehuía. Buscaba los ojos de su madre, que lo envolvía con telas delicadas de algodón. Pero ella no se atrevió a mirarlo.

Cuando terminó de vestirlo, lo cogió suavemente y lo colocó frente a su pecho, apretándolo un poco, con la cara junto al hombro pegada a la suya. Estuvo así un rato, abrazándolo, antes de dejarlo en la cuna.

Cuando Delia se enteró de lo que había ocurrido, se preguntaba qué pensaría en ese momento. Se imaginaba a sí misma cuando supo que estaba embarazada. ¿Qué siente una mujer si sabe que no volverá a ver al hijo que acaba de engendrar? Durante mucho tiempo, Delia se seguiría preguntando qué pensaba aquella mujer mientras oía los gorjeos de pajarillo del bebé que estaba a punto de perder a su madre.

El Prado era un pequeño humedal alejado del pueblo, formado por una laguna, cuyas aguas se estancaban durante todo el año en la parte más baja del valle. Nadie se atrevía a bañarse allí. Era una poza de aguas negras, profunda, de la que se decía en Valdeálamos que nadie que se hubiera acercado a ella había podido salir con vida. Todos conocían el suceso del caballo que se espantó un día con el estampido de un trueno, corrió junto a la laguna, llegó desbocado hasta el agujero negro, al galope, y nadie sabe cómo cayó en él y desapareció hundido en esas aguas para siempre.

El cuerpo de doña Berta no recuperó el equilibrio perdido que diagnosticó el médico. El ser humano es frágil y puede romperse como la caña seca de una espiga de trigo. Solo los gorriones se apiadarían de ella, al verla hundirse en el crepúsculo, mientras levantaban el vuelo asustados al oír el chapuzón de su caída en el agua.

Todo lo que tenemos es vida; y si no hay vida, no hay nada. Al pensar en doña Berta se comprende un poco qué es la desesperación. Ella ya no volvería a sentir en el rostro la brisa del atardecer en verano. No iba a percibir más el frescor de las gotas de lluvia resbalándole por la frente. No volvería a experimentar la caricia del sol en la piel en los amaneceres azules de la primavera. Nunca más sentiría la ternura de la voz infantil de su hijo Alberto, al que dejó en la cuna braceando como un pajarillo en el nido.

Año 1945

EL AUTOBÚS ASOMÓ A LO LEJOS, después de subir la última cuesta de la carretera que desembocaba en el valle donde estaba construido Valdeálamos. Se desplazaba lento, levantando una hilera de polvo a su paso y dejando en el aire el ronroneo del motor que alertaba a los vecinos que estaban trabajando en el campo. Por un momento detenían sus labores, levantaban la cabeza, oteaban a lo lejos y se quedaban mirando su estela hasta que lo perdían de vista.

En cuanto llegó a las primeras casas del pueblo, comenzó a tocar la bocina insistentemente, anunciando su presencia. Giró a la izquierda, ascendió la calle en cuesta y llegó hasta la plaza, en donde lo esperaban algunas personas. Cuando el conductor abrió la puerta de los pasajeros, apareció, preparado para bajarse, un hombre vestido con un chaquetón de color avellana. En la espalda llevaba colgado un pequeño hatillo. Se agarró con sus manos callosas a la manilla de la puerta y se quedó quieto, contemplando la plaza, las fachadas de los edificios, la fuente. Respiró profundamente, como si quisiera absorber todo el aire y descendió los dos escalones hasta pisar la tierra seca de aquel lugar que había abandonado hacía unos años.

Estaba tan cambiado que nadie de los que esperaban el autobús, para que el chófer les entregara un paquete traído de la capital o para trasladarse en él a otro pueblo de la provincia, reconocieron a aquel hombre al que miraron con curiosidad. Se tapaba la cabeza con una gorra de visera. Llevaba una barba espesa, de color castaño, mal cuidada. Miró a un lado y a otro, buscando orientarse, y enseguida comenzó a andar.

A los dos días, el alguacil del ayuntamiento se presentó en su casa con una orden apremiante.

—El alcalde te requiere —le dijo, empleando un lenguaje administrativo—. Manda que te presentes en el municipio mañana a las ocho.

Él asintió con una inclinación de cabeza y no dijo más.

La citación respondía a una obligación que tenía el alcalde de dar cuenta de las actividades que habían realizado todos los vecinos durante la Guerra Civil. Cuando acabó la contienda, el Alto Estado Mayor había publicado una orden por la que encargaba a los ayuntamientos que remitiesen una ficha de todos los hombres que volvían del frente y habían participado como combatientes en las milicias republicanas. Eso se había cumplido en Valdeálamos en cuanto se proclamó el fin de la guerra. Pero ahora aparecía aquel hombre, que volvía de la nada para reabrir de nuevo el procedimiento y complicar la pacífica situación del pueblo. Eso es lo que le dijo el alcalde al alguacil cuando le mandó a buscarlo con el requerimiento de que se presentase inmediatamente ante él. No estaba cómodo con iniciar esas actuaciones, pero era la única manera que tenía de no hacerse responsable del regreso de ese hombre después de tanto tiempo de ausencia, sin que se hubiera comunicado nada sobre su paradero.

El alcalde lo recibió temprano en el despacho del ayuntamiento. Estaba sentado detrás de una mesa recia de madera de nogal, ennegrecida, decorada con ribetes tallados.

—Bienvenido al pueblo —lo saludó.

—Gracias —le respondió formalmente.

Ambos se miraron con seriedad. Ninguno de los dos deseaba aquel encuentro.

—Como alcalde tengo que emitir un informe de tu actividad. Es una orden del Alto Estado Mayor.

—Haz lo que tengas que hacer —contestó con serenidad.

Encima de la mesa tenía ya preparado un impreso, dirigido al «Ilmo. Sr. Auditor de Guerra». Cogió la pluma, abrió el tintero y mientras mojaba el plumín comentó fríamente:

—Procedamos, entonces.

Apoyó los brazos sobre la mesa y leyó en voz alta:

—¿Filiación?

—Juan —respondió.

—Y los apellidos.

—Gil Nogales.

—¿Qué estado civil pongo?

—Soltero.

—Unidad donde prestó servicios en el ejército republicano —leyó el alcalde en el impreso.

—181 Brigada Mixta.

—¿Empleo y graduación?

—Ninguna.

—Sin graduación —confirmó el alcalde mientras lo escribía.

—¿Tiempo en filas?

—Algo más de dos años.

—¿Algo más? Pero ¿cuánto más?

Juan se quedó pensativo.

—Dos meses más —aventuró.

—Pongamos entonces 26 meses.

El alcalde cogió la hoja de papel, se la acercó a los ojos y leyó en voz alta:

—¿Perteneció a los servicios de información o fue guerrillero?

Juan hizo un gesto de asombro y negó con la cabeza.

—No —dijo el alcalde inclinado sobre el impreso.

—¿Dónde le sorprendió el Movimiento? —volvió a leer.

—En Valdeálamos.

—¿Filiación política? —le preguntó mirándole a la cara. Juan volvió a hacer el mismo gesto negativo con la cabeza.

—No tiene —escribió él.

—¿Cargos directivos? —leyó el alcalde.

Y sin esperar respuesta anotó:

—No.

Ni siquiera levantó la vista del impreso para continuar leyendo:

—¿Votó al Frente Popular?

Y él mismo pronunció en voz alta mientras lo escribía:

—No consta.

El alcalde volvió a coger el impreso, lo puso vertical frente a su cara, sopló para que se secara la tinta y le comunicó:

—Tienes que contarme cuál fue tu participación en la guerra: dónde estuviste destinado y qué hiciste.

—Era zapador —le informó Juan.

—¿Zapador? ¿Y qué hace un zapador?

—Construir puentes —dijo.

Alargó los brazos y le enseñó las manos callosas, gordotas y algo deformadas, mientras añadía:

—Y cavar.

—Cavar… —Se quedó pensativo el alcalde.

Volvió a coger la pluma, la mojó en el tintero y recitó sílaba por sílaba mientras lo escribía:

—Se a-lis-tó en el e-jér-ci-to re-pu-bli-ca-no y es-tu-vo ca-van-do zan-jas en di-ver-sos fren-tes. Se le des-ti-nó tam-bién pa-ra la re-cons-truc-ción de puen-tes y ca-rre-te-ras.

No le pidió que lo confirmase. Pasó el secador de la tinta por las líneas que había escrito y mientras lo hacía le comentó:

—¿Y desde que acabó la guerra qué has hecho?

—Eso no hace al caso —señaló Juan.

—Es cierto. Pero alguien puede preguntar dónde has estado estos cinco años y por qué no se informó antes de tu paradero. Si has estado huido o combatiendo o enrolado en las brigadas internacionales, qué se yo…

—Entonces ya hablaremos —dijo tranquilo.

El alcalde no quería abrir un conflicto por este informe. Tenía sus motivos. Y no era Juan quien le preocupaba. Se quedó un momento en silencio, decidió que era mejor no complicarse la vida y pasó al punto siguiente:

—Tenemos que poner los bienes que posees y los de tu familia.

—No son muchos.

—No importa. Los que sean.

—20 fanegas de cereal —comenzó a enumerar Juan—, una viña

y una casa…

El alcalde pronunció en voz alta lo que iba escribiendo:

—20 fanegas de tierra, 1 viña. Una casa heredada de la madre, de dos cuartos, no cimentada. Así es más exacto —explicó.

Lo miró buscando su conformidad, pero Juan no le contestó.

—Y ahora tenemos que añadir otras pertenencias: objetos, muebles, animales…

—La casa está vacía —le advirtió Juan—. No hay nadá dentro.

—Algo habrá… Una mesa, una silla…

—Lo que hay está roto —aclaró.

Pero el alcalde escribió conforme Juan iba respondiendo a sus comentarios: «1 mesa en mal uso. 2 sillas en mal uso. 2 canastos. 1 pico. 2 palas. 1 piqueta. 1 puchero. 1 trozo de cadena de hierro. 2 sogas en buen uso».

—Este último punto es muy importante —le advirtió; y leyó en voz alta la línea final del impreso—. «Personas que pudieran responder por él». ¿Quién puede responder por ti?

Y Juan se quedó un momento pensativo y pronunció:

—Delia. Delia Nogales.

A los pocos días de que Juan llegara a Valdeálamos, se extendió por el pueblo la voz de alarma. Desde las eras vieron llegar un coche negro que se acercaba por la carretera. La gente corrió a sus casas, mientras se avisaban entre ellos, con el nerviosismo con el que se alborotan las hormigas cuando perciben que les amenaza un peligro. Vieron cómo entraba el coche en el pueblo con un petardeo de tubo de escape, cómo giró en la primera calle que accedía a las casas, subió la calle en cuesta y llegó hasta la fuente. Vestidos con chaquetas de paño, con corbata y zapatos de cuero, dos hombres se bajaron del coche y se dirigieron hasta el ayuntamiento. El alcalde no estaba. El veedor, tampoco. Le dijeron con enfado al alguacil que eran de Abastos y que los llamara inmediatamente. Mientras esperaban, se pasearon por la calle con gesto inquisitorial. Fueron de un lado para otro, pero todas las puertas de las casas estaban

cerradas; y las calles, vacías. Andaban con pasos firmes y los taconazos eran una afirmación de su autoridad y de su enfado por la espera.

Su visita tenía una razón oculta que nadie conocía en el pueblo. La escasez de alimentos después de la Guerra Civil era tanta que se estableció racionar su venta y se promulgó qué es lo que debía consumir cada uno. La medida estuvo en vigor doce años, hasta 1952. Se repartieron unas cartillas en las que se señalaban las medidas de las que cada uno podía disponer al mes, mediante cupones que se iban agujereando conforme se compraban las cantidades establecidas de pan, de aceite, legumbres, patatas, arroz, carne y azúcar. Solo se podía comprar medio kilo de arroz al mes por persona. Y un cuarto de kilo de patatas. ¡Al mes! ¡Por persona! Y así estaba regulado todo: no había más. En las ciudades la gente tenía que esperar durante horas, desde antes del amanecer, delante de las panaderías, para poder comprar un poco de pan antes de que se acabara. Y la leche, el azúcar y el pescado solo podían conseguirse con receta, para los enfermos.

El alguacil llegó corriendo a la casa de don Rafael. Preguntó por él, pero no estaba. Le recibió nerviosa la nodriza Trini:

—¿Dónde estará este hombre? —exclamó—. Cuando más falta hace… ¿Dónde estará?

Mandó al aguacil que fuera a buscarlo al corral donde guardaba el rebaño. Y en cuanto se fue, llamó a un criado y entre los dos subieron un saco de patatas a la parte trasera del tejado, que no podía verse desde la fachada. Volvieron a la despensa, agarraron dos canastos de alubias e hicieron lo mismo. Luego ella cogió las tiras de bacalao y le mandó que las colocara encima de las tejas y cerrara la buhardilla para que nadie pudiera verlas. Ella misma escondió entre la paja una tina llena de aceite y un fardo de azúcar. Y cuando lo había hecho todo según le había indicado el propio don Rafael unos momentos antes, fue a avisarle hasta el lugar que usaba como carpintería, donde se había encerrado para esconderse.

Mientras tanto, en la plaza se consumían los dos inspectores de Abastos. Sentían frío. Se frotaban las manos para entrar en calor.

Pateaban el suelo para mover las piernas. Y empezaban a desesperarse por la tardanza. Porque allí no aparecía nadie: ni el alcalde, ni el veedor ni el alguacil que había ido a buscarlos a ambos.

Ese tiempo de demora era fundamental para la gente del pueblo. Unas calles más abajo, donde acababan las viviendas, un criado del hacendado Rafael tenía dificultades para controlar las gallinas que le habían mandado sacar a toda prisa del corral en el que estaban, para esconderlas en una arboleda junto al pueblo. Allí se encontró con la mujer del panadero, que golpeaba en el lomo a dos cochinillos, intentando conducirlos hasta donde era más espesa la maleza, para que pasaran desapercibidos.

La Comisaría General de Abastecimientos y Transportes se había creado para regular los productos de primera necesidad ante la falta de alimentos. Escaseaba el pan, el aceite y las patatas. Eran continuos los cortes de luz, y la gente volvió a alumbrarse con velas como en los peores momentos de los bombardeos en la guerra. Había hambre. Y entonces surgió el mercado negro y el estraperlo. Los agricultores tenían que vender obligatoriamente toda su cosecha a la Comisaría de Abastos, al precio que ella establecía, que era siempre muy bajo. En realidad era una manera de expropiarles todos los productos que cultivaban: el trigo, los garbanzos, el aceite, la leche, los vellones de los corderos, las patatas… En cuanto acababan de cribar el trigo, tenían que llevarlo a los almacenes que había establecido el Servicio de Abastos. Para su consumo les devolvían una cantidad: 250 kilos por cada persona de la familia para todo el año; 150, si eran menores de dieciocho años. Las cantidades eran insuficientes para alimentar a una familia; pero eran tiempos de escasez y se repartía la miseria.

En Valdeálamos el encargado de controlar esas cantidades era don Rafael. Él era quien hacía los informes de lo que recogía cada uno. Se le llamaba el veedor. Algunos declaraban menos de lo que habían recogido, para quedarse con esa cantidad de la cosecha que no habían contabilizado, que les servía para alimentar mejor a la familia o para venderla en el mercado negro a precio más caro. Don Rafael tenía la misión de inspeccionar las cosechas y de denunciar

los engaños, pero con el tiempo adoptó un comportamiento irregular, incluso con sus propias ganancias. Y todos en el pueblo lo sabían.

Don Rafael llegó a la plaza andando deprisa, con actitud de acudir allí lo más rápido que había podido. El alcalde tardó unos minutos más en aparecer, acompañado del alguacil, con el mismo aspecto de premura. Abrió la puerta del ayuntamiento y entró con los inspectores de Abastos. Ninguno de los dos podía sospechar en ese momento lo que les esperaba.

Uno de los pocos vecinos que no estaba ese día en su casa era Juan. Desde que llegó a Valdeálamos, salía del pueblo cada mañana cuando aún no había amanecido, tirando del asno que arrastraba el pequeño carro que él mismo se había fabricado y en el que llevaba un pico y una pala.

Luis sabía cuándo pasaba junto a la puerta de la casa, porque oía el chirrido metálico de las ruedas del carro desde cualquier habitación donde estuviera. Cuando lo conoció, sintió recelo ante aquel hombre fuerte, barbudo y de semblante serio. Comenzó a llamarle como lo hacía su madre: el primo Juan. Al oírlo llegar, se quedaba quieto, sin hacer ruido, porque también le daba miedo el perrillo que lo acompañaba siempre, porque tenía la carne magullada donde debería tener un ojo. Alguien le había dado una pedrada y se lo había espachurrado, dejándolo como si fuera un remiendo de piel seca.

Álvaro atendía como médico varios pueblos cercanos y no siempre estaba en casa, porque con frecuencia volvía de esa ronda al atardecer. Algunos de esos días Delia, al oír la llegada de Juan, salía a la calle para entregarle algo. El carro se detenía, cesaba el rechinar de las ruedas durante un momento y enseguida volvía a oírse el crujido estridente de los ejes, alejándose.

Cada día Luis le veía transportar, en ese carro que parecía hecho de juguete, piedras que iba amontonando en un solar donde un vecino se iba a construir una casa. Cuando descubrió que el primo

Juan partía a golpes esas rocas para amontonarlas en las paredes de una casa, sintió una asombrosa admiración por él. ¿Quién puede partir las rocas en cuadraditos igual que él partía el pan sobre la mesa, si no tiene un poder excepcional? Pero la realidad era más vulgar. Juan no era un mago dotado de una fuerza extraña con la que podía partir piedras que nadie era capaz de hacer. Se dedicaba a ese trabajo ímprobo como una forma de subsistencia. La realidad era mucho más prosaica de lo que podía imaginar la inocencia de sus ojos de niño.

En el informe que escribió sobre él, el alcalde había anotado el nombre de Delia Nogales como la persona que se hacía responsable de la conducta política de Juan. Pero detrás de su nombre escribió unas palabras claves: «Delia Nogales, casada con el médico Álvaro Martín, que sirvió de alférez en el glorioso ejército de Liberación». El aval en realidad era el médico de Valdeálamos, por su pasado de combatiente.

En cuanto Juan se bajó del autobús cuando llegó al pueblo, lo primero que había hecho fue ir a la tienda de su tío Antonio, que se quedó pasmado al verlo bajo el dintel de la puerta, con la barba sin arreglar, envuelto por el halo del sol de la mañana, como si fuera una aparición venida del más allá. Antonio fue a ver a Delia para considerar de qué manera podían ayudar a ese hombre que se había alistado en el bando de la República y que regresaba al pueblo cuando ya había transcurrido algún tiempo desde el final de la guerra. Y Delia, a la mañana siguiente, temprano, se presentó en casa del alcalde. Le dijo que era mejor no enredar el pasado. Que todos querían olvidarlo. Y que ella y su marido podían avalar su buena conducta. El alcalde comprendió. «No se desprenden cargos para su detención», escribió al final del informe que había redactado con el propio Juan en el despacho del ayuntamiento.

Y añadió la condena más leve que podía considerar: «Se le requisarán la mitad de los bienes al susodicho y se le comunicará la imposibilidad de cambiar de residencia sin autorización».

Al primo Juan le fueron requisadas parte de sus tierras: unas fanegas de cereal y una viña. Durante aquellos años inhóspitos no tenía más recursos con los que hacer frente al hambre que trabajar de picapedrero: un pico y una pala. Ir cada día al monte para romper a golpes las rocas y sacar piedras con las que construir la casa, el corral y los pajares de otros. Usaba los mismos recursos miserables que los esclavos antiguos: cuñas de madera, un mazo y la brutalidad de los golpes con el pico, que hacían saltar esquirlas de piedra como proyectiles, que chocaban contra sus manos, sus brazos y su cara.

¿De qué vivía ese hombre? ¿Cómo se alimentaba? ¿Con qué podía calentar la chimenea? Todo eso Luis lo ignoraba. En las noches frías de diciembre su madre colocaba un brasero bajo la mesa y él se sentaba al atardecer junto al resplandor rojizo de las brasas, frotándose los pies para atenuar el picor de los sabañones. Un rato antes de irse a dormir, con un recipiente metálico en el que había puesto brasas ardiendo, le calentaba las sábanas para que no enfriara su cuerpo la humedad congelada de la cama. No había leña en el pueblo. No podían talarse los árboles. Estaba prohibido cortar las ramas de las encinas del monte comunal. Y era tanto el frío, que se helaba el agua de los cántaros en los portales. ¿Con qué se calentaba entonces el primo Juan en invierno?

Luis le veía volver aterido del monte con un carro de aulagas para quemar en la chimenea. Las aulagas son plantas que se secan en palos finísimos, puntiagudos y llenos de espinas. Al quemarlos arden con un chisporroteo instantáneo y una llamarada fulgurante; pero su calor es fugaz. Eso era todo lo que él tenía en aquellos días de frío y de miseria.

Mientras los inspectores de Abastos estaban en el ayuntamiento, si ellos hubieran tenido facultades que no están al alcance de la visión humana, habrían podido ver en el monte cómo un pastor intentaba dispersar el rebaño para que las ovejas se perdieran entre las encinas y no pudieran ser contabilizadas. Y en ese mismo momento, mientras estaban reunidos con el alcalde y con don Rafael, si

hubieran podido traspasar las paredes con la mirada, habrían descubierto que en la casa de enfrente una mujer envolvía en una sábana varios celemines de harina; que, en cuanto terminó, se los colocó con rapidez debajo del delantal, porque no tenía tiempo para hacer nada más; y que inmediatamente se sentó en una silla de mimbres con las manos sobre la tripa hinchada.

Pero los dos inspectores habían ido allí con otra misión más importante, que le afectaba personalmente a don Rafael. Cuando salieron del ayuntamiento, este no tenía buena cara. Estaba sudoroso y demacrado. ¿Qué había pasado dentro? ¿Qué iba a ocurrirle a don Rafael a partir de entonces? Nada de eso se supo en el pueblo hasta unos días más tarde.

En cuanto salieron a la calle, uno de los comisarios indicó con la mano la casa que tenían enfrente. No dijo nada. Solo extendió el brazo y señaló la puerta. Don Rafael comprendió. Golpeó el picaporte y esperaron. Una mujer salió limpiándose las manos en el delantal.

—Inspección de Abastos —dijeron sin más, y entraron en la casa.

Revisaron la cocina, miraron debajo de la mesa, accedieron sin permiso a las habitaciones, miraron en alcobas y bajo las camas, en arcones y en despensas. En un cuarto que estaba junto al portal vieron a aquella mujer joven, sentada en una silla de mimbres, con las piernas abiertas, sosteniendo con las manos la tripa que anunciaba el parto inminente. Cuando entraron ellos en la habitación, hizo un gesto de incorporarse, pero uno de los inspectores la detuvo:

—No, no se levante. Quédese ahí.

Echó una ojeada rápida al cuarto y le preguntó:

—¿Para cuándo?

—De aquí a unos días —respondió ella.

Don Rafael miró asombrado el embarazo, comprendió, volvió la cara a otra parte y calló, haciéndose cómplice de la mentira.

Al salir, el inspector de Abastos le deseó amablemente:

—Que el alumbramiento sea con bien.

En la calle, don Rafael les sugirió a los inspectores:

—Deberían ir al ultramarinos. Ahí sí que es necesario estar vigilantes.

Uno de los inspectores lo miró desconcertado.

—¿A dónde dice?

—A la tienda, a la taberna, donde Antonio… —le explicó.

Y mirándolo con severidad, le indicó con un tono áspero:

—Vayamos entonces donde Antonio. Llévenos hasta allí.

Cuando entraron en la tienda, Antonio estaba detrás del mostrador. Eso no era una tienda… Era evidente que había sido preparada para la visita: dos mesas vacías, cuatro sillas viejas, un mostrador de madera y unas estanterías pobres con muy pocas cosas que ofrecer: eso es todo lo que se encontraron allí.

—¿Y usted qué vende? —le preguntó el de Abastos.

Antonio alargó el brazo, señalando de un lado a otro de las baldas, como si ensayase un pase torero. En la pared colgaban un cesto de mimbres, una azada, un par de calderos. En una estantería se amontonaban algunas velas, una escudilla, un machete, unas cucharas de palo. En otra había dos pares de alpargatas, junto a una tela de paño, unos ovillos de lana y una caja con botones. Eso era todo. Sobre el mostrador colgaba, en un gancho suspendido desde el techo, una pieza reseca de bacalao. Encima del mostrador había un pequeño barril con aceitunas. Detrás, en una de las estanterías, un saco de esparto doblado escondía con los pliegues la mercancía que tenía en su interior.

—¿Y eso? —le preguntó el inspector de Abastos.

—Azúcar —dijo Antonio—. Cuatro kilos de azúcar negra. Es lo que hay para todo el mes.

El inspector pasó al interior del mostrador para comprobarlo. Junto al saco vio unas tabletas de chocolate y una bolsa con granos de café.

—Esto y esto, fuera —dijo, mientras lo cogía, requisándolo—. No están los tiempos para despilfarros.

Al hacerlo se percató de una caja que estaba en la misma estantería, con tabaco de liar.

—Y esto también —añadió, haciéndose con ella.

Cuando los inspectores abandonaron el local, Antonio salió de detrás del mostrador y se dirigió hacia la ventana. Desde allí vio a don Rafael, que se había mantenido fuera de la tienda, oculto en la esquina de una de las casas. Los había llevado para intimidarlo y para que le abrieran un expediente de sanción; y él se había quedado afuera, como un cobarde, alejado de la puerta para que no pudiera verlo.

—¡Será cabrón…! —estalló Antonio.

Y aquello tampoco se lo iba a perdonar nunca. El rencor es un tumor maligno que se aferra a los pliegues del alma. Cuando crece, lleva a los hombres a la discordia. Y el final es el desvarío, una maldad impredecible.

Valdeálamos se fue construyendo desde su fundación en tiempos medievales al resguardo de una pequeña colina que lo protege del cierzo en los meses más ásperos de la invernada. Las casas descienden por la ladera hasta el valle. Esa colina sirve de resguardo y también de refugio y de almacén. En sus entrañas alberga un trazado de pequeños túneles. A lo largo de los años las gentes fueron perforándolos con paciencia, con la misma tozudez ciega con la que excavan las lombrices en el barro. Así se hicieron las bodegas, cuevas subterráneas, profundas, oscuras y frescas, donde las gentes guardaban en cubas de roble el vino de cada cosecha. Allí subían cada uno de los días del año a llenar la jarra de vino para llevarla a casa, como un ritual báquico que no distinguía días de nevadas ni de sol abrasador.

Aquel invierno Juan se propuso excavar su propia bodega en la colina en la que antes otros habían excavado la suya. Era un trabajo ímprobo, para el que no contaba con más medios que un pico, una pala y una espuerta. Lo hizo él solo, durante varios días. A ratos recibía la visita de Antonio que se ofreció a ayudarlo y entre los dos, a los pocos días, habían excavado ya un túnel de varios metros de profundidad.

—Pica esa veta —le indicó Juan, señalando una línea en la pared.

—¿La de color pardo? —se aseguró Antonio.

—Esa, sí. Es arcillosa y se levanta con facilidad. La caliza es más peleona.

—¿Y tú dónde has aprendido eso? —se interesó Antonio.

—¿Dónde va a ser? Cavando túneles en la guerra.

—¿Hacías túneles para protegeros de las bombas? —le preguntó.

Juan no respondió. Se inclinó, cogió el asa del capazo y lo levantó cargado de escombros. No quería hablar de ese tiempo. Era el pasado. Y él estaba intentando olvidarlo.

—Lo pasado pasado está —dijo.

Antonio volvió a picar. Levantaba la tierra con el pico de hierro y arrancaba uno a uno los terrones. Después Juan amontonaba con las manos la tierra removida y la cargaba con la pala en un capazo. Cuando no podía mover la pala por la estrechez del túnel, recogía la tierra a puñados. Se arrastraba encorvado por el agujero abierto, retrocediendo igual que hacía en los túneles y trincheras que perforó como zapador durante la guerra. Tiraba del capazo y seguía reptando hacia atrás, como un cangrejo en su guarida. En el exterior amontonaba la tierra excavada. Y cuando había vaciado allí los escombros, volvía de nuevo a la oscuridad de la cueva.

—Vamos a asegurar el techo —le dijo a Antonio.

Entró en el túnel con unas tablas y las dejó en el suelo. Cogió un tronco más recio y lo fijó pegado a la pared. Enfrente puso otro y encima de ellos fue trenzando una geometría simétrica con las tablas, para que sirviera de soporte a la tierra removida.

Esas fijaciones eran escasas e improvisadas, porque no disponía de más materiales con los que evitar los derrumbes. Observó el resultado. Vio que el techo necesitaba un entramado mayor de tablones para estar bien asegurado y que no se hundiera. Pero no tenía más medios con los que sostenerlo mejor.

—Ahora pico yo un rato —le dijo a Antonio.

En la parte inferior que iniciaba la pendiente donde quería depositar la cuba de vino, había una piedra caliza. Comenzó a picar

con intensidad alrededor de ella, para levantarla haciendo palanca en cuanto la tuviera aislada. Juan estaba tan abstraído en la tarea, inclinado, mirando al suelo, que no oyó el chasquido de una tabla que cedía. Comenzó a caer una lluvia fina de tierra, que era el aviso del desmoronamiento del techo.

—¡Juan! —gritó Antonio desde la entrada—. ¡Sal de ahí! ¡Sal corriendo, que esto se cae!

Se volvió y miró hacia el exterior, donde alumbraba el punto de luz del agujero de entrada. Vio a Antonio que iba asustado hacia él, para rescatarlo.

—¡No entres tú! —le advirtió—. ¡Sal fuera!

Pero Antonio no lo oyó o no le hizo caso. Fue hasta él, lo agarró del brazo y comenzó a tirar. Juan se apresuró a salir agachado, todo lo rápido que pudo, mientras oía crujir el techo y grandes bloques de tierra se reventaban contra el suelo. La presencia de Antonio era un estorbo. Los dos intentaban salir encorvados del túnel, molestándose mutuamente. Si se taponase la salida o si los alcanzara un derrumbe en medio del túnel, quedarían allí cubiertos de barro, enterrados en vida.

Eso pasó por la cabeza de Juan en el instante en el que tropezó con Antonio y cayó al suelo. Comenzó a arrastrarse atolondrado, como cuando estallaban las bombas a su alrededor y había que huir de las trincheras. Siguió gateando a ciegas, mientras oía caer la tierra que le golpeaba en el cuerpo.

Cuando llegó a la salida, se quedó allí tumbado, inmovilizado por el dolor. No podía levantarse. Vio a Antonio que se acercaba a él con cara de susto. Movía los labios, pero él no le oía las palabras. Percibió el fulgor del sol y al momento vio cómo se iba apagando la luz igual que se consume la llama de un candil, hasta desvanecerse del todo. Se quedó inmóvil sobre la tierra, con los ojos cerrados. En la huida le habían golpeado piedras que cayeron del techo en cascada, igual que caen las fichas de un dominó empujadas en fila unas detrás de otras.

En ese momento, Luis estaba en el patio, junto a la higuera, y oía hablar a Delia y Álvaro en voz baja en su habitación. Con una piedra Luis cascaba en el suelo un puñado de avellanas. Poco antes se había acercado a la despensa, sin que nadie lo viera. Desobedeciendo las órdenes estrictas de su madre, cogió un puñado de las avellanas que estaban en un canasto, salió aprisa y se fue al patio, para comerlas a escondidas. Estaba sentado en el suelo: dejaba una avellana junto a él, levantaba la piedra y la empujaba con la fuerza de sus cinco años concentrada en la mano. Crujía la cáscara, se rompía en dos y entonces se mostraba el fruto, y él lo cogía con los dedos helados para llevarlo a la boca. A veces la avellana salía disparada tras el golpe. Luis se levantaba pacientemente e iba hasta donde había caído. La cogía y regresaba de nuevo a sentarse en el mismo sitio, para volver a golpearla, hasta que se abría la cáscara partida en dos.

Cuando se dio cuenta de que sus padres hablaban más alto en la habitación, se quedó escuchando, porque conversaban con tono de enfado. Él le reprochaba algo.

—No me parece bien lo que haces —le oyó decir.

—Se lo han quitado todo —se defendió ella.

—No nos incumbe a nosotros.

—¡Cómo no nos va a incumbir! Si no ha hecho nada…

—Se opuso al Movimiento. Se alistó en el ejército republicano y luego en las milicias internacionales. ¿Te parece poco?

—Se opuso a un levantamiento militar contra el gobierno.

—No deberías hablar así —levantó él la voz—. A saber a cuántos habrá matado…

—Si se dedicó a levantar puentes destruidos y carreteras bombardeadas…

—Eso es lo que él dice. Otra mentira.

Luis golpeó con fuerza una avellana, que resbaló con el choque de la piedra y salió disparada hacia la pared. Se levantó para recogerla, acercándose hacia la ventana de la habitación donde estaban ellos.

—He visto cómo sales a verle cuando pasa por la puerta —oyó la

voz seria de su padre.

—Algunos días… Sí… —admitió ella.

—Y he visto lo que le das.

—Se lo han quitado todo —insistió.

—¿Y qué?

—No tiene trigo, no tiene harina, no tiene pan, no tiene viñas… ¡No tiene aceite, ni azúcar, ni leña! ¿De qué se va a alimentar?

—Como todos… A ver de qué se alimentan los demás…

—¡No! Como todos, no. Nosotros tenemos sebo y tenemos aceite. Por eso le he dado una aceitera.

—Y azúcar… y almendras… y una lata de harina… ¡Y qué sé yo qué más le has dado…!

—Ponte en su lugar —dijo ella compasiva—. Imagínate que nos hubiera ocurrido a nosotros.

—A nosotros no nos ha ocurrido. Porque hemos estado donde había que estar.

—O no —se opuso ella.

Álvaro se enfureció entonces y estalló en una serie de improperios. Desde el patio Luis le oía tan enfadado, que se asustó. Cuando le oyó hablar fuerte, se llevó las manos a las orejas y las tapó para no escucharlo. Estuvo así un rato, y cuando apartó un momento las manos, se concentró para comprobar si había pasado la discusión.

—Me has comprometido, utilizaste mi nombre, redactasteis un informe falso, mentiste para beneficiarle… —le oyó decir—. Le diste mi nombre al alcalde sin consultarme nada.

La voz de su padre resonaba con irritación creciente, hasta que explotó de nuevo en una sarta de improperios. Luis se giró sobresaltado y fue a sentarse donde estaba antes, confuso. Volvió a taparse las orejas y permaneció así, con los ojos cerrados. Cuando retiró las manos, escuchó en medio de la confusión la voz acusadora de su padre:

—Coges cosas de nuestra despensa para dárselas a él…

Luis estaba nervioso y asustado. Nunca les había oído discutir de esa manera. ¿Por qué gritaban? ¿Por qué estaban furiosos? Cogió la

piedra con una mano y una avellana con los dedos de la otra, sujetándola en el suelo para abrirla. Entonces escuchó de nuevo la acusación contundente de su padre:

—Cogéis las cosas de la despensa a escondidas, cuando yo no estoy, como ladrones…

Levantó el brazo bien alto y lo dejó caer para golpear con la piedra la avellana que sujetaba con la otra mano en el suelo. Lo hizo con tanta fuerza que se pilló los dedos ateridos de frío con los que la agarraba. Sintió un dolor inhumano al magullarse las yemas de los dedos con la piedra; tanto dolor que se congestionó paralizado y tardó en romper a llorar con un chillido desolador.

Al oírlo, salió corriendo su madre hasta el patio y lo abrazó. Él lloraba sin consuelo acurrucado en sus brazos. Tenía un dolor inaguantable, un nudo en la garganta, y no podía entender las palabras que ella le decía para calmarlo. Al momento su padre le cogió la mano para observar la herida que se había hecho.

—Llévalo al despacho para que lo cure —oyó que le decía a Delia.

Luis se agarró a la cintura de su madre, desconsolado. No lloraba solo por el dolor que le producía el dedo aplastado; lo hacía también por el disgusto que le habían producido las palabras airadas entre ellos. Sentía una inexplicable sensación de culpa. Había desobedecido los mandatos expresos de su padre, que le prohibía sacar nada de la despensa. Había robado un puñado de avellanas; y él lo sabía. No quería que discutiesen. No volvería a hacerlo nunca más. No cogería nada de la cocina. No quería ser él la causa de su pelea a gritos.

Semana Santa de 1946

LA PRIMAVERA TARDABA EN LLEGAR a Valdeálamos. Los árboles estaban entumecidos. Tenían los brotes encogidos en las ramas, cerrados sobre sí mismos para protegerse de la escarcha. No había aún flores ni hierbas. Los trigales habían roto la tierra y asomaban las cañas recién nacidas como si fueran lanzas verdes surgiendo del suelo. Por la noche bajaba la temperatura y al amanecer una bruma envolvía el pueblo y dejaba en las plantas gotas de agua que brillaban como puntitos de luz helada.

Luis se despertó con frío. Miró hacia la ventana y vio la luz difusa que se colaba entre los ventanillos entornados. Prestó atención y oyó el canto de un mirlo que alborotaba el amanecer nublado. Pulsó el interruptor en forma de pera que estaba atado con el cable de la luz al cabezal de la cama. Del techo colgaba una bombilla, que envolvió el aire con una iluminación tenue y amarillenta.

Al cabo de un rato comenzó a sentir cómo el sueño le cerraba los ojos. Tenía el rostro dirigido hacia el techo y miraba la bombilla encendida. Cuando observaba en medio de la penumbra el filamento enrojecido, Luis veía un hilo de luz finísimo que viajaba desde allí hasta sus ojos. Los cerraba asustado, y el hilo de luz quedaba flotando dentro de sus párpados. Los volvía a abrir y ese rayo diminuto regresaba de nuevo hasta su mirada. No sabía qué era aquello ni qué daño podía hacerle, pero le producía un temor irracional que le tuvo desvelado y con miedo hasta la hora de levantarse. A veces las cosas parecen inexplicables y misteriosas. Luis

no había aprendido aún que solo son consecuencia de nuestra ignorancia. Aquello que desconocemos nos resulta extraño, nos produce recelo y al final engendra en nosotros temor. La ignorancia es lo que alimenta el miedo.

En cuanto oyó que su madre se había levantado, Luis saltó de la cama, más temprano que ningún otro día. No remoloneó como hacía siempre cuando iba a despertarlo. Estaba desayunando el tazón de leche, cuando su madre entró en la cocina:

—Tenemos que ir a casa del abuelo Antonio a ayudarlo en la tienda —le dijo.

Ella había cogido el abrigo para ponérselo, pero Luis protestó:

—Hoy no quiero llevar abrigo.

—Hace frío, y te dará calor… —le dijo, mientras le metía el brazo en una de las mangas—. ¿No ves que es de piel de cordero?

—¿De piel de cordero?

—Sí. A los corderos se les quita la piel y con ella se hacen abrigos —le explicó su madre.

—¿Y los dejan despellejados? ¿Con la carne al aire?

—No, cielo —lo corrigió—. Lo hacen cuando ya están muertos.

—¿Llevo encima un cordero muerto? —se asustó aún más.

Y Delia se rio de la ocurrencia y dijo para tranquilizarlo:

—No es un cordero; es solo su piel. No te preocupes por ello.

Luis se sintió desconcertado al pensar que se cubría cada día con la piel de un cordero muerto. Que llevaba a la espalda un cordero al que habían desollado. Desde aquel día no quiso volver a ponerse aquel abrigo que había usado despreocupadamente durante todo el invierno. Delia no entendió el motivo, que atribuyó a una simple manía infantil. Pero la realidad era que Luis sabía algo que hasta entonces desconocía. La ignorancia también nos protege. Con el tiempo Luis tendría que asumir que la vida es un cúmulo de contradicciones: que la ignorancia unas veces nos provoca miedo y otras nos libra de él.

Esos días se instaló en la mente de don Rafael una idea

descabellada. No dejaba de acordarse de su hijo Lorenzo, que murió en Brunete abandonado en medio de campos en barbecho. Se le ocurrió como homenaje a él y a quienes habían muerto esos años durante la guerra construir un ataúd de cristal sostenido por una estructura de madera, decorado con molduras de plata. En ese ataúd se colocaría el Cristo que estaba en la iglesia, una talla barroca que se sacaba en Semana Santa en procesión por las calles del pueblo.

Esa idea absorbió su mente. Don Rafael se levantaba pensando cómo llevar a cabo el proyecto. Durante días se encerró en el taller de carpintería que tenía en su casa y estuvo horas haciendo dibujos, diseñando ringletes, ensamblajes, perfiles. Por la noche tardaba en dormirse, mientras imaginaba molduras talladas, y en sus sueños veía frontales de plata repujada, volutas de madera, cristales biselados.

Por fin decidió exponer su idea a don Gerardo, el cura de Valdeálamos. Se levantó temprano y antes de que sonaran las campanas convocando a la misa matinal, se puso el abrigo de piel de cordero y salió a la intemperie de la mañana, por la calle Ancha hacia la iglesia. El presbítero se sorprendió al verlo entrar en el templo y más cuando lo abordó en la puerta de la sacristía para explicarle el plan que tenía en la cabeza. Don Rafael estaba excitado con la idea; don Gerardo, nervioso por la premura de tiempo para empezar el oficio religioso. Urgido por la prisa, don Gerardo le reconoció que era una idea magnífica y que le daba su bendición para llevarla a cabo. Pero en la puerta de la sacristía le hizo una pregunta: ¿de dónde iba a sacar el dinero para construir el ataúd?

En medio de la euforia, don Rafael se ofreció a realizar él mismo los trabajos de carpintería y a sufragar personalmente todos los gastos que acarrease la talla de la madera. De lo demás, afirmó rotundo, podía encargarse la Cofradía de la Buena Muerte, haciendo una colecta entre la gente del pueblo.

Cuando bajaba de la iglesia, en la mente acalorada de don Rafael ya veía hecha realidad aquella obra de arte y de piedad, que llevaría su firma, sería su aportación al pueblo y se recordaría en los siglos venideros unida siempre a su nombre. El plan, sin embargo, iba a

terminar de una manera inesperada.

Don Rafael hizo un boceto que solo se lo enseñó al cura, porque quería mostrar el féretro por primera vez en la procesión de Viernes Santo, como un acto de fervor popular. El resultado tenía que ser impactante. Los bastidores serían de madera de nogal, dura y de color oscuro, tallada con filigranas geométricas. En ellos irían encastrados perfiles de plata. Todos los laterales y la propia tapa frontal del féretro serían de cristal biselado, para que a través de ellos la gente pudiera contemplar la imagen yacente del Cristo de la Buena Muerte.

Ese era el proyecto y así lo llevó a cabo don Rafael, trabajando durante días la madera. Ensambló los listones, las cenefas, los ingletes. Talló filigranas a golpe de cincel. Cortó perfiles. Clavó puntas. Midió cien veces con la escuadra. Y otras tantas colocó el nivel sobre las maderas para que todo quedara perfecto. Ajustó los marcos sobre los que irían apoyados los cristales transparentes. Encargó los adornos de plata a un orfebre de la ciudad. Hizo un trabajo preciso y minucioso, y lo terminó a tiempo.

En la iglesia había una escultura barroca de Cristo, esculpido de pie, con el cuerpo herido a latigazos, la frente chorreando sangre, los brazos caídos y las manos una encima de la otra sobre el trozo de tela rota con la que se cubría.

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos cerrados y el rostro sereno. Representaba al hombre que estaba a punto de ser crucificado, tal y como Pilatos lo mostró al pueblo judío. Con tantas heridas, parecía un cordero desollado y era realmente milagroso que ese cuerpo abierto a latigazos pudiera sostenerse todavía en pie.

Esa imagen era llevada en las procesiones de Semana Santa sobre una peana por las calles del pueblo. La novedad ese año iba a ser que en la procesión del Viernes Santo los miembros de la cofradía portarían el nuevo féretro de cristal con ese cuerpo expuesto en su interior, por las calles de Valdeálamos. Ese acto mostraría el duelo por los muertos en los días sombríos de la guerra.

Una semana antes de las procesiones, el féretro estaba concluido. Don Rafael dio el último martillazo sobre el último clavo que fijaba uno de los perfiles de madera con los que se sujetaba el cristal de la tapa. La colocó cerrándolo provisionalmente y se apartó unos metros para contemplar el trabajo que había hecho. Al ver su obra acabada, experimentó un sentimiento confuso, que ni él mismo hubiera podido explicar: una mezcla de satisfacción profesional y de fervor místico.

Con esa misma emoción se acercó a la iglesia, envolvió la imagen de Cristo en una manta y regresó al taller para colocar el cuerpo en el ataúd. Cuando lo hizo, empalideció y estuvo a punto de desmoronarse y de caer desmayado, si no hubiera dado unos pasos atrás para apoyar la espalda en la pared e ir resbalando hasta quedarse sentado en el suelo con un gesto desolador. Aquel cuerpo no entraba en el cajón de cristal: ¡no cabía! ¡Las medidas con las que había fabricado el féretro no eran correctas! Algo había medido mal, y con el sigilo con el que quería hacerse aquel trabajo, nadie más las había comprobado. Faltaban solo unos centímetros, pero allí no era posible introducir el cuerpo horizontal.

El día de Viernes Santo, Delia marchaba en la procesión y, a su lado, Luis, agarrando la mano de su madre. Toda la gente del pueblo participaba en ese acto, caminando en fila desde la iglesia por algunas calles centrales. Las mujeres iban delante; los hombres, detrás. Abría la marcha don Rafael. En Semana Santa se vestía de centurión romano y salía en la procesión cabalgando sobre un caballo blanco. Era el único de Valdeálamos que iba a caballo ese día, una distinción que había conservado su familia desde tiempos atrás. Todos los demás caminaban despacio detrás de los cirios, de los faroles de plata y de las imágenes talladas en madera transportadas sobre angarillas. Algunos llevaban sobre sus espaldas cruces de madera. Otros portaban sobre los hombros peanas con calvarios, Marías Dolorosas, ladrones arrepentidos, apóstoles que miraban al cielo confusos y, en el centro de la procesión, cuatro

miembros de la Cofradía de la Buena Muerte llevaban el sepulcro de cristal en el que iba el cuerpo de un hombre herido a latigazos.

Don Rafael miraba el cortejo altivo, desde arriba, tieso sobre el lomo de aquel caballo blanco como la nieve, haciendo tintinear las espuelas en los estribos relucientes que los criados habían abrillantado para que lucieran especialmente ese día.

—Es el abuelo Rafael, ¿a que sí? —dijo Luis, volviendo la cabeza y levantando la mirada hacia su madre.

Su figura imponente se destacaba sobre el cielo de la primavera azul de Valdeálamos. Erguido sobre el caballo blanco, recorría al trote las calles e iba de atrás hacia adelante, distrayendo la piedad de la gente.

—Parece un emperador —oyó Luis decir en voz baja a una de las mujeres que caminaba a su lado.

Y como si ese juicio empobreciera el poder del jinete, Luis se volvió defraudado hacia su madre para decirle:

—No es un emperador. Es el centurión romano, ¿a que sí?

Y Delia asintió con la cabeza y se llevó el dedo a la boca, para indicarle que guardara silencio.

Desde el día que terminó el ataúd de cristal, don Rafael vivió en una permanente angustia. No dormía por las noches, cavilaba de día ensimismado, con los ojos hinchados y unas ojeras en el rostro que delataban su aflicción. ¿Cómo iba a decir en el pueblo que aquel ataúd ya no servía para nada y que había dilapidado todas las donaciones?

Intentó de todas las maneras posibles meter el cuerpo en el ataúd, pero solo podía dejarlo inclinado, con los pies tocando el fondo y la cabeza arriba, pegada al cristal de la tapa, como si ese cuerpo magullado de heridas por el rencor de los hombres estuviera saliendo milagrosamente del sepulcro. Don Rafael no dormía y cada noche de insomnio se preguntaba desesperado qué podía hacer para arreglar aquel estropicio.

Su desesperación fue tal, que se le ocurrió una idea descabellada.

El ataúd de cristal no podía alargarse. Lo único que podía hacer era acortar la talla de madera que había que introducir en él.

Estuvo un día entero, con sus horas de luz y de oscuridad, cavilando de qué modo podía hacerlo. Durante ese tiempo, vio cómo el mundo se resbalaba de las manos de Dios. Y que su vida estaba al borde de un abismo. Pasó la noche desvelado. Tumbado en la cama, encendió la luz y un rayo finísimo se desplazó desde la bombilla hasta sus ojos. La apagó, y la oscuridad se llenó de destellos minúsculos incandescentes.

En plena noche, se levantó con los ojos enrojecidos. Sin que hubiera amanecido aún, bajó al taller y se dispuso a ejecutar el plan que había pensado, a oscuras, protegido por las sombras, como un criminal.

La procesión transcurrió ese año con el mismo cortejo de siempre: él abría la marcha, montado sobre el caballo blanco, con las espuelas relucientes; detrás iba la cruz procesional; y luego, estandartes, monaguillos con faroles, mujeres con velas encendidas, imágenes de la Pasión portadas por los cofrades, el alcalde vestido con camisa blanca y el cura con capa pluvial de hilos dorados.

Transcurrió con la misma disposición de todos los años, hasta que de vuelta a la iglesia, al depositar la imagen de aquel Dios en carne de hombre, que tenía tantas heridas en la piel como un cordero despellejado, alguien exclamó en medio del templo:

—¡El Cristo está sangrando por una herida!

No había amanecido aún cuando se levantó don Rafael el mismo día de Jueves Santo, con los ojos enrojecidos, agotado por el insomnio de varias noches sin dormir y corroído por los remordimientos. Bajó las escaleras tambaleándose. Hacía frío en el taller de carpintería de su casa. Temblaba. Se puso un tabardo que era una piel de cordero desollado y sacrificado por otros hombres para que él pudiera abrigarse esa noche de desesperación. Encendió la bombilla que colgaba del techo y un hilo finísimo de luz le llegó hasta la cara y fue como si ese chispazo en su mente descarriada prendiera la hoguera

del desvarío. Porque agarró el serrucho con determinación y se dirigió con él en las manos a la mesa en la que reposaba la talla del Cristo moribundo. Recortó de él lo justo para que pudiera entrar en el ataúd, lo restauró con cola y pintura, tapó el arreglo con el manto de pureza que le cubría la cintura y, con las primeras luces del alba, lo devolvió con cautela, envuelto en una manta, a la peana de la iglesia en la que habría de salir en procesión al atardecer.

Cuando la procesión volvió a la iglesia y una mujer gritó que el eccehomo estaba sangrando por una herida, un monaguillo se acercó a corroborarlo.

—¡Tiene una gota de sangre! —le confirmó al cura.

Aquello desató un pequeño tumulto, porque el sacristán se acercó apresurado para comprobarlo y algunas mujeres se pusieron a rezar de rodillas.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Luis a su madre, ante el barullo que se había formado en la iglesia.

Y Delia se llevó el dedo a la boca y le susurró:

—Ssshhh.

Don Gerardo, el cura, mandó que llevaran la imagen a la sacristía, siguió con la ceremonia litúrgica y, al acabar, despachó a todos a sus casas. Al día siguiente acalló en el pueblo los comentarios, desmintiendo a la mujer que había afirmado que vio gotear sangre de una de las heridas de la imagen. Aquel episodio puso al descubierto lo que había hecho don Rafael. De no haber sido por eso, nada se habría sabido, porque esa escultura no volvió a sangrar más. Cuando supieron lo que había sucedido realmente, algunos afirmaban que aquello no era más que una veta roja de la madera, que había quedado al descubierto por el corte que le hizo con la sierra. Otros decían que una gota de pintura acumulada con la brocha se había removido en el interior de la madera con el bamboleo de la procesión, hasta caer como si fuera una gota de sangre.

Aquellos días don Rafael andaba por las calles desquiciado. Cristo sangraba por sus pecados. Un cúmulo de culpas se había ido amontonando en su conciencia y empezaban a martillearle el

cerebro.

Delia se asomó a la ventana y vio que había nevado durante la noche, en la que iba a ser la última semana del invierno. Era extraño en esa época. Pegó la frente al cristal, sintió el frío y escuchó en la cuadra los cascos del caballo que se preparaba para salir a la intemperie. Álvaro se había levantado temprano y abandonó el dormitorio en silencio, sin una palabra de despedida. Ella lo había escuchado vestirse, con la cabeza en la almohada vuelta hacia la pared, con los ojos cerrados, pero atenta para interpretar cada uno de sus movimientos. Esperaba sentir su aliento cerca en algún momento durante un instante. Ansiaba una palabra, un roce, una leve caricia de despedida que no se produjo.

Desde la ventana lo vio salir arrebujado en una manta para protegerse del frío, montado sobre el lomo del caballo. Con la preocupación reflejada en sus ojos, Delia fue siguiendo las pisadas de las herraduras que quedaban marcadas en la nieve.

Álvaro pasaba la mayor parte del tiempo trabajando. Todos los días visitaba los pueblos que tenía encomendados como médico. Y eso le hacía estar fuera de casa durante muchas horas. Y si se quedaba en ella, era para atender en el despacho las consultas de los enfermos de Valdeálamos o para ir a reconocer a quienes estaban en cama y no podían desplazarse.

Cuando estaba en casa, Álvaro pasaba el día encerrado en su despacho. Leía libros. Hablaba con otras personas… Delia se preguntaba a veces si ella formaba parte de su tiempo y hasta qué punto ocupaba un trozo de su corazón. Álvaro era un hombre serio y reservado. Reía poco. No compartían temas de conversación. Al contrario que en los primeros años, cada vez estaban menos tiempo juntos. Eso pasó por su cabeza mientras lo veía alejarse encorvado sobre el caballo, como un fantasma. Álvaro se estaba convirtiendo para ella en la ausencia.

Cuando Delia vio que el caballo giraba al final de la calle y se perdía entre la nieve, se dirigió a la habitación de su hijo para

despertarlo.

—¿Quieres ver todo el pueblo pintado de blanco? —le anunció.

Luis se abrigó, se puso las botas y salió a la calle. Había nevado con tanta intensidad que para salir de casa tuvo que subir un pequeño peldaño de nieve desde el portal.

Afuera el mundo era un campo de leche y de nata. Observó con ojos incrédulos cómo los árboles habían florecido de repente con flores de un color blanco inmaculado. Todo lo que veía cada mañana se había convertido en figuritas de algodón, que parecían estar flotando en una nube, hasta la lejanía. El suelo era un inmenso colchón de lana, como si mil ovejas hubieran sido trasquiladas solo para que él lo contemplara así.

Andaba con dificultad entre la nieve. En cada paso se hundían sus botas con un crujido de copos aplastados. A veces se quedaba clavado: veía cómo sus piernas se perdían en la blancura del suelo, en donde quedaban enterrados los dos pies. Inmóvil miraba al horizonte: los árboles y las tierras, los tejados de las casas, el cielo y todo, hasta donde podía alcanzar su vista, era una sábana de algodón que alguien había extendido durante la noche para que él la pisara con la luz del día. Desde entonces, Luis iba a tener en el recuerdo la imagen del invierno unida a la memoria de la nieve. Recordaría siempre el asombro infantil de ver que el mundo entero estaba pintado de blanco, como le había anunciado su madre al despertarlo.

Y sin embargo, esa sensación de éxtasis iba a ir vinculada en su cabeza al miedo. Porque al atardecer, Delia andaba de un lado para otro de la casa, preocupada. No paraba quieta. Entraba en la habitación y miraba a través de los cristales sin motivo aparente. El campo se había helado y los caminos estaban cubiertos por la nieve. Todo parecía hermoso; el valle era blanco y limpio como un vestido de novia; pero la belleza también puede ser cruel.

Delia se acercó otra vez a la ventana, como si aquella insistencia pudiera traer a la casa al hombre al que echaba de menos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Luis.

—Nada —le respondió, forzando una sonrisa para que no se preocupase.

Pero al mirarla, Luis vio sus ojos asustados.

—¿Qué te pasa? —le volvió a preguntar.

—Nada, mi amor, que todavía no ha llegado tu padre y tenemos que esperarlo.

Luis advirtió el peligro. Había oído hablar de hombres que suben al monte, cortan los árboles y transportan leña por caminos que circulan entre despeñaderos y barrancos. Había escuchado historias de ganados que no pueden volver a las corralizas y mueren de frío, atrapados en trochas intransitables por la nieve, sin poder moverse. Imaginó carretas clavadas en medio del campo, con los mulos que tiran de ellas hundidos hasta la barriga y las ruedas atascadas en el barro. Su padre no había regresado de la visita médica del pueblo al que había ido. Y ese era el motivo que tenía alerta a Delia. La miró y vio en sus ojos reflejado el temor. Pensó entonces que a su padre podía haberle pasado algo peligroso y que no volvería… Luis entonces se contagió del miedo.

Asustado, bajó al portal para esperarlo, como si esa cercanía le ayudara a su padre a llegar antes. Se apoderó de él la ansiedad de verlo pronto para subir corriendo las escaleras y poder decirle a su madre que había vuelto. Quería quitarle la preocupación de sus ojos y que estuviera tranquila.

Pasó el tiempo, y no venía. Entonces Luis no tuvo paciencia para seguir esperando en el portal y salió a la calle. Se quedó allí, en medio de la nieve, pateando con las botas el suelo helado.

Estaba distraído mirando al suelo, observando cómo se le hundían los pies, y por eso no lo vio llegar. Al levantar la cabeza, lo encontró ya a su lado. Lo miraba con una expresión confusa. Tenía puesto un gorro de cuero con orejeras y su barba mal afeitada estaba humedecida, con gotas de lluvia y de aliento. Llevaba unos cepos colgando del cinturón y un morral de cazador al hombro. Aquel hombre, don Rafael, lo miraba con ojos aturdidos. Abrió el morral, sacó un pajarillo muerto, se lo puso en la mano y le dijo con una sonrisa meliflua:

—Que te lo ponga tu madre para cenar… Verás cómo te gusta.

Y Luis se quedó quieto, asustado con el pajarillo helado entre los

dedos, al que le asomaba una gota de sangre en el pico. Aquel gesto era extraño en don Rafael. El nunca antes le había ofrecido nada. Evitaba encontrarlo. Ni lo miraba. Ni siquiera se detenía para saludarlo, ni a él ni a sus padres, porque el rencor mantenía distanciadas a ambas familias. Se giró y echó a correr hacia la casa con el pájaro en la mano. Cuando se lo entregó a su madre, ella lo miró muy seria, y con el dedo índice levantado, como hacía cuando le iba a decir algo importante, le reprendió:

—No cojas nunca nada de ese hombre.

Curso escolar 1947-1948

LUIS ESTABA DE PIE junto a un viejo pupitre de madera. Miraba somnoliento la pared blanca del aula en la que había algunos desconchones que dejaban ver el color de tierra debajo de la pintura. Enfrente de él estaba la pizarra, con la consigna escrita del día anterior; al lado, un crucifijo y el retrato de Franco vestido con uniforme militar y abrigo.

Hacía frío en esa aula los días de invierno. Pero también los días desapacibles del otoño. Y los primeros días de la primavera, cuando el sol tibio aún no podía desplazar la frialdad que se había pegado a la tierra. Luis en esa clase sentía frío siempre, hasta que llegaba el verano; y entonces ya no tenía que ir a la escuela. Hacía frío, y cuando se sentaba aterido en el pupitre, levantaba la vista y envidiaba aquel capote cálido del hombre que presidía el aula a la derecha del cristo crucificado.

Se volvió a mirar la vieja estufa que estaba encendida en medio de la sala, para caldear un poco esa mañana invernal. Desde ella salía un largo tubo que cruzaba la clase como un puente metálico hasta llegar a la ventana, atravesaba uno de los cristales y se perdía en el exterior en forma de chimenea. En el suelo se amontonaban algunos troncos de madera que el maestro iba quemando, pero que no servían para dar calor suficiente al ambiente gélido del aula. El pupitre de Luis estaba alejado de ese brasero, en el rincón perdido de la parte de atrás del aula. Y hasta allí nunca llegaba el calor de la chapa metálica de la estufa.

Cuando entró el maestro, todos lo recibieron de pie. Antes de

empezar la clase rezaron una oración y, al acabar, el maestro les indicó con un gesto de la mano que se sentaran. Luis se sentó en el viejo pupitre de madera, en el que se habían sentado otros antes que él, y a esos los habían precedido generaciones anteriores, y así una larga lista que se pierde en la memoria.

El maestro se acercó a él, le entregó la tiza y le dijo:

—Sal a la pizarra y escribe.

Se levantó con la tiza en la mano y esperó a que le dictara la consigna del día, que era siempre un pensamiento piadoso, patriótico o de buen comportamiento. Con esmero caligráfico rotuló en la pizarra la frase que pronunció el maestro:

—El mundo está sostenido por la mano de Dios.

Al acabar, le mandó que volviera a su sitio y entonces él, un hombre estirado, que andaba con aires marciales y que se recortaba cada día el bigotito para que ningún pelo le tocara el labio superior, comenzó a pasearse por la tarima, mirando alternativamente al techo y a la frialdad de las losas del suelo, mientras hablaba concentrado en su meditación:

—El mundo está sostenido por la mano de Dios —reflexionó—. Si Él abriera los dedos y lo soltara, el mundo caería al vacío y nosotros con él. Se hundiría en el caos; y eso sería el final. También a nosotros es Dios quien nos sostiene. Vivimos porque Él ha pensado en nosotros y estamos en cada momento en su mente. Somos el pensamiento de Dios. Reflexionad: ¿qué sería de nosotros si Él dejara de tenernos en su pensamiento?

Se quedó un momento callado mirando a través de la ventana, mientras los alumnos permanecían atentos, esperando su respuesta. En el silencio se oyó el chisporroteo de la estufa al romperse unas brasas convertidas en cenizas. El maestro se volvió hacia ellos, paseó su mirada por la clase y dijo:

—Copiad la consigna de hoy en vuestras pizarras.

Sentado en aquella aula donde aprendió las palabras que fueron construyendo su infancia, Luis escribió aquella frase con un pizarrín, aplicado en el pupitre, con la cabeza inclinada, deletreando cada sílaba. Ahí estaba, indefenso ante la vida, en un mundo que

desconocía y que podía caerse al vacío en cualquier momento.

El alcalde golpeó el picaporte de la puerta y Álvaro salió a abrir, vestido con la bata blanca que utilizaba para las consultas médicas. Al ver al hombre de pie en la calle, le indicó que pasara, le señaló la silla que estaba junto a la mesa del despacho, él fue a sentarse al otro lado y se quedó con los brazos apoyados sobre la superficie del tablero.

—He venido para tratar un asunto urgente que es de suma importancia para el pueblo.

—Usted dirá —se dispuso a escucharlo Álvaro, que siempre se mostraba correcto y distante.

—He venido porque el Ministerio de Educación Nacional no atiende nuestras peticiones —se quejó—. Y usted puede ayudarnos.

—¿En qué sentido? —se interesó Álvaro.

—Aquí siempre hemos tenido dos maestros. Y ahora no disponemos más que de uno. Su intervención puede ser decisiva para que lo recuperemos.

Álvaro recordó sus primeros años escolares. Entonces, una maestra se encargaba de enseñar a las chicas, mientras los chicos estaban en otra clase con el maestro, don Timoteo, que fue quien le inició a él en los primeros pasos para leer y escribir.

—El caso es que desde que acabó la guerra no contamos en el pueblo con ninguna maestra —añadió el alcalde.

—¿Y por qué?

—Ahhh… —Se encogió de hombros—. La hemos pedido mil veces, pero nunca nos han hecho caso.

La situación tenía su origen en la Guerra Civil. Al acabar la guerra el Gobierno cesó a todos los docentes; y si querían reincorporarse a su trabajo debían declarar cuál había sido su postura durante la República y la guerra. No se conservan las actas de las comisiones que resolvieron este tema, pero sí las resoluciones finales, que están en el Archivo General de la Administración. A finales de 1939 se decretó la suspensión temporal del maestro de Valdeálamos,

Timoteo Álvarez, a la espera de que solicitara su reincorporación a la escuela. En el expediente figuraba que no se le pudo comunicar la resolución, por hallarse en paradero desconocido. Eso es lo que sabía el alcalde. Y eso es lo que le explicó a Álvaro.

—No estaba en el pueblo —dedujo este.

—No. Es probable que se alistara en el ejército. Quizás murió durante la guerra… Quién sabe…

—¿Y el otro maestro? —le preguntó Álvaro.

—Era maestra; se encargaba de enseñar a las chicas; pero fue trasladada a otro destino.

—¿Y no nombraron a alguien que la sustituyese?

—Así es. Solo hay un maestro para hacerse cargo de todo. Las chicas están mezcladas con los chicos, los mayores están al lado de los pequeños… Y así no se puede enseñar nada.

—Pues vuelvan a solicitar que les envíen una maestra… No veo cuál es el problema —le indicó Álvaro.

—Eso es lo que hemos decidido: volver a reclamarla. Pero como usted tiene un hijo en la escuela… hemos pensado que en el escrito figure su nombre. Una petición avalada por un alférez del ejército de liberación y que es el médico del pueblo creemos que no puede ser rechazada.

—En ese caso, cuenten con mi apoyo —se ofreció Álvaro sin dudarlo.

El alcalde colocó sobre la mesa la carpeta que antes había puesto sobre las piernas al sentarse, la abrió y le enseñó el escrito que contenía.

—Me he permitido traer ya redactada la solicitud —le dijo.

Álvaro cogió el folio y lo leyó en silencio. La comisión municipal solicitaba la designación de Teresa Gómez como maestra de Valdeálamos. Esa demanda iba avalada por cuatro personas y él figuraba en primer lugar: «Álvaro Martín, médico y excombatiente; Jaime Oscoz, del puesto de la Guardia Civil; Vicente Gimeno, presidente de la Cofradía de la Buena Muerte; Laurentino Gómez, alcalde».

En todos los nombramientos se exigían avales que acreditaran la

rectitud política del implicado. Las solicitudes iban firmadas por el alcalde, el cura, el jefe de la Guardia Civil o por personas de reconocida solvencia moral. En aquel tiempo eran precisos avales para casi todo: para acceder a la administración, para ser nombrado en un cargo, para desempeñar cualquier trabajo público.

Álvaro terminó de leer el escrito, pero siguió mirándolo sin levantar la vista, mientras consideraba la circunstancia llamativa de que aquella petición la promovía y la firmaba una persona que solicitaba el nombramiento para su propia hija, porque Teresa Gómez era la hija del alcalde.

Delia fue al atardecer hasta la escuela. Una brisa levantaba los primeros aires de la primavera y le rozaba el rostro como si quisiera arrastrar los sueños todavía incumplidos que se le habían quedado enganchados en el corazón. Uno es aquello que ama. Delia en esos años buscó refugió en el cuidado de su hijo. Iba hacia la escuela y miraba con nostalgia los rostros de los chicos que salían en tumulto, corriendo. Detrás de su mirada había un anhelo escondido, un deseo que Luis conocería de repente unos meses después.

Esperó sentada en un desmonte de hierba junto al camino, hasta que Luis salió de clase. Cuando pensaba en él, lo veía como una tablilla de cera en cuya mente —tan joven aún— podía dibujarse el mapa del mundo y el laberinto de la vida.

El maestro de Valdeálamos era un hombre seco y estricto, de ascendencia militar. De aspecto delgado, siempre tenía el gesto adusto, el ceño fruncido y un semblante exigente. A Delia no le gustaba el temor que infundía en los alumnos, y también en Luis. En la escuela repetían todo una y otra vez, hasta aprenderlo. Se empeñaba el maestro en que supieran de memoria las multiplicaciones, los ríos de la Península, los afluentes que tenían por la margen izquierda y por la derecha, la manera de sembrar los acentos en las palabras… Pero Delia, por el contrario, quería enseñar a Luis a hacerse preguntas: ¿dónde nacen las nubes? ¿De dónde viene la lluvia? ¿Cómo se hace la nieve en el invierno?

En la escuela, en una pequeña estantería de la clase, había varios libros apilados. En ellos estaba contenido todo lo que se enseñaba entonces: *Historia de España*, *Aritmética*, *Escritura y lenguaje*, *Primeras lecturas*, *Enciclopedia Escolar*, *Catecismo*, *Cartilla de urbanidad*. Como lectura el maestro usaba el libro *Lecciones de cosas*, que tenía un dibujo exótico en la cubierta: un camello con un bereber encima. La escritura la copiaba del *Catón moderno*. Luis se concentraba cada día en el esfuerzo de recrear con el pizarrín y una caligrafía torpe las letras que estaban escritas en esas páginas. Aquellos textos que hablaban del «niño modelo», de «la Patria» y de cómo «mi mamá me cuida» fueron los que poblaron de palabras el campo virgen de su mente infantil.

Delia, al contrario que el resto de mujeres de Valdeálamos, pasaba mucho tiempo con su hijo. Lo llevaba algunas tardes hasta la arboleda junto al río y allí le enseñaba cómo construyen su nido los mirlos; le mostraba el trabajo paciente de las lombrices para airear la tierra; le explicaba de qué manera los árboles hacen circunferencias en el tronco para protegerse del frío del invierno.

En cuanto se abrió la puerta de la escuela, salió corriendo antes que nadie.

—¿Pueden venir mis amigos? —fue lo primero que le dijo, señalando a tres niños que se acercaron también a ella y se quedaron mirándola con expectación.

—¿Podemos ir nosotros? —le preguntaron.

—¿Pueden venir? —repitió Luis sin darle tiempo a contestar.

Junto al río crecía una alameda que cubría de sombra la orilla en las tardes de verano. Pero entonces era el mes de marzo y los árboles tenían aún las ramas desnudas, como si fueran esqueletos de madera. Por eso dejaban ver entre las ramas fibrosas el cielo azul y limpio del atardecer. Allí, junto a los troncos estriados por el paso del tiempo, se sentaron todos sobre unas piedras y Delia les repartió almendros y nueces que comieron con el entusiasmo con el que se asiste a una celebración.

Delia estaba en medio del grupo, sonriente y alegre. El color luminoso de su falda estampada de flores era como si de pronto

hubiera florecido un ramillete de rosas y de tulipanes en el campo. Al girarse flotaba la tela y parecía que se desparramaban sus hojas de colores en el aire. Ese detalle lo recordaría Luis pasados los años, cuando pensara en aquellos días azules de su infancia. Así de caprichosa es la memoria: un gesto que puede parecer intrascendente se convierte en imagen de la jovialidad de un tiempo feliz.

Al rato se acercaron todos a la orilla del río. Delia les mostró algunas plantas que ellos desconocían. Y entre las hojas rebuscaron escarabajos de alas brillantes. Cuando alguno de los niños encontraba algo curioso en medio de la tierra en la que se estaba ya gestando la vida de la primavera, llamaba a los demás para mostrárselo como un descubrimiento. Vivían años de inocencia, en los que todo eran preguntas para las que no tenían todavía respuestas. «¿Qué sería de la tierra sin agua?», les decía Delia. «¿Podrían nacer las hierbas?». «¿Echarían hojas los álamos?». Ella le enseñaba siempre así a Luis: haciéndole preguntas.

En un momento Delia se inclinó sobre el ribazo, metió la mano en el agua y rebuscó entre las hierbas. Con un chapoteo levantó el brazo y les enseñó, sujeto con dos dedos, un cangrejo que pataleaba inútilmente, tratando de soltarse. Fue inmediato el jolgorio de todos y la expresión de asombro cuando lo dejó en el suelo y el cangrejo comenzó a andar hacia atrás, en medio del círculo improvisado que habían hecho los niños. Así de fácil era pescar en el río. Así que mientras todos observaban cómo el cangrejo se movía sobre la tierra, Luis se acercó a la orilla, se asomó al fondo ondulante del agua y su sorpresa fue descubrir allí, entre el fango, un cangrejo que se movía despacio hacia los juncos. No pensó en nada más que en cogerlo: alargó el cuerpo hacia el río, estiró el brazo y se inclinó sobre el agua, con tal torpeza que resbaló y cayó adentro.

Luis sintió el frío del chapuzón en la piel. Su madre acudió a rescatarlo de forma apresurada. Los amigos lo miraron con cara de susto cuando salió del río chorreando agua. Pero en ese instante él sonrió y levantó el brazo con orgullo para enseñarles el cangrejo que sujetaba entre los dedos.

Al contrario de lo que había sucedido en otras ocasiones, no tardó en recibirse en el ayuntamiento de Valdeálamos contestación a la solicitud que enviaron al Ministerio de Educación Nacional, para que se dotara a la escuela de una maestra.

«CONSIDERANDO los informes favorables del alcalde», decía el texto.

«CONSIDERANDO la urgencia de atender inmediatamente a todas las alumnas del pueblo en aulas separadas de los alumnos, según las instrucciones emanadas de este Ministerio.

»CONSIDERANDO que está vacante una plaza de maestra, al haber sido trasladada la persona que la ocupaba.

»Esta Delegación Provincial Resuelve sea tramitada la propuesta de nombramiento de D.ª Teresa Gómez como maestra de Valdeálamos en las condiciones que se expresan».

Con urgencia se vació una de las salas del edificio de la escuela que se estaba usando como almacén. Se llevó una pizarra. Se encargó una tarima al carpintero. Se colocó una mesa que había en el ayuntamiento para que sirviera para la maestra. Se trasladaron algunos pupitres de la otra aula. Y en unos días se puso en marcha aquella clase, que a partir de entonces sería solo para las chicas.

Como quedaron libres algunos pupitres en el aula de los chicos, el maestro, que conocía la implicación de su padre en el nombramiento, se acercó el primer día a Luis con deferencia y le mostró un trato privilegiado:

—Tú siéntate aquí —le dijo, al tiempo que le señalaba el pupitre más cercano a la estufa, el más codiciado por todos, el mejor lugar para combatir un poco el frío del invierno.

Una tarde del inicio de la primavera, cuando Delia volvía del campo con Luis, se le acercaron varios chicos para enseñarle orgullosos el pajarillo que llevaban en una caja de cartón, a la que habían taladrado algunos agujeros para que respirase. Alrededor de ellos se formó al instante un revuelo de muchachos que querían verlo, mientras el pájaro piaba con estridencia, yendo de una pared a otra

de la caja. Era una cría que no había aprendido todavía a volar.

—¿Dónde estaba? —les preguntó Delia.

Todos formaron un grupo de curiosos a su alrededor.

—Se ha caído de un nido —gritó uno.

—Estaba en la parra de mi casa —dijo el que lo sostenía.

El pajarillo piaba asustado y parecía temblar aterido de frío y de miedo.

—Es un cuclillo —les contó Delia—. Enseñádselo al maestro.

Los chicos la miraron con asombro. El maestro no les dejaba llevar nada a la escuela. El que tenía la caja cogió al animal, sujetándolo de las patas para que todos pudieran verlo. En una ocasión el maestro le había castigado a estar toda la mañana mirando a la pared, porque había encerrado una lagartija en el cajón de su mesa. Y otro día tenía un grillo guardado en una bolsa y se puso a cantar en medio de la clase. Todos rieron de una forma exagerada cuando lo hizo y se formó tal alboroto en el aula que el maestro tuvo que interrumpir lo que estaba explicando, fue hacia él, lo agarró de la oreja y lo sacó de clase.

—Es un cuclillo —repitió Delia.

Un pájaro se acercó volando. Piaba desesperadamente y fue a posarse sobre el tejado más cercano. El cuclillo al oír aquel canto aleteó y comenzó a piar también.

—Esa es su madre —dijo ella, señalando al tejado.

—Si es un gorrión… —se asombró Luis.

Delia lo miró con ternura. ¿Cuándo es el momento para conocer aquellas verdades que pueden hacernos daño?

—Los cuclillos no construyen nidos —comenzó a explicarle, mirándolo como si estuviera él solo—. Las hembras ponen el huevo en el nido de otro pájaro, confundido con los suyos, y dejan que este le dé calor, lo incube y luego alimente al polluelo, como si fuera su madre. Eso es lo que ha pasado con este. Y ella lo reclama como madre.

La cría intentaba inútilmente liberarse de la mano que la apretaba. Quería saltar, estiraba las alas, aleteaba en vano, abría el pico con chillidos a los que respondía la madre yendo de uno a otro

lado del tejado, piando con impaciencia.

—El cuclillo es un pájaro cruel —añadió.

Y todos miraron con recelo al polluelo de plumaje gris que daba impulsos inútiles para escaparse.

—Lo que hace es cruel… —repitió—. Cuando nacen las crías de los otros huevos que hay en el nido, él las empuja hasta el borde. Se aprovecha de su fuerza, las arrastra con el pico y con las patas hasta que las arroja fuera y mueren reventadas contra el suelo.

Los niños miraron con desconfianza a ese pájaro que parecía en sus manos indefenso y que se aprovechaba de forma tan despiadada de los más débiles. Desde el tejado, la madre miraba al polluelo porque seguía queriéndolo. Así de contradictorio puede ser el amor. Él la había hecho daño; y ella, sin embargo, ignoraba su barbarie y lo cuidaba.

Eso es lo que Delia tenía que explicarle algún día a su hijo: que la crueldad forma parte de la vida. Que también los humanos nos empujamos a veces y arrojamos a otros al suelo, para quedarnos con todo lo que hay en el nido. Tenía que hablarle de lo que había ocurrido antes de que él naciera. Debía explicarle que no siempre las cosas son lo que parecen. Que no existe solo la inocencia. Y que todas las personas ocultan algún comportamiento perverso en el pasado. Tenía que contarle secretos de su familia que le harían estremecer.

Octubre de 1949

TENDRÍAN QUE PASAR MUCHOS AÑOS hasta que Luis se preguntara qué intención guio aquel disparo. Nadie se creyó que fuera un accidente. Lo único cierto es que el disparo se produjo, que lo alcanzó en la pierna y le reventó la carne por donde empezó a salir sangre a borbotones, igual que había visto cuando se clava el cuchillo durante la matanza del cerdo en el invierno.

Aquel suceso se produjo en el colmenar, en la ladera en la que crecían las plantas de romero y de tomillo entre las que estaban colocadas las colmenas. Delia cuidaba las abejas con mimo y dos veces al año recogía la miel que almacenaban en los panales. En otoño repasaba con barro la base de las colmenas para que no pudiera entrar el abejaruco a comerse la miel; ni los ratones; ni siquiera la luz, que incita a las propias abejas a comérsela; ni el frío, que les llevaría la muerte a las larvas cuando duermen en las celdillas.

Luis la acompañaba en esas tareas. Un día de otoño, al atardecer, estaban los dos junto a los corchos. Delia arreglaba las grietas del barro en la base de un panal, mientras Luis, a su lado, le sostenía las herramientas. El sol envolvía el monte con una luz anaranjada, densa y crepuscular. El aire olía a romero y abría los pulmones para inundar de perfume los bronquios. Alrededor de ellos sonaba el revoloteo de las abejas que le hacían a Luis estar alerta y un poco nervioso.

—Cada colmena es un pueblo como el nuestro —le dijo su madre, incorporándose junto a uno de los corchos.

—Como Valdeálamos —confirmó él.

—Eso es. Todas las abejas trabajan y cada una tiene una función que cumplir. Unas buscan el alimento: salen de casa, recorren cientos de metros, se posan en una flor y en otra, succionan el polen, lo llevan de una planta a otra entre las patas y regresan con el néctar a la colmena.

—¿Y qué hacen ahí dentro? —le preguntó con curiosidad.

—Unas cuidan a las crías; otras construyen las celdillas, que es como hacer las tareas de la casa: la arreglan, la ordenan, la limpian. Y fabrican la miel. Están también las que vigilan para que no entren intrusos a la colmena. Cada una hace su tarea y así todo funciona. Si alguien no desempeñara el trabajo que tiene asignado, la vida en la colmena sería un desastre.

—¿Siempre viven juntas las abejas?

—Siempre. Son como las personas. Una abeja sola, separada de las demás, se moriría.

Con una espátula recogía Delia un poco de barro arcilloso que antes había amasado en una caja redonda de latón, y con él taponaba las grietas, repasando con los dedos para que quedara liso y bien ajustado a los extremos.

—En lo más profundo de la colmena está la reina de las abejas —le dijo.

—¿Y cómo se sabe cuál es la reina?

—Es la abeja más grande. Su función es poner huevos. Está al fondo del panal y todas la cuidan. Está rodeada de una corte de asistentas, que son las que le han hecho reina. Nació de un huevo como todas, fue larva como todas, pero ellas la alimentaron de una manera excepcional. Cada día le dieron una ración de jalea real. La engordaron y la hicieron diferente a ellas, siendo como eran, iguales.

Se volvió para mirarlo, le dio un golpecito en la nariz con el dedo, sonrió un poco y añadió:

—Eso pasa también en el mundo de los hombres. Ya lo aprenderás.

En los corchos había entre seis y ocho agujeros por los que salían las abejas de las colmenas. Delia tapaba algunos y dejaba abiertos

solo dos, porque en invierno las abejas salen menos de las colmenas y así están más protegidas del cierzo invernal. Se giró para seguir haciendo el trabajo mientras le hablaba:

—Las reinas se pasan la vida confinadas en su palacio: bien cuidadas, bien atendidas, con una corte de asistentas a su servicio y un cortejo de zánganos que las rondan para aparearse con ellas. Lo tienen todo y, sin embargo, no conocen el mundo fuera de esa jaula de oro. No han experimentado el placer de dejarse llevar por el aire batiendo las alas. No han aspirado nunca el olor dulzón del polen en las flores. No conocen el roce del viento, ni el suave calor del sol en las primeras horas de la mañana. ¿Sabes qué es eso? —le preguntó.

Luis hacía tiempo que ya se había perdido en sus palabras. Vio en el suelo el caparazón brillante de un animal y respondió distraído:

—¡Un escarabajo pelotero!

—No —se rio Delia—. Eso es la libertad.

Se había escondido el sol detrás del monte y comenzaba a hacer frío en la ladera. Solo alguna abeja salía de vez en cuando de las colmenas, daba unos pasos precavidos, revoloteaba alrededor y se alejaba. Delia de vez en cuando se volvía hacia Luis para coger barro de la caja de latón que él sujetaba, mientras le decía:

—La reina pone huevos y tiene cientos de hijas. Es la madre de toda la colmena; y sin embargo, no ejerce de madre. Deja que sean las nodrizas las que cuiden a sus hijas por ella —y como si reflexionara sola, añadió—: Nunca conocerá la ternura de alimentar la boca del hijo recién nacido. Es la reina. Vive en su mundo: distante, privilegiada, alejada de las preocupaciones de las demás, ajena a los esfuerzos cotidianos que hacen las obreras para sacar adelante la colonia.

Luis miró al suelo y vio junto a una de las colmenas varias abejas que estaban despatarradas y secas.

—¡Abejas muertas! —gritó.

—Son zánganos —le corrigió su madre—. Los zánganos no hacen nada en el panal. Solo cortejan a la reina, para que ponga huevos.

Dejó de hablar y levantó la cabeza, porque en ese momento

comenzó a oírse un petardeo en la carretera. Desde allí se veían tres coches en fila que avanzaban hacia el pueblo, levantando una polvareda a su paso. A Delia se le ensombreció el rostro, mientras hacía un gesto de desagrado.

—Son ellos —dijo—. Los zánganos. Vámonos rápido a casa.

Los llamaban «los cazadores». Su llegada era una ceremonia que se producía todos los años. Habían sido compañeros de estudios de Álvaro, y ese era el motivo por el que iban allí todo el grupo de amigos. Eran hombres de la ciudad, que vestían elegantemente, limpios, repeinados, con el pelo pegado con gomina a la cabeza. Llegaban, y un perfume de loción se extendía en el ambiente, que a Luis le recordaba a su padre cuando acababa de afeitarse los domingos, o a su madre cuando salía aún mojada de la bañera de porcelana que había en su habitación.

Su aparición impregnaba el ambiente de un aire eufórico y de una actividad desacostumbrada en el pueblo. Pero a Luis su presencia le producía pavor. Porque con ellos llegaba siempre una camioneta al final de la caravana de vehículos. Aparcaba en medio de la calle y, al abrir las puertas, de su interior saltaba una manada de perros que echaban a correr en todas las direcciones, ladrando, persiguiéndose entre ellos, mordiéndose y encarándose con cualquiera que estuviera allí. En ese momento Luis corría a esconderse, asustado, y permanecía en un sobresalto que no se le pasaba hasta que, dos días después, la caravana de coches se marchaba del pueblo.

Cuando Luis y su madre llegaron del colmenar, ya estaban descargando de uno de los coches los zurrones, escopetas, cajas con cartuchos, botas, chalecos y todo el material. Delia se incorporó al grupo. Luis no se separaba de ella, temeroso de que en cualquier momento aparecieran los perros corriendo en todas las direcciones.

Uno de los hombres se acercó a Luis, puso la mano en su cabeza y le revolvió el pelo, mientras le decía:

—¿Qué hay, chavalote?

Pero no le estaba mirando a él mientras tanto, sino a su madre.

—Hola, Delia… —la saludó con un tono de voz impostado.

Se llamaba Floren. Era grandote, de aspecto imponente. Se acercó para darle un beso, pero Delia simplemente le extendió la mano, saludándole con frialdad y con unas palabras distantes.

—Está hecho un hombrecito —comentó señalando a Luis.

Luis se ordenaba el pelo con la mano, disgustado, y escuchó que añadía:

—Tú también estás estupenda.

Alguien se acercó en ese momento, se dirigió a Delia con una sonrisa para saludarla, y Floren, entonces, se agachó hacia Luis:

—¿Y tú qué cuentas, chaval?

Volvió a revolverle el pelo que se acababa de recolocar en su sitio. Él lo miró molesto y, con una actitud desafiante, quiso demostrarle lo que acababa de aprender:

—Las reinas no hacen nunca nada —dijo, como si recitara una lección bien aprendida.

—Muy bien, chaval. Así se habla. ¡Abajo la monarquía!

Y mientras lo decía esbozó una sonrisa irónica, e hizo un saludo militar levantando el brazo con la mano extendida, como si fuera a detener el aire.

—¿Y a ti quién te enseña esas cosas, eh, chaval?

—Mi madre —dijo con orgullo.

Levantó la cabeza altivo, hizo un gesto con el brazo, imitándole, y pronunció:

—Y también dice que vosotros sois unos zánganos.

Se dio media vuelta y se fue andando hacia la casa.

Si en una colmena hubiera dos crisálidas de abejas reinas, la primera que consigue salir de la celda en la que la están amamantando con jalea real se dirige hacia la otra celda con una determinación inquebrantable y le clava el aguijón hasta matarla. Así ejerce los derechos de la primogenitura de una manera salvaje.

Si pusiéramos dos reinas en una colmena, nada más verse se

lanzarían la una contra la otra para matarse. Nunca mueren las dos. Tienen mucho cuidado para evitar el peligro de dejar a la colmena sin descendencia. Si en el combate perciben que ambas están preparadas para clavarse el aguijón mutuamente, se separan al instante y vuelven de nuevo a engancharse con las patas y a morderse con los dientes de sierra, hasta que una de ellas le clava a la otra un aguijón letal.

Alrededor de la reina pueden revolotear unos cuatrocientos zánganos, que se relevan cada día en la misión de copular con ella y fecundarla. Un día la reina puede poner más de dos mil huevos, que cuidarán las nodrizas para que se conviertan en larvas y luego en abejas adultas que desempeñen esas mismas tareas y garanticen la supervivencia de la colonia.

Si hay demasiada miel en la colmena y la abeja reina no tiene espacio para seguir poniendo huevos y ni siquiera hay celdillas vacías en las que dejar la miel para alimentarlos, enseguida se forma un enjambre. La escena recuerda a las revueltas sociales. La reina se pasea como un líder entre las abejas. A su paso se extiende un movimiento de agitación: unas la siguen, haciendo los mismos movimientos que ella, y transmiten el mensaje a las que se encuentran a su paso; y estas a otras; y así van saliendo de las celdas las que estaban trabajando y se unen a ellas. Mientras, otras se resisten, se enfrentan a las insurrectas, chocan con ellas e intentan impedir su avance agarrándolas y subiéndose a su espalda para detenerlas a mordiscos.

Pero la revuelta está ya en marcha. A una señal de la reina, empiezan a salir en masa, a trompicones, por los agujeros de la piquera, cientos de abejas, que se quedan revoloteando, hasta que han salido todas. Entonces forman una nube negra que se ondula en el aire y cambia de forma como si flotara. Avanza solo unos metros y se posa pronto, componiendo una masa apelotonada de abejas que se cuelgan en una tapia, bajo el alero de un tejado o en el tronco de un árbol. Allí se quedan en un bolo apretujado y sonoro, que emite un zumbido profundo como si anunciara la llegada de un huracán. Un estruendo de infinitas alas batiendo todas a la vez.

Todo eso es lo que le contó su madre a Luis cuando estaban en el colmenar, antes de que llegaran los cazadores. En la tapia que cerraba el recinto se había instalado un enjambre. Delia le mandó que se alejara y fuera a sentarse en una roca que sobresalía junto al camino. Desde allí vio Luis cómo su madre metía las abejas con la mano en el saco de esparto que había llevado desde casa. Cuando las depositó en una colmena vacía, volvió hasta donde Luis la esperaba sentado y le dijo:

—Cuando las abejas forman un enjambre y se marchan de la colmena, anuncian que va a producirse una muerte.

Al día siguiente se levantaron temprano. Luis escuchó desde la cama el ajetreo en la calle: voces, conversaciones interrumpidas, llamadas, golpes, algún grito, algún silbido. Nunca se despertaba tan pronto y, a pesar de la curiosidad que sentía, no bajó para participar de aquella agitación. Lo que hizo fue levantarse aprisa y acercarse a la ventana para ver desde allí lo que hacían. Todos aparecieron disfrazados con unos trajes de aspecto militar, de colores marrones y verdosos, con botas, gorros de paño y chalecos de lona recia. Tenían bolsillos abultados por todas partes: en el pecho y en las perneras; llevaban un cinturón grueso, con bolsas en las que habían introducido los cartuchos uno a uno; y de él colgaban unos ganchos que tintineaban al chocar entre ellos.

Luis vio a su padre desde la ventana. También iba vestido así y llevaba una escopeta que él no sabía dónde la guardaba el resto del año. Participaba con los demás en el ajetreo de esa mañana singular. Él veía pocas veces tanta actividad a la puerta de su casa: entraban y salían, amontonaban zurrones, abrían las escopetas, sacaban cajas con bocadillos de comida, cantimploras y botas de vino. Para sus ojos de niño acostumbrados a la pacífica rutina de Valdeálamos, aquel era un despliegue inusual.

De repente se oyó una sinfonía de ladridos acercándose, vio carreras de perros que iban y venían sin coherencia alguna, como si estuvieran inyectados con una inexplicable excitación. Los miró con

ojos asustados. Estaban furiosos, babeantes, y ladraban con estridencia.

Entonces apareció en la calle aquel hombre grandullón, Floren, con la escopeta entre los brazos. Se agachó para coger una de las botas de vino, desenroscó el tapón, levantó el brazo con ella, inclinó la cabeza hacia atrás y bebió un trago largo, cerrando los ojos lujuriosamente. Al rato, bajó el brazo de un golpe e inclinó el cuerpo hacia delante, apartándose del último chorro de vino, al tiempo que abría los ojos. Al incorporarse fue cuando lo vio con la cara pegada al cristal y con la mano agarrada al visillo de la cortina. Dejó la bota en el suelo y con un movimiento rápido se giró hacia la ventana apuntándole con la escopeta y amagando un disparo. Luis cerró la cortina asustado, se volvió corriendo hasta la cama, se subió de un salto y se tapó con la ropa, esperando que se fueran pronto y volviera otra vez el silencio.

El colmenar era un campo en la ladera del monte, que estaba orientado hacia el mediodía. Lo rodeaba un muro de piedras, que había trasladado allí una a una para Delia el primo Juan. Durante días sacó piedras de los campos, las amontonó alrededor de las colmenas y luego las fue colocando una encima de otra, sin otro sostén que una argamasa de barro entre ellas. El muro delimitaba un rectángulo y en su interior, junto a las piedras, se levantaban las colmenas. Aquel muro protegía a las abejas del viento, las cuidaba del frío de los inviernos helados; y en verano les ofrecía sombra para que los panales no se recalentaran con la chicharrina del sol.

En el centro, Delia había plantado matas de romero. Esas ramas florecían casi todo el año, con unas flores pálidas, azuladas y violetas. Luis recordaría siempre el olor de sus hojas puntiagudas. Su madre solía arrancar una ramita, se la daba y le decía:

—Cierra los ojos, huélelo y sentirás el perfume de las abejas.

Y Luis llevaba las hojas a la nariz, aspiraba el aire y le parecía estar de pronto en un bosque, rodeado de árboles, oliendo a madera y a miel.

—Así huelen las casas de las abejas —le decía.

—¿Y cómo son sus casas por dentro? —le preguntaba.

—Son ordenadas hasta la obsesión. Nosotros les ponemos estas tablillas vacías —le explicaba, enseñándole una de las alzas—. Poco a poco, día a día, cada semana, durante meses, las van llenando de celdillas, de hileras de hexágonos perfectos en los que depositan la miel.

—Pero dentro no tienen luz para verlo…

—Es que las abejas no necesitan ver. Hablan entre ellas rozándose con las alas y las antenas. Eso les basta.

—¿Las abejas pueden hablar? —se asombró Luis.

—No hablan como nosotros, pero sí saben cómo decirse las cosas. Si una abeja descubre un campo de flores, no tardará en llenarse de abejas ese campo. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Pues porque, en cuanto vuelve a su panal, lo primero que hace es contárselo a las demás.

—¿Cómo?

—Poniéndose delante de ellas, haciendo giros, una especie de baile que las otras pueden interpretar claramente.

—¿Y así les dice dónde está?

—Sí. Les indica la dirección y la distancia y lo que van a encontrar allí. Y mientras ella descarga el polen, ya han salido otras hacia el campo. Y lo encuentran.

—¿Nunca se pierden?

—Nunca. Se orientan con la vista y con las antenas, con las que perciben los olores. Tienen unos ojos muy sencillos, pero ven la luz, las formas y el movimiento. ¿No has visto cómo vuelan muy rápidas y nunca se chocan?

—Siempre están volando —observó Luis.

—Recorren cientos de kilómetros durante su vida. ¿Sabes cuántos viajes tiene que hacer una abeja para producir una cucharada de miel o un bote de los que hay en la alacena?

Lo miró esperando a que respondiera. Luis quiso ser exagerado y abrió las dos manos, mostrándole todos los dedos extendidos:

—Todos estos —exclamó.

Delia soltó una carcajada.

—Muchos más —comentó riéndose aún—. ¿Sabes lo que son veinte millones?

La miró perplejo.

—Pues todos esos viajes necesita hacer una colmena para fabricar un kilo de miel.

Todo lo que Luis sabía sobre las abejas se lo fue contando su madre durante las tardes amarillas de ese otoño que tuvo que salir al campo para curarse la afección que le había arrugado los pulmones. Aquellas tardes de enfermedad quedarían grabadas en su memoria porque en ellas descubrió algunos sucesos claves de su infancia. Pero su significado no lo entendería hasta mucho tiempo después.

—¿Y tú no tienes miedo a las abejas? —le preguntó.

—No, no les tengo miedo. Ellas nunca te harán daño.

—Pero las abejas pican…

—Solo pican para defenderse. Si se sienten atacadas, te pican; si no, no. Por eso, si tienes una abeja cerca, no bracees, no hagas aspavientos, no trates de espantarla, no corras. Y ella no te hará nada. Ten en cuenta que si la abeja clava el aguijón y lo pierde, ella se muere.

Delia era una mujer valiente. Luis iba a recordarla siempre ataviada con aquella careta de alambres con la que se tapaba la cara para trabajar en el colmenar, cubierta la cabeza con una capucha de lona y las manos con unos guantes de paño, trajinando sin miedo, moviéndose en medio del zumbido atronador de cientos de abejas alrededor de ella. Y cuando ocurrió aquel accidente fatal, en los muros de piedra donde aleteaban laboriosas las abejas, Luis recordaría el comentario enigmático que le hizo:

—No tengo miedo a las abejas. Tengo miedo a lo que puedan hacer los zánganos.

Los cazadores regresaron a casa en las primeras horas de la tarde. La tranquilidad que había hasta entonces fue sustituida por una

algarabía de voces y un movimiento incesante en la casa. Lo primero que oyó Luis fue el ladrar alborotado de los perros. Cuando volvían del campo el grupo de cazadores con sus perros, asaltaban las calles y lo ocupaban todo, como si fueran un grupo de combatientes que había conquistado el pueblo.

En el portal empezaron a hacer montones con todo lo que llevaban encima. Abandonaron mezclados los zurrones, las escopetas, los conejos muertos, las liebres, las palomas torcaces, los zorzales. Las aves tenían las plumas manchadas de sangre y a los conejos les brotaban aún hilillos rojos que formaban un grumo ensangrentado entre la pelambre y la carne desgarrada. Dos perros entraron corriendo y mordisqueándose en el portal, tropezaron con los montones de aparejos que había allí y comenzaron a jugar con los morrales, mordiéndolos, agitándolos entre los dientes de un lado a otro.

Luis miraba aquel escaparate de animales muertos desde la distancia, con prevención, sin atreverse a bajar las escaleras por miedo a los perros. Entonces escuchó la voz de su padre:

—Floren, coge los perros y llévalos al pajar.

Este abrió una bota de vino que llevaba en la cintura y bebió un trago antes de salir del portal dando un traspié. Se paró afuera, lanzó varios silbidos al aire, dio unas palmadas y los perros lo rodearon, acercándose a él y retrocediendo después unos pasos para volver a acercarse de nuevo, con una danza nerviosa y compulsiva. Al rato echó a andar seguido por el cortejo de animales, que lo rodeaban entre brincos, ladridos y carreras.

Luis se sintió más tranquilo y fue andando entre el grupo de gente, observándolos con asombro. Unos se lavaban en cubos de agua y palanganas que había dispuesto su madre. Otros desplumaban las palomas y despellejaban los conejos. Todos hablaban en voz alta, comentaban algunos lances ocurridos durante el día y prorrumpían en risotadas estridentes. Nadie se preocupaba de su presencia. Salió a la calle, donde los cazadores habían amontonado las botas embarradas, dispuestas de dos en dos. Fue metiendo la mano en cada una, comprobando hasta dónde podía

introducir el brazo. Cuando se cansó de ese juego, escogió un par de botas, apoyó la mano en la pared para sostenerse, levantó una pierna, introdujo el pie en una de ellas, levantó la otra pierna y se la caló también. Comprobó que aun con las zapatillas puestas, sus pies cabían en cada una de las botas, que le llegaban hasta la rodilla. Quiso levantar un pie para dar un paso, pero apenas pudo hacerlo de tanto que pesaban, y tuvo que apoyar las manos en la pared, para recuperar el equilibrio.

—¿Qué pasa, chaval, tú también quieres ser cazador? —Oyó la voz de Floren que se acercaba acompañado por uno de los perros más jóvenes, después de haber encerrado a los demás.

Se volvió sobresaltado, al mismo tiempo que Floren le revolvía el pelo con una mano. En la otra llevaba un palo, que lo lanzó lejos y el perro salió corriendo a donde había caído, lo mordió y volvió hasta él trayéndolo entre los dientes.

—Si quieres te enseño a disparar… —dijo, extendiendo los brazos como si agarrase una escopeta, apuntándolo.

Se inclinó delante de él. Volvió a revolverle el pelo y rio con una carcajada estúpida. Luis sintió el olor a vino de su aliento. Entonces él le puso el palo en las manos.

—Tíralo —le dijo—, y verás cómo te lo trae este chucho.

No pudo lanzarlo, porque el perro se acercó, se levantó sobre las patas traseras y le empujó con las pezuñas de las otras patas al apoyarlas en su pecho. Cayó al suelo; y no le dio tiempo ni siquiera a asustarse, porque en ese momento apareció su madre, lo sacó de las botas y le recriminó a Floren:

—Deja en paz al chico.

—Pero si es un valiente… —tartamudeó él—; ¿verdad, chavalote?

Dio un traspié hacia donde estaba Delia, estuvo a punto de caerle encima, sujetándose en sus hombros, pero ella lo apartó sin contemplaciones y se fue hacia dentro de la casa.

En el interior estaban preparando el banquete que iban a celebrar con los animales que habían cazado. Tres hombres cortaban con un machete los conejos, troceándolos para cocerlos. Estallaban

los huesos con cada golpe y saltaban esquirlas y gotas de sangre, que les manchaban el delantal de cuero que llevaban puesto. Luis recorrió los cuartos por los que estaban dispersos los demás. En uno de ellos estaban dos cazadores sentados, fumando, con los pies encima de la mesa. Álvaro estaba con ellos y era el único que tenía los pies en el suelo. Tampoco fumaba. Luis lo miró, y estaba serio. Su padre siempre fue para él la disciplina. Un hombre distante, ordenado y exigente. Giró la cabeza; y vio al chico junto a la puerta. Este observó su mirada adusta y entonces se volvió hacia el pasillo y se fue rápido hacia la cocina, donde esperaba encontrar la protección cálida de su madre.

Encima de la mesa había varios alimentos. Delia lo vio entrar y le sonrió.

—Vas a ir colocando estos platos vacíos ahí —le dijo, señalando la mesa—. Los extiendes, para que yo ponga comida en ellos.

Luis se apresuró a ayudarla. Estaba muy ocupada; tenía que prepararlo todo para la cena; y él se sintió importante trabajando a su lado.

Los días que estaban en el pueblo los cazadores Delia sacaba de las orzas de barro cocido que había en la despensa alimentos que habían estado allí durante meses, conservados en aceite. Eran las provisiones de la familia para todo el año, en aquel tiempo de escasez y de hambre. Pero llegaban de la ciudad los antiguos compañeros de Álvaro, que eran gentes bien situadas en la capital, influyentes, y él mismo advertía que había que tratarlos bien: ser espléndidos y hospitalarios con ellos. Tendría sus razones. Así que en esos días grises del otoño, Luis veía encima de la mesa viandas que no volvía a ver hasta el próximo otoño.

Luis ponía un plato encima de la mesa y su madre cortaba con un cuchillo los alimentos y depositaba en él rodajas de chorizo, lonchas de lomo, tocinos veteados, costillas de cerdo o trozos de queso… comida que pocas veces Luis podía ver junta.

Estaban concentrados en esa tarea cuando Floren entró en la cocina y se acercó a la espalda de su madre. Le oyó decir con una voz gangosa:

—¿Cómo puedes estar en un pueblo como este?

Ella se dio la vuelta con dificultad e intentó alejarse de él. Pero era grandullón y se cayó como un fardo sobre ella, así que quedó inclinada hacia atrás, con la espalda dirigida hacia la mesa, mientras él se agarraba a ella torpemente, sin que se pudiera saber con exactitud si era para abrazarla o para sostenerse.

—¡Floren, basta ya! —le gritó ella.

Luis veía con los ojos atónitos que aquel hombre tenía el cuerpo pegado al de su madre y la aplastaba contra la mesa. Era ancho, grandote, pesado, y su madre estaba allí, forcejeando.

—¡Floren, por favor, quítate! —le urgió con un tono imperioso.

La cara de él le rozaba el rostro, que ella intentaba apartar hacia un lado y hacia otro. En ese forcejeo, su madre resbaló y tuvo que apoyarse con las manos encima de la mesa. Él cayó entonces sobre ella, beodo, torpe y descontrolado: el pecho contra sus pechos, las piernas enredadas entre las suyas, los labios en su cara. Delia se sujetó en la mesa para no caerse; deslizó la mano sobre la madera rugosa buscando el equilibrio, a tientas, y entonces palpó el cuchillo con el que estaba cortando los lomos de cerdo curados y aceitosos. Tuvo que extender el otro brazo sobre la mesa para no caerse. Empujó los platos y uno de ellos cayó al suelo con un estruendo de cerámica rota. Saltaron las rodajas de chorizo y los fragmentos del plato rebotaron en pedazos por toda la cocina. El estallido hizo salir a Luis corriendo por el pasillo en penumbra. Llegó al cuarto en el que estaba sentado su padre con los otros cazadores. Se paró bajo el dintel de la puerta y lo miró con los ojos de niño teñidos de pavor. Álvaro no dijo nada; no preguntó nada: se levantó como un muelle y salió del cuarto de dos zancadas.

Las abejas matan a los zánganos en un momento determinado del año. Lo hacen simultáneamente en todas las colmenas. En los días más calurosos del verano pueden verse junto a la piquera zánganos muertos, volcados, resecos por el sol, con las patas encogidas hacia arriba. En el mes de julio, las obreras persiguen dentro de los

panales a los zánganos, que solo buscan copular con la reina cuando ya ha pasado el tiempo de hacer nuevas colonias y la colmena está asentada y tranquila como una familia en paz. Son más grandes que ellas, pero los aprisionan con las patas, los muerden voraces con los dientes y les clavan el aguijón como un cuchillo hasta matarlos. Luego sacan los cadáveres fuera y dejan que se sequen al sol, sobre la tierra.

Lo trajeron sangrando, tumbado dentro de la camioneta. Luis oyó el alboroto desde la casa y bajó corriendo las escaleras hasta el portal. Abrieron las puertas del auto y del interior salieron aprisa dos cazadores. Entonces lo vio a él tumbado de espaldas en el suelo del vehículo. Fueron a levantarlo; uno lo agarró del hombro pero se le resbaló apenas lo había alzado unos centímetros y él soltó un grito de dolor y un improperio. Tumbado en la camioneta parecía mucho más grande y más pesado.

—¡Una camilla! —pidió con la voz quebrada por el dolor—. ¿Es que no hay en este pueblo de mierda una camilla?

Uno de los cazadores salió con unas parihuelas, con la lona enrollada en los brazales. Lo colocaron encima con dificultad y lo llevaron al interior de la casa. Cruzaron por delante de él, que estaba en el portal, pegado a la pared, mirándolo todo con asombro. Al pasar vio sus ropas manchadas de sangre. Una de las perneras del pantalón estaba rasgada de arriba abajo y arremangada encima del muslo. Formaba un lazo atado con fuerza, que le colapsaba la carne. El resto era todo sangre: el pantalón, los calcetines, las botas, sus manos, y hasta el pelo lo tenía manchado al haberse llevado la mano a la frente con expresión de dolor. Pasó junto al chico tumbado en esa improvisada camilla y este le vio la cara manchada, el gesto contraído, la piel pálida, ojeroso, retorciéndose de dolor. Cuando se cruzaron sus miradas, el hombre alargó la mano con rabia como si empuñara una escopeta. Quiso imitar un disparo, pero el rostro se le congeló en una mueca de ira y de dolor.

Álvaro salió de la cabina del coche y adelantó a los que lo

llevaban en parihuelas, para preparar el lugar donde dejar al herido. Floren lo vio pasar y gritó furioso desde la camilla:

—¡Él no! ¡Que no me toque!

Luis tardó un tiempo en comprender lo que había pasado, porque siempre que preguntaba por aquel altercado le daban contestaciones evasivas. Así que tuvo que hilvanar retazos de conversaciones dispersas para reconstruir lo sucedido.

Aquel día salieron a cazar a hora temprana, como siempre, y se dirigieron al otro lado del valle. Iban los cazadores ojerosos; y los perros, excitados por la sangre de los animales. Cazaban al salto: recorrían los campos de matojos y viñedos; y cuando un zorzal o una becada levantaba el vuelo, se oía instantáneo el estampido del cartucho y el silbido de los perdigones. A media mañana estaban rastreando la ladera del colmenar, en la que crecen brezos, matorrales, tomillo. No habían tenido suerte hasta entonces. Los perros correteaban distraídos y ellos caminaban dispersos por el campo, con unas piezas escasas colgando en la cintura. De repente un conejo saltó de un matojo y salió corriendo en dirección al muro de piedra. Álvaro levantó la escopeta y disparó inmediatamente. Al mismo tiempo que sonó la detonación, se escuchó un grito desgarrado. Dicen que en aquel momento las abejas dejaron de volar. Poco antes de que se produzca una tragedia, las abejas ya la presienten. Antes de que el rayo mate o el huracán arranque los árboles o el fuego queme las cosechas, ellas advierten lo que va a suceder. Durante unos instantes no se oyó ni un zumbido en el colmenar. Era el silencio delator de las abejas.

Pero lo que sí se oía eran los gritos desesperados de Floren, que en ese momento había asomado por la pared de piedra del colmenar y varios perdigones le habían taladrado la pierna. Tumbado en el suelo, maldecía, retorciéndose de dolor. Un cazador se acercó corriendo, saltando los matojos, sin preocuparse de ver dónde pisaba.

—¿Qué hacías tú ahí, detrás de la tapia? —le recriminó incrédulo.

—¡Estaba meando, joder! —respondió Floren, retorciéndose de

dolor.

Al poco rato de haberlo llevado a casa, Luis vio cómo volvían a sacarlo encima de la camilla. Le habían puesto en la pierna un vendaje blanco, que ya estaba manchado de sangre por la fuerza con que brotaba de la herida. El atadijo de ropa en el muslo lo habían sustituido por una goma que le apretaba la carne. Tenía en el rostro una palidez de difunto, mientras repetía como una salmodia:

—Lo ha hecho a propósito, el hijoputa. Lo ha hecho a propósito.

Se lo llevaron tumbado en la camioneta. Todos los demás se fueron poco después. Recogieron todo, cargaron la caza, ataron a los perros y se marcharon.

Invierno de 1950

DELIA ESTUVO TODA LA MAÑANA paseándose por las habitaciones de la casa con gesto de preocupación. Iba a la cocina, salía, entraba en su cuarto, se quedaba un rato sola, pensativa… Luis la encontró así cuando entró en la habitación; estaba sentada en la silla, con los codos encima de la mesa camilla que había junto a la ventana y con la cabeza entre las manos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Ella se sorprendió al verlo, intentó sonreír un poco y le dijo:

—No es nada. No te preocupes. Estoy bien.

Álvaro se había marchado, como todas las mañanas, para atender a los enfermos de los pueblos de alrededor que tenía asignados. En la cuadra había un caballo alazán, que había comprado con ese propósito. Lo ensillaba, le colocaba unas alforjas de cuero que colgaban a ambos lados del lomo del caballo en forma de carteras, en las que ponía el instrumental para sus visitas médicas, y salía al paso por las calles del pueblo. Nunca lo hacía al galope; ni siquiera espoleaba el trote del caballo. Luego regresaba de la misma forma: sereno y serio, balanceándose tranquilo sobre el animal. Así aprendió Luis a reconocer el sonido de las herraduras de ese caballo, cuando chocaban cada día los cascos contra las piedras de las calles.

Hacía un tiempo inhóspito aquel mediodía de invierno. Luis volvió a asomarse a la habitación donde estaba su madre y percibió en su rostro la ansiedad con la que esperaba que él volviera. Álvaro no dejaba de salir ni un solo día del año. En verano partía más temprano y regresaba al mediodía bajo un sol que abrasaba como un

tizón ardiendo. En invierno esperaba a que el calor deshiciera la humedad de la noche, a que se levantara la niebla y a que los primeros rayos aliviasen un poco la helada del amanecer. Pero en cuanto el sol extendía algo de tibieza por el mundo, él ensillaba el caballo y se disponía a hacer el mismo recorrido de siempre.

Delia, pegada al cristal de la ventana, mostraba un deseo acuciante de verle sobre el caballo acercándose a la casa. No podía esconder su impaciencia. Álvaro vestía una chaqueta de paño del color de las aceitunas, llevaba un sombrero de fieltro y cabalgaba tieso sobre aquel manso corcel alazán. En los días en que soplaba una brisa fresca se ataba un pañuelo alrededor del cuello. En invierno se ponía encima un gabán pesado de estilo militar. Y los días de cierzo colocaba una manta de lana extendida sobre el lomo del caballo y la ataba con un cincho por debajo de la barriga del animal. Esa era la imagen que esperaba que apareciera cuanto antes al otro lado de la plaza.

Luis, que se había contagiado de esa ansiedad, en cuanto oyó el ruido de las herraduras golpeando las piedras del suelo, fue corriendo a la ventana de su cuarto y, con la frente pegada al cristal, lo vio acercarse montado sobre el caballo, apuesto como un centurión romano. El viento arrastraba hojas y pequeñas ramas por el suelo. El caballo cabeceaba de frío. Su respiración formaba una nube de aliento que se disolvía al instante en el aire. Él iba encima, envuelto en una manta para protegerse del azote helado del cierzo.

Dejó el caballo en la cuadra y Luis salió entonces de su cuarto y llegó hasta las escaleras. No bajó, se quedó quieto, sin hacer ruido, tratando de pasar desapercibido, porque Delia había llegado antes y allí los vio a los dos, juntos en el portal, abrazados. Ella empujaba su rostro contra su pecho y se le aferraba con fuerza a la cintura; y él la cercaba con los brazos, frotándole la espalda con suavidad y acariciándole el pelo, la cara, la frente.

Luis se quedó quieto, sin saber qué hacer, ni qué significaba aquello, porque nunca les había visto abrazarse así hasta entonces. Sentía que no debía interrumpir aquel momento. Que él no debía interponerse en aquel abrazo. Que no debía detener el temblor que

percibía en los labios de su madre en ese instante. Ellos no lo vieron y permanecieron así abrazados, ajenos a su presencia, como si se hubiera parado el tiempo. Al momento él le agarró la cara con las dos manos, la levantó hacia él, pegó los labios en su boca y estuvieron un rato así, ambos en silencio.

—Todo irá bien. Ya lo verás —le dijo él entonces.

Giraron los dos y se dirigieron agarrados a la primera habitación. Oyó cómo se cerraba la puerta. Él entonces no supo qué hacer; se sentó en el último escalón, tiritando de frío, y se quedó allí esperando.

Aquella habitación era un lugar prohibido para él, y Luis tardó bastante tiempo en entender qué es lo que hacía allí su padre realmente. Desde el portal había tres accesos a la vivienda: enfrente estaban las escaleras que subían al primer piso; a la izquierda, la puerta por la que se entraba a una pequeña sala de estar, que daba al patio; y a la derecha había un estrecho pasillo que desembocaba en aquella misteriosa habitación. Desde pequeño le habían dicho que no debía entrar allí, porque era una habitación privada de su padre, y esa prohibición acrecentó en él el misterio y, con el tiempo, también el deseo de desvelarlo. Los lugares oscuros incitan a indagar en ellos para descubrir qué se esconde tras las sombras. Las prohibiciones engendran imágenes inquietantes que espolean la fantasía. Así germinaron en su cabeza presentimientos sobre los secretos que podía esconder aquel cuarto que habitualmente estaba trancado con llave. Esa estancia se convirtió para él en la imagen de los secretos que guardan las personas. Representaba el lado oscuro de su padre.

Algunos días vigiló la entrada desde su habitación, con la nariz pegada al cristal, con la esperanza de ver quién cruzaba la puerta para entrar en aquel lugar misterioso. Un día vio salir de allí a una mujer joven, que se cubrió la cabeza con un pañuelo de colores. A los pocos días volvió a verla acercarse otra vez y abrir la puerta que estaba junto a la entrada. Fue entonces cuando Luis descubrió que aquella habitación prohibida tenía dos accesos: uno desde la casa y

otro independiente desde la calle.

Otra tarde vio entrar allí a alguien que caminaba con una actitud clandestina. Era una persona de aspecto mayor, que iba tapada con un abrigo largo, con los cuellos levantados y las manos en los bolsillos. Arrebujada con un mantón negro y con una bufanda de lana alrededor del cuello, parecía una silueta fantasmal venida del más allá. Andaba aprisa, la calle estaba desierta, y aquella figura desapareció en el interior de la casa como una sombra.

Cuando era pequeño, Luis bajaba con cuidado las escaleras desde el primer piso de la casa hasta el portal. Eran escalones altos y no se atrevía a pasar de uno a otro con cada pie, sino que pisaba cada vez en el mismo escalón con los dos. Agarrado al pasamanos de la escalera, descendía con prevención hasta llegar al portal. Desde allí, un día vio entreabierta la puerta de la habitación prohibida. Dudó durante un instante qué debía hacer. Miró a un lado y a otro: no había nadie; nadie venía; nadie podía verlo.

Con sigilo, recorrió el breve pasillo que quedaba en penumbra. Llegó hasta la puerta y asomó la cabeza bajo el dintel. Vio con estupor las imágenes pegadas en la pared, los cuerpos desnudos, los dibujos impúdicos que no acabó de comprender. Se apoyó en la puerta y chirriaron los goznes oxidados. Aquel chirrido le asustó más que los ojos desmesuradamente abiertos, la sonrisa burlona y la cara desencajada del hombre que vio entonces en el cuarto. Dio media vuelta espantado y salió corriendo hacia la calle.

Durante un tiempo se alarmó recordando lo que había visto allí. Su cabeza se llenó de temores que no le dejaban dormir. Porque cuando cae la noche es cuando llegan los miedos… Llegan y lo invaden todo; y a él lo dejaban encerrado en un túnel sin salida. Revelar su miedo era confesar que había transgredido aquel mandato. No podía decírselo a nadie, porque él no debía saberlo. No podía contar lo que había averiguado, porque entonces revelaría que había desobedecido una prohibición al descubrir el secreto que ocultaba aquella habitación. Y entonces entendió que era

precisamente por eso por lo que le habían vetado la entrada en aquel cuarto. Así que durante días vivió en un laberinto.

Delia sospechó que algo le inquietaba cuando se agarró a ella con fuerza para cruzar el portal y luego corrió despavorido hacia la calle. Cuando le vio repetir varias veces esos gestos de miedo, fue cuando se puso enfrente de él, en cuclillas, y le preguntó:

—¿A qué tienes miedo?

Él desvió la mirada, bajó la cabeza y se quedó mirando al suelo.

—¿Qué te asusta? —insistió.

No podía mentirle, y no podía reconocer que había desobedecido la orden de su padre de que no entrara en aquel lugar de la casa.

—¿Qué has visto? —preguntó de nuevo.

Le acarició la cabeza suavemente. Le rozó con los dedos la cara, despacio. Luis sintió el calor de la palma de la mano en su mejilla. Estaba más avergonzado que temeroso. Levantó la mano tímidamente, señalando hacia el pasillo, sin mirar hacia él.

—¿Allí? —pronunció ella, volviéndose hacia donde le indicaba—. ¿Hay algo allí que te asusta?

—Un hombre —se atrevió a decir, con la voz quebrada.

—¿Un hombre?

—Sí —dijo, levantando por fin la cabeza para mirarla.

—Vamos a ir los dos a verlo —le sugirió Delia—. Yo te acompaño y tú me lo enseñas, ¿vale?

—No —dijo, frunciendo el ceño—. Yo no voy.

—No tengas miedo. Yo estaré contigo y voy delante.

Se levantó, le agarró de la mano y Luis se pegó a su pierna, para protegerse. Entraron en el portal, avanzaron despacio por el pasillo y llegaron junto a la puerta cerrada. Cuando Delia la abrió, él escondió la cara contra su cuerpo.

—Aquí se reúne tu padre con sus amigos —le dijo, señalando hacia la izquierda.

Asomó la cabeza detrás de ella y vio una butaca y sillas colocadas en círculo.

—Algunas tardes vienen el secretario del ayuntamiento y el

maestro. Se sientan aquí y charlan un rato. Ya los verás…

Lo empujó un poco para que saliera de su escondrijo, pero él se resistió.

—Hablan de sus cosas, que son muy aburridas —añadió.

Giró el cuerpo hacia la derecha y allí había otra puerta, que estaba abierta de par en par.

—Esa es la consulta —le explicó Delia—. Aquí vienen las personas que están enfermas, para que las cure. Abuelos… y mujeres jóvenes… y también niños. No debemos molestarlos; por eso no tenemos que entrar en este cuarto.

Luis se asomó un poco y vio una mesa de despacho, una silla, otra mesa tapada con una sábana blanca, que tenía un almohadón pegado a la pared. No quería mirar al otro lado, porque ya sabía lo que había allí.

—En este armario está lo necesario para curar. ¿Quieres verlo? —le preguntó.

Y él movió la cabeza a un lado y a otro, porque sabía que junto a la vitrina estaba un hombre muerto.

—Para curar a las personas hay que saber cómo son los brazos, y las piernas, y las costillas… —le explicó con voz relajada—. Eso es lo que muestran los dibujos colgados en la pared. Por dentro todos tenemos huesos. Si alguien se cae y se hace daño, tu padre lo cura. El primo Juan se rompió unas costillas y él se las arregló. Y ahora está bien, ¿lo ves?

Luis seguía escondido detrás de su cintura, sin atreverse a mirar. Tenía una extraña sensación por estar en aquel lugar que representaba para él lo prohibido.

—Para saber cómo hay que arreglar los huesos está aquí ese esqueleto. A todos los médicos les dan uno, para que lo tengan en su consulta. Es para que sepan cómo tienen que curar los huesos.

Delia lo empujó con suavidad de nuevo para que dejara de esconderse. Durante un instante se debatió entre el miedo y la tranquilidad que le inspiraba su madre. Inclinó el cuello y se asomó hasta que pudo ver el esqueleto y la calavera que tanto le habían asustado. Aquella cabeza descarnada también lo miró a él y estaba

riéndose con una mueca de burla y de espanto.

—¡Vámonos! —le pidió con la voz quebrada, escondiéndose otra vez—. Quiero salir de aquí…

Sentado en la escalera, la cabeza de Luis se llenó de dudas, mientras esperaba que salieran sus padres de la habitación a la que habían entrado abrazados. Con la mirada fija en la puerta, sentía la ansiedad de que se abriese pronto y que tras ella apareciera la cara sonriente y tranquila de su madre. Deseaba disponer de algún poder extraordinario que pudiera hacer realidad esos deseos acuciantes. Recordó entonces el día que descubrió que su madre tenía poderes mágicos.

Lo llamó a su habitación, le hizo sentarse junto a la mesa, en una silla enfrente de la suya. Puso un alfiler encima del tapete y le dijo:

—Vamos a mover el alfiler sin tocarlo, solo con el pensamiento. ¿Tú crees que podremos?

—Yo no —le respondió.

—Vamos a intentarlo. Míralo fijamente y dile hacia dónde quieres que se mueva.

—Hacia allí —dijo, señalando a uno de los lados.

Fue un intento inútil, porque el alfiler permaneció quieto, encima de la mesa, en la misma posición en la que estaba.

—Lo hemos hecho sin fe —le reprochó Delia—. Si deseas algo, tienes que desearlo con todas las fuerzas. Si quieres mover el alfiler, tienes que estar convencido de que podrás hacerlo. Inténtalo otra vez —lo animó.

—¡Hacia allí! —volvió a repetir, mirando el alfiler y señalando con el dedo hacia donde tenía que desplazarse.

El alfiler comenzó a temblar, giró sobre sí mismo y se quedó quieto en el sitio donde estaba.

—¿Lo ves? —le dijo su madre, ante el desconcierto de Luis—. Puedes hacerlo.

Él se animó, aunque aún se debatía entre el entusiasmo que le

había producido el movimiento del alfiler y la duda.

—Vuelve a intentarlo —le insistió.

—¡Hacia allí! —repitió más convencido.

Y esta vez, sí, el alfiler comenzó a desplazarse por encima de la mesa hacia donde él había indicado.

Fue para Luis algo sorprendente: ¡el alfiler le obedecía!

—¡Hacia allí! —volvió a repetir, cambiando de dirección.

Y el alfiler, obediente como un perrillo al mandato de su amo, se movió hacia donde le señalaba.

—¡Hacia allí! —cambió otra vez de dirección—. ¡Hacia allí! —insistió, indicando el lado contrario—. ¡Hacia allí!

El alfiler se movía a su antojo. Él era capaz de llevarlo de un sitio a otro, solo con decir hacia dónde. Pero la ingenuidad duró solo un rato: el tiempo que Delia tardó en enseñarle aquella piedra misteriosa, sacándola de debajo de la mesa.

—Se llama imán —le explicó—. Atrae el hierro. Tómalo.

Cogió aquel trozo de metal pesado mirándolo con asombro.

—Acércalo al alfiler —le dijo.

Lo llevó arrastrando sobre la mesa y al instante el alfiler salió disparado como una flecha hasta su mano. Tan rápido que se asustó y soltó desconcertado el imán. Lo dejó sobre la mesa y al mirarlo con cara de susto vio pegado el alfiler, con la misma fijación con que quedan atrapadas las moscas en la miel.

Con el paso del tiempo Luis aprendería que la atracción del amor es mucho más impetuosa que cualquier fuerza magnética. Que el amor es más poderoso que el imán.

Estuvo sentado en las escaleras, tiritando de frío. Pensaba en su madre que había estado toda la mañana esperando con ansiedad a que él regresara. Escuchaba en su interior el eco de los cascos del caballo alazán sobre las piedras. Estaba nervioso y la espera no acababa nunca. Miraba con inquietud la puerta por la que habían entrado. Recordaba la imagen una y otra vez: él le agarraba una mano a ella y la llevaba con el otro brazo envolviéndole la cintura.

No entendía lo que estaba pasando. No sabía lo que hacían ellos dos solos, encerrados en aquella habitación prohibida. Desde allí le llegaba el susurro de alguna frase aislada, y, de vez en cuando, gemidos de su madre. Él miraba al portal, al suelo, al techo, a las escaleras, y volvía a atar la mirada a aquella puerta que no se abría nunca.

Así pasó el tiempo, lentamente, hasta que por fin sonó el ruido de la cerradura, la puerta se abrió despacio y aparecieron los dos de la misma forma que habían entrado: él agarrándole una mano y protegiéndola con el brazo la espalda. Avanzaron por el pasillo, cruzaron el portal y llegaron a las escaleras. Delia lo vio primero:

—¿Qué haces ahí, mi amor, con el frío que hace…?

No era un reproche. Su voz sonó dulce y compasiva. Luis se levantó y bajó unos escalones, hasta encontrarse con ella que subía. Se agarró a su cintura y ella le acarició la cara y le abrazó la espalda, protegiéndolo. Tenía las manos frías y el rostro lloroso.

—Está enferma y tiene que descansar —le oyó decir a su padre detrás de ella.

De aquellos días quedaría grabada en la memoria de Luis la imagen de su padre sentado en una silla junto a su cama. Su madre reposa con los ojos cerrados; o está dormida; y él la mira, simplemente; o le agarra la mano cuando se despierta; y están así los dos, ella con la mirada lánguida, con la debilidad marcada en el rostro, con la palidez pintada en la piel; y él protegiéndole su mano entre las suyas.

Álvaro era poco efusivo. No sabía manifestar el afecto. Pasados los años, a Luis le resultaría imposible evocar su imagen abrazando a alguien con pasión o besándolo. Era flemático. Y sin embargo, siempre conservaría de aquellos días la imagen de su dedicación a ella. De esa mirada suya al pie de la cama y del gesto protector de sus manos aprendió entonces cuánto la quería.

Una mañana que estaba Luis también de pie, junto a la cama, su madre le dijo:

—Tiene que ir a ver a otros enfermos. Él quiere quedarse conmigo, pero yo le he dicho que entretanto me cuidarás tú. ¿Qué te

parece?

Y Luis entonces se sintió mayor.

En aquellas horas en las que estaban los dos solos en casa, Delia en la cama y él asistiéndola, Luis descubrió la fragilidad humana. Cuando él tenía alguna flaqueza, acudía buscando la fortaleza de su madre; y sin embargo, entonces tuvo que aprender que también su madre estaba expuesta a la debilidad. Que todos necesitamos que nos cuiden.

Le llevaba agua cuando se lo pedía, le acercaba una toalla o un pañuelo, estiraba las mantas para que no hubiera ninguna arruga, ponía el embozo de la sábana bien tieso, como le había visto hacerlo a su padre, para que no le molestara el roce en la cara. Luego, se sentaba en la silla, balanceando los pies que colgaban sin llegar al suelo. Delia lo miraba, pálida, ojerosa, cansada; le sonreía con ternura; y le decía:

—Ahora puedes jugar un rato, si quieres. Porque ya está todo muy bien.

Años después Luis supo que aquellos días su madre perdió al hijo que estaba esperando; y que la enfermedad se le había anclado en el cuerpo.

El nacimiento es una providencia extraña: nunca sabremos por qué unos nacen y otros no nacerán jamás.

Otoño de 1951

ERA OTOÑO, ESTABA ATARDECIENDO y Delia subía con su hijo la ladera del monte que estaba orientada hacia la puesta del sol. Soplaba un viento seco que peinaba las hierbas del campo. Luis subía asfixiado, daba unos pasos para ascender la cuesta y se paraba un momento para descansar, mientras el corazón le tamborileaba en las costillas.

Delia lo llevaba allí para que respirase el aire de las tardes en el monte. Salían de casa todos los días cuando el sol empezaba a caer por la pendiente suave del crepúsculo. Subían la senda, cruzaban matojos, dejaban atrás el campo de las aulagas y llegaban hasta la cima larga y redonda de la colina. El aire era frío y seco, pero eso era lo que necesitaban los pulmones de un niño que tenía los bronquios sucios y el respirar un poco asmático. No tardaría mucho tiempo en suceder aquello que todos en la familia sabían que iba a ocurrir. Todos menos él. La infancia es también el territorio de la inconsciencia.

Cuando llegaron a la cima, Delia se quedó un rato mirando el valle, la hilera de chopos junto al río, las casas del pueblo. No se veía a nadie desde la distancia, como si nadie habitara aquellos tejados rojos y aquellas calles invisibles desde tan lejos. Se sentaron sobre una roca redondeada, gris, cubierta de líquenes. Olía a romero y a veces un ramalazo de aire traía un leve aroma de tomillo y de orégano.

Durante años ese olor sería para Luis el aroma de su infancia. Le bastaría aplastar unas flores violetas de orégano entre los dedos, para

recordar las tardes de otoño en el monte, el frío del invierno durante la matanza, la melancolía de aquellos días cargados de una difusa incertidumbre.

La vida entonces era eso: la casa, el campo, la madre, una enfermedad desconocida y el aire fresco en la cara.

Su madre se puso de pie en la cima de aquel collado y le dijo:

—Ven; abre los brazos.

Y los dos se quedaron así, el uno junto al otro, con los brazos abiertos, como una cometa. Luis sentía el aire frío que le entraba en la nariz, pasaba por la garganta y llegaba hasta los pulmones encogidos, para que se abrieran un poco.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó, señalando desde la colina todo lo que se veía alrededor.

—El campo —dijo él.

Y Delia le corrigió:

—Esto es la libertad. Acuérdate cuando seas mayor. Cuesta mucho conquistarla. Y en esa lucha tenemos que estar todos. Tú también.

Luis se quedó mirando desde la cima todo lo que estaba a sus pies. El monte y la ladera. El valle. La chopera del río. Las aulagas y sus flores amarillas. Las rocas grises. El olor del romero. No entendió a qué se refería Delia, porque él desconocía lo que estaba oculto tras la vida diaria del valle. ¿Cómo iba a conocerlo entonces? Si ni siquiera sabía por qué tenía en los bronquios una telaraña de ruidos… Ignoraba el hambre. Desconocía el manto de silencio que callaba a la gente. No sabía por qué arrancaba las piedras del monte el primo Juan. Ni por qué había muerto el hijo del hacendado Rafael. Ni cómo encontraron al Moreno junto a los álamos…

Su madre le entretenía con pasatiempos simples en aquellas tardes obligadas por la enfermedad. «Al repelo, al repelo, / de mi palomar, / el que tenga un pelito / se ha de quedar». Cantaba ella y, mientras, los dos se afanaban en cortar algunos hilos de hierba con los dedos, procurando que al acabar la canción no se les quedara ninguno pegado en la mano, porque ese era el que perdía el juego. Le contaba historias inverosímiles. «Un rey tenía tres hijas, las metió

en una botija y las tapó con pez. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?». Era una historia cruel; pero la vida también es cruel a veces.

Casi todas las historias que ella le contaba las iba a olvidar con el paso de los años, como si un viento impetuoso hubiera barrido de la mente aquellas palabras. Pero la que le contó ese día se le quedó marcada en la memoria para siempre. Érase un niño cuyo padre se había marchado a un país lejano y vivía solo con su madre. Cuando el niño creció, quiso ir a buscarlo. Estuvo andando por el mundo durante mucho tiempo, sin encontrarlo; hasta que un día apareció en su camino una mujer joven y hermosa que llevaba un caballo blanco. «¿A dónde vas?», le preguntó. «A buscar a mi padre». «Toma este caballo y él te guiará —le dijo—. Lo único que has de hacer es no desviarte de donde él te lleve y seguir siempre adelante sin mirar atrás». La mujer le dio tres piezas de oro para que hiciera el viaje y se despidió de él. El niño se montó en el caballo e iba cantando feliz: «Tengo tres bolitas de oro / y un caballito cano». Estaba tan contento que decidió volver junto a su madre para enseñárselo. Así que tiró del ronzal y dio media vuelta desobedeciendo el mandato de la mujer. No tardó en darse cuenta de que andaba perdido, porque regresar al pasado es imposible.

—Desde entonces ese niño anda por el mundo desorientado, sin saber a dónde ir —concluyó su madre—. Si alguna vez encuentras a alguien que llama a tu casa y te canta esa canción, ábrele la puerta, porque busca a su padre y está solo.

Desde la ladera en la que estaban sentados se veía el colmenar. Las abejas absorbían el néctar de las flores del romero. Una abeja se posó sobre la misma piedra en la que estaban ellos, encima de los líquenes, en medio de los dos. Movía el abdomen y colocaba en distintas posiciones las alas, sin levantar el vuelo.

—Las abejas son mensajeras —dijo Delia—. ¿Ves cómo da vueltas y mueve las alas? Eso es que nos está diciendo algo, aunque no la entendamos. Ha venido a traernos alguna noticia.

La noticia que les llevaba la conoció Luis unos meses más tarde.

Luis se despertó oyendo desde la cama la conversación de dos mujeres que hablaban en voz alta en la calle, como asustadas. Él se dio media vuelta en la cama y estuvo un rato arrebujado entre la ropa, indolente, sin pensar en nada. Luego se vistió con tranquilidad. Fue a la cocina y llenó el tazón de leche. En la alacena había una caja de galletas compradas expresamente para él. Cogió tres, que era el número de galletas que le daban siempre para desayunar. Entonces miró hacia la puerta. No había nadie, así que cogió otra más, cerró la caja, la dejó en su sitio y se sentó en un taburete de madera que había junto a la pared. Se sentía bien: protegido por la penumbra de la cocina, flotando en la molicie de las primeras horas de la mañana.

Como hacía otras veces, bajó las escaleras corriendo y saltó el último peldaño de un brinco hasta el portal. Le sorprendió encontrar allí al abuelo Antonio, que le propuso al verle:

—¿Quieres que te enseñe a hacer cometas?

Y él se entusiasmó con la idea. Años después repasaría esa imagen muchas veces en su memoria, como si estuviera viéndose a sí mismo desde la puerta: caminando junto a su abuelo por la calle, alejándose de la casa sin saber lo que estaba ocurriendo en ese momento ni por qué había ido a buscarlo. La mañana era luminosa, él notaba en el rostro el frescor del aire y se sentía bien. Aún no conocía lo frágil que es la línea que separa la dicha del infortunio. Eso tendría que aprenderlo con el paso del tiempo y con las decepciones.

—Para hacer un cometa lo primero que hay que tener es un trozo de tela. Como esta —le dijo mostrándole un trapo viejo cuando llegaron a la tienda de ultramarinos.

Recortó un trozo y le ordenó:

—Coge un puñado de tierra.

Salieron a la calle. Luis se agachó y amontonó un puñado.

—Ponlo encima.

Dejó caer la tierra sobre la tela.

—Necesitamos más.

Volvió a hacer lo mismo varias veces.

—Ahora juntamos las cuatro puntas de la tela y las atamos bien.

El resultado fue una bola redonda, blanda, que al apretarla con los dedos se moldeaba un poco. El extremo lo ató con una cuerda recia, de esparto, que dejó colgando un poco más de medio metro.

—Ahora anudamos aquí unas tiras de colores.

Junto a él había algunos retales de tela que estaban enredados. Eran trapos viejos que estaban rotos, pero él fue escogiendo los más vistosos.

—¿Cuál te gusta más? —le preguntó.

—Este —exclamó, señalando uno con el dedo.

—Pues este —dijo él, complaciente; lo cogió y lo ató al extremo de la bola.

Luego hicieron otro cometa con diferentes tiras de colores. Y cuando acabó, propuso:

—Ahora tenemos que hacerlos volar.

Valdeálamos está construido en la ladera de una colina, que en invierno defiende a sus habitantes del cierzo helado. Las casas se levantan en la leve pendiente que desciende hasta el valle, se extiende luego en la explanada de las eras y llega hasta las tierras fértiles del Prado. El lindero de las eras está señalado por el cauce del río Esgueva, que baja desde las montañas y atraviesa la vega, hasta perderse entre curvas y álamos en el horizonte. El valle está tachonado de hileras de álamos, que dan nombre al pueblo.

En la parte alta se levanta la iglesia, cuya torre es visible desde cualquiera de las tierras que pertenecen al pueblo. Y desde cualquiera de ellas, hasta las más alejadas, puede oírse el tañido de las campanas, que en aquellos años marcaba el paso de las horas, anunciando el amanecer, el mediodía y el crepúsculo cuando el sol se ocultaba cada día en la lejanía.

En la cima de la colina está edificado el castillo, que vigila el valle y sus alrededores. Desde él se divisan todas las tierras, los trigales, los viñedos, los almendros, los alcores que los rodean, la carretera que atraviesa el terreno subiendo y descendiendo cada collado, el río que cruza el valle, riega aquellas tierras fértiles y siembra de álamos las orillas.

Hasta allí lo llevó Antonio: hasta la cima donde está construido el castillo en el que se escondió el primo Juan durante los primeros meses de la guerra. Cuando estaban arriba, agarró el extremo de la cuerda de uno de los cometas y comenzó a girar el brazo como si fueran las aspas de un molino. Las tiras de tela formaban en el aire círculos de colores y bufaban agitadas por el viento.

—Fíjate ahora y verás cómo vuela —le dijo Antonio.

El cometa salió disparado hacia el cielo como un cohete, seguido por la estela de colores de las tiras de paño, y al rato giró levemente y descendió de forma vertiginosa, como una estrella fugaz.

—Ahora hazlo tú —lo animó.

Le dio el otro cometa, y él comenzó a girar su brazo igual que había hecho Antonio antes. Al rato le ordenó:

—Suelta ahora.

Y el cometa voló como un proyectil hacia el cielo, chasqueando en el aire las telas de colores mientras se alejaba.

—Vamos a buscarlos y los lanzamos otra vez —lo animó.

Al cabo de un rato él se sentó, pero Luis siguió lanzando aquellos cometas que ascendían hacia el cielo y volvían veloces a la tierra para caer rodando por la ladera.

Cuando Luis iba a buscarlos, subía fatigosamente, respirando con dificultad. En una de las ocasiones se paró en la cima junto al abuelo Antonio, que estaba sentado en el suelo, sobre la tierra. Luis abrió los brazos en cruz como le había enseñado su madre y le dijo:

—Ven; ponte así.

Antonio se levantó complaciente y se puso a su lado, en la misma postura en la que estaba Luis. Y así estuvieron un rato: como los milanos cuando planean con las alas extendidas, haciendo círculos sobre la cima del castillo.

—Esto es la libertad —dijo Luis, señalando con el dedo el campo que estaba a sus pies.

—¿Quién te ha dicho eso? —se extrañó él.

—Mi madre —respondió con orgullo.

Una ráfaga de viento levantó algunas briznas de hierba y polvo. Antonio bajó los brazos y se dio media vuelta.

—Vuelve a tirar los cometas —le dijo con la voz entrecortada—. Pero no corras mucho, porque te pondrás mal si te fatigas.

La infancia es un territorio curioso y complejo: el territorio de la fragilidad. Unas semanas antes los chicos estaban jugando a pillarse durante el tiempo de recreo, en la explanada que había delante de la escuela. Uno corría detrás de los demás, hasta que tocaba a alguno con la mano en la espalda y entonces era a ese a quien le correspondía pillar a los otros. Luis corría detrás de todos inútilmente, porque no conseguía alcanzar a ninguno. Con el esfuerzo, los pulmones parecía que se le hicieran pequeños y tenía que pararse a respirar. Enrabietado, en cada carrera forzaba un poco más su propia resistencia para alcanzar a uno de ellos. Su respiración era cada vez más agitada y resoplaba como un fuelle viejo. Al cabo de un rato logró tocar con el dedo la espalda de alguien y en ese momento ya no pudo más: se apoyó en la pared, agachado, mientras intentaba respirar, sin conseguirlo. Se ahogaba. Fue resbalando la mano por la pared, doblando las rodillas, encorvando más la espalda, hasta que se sentó en el suelo.

Oía gritos, voces, chillidos: era el griterío habitual del recreo y nunca se había percatado de él hasta entonces, cuando estaba tirado, solo, semiinconsciente. Oía los gritos, pero no veía con claridad; solo sombras borrosas que pasaban corriendo. Como fantasmas. Como rachas de viento. Nadie se detenía ante él ni le preguntaba nada. La vida seguía alrededor igual que siempre, mientras él podía morirse allí sentado, con el corazón retumbándole en el pecho y los bronquios colapsados.

Nunca supo el tiempo que estuvo en esa posición, ni lo que pasó después. Cuando abrió los ojos, vio la cara de Delia, que lo miraba con los ojos grandes como dos lunas en medio de la noche. Asustada y con gesto de ansiedad. Su corazón latía como el de un pajarillo recién nacido. Pero ahí estaba ella para aliviar el dolor. Al ver a su madre, se sintió seguro: estaba en casa, tumbado en la cama; notó el calor del fuego que venía de la chimenea de la cocina; oyó su voz

junto a él y se encontró bien. A su padre no lo vio: estaba visitando enfermos en los pueblos vecinos y no se enteró de lo que le había pasado hasta que regresó a la hora de comer.

Esa es la imagen que guardó Luis de aquellos años: su madre era el rostro, la mirada, la mano que le agarraba para que no se rompiese. Su padre fue siempre la ausencia. Y él tenía el cuerpo de cristal. Luis era el niño montado en un caballo blanco que buscaba a su padre.

El día que el abuelo Antonio lo llevó al castillo, Luis no sospechó lo que iba a ocurrir en su casa. Estuvo toda la mañana subiendo y bajando la cuesta en busca de los cometas que se estrellaban contra la ladera. Cuando llegaba a la cima, tenía que sentarse un rato para reponerse. Notaba enseguida el relajo en las piernas, pero el corazón le latía alborotado.

Antonio, que estaba sentado, silencioso, más callado de lo que solía ser habitual en él, mirando a la lejanía del valle, le dijo:

—¿Te gustan las palomas?

—Sí —respondió, con la respiración un poco asfixiada.

—Pues ven, y verás.

Se levantó y fue hacia los muros de piedra del castillo.

—Quédate ahí —le ordenó en cuanto llegaron junto al muro.

El castillo estaba cerrado con una puerta sólida y antigua, un poco destartalada, con algunas maderas rotas por la lluvia y el viento. Antonio se acercó al muro de piedra y comenzó a escalarlo, agarrándose en los salientes de las rocas y buscando colocar las sandalias en las pequeñas hendiduras que se formaban al juntarse una piedra sobre otra. A unos metros del suelo había unas mínimas ventaneas o buchacas, que se abrían alrededor de toda la pared. Por ellas entraban las palomas que anidaban en el muro.

Metió la mano en una de ellas, no encontró nada y se desplazó horizontalmente hasta la siguiente. Así hasta que de uno de aquellos agujeros sacó un par de pichones que chillaban asustados. Estuvo forcejeando con ellos en la mano, colgado en la pared, hasta que los

dos dejaron de piar. Los tiró entonces desde arriba al suelo, cayeron los dos pájaros con un golpe sordo y rebotaron en la hierba seca y escuálida de la colina.

Bajó rápido, sosteniéndose en los salientes redondeados de las rocas, y se dejó caer de un brinco cuando estaba cerca del suelo. Cogió los dos animalillos que reposaban en la tierra con los cuellos descoyuntados y los plumones sucios de las gotas de sangre que les caían del pico.

—Hoy comeremos pichones —le dijo, dejándolos juntos, uno encima del otro sobre la tierra.

Luis miró a los dos pichones que estaban degollados, con el cuello roto, abandonados sobre los yerbajos secos de la colina. Tenían los picos manchados de sangre y las plumas incipientes sucias de polvo. No pudo evitar ver la mirada de pavor que se había congelado en los ojos de los animales, desmesuradamente abiertos y desencajados. Cogió los dos cometas. Giró uno con rabia y lo lanzó al cielo. Luego, el otro. Vio cómo se precipitaban rápidos hacia la pendiente y enseguida rebotaban en el suelo, rodando.

Hizo lo mismo una y otra vez, porque estaba nervioso, intranquilo, no sabía por qué y tampoco sabía cómo disipar su inquietud si no era corriendo de arriba abajo por la ladera.

Hasta que no pudo más.

Antonio vio desde lejos cómo doblaba las piernas, caía al suelo y resbalaba por la pendiente. Él oía cómo lo llamaba, cada vez desde más cerca, mientras Antonio bajaba asustado corriendo por la ladera, lo cogió en brazos y descendió la colina con el pavor en la cara.

La enfermedad anida en nosotros; y el dolor; y la muerte. Pero no nos damos cuenta hasta que se han apoderado completamente de nuestra vida. Aquel día, cuando Luis abrió los ojos en su habitación, no se encontró con la mirada tranquilizadora de su madre, como era lo habitual otras veces.

Y poco después fue cuando le dijeron que acababa de morir.

Desde aquel día ya no hubo más atardeceres en la ladera del monte. Delia lo llevaba allí para que respirasen mejor sus bronquios

asmáticos. Pero quien realmente estaba enferma, sin cura, era ella. Sin saberlo, Luis había acompañado sus últimos días de vida en el mundo. Y eso es lo que más confusión le produjo después. Eran las últimas sonrisas de su madre. Sus últimas palabras. Los últimos pasos que daba sobre la tierra árida de Valdeálamos. Las últimas veces que le cogía la mano y acariciaba con ternura su cara. Estaba realizando en cada gesto su despedida y él no se había dado cuenta.

Tercera parte

El secreto

Diciembre de 1978

HE EMPUJADO LA PUERTA y, al abrirla, un rayo de sol ha iluminado la penumbra del portal. De pie bajo el arco de piedra que forma el dintel de la entrada, he sentido la sensación de haber retrocedido de repente en el tiempo.

Como si esa luz de la mañana hubiera alumbrado la memoria, me he visto allí de niño, en ese portal recubierto aún con las mismas losetas de los días en los que yo bajaba de un salto los últimos peldaños de las escaleras. Las imágenes vividas en este lugar han vuelto a mi cabeza de forma atropellada. La aparición de los cazadores en otoño… Los amaneceres en los que me despertaban las herraduras del caballo alazán golpeando sobre el suelo… El sol que me deslumbraba al salir a la calle por la mañana… El blanco puro de la nieve en invierno… Los juegos en el patio, a la sombra de la higuera… El olor dulce de la miel en las tinajas de barro…

He ido hasta las escaleras desde las que se accede al primer piso. He subido y he abierto la puerta de la habitación que fue mi cuarto de niño. Me he acercado despacio, con la ilusión de quien se asoma a un misterio: al fondo de los años pasados, que nos hicieron ser lo que somos ahora.

Al entrar en el cuarto he percibido la protección de nido que sentía cuando era niño. He mirado cada uno de sus objetos con nostalgia, con ese deseo íntimo que nace en nosotros de apresar algo de lo que hemos vivido, para que no todo acabe arrebatándolo el olvido. He aspirado el aire, cerrando los ojos, y he recordado el aroma de los membrillos con los que mi madre perfumaba los

armarios. En un rincón estaba todavía el viejo caballo de madera en forma de balancín. A lomos de ese caballo, me balanceaba con fuerza, mientras cantaba como me había enseñado mi madre «Tengo tres bolitas de oro / y un caballito cano». Y ese grito despertaba en mí una emoción de libertad y de sueños difusos que algún día se harían realidad. Me he sentado en él y en ese momento he escuchado los golpes de las herraduras de un caballo contra las piedras de la calle.

Me he acercado a la ventana, esperando ver desde allí un caballo alazán llevando sobre el lomo a un hombre arrebujado en una manta. Pero la calle estaba vacía y nada se movía en ella, más que unas hojas secas que empujaba el viento.

Me he detenido en la puerta de la habitación que fue el dormitorio de mis padres. De pie bajo el dintel de madera, he evocado las veces que la vi tumbada en aquella cama. Para mis ojos de niño aquellos días de reposo formaban parte de la rutina y nunca advertí que eran en realidad el preludio de la despedida.

He vuelto hacia las escaleras. Allí he visto la imagen que recuerdo de mi madre reclinando la cabeza sobre el hombro de él, buscando consuelo, cuando supo que nunca iba a poder concebir otro hijo.

En esta casa está el recuerdo de ella y los secretos que tuvo que callar para no hacerme daño. La casa lleva algún tiempo cerrada: desde que murieron los dos. Con ellos aprendí que cada uno nos vamos haciendo a nosotros mismos, hasta llegar a ser lo que somos.

No he vuelto por nostalgia, sino para aclarar las sospechas, para saber lo que ocurrió realmente. Para averiguar cómo murió el Moreno y qué sucedió después entre Álvaro y Delia.

Han pasado ya muchos años desde que encontraron en el camino a aquel hombre con una herida de muerte en la cabeza. Aquel suceso cambió el destino de Delia, porque a partir de entonces nada iba a ser igual en su vida. El silencio cómplice ha preservado el secreto; pero ¿qué ocurrió realmente aquel mediodía?

Cuando he cruzado el portal para salir a la calle, el sol amarilleaba las fachadas blancas de Valdeálamos. Esa luz es la misma que deslumbró a Antonio mientras corría por el camino hacia las huertas donde encontró muerto al Moreno. Desde su casa hasta el final del pueblo hay unos doscientos metros en línea recta. Desde algunas ventanas abiertas en las fachadas que dan al poniente puede verse lo que ocurre en el sendero. Lo he comprobado y es así: el recorrido está en una leve pendiente, y eso permite ver a las personas que se desplazan entre la vegetación de las huertas. Desde ellas se puede ser testigo de una emboscada, de una pelea, de un crimen.

La última casa del pueblo es la del hacendado Rafael. En una de las paredes de la vivienda se abren dos ventanas que miran hacia las huertas. La hacienda está tan cerca de donde fue encontrado el cuerpo del Moreno que si alguien gritara desde allí, se oirían nítidas las llamadas de auxilio. Don Rafael estaba comiendo en casa con su familia. Estaban todos: él, doña Berta y Álvaro. Es imposible que no escucharan voces y que no vieran nada de lo que ocurrió aquella mañana calurosa del mes de agosto. Tuvieron que ser testigos de cómo moría un hombre y su cuerpo era arrastrado hasta apoyarlo en el tronco de uno de los álamos del camino. Lo que vieron desde la casa en esos momentos pasó a ser un secreto, una de esas historias que nadie se atreve a contar y que permanece escondida durante años, como un cuarto cerrado al que todos han decidido no entrar jamás. Pero ¿cuánto tiempo puede mantenerse un secreto?

Evocar ahora los sucesos de entonces es entrar en un paisaje cubierto por la niebla: puedo identificar en el recuerdo algún rostro o la figura de personas que reconozco de la infancia, a las que quiero preguntar algo, y, sin saber cómo, al acercarme a ellas, ya se han esfumado en la neblina y estoy otra vez solo en medio de la bruma, con un cuerpo herido de muerte en medio del sendero.

Mientras bajaba por las calles de Valdeálamos hasta el lugar donde lo encontraron, era como si descendiera a través de un túnel hacia el pasado para entrar en el tiempo de la memoria. He imaginado la angustia de Antonio corriendo sofocado aquel mediodía abrasador. Su cabeza era un hervidero de sospechas. ¿Por

qué no había regresado a casa el Moreno? ¿Qué le había ocurrido? ¿Le habían descubierto? ¿Estaba en peligro?

Corría por el camino de piedras. Levantaba en la carrera un reguero de polvo con las sandalias. Aplastaba con pasos desesperados los terrones resecos por la sequía. Sudaba, pero no se detenía. Lo empujaba la ira.

Mientras, Delia aguardaba en casa, con el temor dibujado en el rostro.

En cuanto he girado la última curva del camino que desemboca en los huertos, he reconocido el lugar. Ese álamo robusto que crece junto al ribazo fue el único testigo de su agonía. Al acercarme, he acariciado su tronco envejecido y he reposado la mano en esa corteza que está levantada a trozos, formando escamas descascarilladas por el paso del tiempo. He querido agradecerle que hubiera sido el último apoyo de la vida del Moreno. Su última compañía.

Junto al álamo crecen varias plantas de romero, que son los retoños de aquellas que plantó Antonio para que sirvieran de recuerdo. He frotado las hojas con los dedos y al aspirar el aroma me ha venido a la cabeza la memoria de aquellos días de silencio.

Mi padre me llevó a la habitación prohibida una tarde de verano. Yo volvía de jugar con los amigos. Entré sofocado a la casa y allí estaba él, esperándome en el portal.

—Tenemos que hablar —me dijo acercándose, serio, y poniéndome la mano en el hombro.

Me condujo por el pasillo estrecho hasta aquel cuarto al que yo tenía prohibido entrar. Nada más cruzar el umbral de la puerta, lo primero que vi fue la sonrisa sarcástica del esqueleto que estaba pegado a la pared. Bajé la mirada, pero no pude evitar el escalofrío que me recorrió como un relámpago, desde la cabeza, por el cuello y las costillas, hasta las piernas. Sentía el brazo de mi padre sobre el hombro, pero su peso no me daba la protección que me transmitía siempre el tacto leve de la mano de mi madre.

—Siéntate ahí.

Señaló uno de los sillones que estaban en aquel cuarto donde él se reunía para conversar con el secretario del ayuntamiento, con el cura, con el maestro. Apoyé las manos en el asiento, de espaldas al sillón, y tuve que dar un pequeño impulso para sentarme atrás, cerca del respaldo.

—Te vas haciendo mayor, ya lo sabes…

Esas palabras me gustaron, porque por fin me consideraba adulto.

—Eres un chico listo —continuó—. Y tienes que pensar en tu futuro. Aquí en el pueblo no puedes hacer mucho. Terminarás la escuela y después tendrás que irte a la ciudad. Es lo que yo hice y lo que hacen todos los que quieren prepararse para tener un buen futuro.

Calló un momento y me miró con la misma seriedad con que lo hacía siempre. Mi padre me hablaba con el distanciamiento profesional de quien comunica un diagnóstico.

—Podrás ser médico. O abogado. O ingeniero… ¿Lo has pensado alguna vez?

Fue su única pregunta. Pero ni siquiera me dejó responder.

—Nada de eso puedes hacerlo aquí, en Valdeálamos.

Lo miré callado, taciturno. Sentía un hormigueo inquietante en las piernas.

—Lo mejor es que empieces a prepararte cuanto antes… Te he buscado un buen colegio. Estarás bien cuidado, bien atendido; y aprenderás mucho.

Yo tenía las manos pegadas a las piernas, encima del asiento. La espalda no me llegaba hasta el respaldo, así que estaba tenso, sentado en el borde de aquel sillón de cuero negro, en el que me sentía perdido y desasosegado.

—Te irás en unos días. Yo te acompañaré. El próximo curso lo pasarás interno en ese colegio.

Aquella partida hacia un destino que no conocía aún iba a ser mucho más que el alejamiento del pueblo. Irme era empezar otra vida. Con aquellas palabras mi padre me estaba anunciando el final de la infancia. En ese momento sentí por primera vez el desamparo

de que ella ya no estuviera allí conmigo.

He empujado la puerta, he asomado la cabeza y le he visto sentado detrás de una mesa antigua, con la silla pegada a la pared. Cuando ha oído que se abría la puerta, ha levantado la vista de los papeles que estaba leyendo y me ha mirado por encima de la montura de las gafas.

—Le he preparado las carpetas que me solicitó —me ha dicho al verme.

El secretario del ayuntamiento es un hombre mayor, calvo, y lleva las gafas apoyadas en la parte delantera de la nariz.

—He seleccionado los años que me dijo por teléfono. Espero que en ellos encuentre lo que anda buscando.

—Se lo agradezco —le he respondido—. Esos documentos son muy importantes para mí.

Se ha quitado las gafas de leer, las ha dejado encima de la mesa y se ha restregado los párpados con gesto de cansancio.

—Le voy a acompañar al archivo y allí le indico los expedientes que afectan al caso.

Me ha observado esperando mi conformidad, pero antes de que yo pudiera contestarle, me ha hecho una advertencia:

—Podrá verlos solo hasta que yo tenga que irme. Y no puede sacar nada de aquí.

Se ha levantado y se ha dirigido por el pasillo hacia la puerta que estaba al fondo de la estancia. Ha introducido la llave en la cerradura, ha empujado la puerta, ha tanteado la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y me ha advertido:

—No debe coger nada. Todo ha de dejarlo como está.

Lo que él ha llamado archivo es en realidad un almacén, en el que se guardan diversos enseres del ayuntamiento. Es una habitación grande, con dos ventanas en la pared del fondo. En el rincón hay una horca de ventear el trigo, una vieja espada y un antiguo farol de hierro, de pie contra la pared. Siguen allí como una imagen resumida de la historia del lugar: una conjunción de trabajo,

batallas y progreso.

Al lado he visto una mesa con lámpara de estudio y una silla. Encima de ella había colocado el secretario las carpetas que yo le había pedido; y enfrente estaban las estanterías de madera en las que se amontonaban libros, legajos y archivadores. Ahí es donde yo tenía que buscar, pero ¿cómo hacerlo entre tanto desorden?

Si una persona fallece, se comunica el suceso al ayuntamiento, se presenta el certificado de defunción y entonces se le da de baja en el padrón municipal y se hace constar también en el registro civil. Así está establecido y así se hace hoy. Pero yo buscaba respuestas a algo que había ocurrido hacía muchos años, en un tiempo en el que todo lo ocultaba el humo de la guerra. Tenía la esperanza de que en algún lugar de ese archivo estuviera el expediente de la investigación abierta por la muerte del Moreno.

Una de las carpetas tenía rotulado en el lomo la palabra «Informes» con una caligrafía antigua. He repasado su contenido y he descubierto un portafolios de color azul, cruzado con unas gomas deformadas por el tiempo. He apartado las gomas, he abierto la carpeta y he encontrado en su interior un montón de papeles arrugados. En uno estaba escrito su nombre: Delia Nogales.

Era el impreso enviado desde el ayuntamiento al Auditor de Guerra, informando sobre la intervención que había tenido el primo Juan durante la Guerra Civil. He leído despacio esas palabras, que me han traído a la memoria imágenes de un tiempo pasado:

Filiación: Juan Gil Nogales, soltero.

Unidad donde prestó servicios en el ejército republicano: 181 Brigada Mixta.

Empleo y graduación: Sin graduación.

Al final de las dos hojas, que resumen su participación en la contienda, figura esta anotación:

Personas que pudieran responder por él: Delia Nogales.

He sacado ese expediente y he seguido buscando en otras carpetas. He encontrado también el impreso que tramitaba la petición del ayuntamiento para que fuera designada una maestra para el municipio. En él figura como avalista Álvaro Martín.

En esos documentos está el eco de la vida de Valdeálamos durante los años en los que ellos vivieron, el murmullo de los días de mi infancia.

Cuando he terminado de ver las carpetas que el secretario me había dejado encima de la mesa, las he amontonado, me he levantado de la silla y he ido a las estanterías para buscar allí el informe sobre las investigaciones que realizó la guardia civil para esclarecer la muerte del Moreno.

En el rincón he visto un archivador con cajones de madera. En uno de ellos figuraba la palabra Abastos. Lo he abierto y he hojeado informes sobre las cosechas, que dan idea de la penuria de aquellos tiempos en los que todo era escaso. Revelan datos sobre la recolección, instrucciones sobre productos intervenidos, normas de tasación, procedimientos ejecutorios y tasas que había que calcular en la burocracia recaudatoria a los campesinos.

He cogido un documento para fotocopiarlo: era el cese como veedor que le entregaron los inspectores de Abastecimientos a don Rafael el día que aparecieron por sorpresa en Valdeálamos. Su destitución de ese cargo fue un reproche público sobre la manera en que realizaba su trabajo y supuso para él una humillación.

He ido hacia la estantería donde se archivan los apuntes del censo; pero en ese momento ha abierto la puerta el secretario para indicarme que era la hora de marcharse.

—Tengo que ver todos los documentos que queden de aquella época —le he dicho.

Él me ha mirado con asombro.

—No encontrará nada de interés en ese revoltijo de carpetas. La vida de las personas no está escrita en los censos públicos.

La vida de las personas… He pensado en las ilusiones diarias, las frustraciones, el sufrimiento, las esperanzas que nos mantienen vivos, los sueños, el odio y el amor…

—Lo que yo busco es saber por qué tuvo que morir de esa manera un hombre bueno —le he comentado—. Necesito aclarar si fue asesinado y quién lo hizo. Quiero saber qué ocurrió.

Lo he mirado esperando sus palabras, pero en la habitación se ha hecho un silencio denso.

—No me ha dado el registro de las personas que fallecieron en aquellos años —le he reprochado.

Se ha encogido de hombros y ha intentado apaciguarme:

—No se lo he dado porque no está. Y no debe extrañarle, porque eso ocurrió en muchos archivos municipales.

Ha parpadeado varias veces y se ha humedecido los labios con la lengua antes de continuar:

—En muchos lugares han desaparecido censos, informes y actas de juicios que se celebraron entonces. Algunos de esos papeles se robaron, otros se destruyeron y otros los mutilaron. No le extrañe que aquí haya pasado lo mismo.

El secretario del ayuntamiento ha callado un momento y ha mirado al techo en actitud reflexiva.

—¿Era combatiente? —me ha preguntado.

—No, no lo era. ¿Por qué lo dice?

—Porque en ese caso ni se preocupe en buscarlo. Durante la guerra los soldados muertos se enterraban en cementerios cercanos al frente. Y eso en ambos bandos. Solo las personas destacadas se trasladaban a su lugar de origen. Los demás están en fosas comunes.

Ha hecho un breve silencio, antes de aventurarse a comentar con tono precavido:

—Fue asesinado…

—Eso es lo que quiero averiguar —le he dicho.

—Las víctimas por ajustes de cuentas de aquel tiempo son muy difíciles de identificar… Normalmente se llevaban a cabo en la cuneta de las carreteras. A veces, en los ribazos de algún sendero perdido por ahí.

—A él lo encontraron en el camino de las huertas.

—La mayoría de esas muertes no se inscribieron en el registro. Y de las que lo hicieron, no se fíe: a veces se escribía simplemente

«difunto» o «fallecido», y en realidad había muerto asesinado. No le va a dar muchas pistas el registro de defunciones de los años de la guerra.

—Es que no sucedió en esos días —le he aclarado—. Ocurrió después, al poco tiempo de acabar la Guerra Civil. Lo encontraron tirado en el camino de las huertas. Tenía sangre en la cabeza, pero no era de bala. Había recibido un golpe.

Esos eran los hechos que tenían que estar en el informe forense que yo buscaba. Al Moreno lo encontraron muerto en un camino situado a las afueras del pueblo. En plena luz del día. Una mañana del mes de agosto. Cerca había un charco de sangre y la tierra del camino estaba removida al arrastrar su cuerpo hasta allí. Tenía una herida en la cabeza.

—Entonces no fue un crimen de guerra… —se ha extrañado.

—Ocurrió cuando ya había acabado la Guerra Civil —le he repetido—. En el mes de agosto del treinta y nueve. La guardia civil fue la encargada de investigar el caso. En algún lugar tienen que estar esas diligencias.

Me ha hecho un gesto con la mano para que saliera de la habitación, ha apagado la luz y ha cerrado la puerta. Mientras me indicaba la salida, ha continuado hablando:

—Si encontrara en algún lugar el registro de fallecidos, no se extrañe si no figura lo que usted busca. Desde 1936 hasta 1945 las inscripciones de defunción en los registros civiles fueron incompletas y están plagadas de errores. Por eso tuvo que crearse, acabada la guerra, un registro de Ausentes. Los cónyuges o parientes de desaparecidos podían solicitar su inscripción en ese registro, para regular herencias, segundas nupcias y demás. Para que así pudieran figurar como huérfanos; o como viudas… Pero el procedimiento era complicado; y más si el ausente había sido republicano. Había que acompañar resoluciones de diferentes instancias, declaración de dos testigos… He visto alguno de esos procesos y le aseguro que no eran nada sencillos.

Ya en la calle, el secretario se ha vuelto a mostrar despreocupado:

—Aquí no va a encontrar nada de lo que busca. Está perdiendo el tiempo.

Parecía dispuesto a despedirse deprisa y a que yo dejara de buscar entre los papeles del ayuntamiento, por lo que le he sugerido:

—Quiero fotocopiar los documentos que he seleccionado. Otro día volveré con más tiempo.

—Olvídelo —me ha dicho—. Hay cosas del pasado que es mejor no conocerlas nunca.

—De todos modos, volveré —he insistido.

No le ha gustado mi empeño y, mientras cerraba la puerta con llave, se ha vuelto a mirarme:

—¿Ha comprobado el libro de enterramientos?

—No —le he contestado confuso—. ¿Dónde está ese libro?

—En la iglesia. La señora Remedios tiene la llave de la sacristía. Ella puede dársela.

Ha acabado de cerrar la puerta, se ha inclinado hacia mí y me ha dicho en voz baja:

—Pero no le diga que lo he mandado yo. Ni siquiera le comente que ha hablado conmigo.

He encontrado la iglesia cerrada, porque solo va un sacerdote al pueblo los domingos para celebrar misa. Junto a una de las paredes de la iglesia está adosada una casa de piedra, que todos la conocen como «la casa del cura». En ella vive una familia que ejerce las funciones de sacristán, de campanero y cuidadores de la iglesia. Cuando he golpeado la aldaba de la puerta, la señora Remedios se ha asomado a la ventana, en el primer piso. Me he alejado unos pasos, he levantado la cabeza hacia atrás y le he pedido:

—Quisiera visitar la iglesia.

No me ha dado tiempo a decir más, porque en ese momento ha desaparecido de la ventana y al rato ya estaba en la calle con una llave grande de hierro en la mano. La señora Remedios es una mujer mayor. Tiene el pelo blanco. Lleva un vestido negro que solo le deja descubierto el rostro y las manos arrugadas que cruza sobre el pecho

para cerrar la chaqueta de lana gruesa con la que se protege del frío.

—El retablo es una joya —me ha recomendado, mientras se dirigía directamente hacia la puerta de la iglesia y yo la he seguido detrás—. Fue pintado por artistas que vinieron desde Italia.

—Pero lo que yo quiero es ver la sacristía.

—La sacristía no tiene nada —se ha sorprendido de mi petición —. No tiene ningún valor.

—Es para consultar los libros de registro y el libro de enterramientos —le he explicado, mientras ella abría el portón de la iglesia y nos introducíamos en la penumbra del recinto.

Las maderas del suelo crujían a nuestro paso y el ruido rebotaba en los muros de piedra, en la bóveda, en el coro sostenido sobre vigas de roble. Ella se ha detenido en medio de la iglesia frente al retablo, para que yo admirara las pinturas, las filigranas, las columnas, las esculturas.

—Yo todavía recuerdo a su madre —ha comentado de forma inesperada—. Delia era una buena mujer. Tenía carácter. Y no le importó lo que dijera la gente por lo que hizo.

En la capilla de la derecha he visto el cristo de tamaño natural que se sacaba en procesión durante los días de Semana Santa. Estaba dentro del ataúd de cristal que diseñó don Rafael.

—Vayamos a la sacristía —le he pedido a la mujer.

Y nada más entrar en aquel cuarto minúsculo, le he preguntado:

—¿Dónde están los libros de enterramientos?

Ella ha señalado con la mano hacia la vitrina situada en una pared lateral. Todo estaba perfectamente ordenado en sus baldas: el registro de bautismos, relaciones de confirmados, bodas, defunciones. He revisado este último y me he dirigido consternado hacia la mujer:

—No están los registros de los años cuarenta…

Ella se ha encogido de hombros:

—Esto es todo lo que hay.

—¿Y si los ha cogido alguien y están en otro sitio…? —le he sugerido.

—Podría ser… Pero hace años. Ahora nadie coge nada de aquí,

salvo el cura.

Ha dudado un momento antes de añadir:

—El secretario del ayuntamiento vino hace un tiempo y se llevó algunos libros diciendo que necesitaba contrastar unos datos con los que figuraban en el municipio.

—Y no los devolvió —he deducido.

—Sí que los devolvió. Pero después de mucho tiempo. Hubo que reclamárselos varias veces. Lo que no sé es qué se había llevado y qué entregó luego. Ese hombre ha hecho lo que ha querido con las cosas del pueblo.

La mujer ha trazado en el aire un gesto de reproche y ha seguido hablando:

—El cura se enfadó conmigo por habérselos dejado; y me dijo que nada podía salir de aquí sin su permiso. Y a los pocos días vino él acompañado por un hombre del archivo diocesano a llevarse los libros más antiguos. Ya ve usted…

—¿Y se llevaron el libro de enterramientos de esos años?

—No lo sé.

—¿Hay algún sitio en el cementerio donde pueda guardarse? ¿Una sala? ¿Algo? —he insistido con ansiedad.

—¡Qué va…! El cementerio no es más que cuatro tapias y las tumbas. Allí no hay nada.

Me he quedado confuso, sintiendo una mezcla de decepción y de enfado. ¿Cómo era posible que no hubiera ningún registro oficial de lo que se hizo con el cuerpo muerto de un joven al que encontraron en medio del campo? ¿Dónde estaban los libros de aquellos años? ¿Quién los había destruido? ¿Quién los había robado? ¿Y por qué?

Le he insistido tanto, que la señora Remedios me ha acompañado con la llave hasta el cementerio, para comprobar las inscripciones de las tumbas que figuran allí: los nombres, los parentescos, las fechas… cualquier indicio que me ayude a resolver lo que estoy buscando.

El cementerio está en las afueras del pueblo, en la ladera de una colina que mira hacia el poniente. En los atardeceres de Valdeálamos el sol crepuscular se hunde frente a aquella loma, proyectando sobre el sendero la sombra de la verja de hierro que cierra el camposanto y dejándolo todo envuelto en la negrura de la noche.

Cuando la señora Remedios ha abierto la cancela, ha resonado el golpe seco del resbalón metálico en la cerradura. Ha empujado el portón, que ha chirriado como un quejido del más allá en medio del silencio del mundo. Allí están los restos convertidos en tierra de aquellos que nos amaron tanto: los huesos de quienes hemos heredado todo lo que somos. Ellos nos dejaron sus casas, los campos arados, los árboles, los montes, los limpios amaneceres, los genes en la sangre.

Mientras pisaba la tierra abonada con sus cuerpos, sentía una extraña sensación. Todos aquellos que vivieron antes forman parte de nosotros. Ellos nos hicieron lo que somos. Y nosotros seguimos siendo algo de lo que fueron ellos.

Junto a la tapia del fondo he visto una tumba apartada de las demás. En la lápida de piedra están talladas solo unas iniciales, que pretenden ocultar la identidad del cuerpo que fue depositado allí. Remedios, de pie junto a mí, se ha inclinado un poco acercándose y me ha dicho en voz baja, como si me revelara un secreto:

—Es la tumba de doña Berta.

Bajo nuestros pies, la tierra aplastaba los esqueletos de las personas que habían vivido antes que nosotros. Con sus huesos quedaron enterrados sus sueños, todas sus emociones… y también sus secretos. ¿Quién puede saber todo lo que esconde un corazón humano?

Remedios me ha señalado la pared opuesta, en donde están alineadas las tres tumbas. Me he acercado y he permanecido en silencio. La de ella está en medio de los dos hombres a los que amó. Una mujer entre dos hombres. He apuntado en una libreta las fechas que figuran en las lápidas. He leído sus nombres en alto y mi voz ha sonado como si los estuviera llamando para el juicio final:

—Aurelio Martín Hervás. Delia Nogales García. Álvaro Martín Castro.

Ellos eran la causa de que yo estuviera allí, de pie sobre sus huesos convertidos en tierra. Yo soy gracias a ellos. Existo porque ellos han existido antes. He vuelto para encontrar a quienes me dieron los genes de su sangre. Pero allí, de pie ante ellos, tenía una pregunta que hacerles: quería saber por qué murió el Moreno. Y cómo lo mataron.

4 de diciembre

CUANDO PROPUSE HABLAR con el hacendado Rafael, todo fueron excusas. «Está enfermo», me dijeron. «No recibe visitas». «No lo va a reconocer». «No se acuerda de nada…». Pero yo no he creído esas disculpas, porque la realidad es que nadie quiere que se indague en un pasado que ha tratado de ocultar durante años. He cruzado la plaza y he bajado por la calle que lleva hasta su hacienda. Recuerdo que los días de lluvia ese camino formaba una torrentera, en la que confluían las aguas de la colina sobre la que se asienta el pueblo. El agua de la tormenta descendía por la pendiente de la calle, arrancaba la tierra y dejaba el suelo sembrado de piedras. He recorrido esa calle, que está ahora cubierta de hormigón y con alcantarillado.

El progreso del tiempo ha mejorado los paisajes cotidianos donde viví de niño. Las fachadas de las casas han perdido la cal que se desprendía a pedazos y dejan ver la piedra renovada con la que fueron construidas. El suelo no está sucio de barro, sino tachonado de adoquines. Ya no hay cuadrillas de segadores, ni mulos en las cuadras ni trillos en el corral. Una sola persona con una cosechadora realiza en una semana la labor que hacían en tres meses todos los habitantes de Valdeálamos trabajando como animales.

En la plaza he visto carteles pegados en las paredes que convocan a la gente a votar. Es la primera vez en la historia de España en la que el pueblo puede votar una Constitución. He leído esos carteles, que hablan de «votar en libertad», «contra nadie y a favor de todos». La califican como «la Constitución de la concordia», de «la reconciliación», de «la transición a la democracia»,

e invitan a «construir el futuro entre todos». Cuando murió Franco, se disolvieron las Cortes de la dictadura y se proclamó a Juan Carlos como rey de España. Al año siguiente se nombró a Adolfo Suárez presidente del Gobierno y se puso en marcha la reforma política. En unos meses se legalizaron los partidos políticos y se convocaron elecciones generales. El día 6 se va a votar una Constitución por primera vez en la historia de España. Si Delia pudiera recorrer estas calles, las miraría incrédula, con la sensación de haber aparecido en un mundo que no había podido imaginar.

Al llegar a la casa en la que vive el hacendado Rafael, me he detenido frente a la fachada. Me he propuesto hablar con él como testigo vivo de aquel tiempo, para aclarar algunas sospechas; pero he encontrado todas las ventanas cerradas y los ventanillos entornados. El edificio, con las sombras de la tarde, parecía una casa deshabitada. Me he acercado a la puerta. No tenía timbre, sino un antiguo picaporte de hierro. He golpeado la aldaba. He esperado un rato, pero no ha respondido nadie. He vuelto a golpearla con más fuerza varias veces. Luego me he apartado andando hacia atrás, con la cabeza levantada para ver si alguien aparecía detrás de alguno de los cristales.

Al cabo de un rato he oído el roce de la cerradura, se ha abierto la puerta y una mujer mayor, con el pelo blanco, se ha quedado quieta bajo el dintel mirándome extrañada.

—Busco a don Rafael —le he dicho—. No sé si me recordará…

La mujer ha permanecido inmóvil, cerrándome el paso.

—Ya le dije que no recibe visitas.

—Será solo un momento. Es importante para mí —le he suplicado—. Déjeme hablar un rato con él y no volveré a molestarlos más.

Ha dudado un instante, antes de apartarse a un lado para dejarme entrar.

—Solo unos minutos —ha remarcado—. Lo dejo pasar porque ahora está tranquilo.

Al cerrar la puerta, se ha quedado el portal en penumbra. Ella se ha dirigido a las escaleras, y yo la he seguido. Cuando murió doña

Berta, ella cuidó como nodriza al último hijo del matrimonio, que ahora vive en Madrid. Todo este tiempo desde entonces, Trini ha estado al cuidado de la casa. Ha subido las escaleras despacio, apoyando la mano en la pared. Al llegar arriba se ha detenido un momento, ha tomado aire y ha seguido andando por el pasillo.

—A lo mejor se ha dormido —me ha advertido antes de abrir la puerta.

Ha girado el pomo y ha abierto lentamente. Un brillo de luz ha iluminado con una ráfaga aquel oscuro pasillo y ella me ha indicado que entrara. Al fondo de la habitación, junto a la ventana, estaba colocada una mesa camilla redonda. El hombre estaba sentado junto a ella en un viejo sillón con orejas, dispuesto de forma oblicua hacia la ventana. Tenía las piernas tapadas con una manta de cuadros sobre la que reposaba las manos, una encima de la otra. No se ha inmutado cuando hemos entrado; no ha girado la cabeza; no nos ha mirado; no ha dicho nada. Me ha impresionado verlo así, porque yo recordaba la imagen autoritaria de don Rafael: un hombre fuerte, recio y arrogante, al que hacía muchos años que no había vuelto a ver. Ahora era un anciano encogido y paralizado. Ella se ha acercado y le ha comentado, levantando la voz para que pudiera oírlo:

—¿Se acuerda de él? Es Luis. Y ha venido a verle.

Ha vuelto el rostro y nos ha mirado de una manera inexpresiva. En su gesto no había asombro. Ni entusiasmo. Ni comprensión. Solo una mirada vacía. Tenía la piel surcada de arrugas: arrugas profundas en la frente y en los párpados; arrugas que le nacían en los ojos y le cruzaban la cara; arrugas junto a la nariz y en la barbilla; arrugas que le había esculpido el tiempo y el aire seco de Valdeálamos.

—Es Luis —ha vuelto a repetirle—. Su nieto.

Él ha balanceado la cabeza levemente, sin comprender nada.

—¡Luis! —le ha repetido otra vez, mientras me señalaba.

Y él ha girado despacio la cabeza.

—Tú no tienes la culpa de que todo esté abandonado —ha pronunciado en voz tan baja que casi resultaba imperceptible.

—Que usted no tiene la culpa —me ha repetido la mujer.

—¿A qué se refiere? —le he preguntado.

Se ha encogido de hombros.

—Vaya usted a saber… Este hombre tiene la cabeza en cualquier cosa.

Don Rafael seguía en la misma postura en la que estaba cuando entré: con las manos cruzadas encima de la manta que le tapaba las piernas. Me he fijado que las venas trazaban infinitos afluentes en sus manos esqueléticas. Estaba encogido, con la espalda arqueada, hasta que ha levantado la cabeza y ha abierto los ojos con la mirada perdida, se ha girado lentamente hacia mí y, al verme, ha parecido reconocerme:

—Pero tienes que aprender a cuidar la hacienda —ha comentado.

He asentido, curvando los labios para forzar una leve sonrisa, sin saber por qué decía aquello.

—Tú, Lorenzo, eres un ingenuo. Tienes que tener cuidado. Esos son una familia de ladrones y te lo quitarán todo.

—Lo ha confundido con su hijo Lorenzo —me ha dicho Trini —, el que murió en la guerra.

Y dirigiéndose a él le ha repetido elevando la voz:

—¡Qué es Luis…!

El anciano me ha mirado inexpresivo, con el rostro acartonado. Me habían advertido que su mente estaba perdida en un laberinto. Y ahí lo tenía: extraviado en escenas que permanecían aún enquistadas en su memoria, hasta que todo se esfumara para siempre en su cerebro. Ha hablado de nuevo:

—Antonio es el que nos ha robado el trigo. Dice que no, pero miente: él lo ha robado.

Ha callado un momento. Ha vuelto la cara hacia la ventana. Se ha quedado ensimismado otra vez y en voz baja ha pronunciado para sí mismo:

—Ya lo pagará…

—¿A qué se refiere? —le he preguntado a la mujer.

—¿No se acuerda usted de aquello?

—Qué me voy a acordar… Si yo era un niño…

—Fue durante la cosecha. ¿Cómo no lo va a saber? ¿No se acuerda cómo se trabajaba entonces en el campo?

—Claro que me acuerdo. De eso, sí.

—Los segadores iban andando hasta las sementeras antes del amanecer. ¡Qué tiempos…! Y allí estaban todo el día, al sol, cortando a mano las espigas con hoces, encorvados sobre la tierra durante horas. Hay que ver…

Yo necesitaba ganarme la confianza de ambos. Había ido allí buscando respuestas a lo que había sucedido entonces. Y esperaba que la memoria errática de don Rafael se instalara en ese tiempo, para preguntarle lo que necesitaba oír de sus propios labios. Ajena a todo ello, la señora Trini ha seguido evocando escenas de aquel tiempo:

—Los haces segados se acarreaban hasta las eras en carros de madera tirados por mulos. Allí fue donde ocurrió aquel suceso que encendió los rencores entre sus dos familias, entre don Rafael y Antonio. ¡Cómo no va a acordarse usted…! Si lo supo todo el pueblo…

—Pues no me acuerdo —he insistido; y ella se ha sentido obligada a explicármelo.

—Cada día se extendían haces en el suelo, formando un círculo. Un par de mulos arrastraba un trillo durante todo el día por encima del cereal, hasta que al atardecer quedaban las espigas desgranadas y la paja cortada en trozos pequeños. Y lo que se había trillado se amontonaba formando una parva, ¿no se acuerda?

En mi memoria ha surgido en ese momento la imagen de las eras llenas de conos, que se iban agrandando día a día. Don Rafael levantaba parvas de cereal que eran como las pirámides de los faraones; los más humildes amontonaban pequeños montículos que sobresalían en las eras como los senos virginales de una adolescente.

—Cuando se terminaban de trillar todos los haces de espigas, se beldaba la mies —me ha explicado la mujer—. Se lanzaba hacia arriba con horcas, para que los granos de trigo cayeran al suelo, mientras el aire arrastraba la paja a otro montón. Y hasta que no se había cribado todo el trigo, se dejaba allí amontonado, en la era. Y,

claro, quedaba expuesto por la noche a que cualquiera pudiera robarlo.

El anciano Rafael en ese momento ha vuelto la cabeza hacia mí y se ha quedado mirándome fijamente como si quisiera reconocerme:

—Nos la ha jugado bien… —ha dicho de pronto, y se ha quedado ensimismado como antes, vuelto hacia la ventana.

He mirado con tristeza a aquel anciano, al que mi madre me prohibía que me acercase. Lo recordaba como un hombre altanero y engreído, y ahora estaba inválido, arrugado sobre la silla, con la voz débil y la memoria extraviada.

En la habitación entraba la luz tamizada del atardecer y rebotaba en los muebles envejecidos. Eran antiguos: los mismos que habían estado allí durante toda la vida. Le he mirado con pena al anciano Rafael, mientras me preguntaba por qué nacen las rencillas entre los hombres. Por qué se distancian las familias. Cómo puede ser que alguien mate a otro sin piedad. Me he dirigido a la mujer:

—Don Rafael era el veedor, el encargado de pasar los datos de las cosechas; ¿sabe si denunció por estraperlo a Antonio y al Moreno?

—¿Qué insinúa? —me ha reprochado.

—Se dijeron cosas…

—Venga, hombre… No se crea todo lo que se dice. ¿O es que no sabe cómo acabó?

Me he quedado en silencio, esperando a que me lo contara.

—Don Rafael sabía que la gente ocultaba parte de la cosecha a los de Abastos, pero miraba hacia otro lado —ha añadido la mujer.

—Pero él hacía lo mismo —lo he acusado—. Y sin embargo, a Antonio lo denunció.

Me he puesto frente al rostro de aquel hombre anciano. Su cerebro era como un aparato averiado que sufría de vez en cuando cortocircuitos. Elevando la voz, le he preguntado:

—¿Por qué denunció a Antonio?

—¿Yo? —Me ha mirado sorprendido—. Yo no he denunciado a nadie.

—Antonio hizo dinero aquellos años —ha intervenido la mujer —. Compraba en el mercado negro y lo vendía diez veces más caro de lo que le había costado a él. Se aprovechaba de la necesidad. En fin, ya sabe… Así es la vida.

He tardado muchos años en saber realmente a qué se dedicaba mi abuelo Antonio. Todas las personas ocultan algo. Y eso, sin embargo, nos protege. Si conociéramos los oscuros deseos que albergan las personas, quizá la convivencia sería insoportable. Yo no sabía a qué se dedicaba mi abuelo Antonio desde los años de la guerra en los que ni siquiera había nacido. Y eso preservaba mi inocencia.

—Tú eres muy blando, Lorenzo —me ha dicho Rafael, con la misma cara que mantenía en todo momento, como si fuera incapaz de mostrar emoción alguna.

—¡Que no es Lorenzo! —ha intervenido entonces la mujer, dirigiéndose a él con una voz fuerte para que pudiera oírla—. ¡Qué es Luis, que ha venido a verle!

Pero él ha seguido hablando sin enterarse:

—Tú eres blando. Y te lo quitarán todo. Y nos quedaremos sin hacienda.

—¡Que no es Lorenzo! —le ha repetido.

La mujer se ha vuelto hacia mí, ha encogido los hombros con resignación y me ha comentado en voz baja:

—Lo ha confundido a usted con el hijo que iba a heredar la hacienda. Con Lorenzo, al que mataron en Brunete. Siempre le pasa igual.

—No se preocupe —la he tranquilizado.

—¡Qué obsesión tiene este hombre con su hacienda! Luego no se acuerda de nada de lo que ha pasado. Cuando usted se marche, no sabrá ni que ha estado aquí.

La mujer ha extendido los brazos, en un gesto de impotencia, y ha añadido:

—Pero lo de antes lo recuerda todo. Lo que son las cosas… Hace tanto tiempo que pasó, y es como si él estuviera viviendo en aquellos años.

Rafael ha mirado a la mujer con el mismo gesto inexpresivo de antes. Yo quería que siguiera hablando de aquel tiempo. Necesitaba incitar sus recuerdos.

—Si Antonio sigue con el estraperlo, lo denunciará —le he comentado, intentando activar la memoria desfasada del anciano.

—Faltaría más… Se lo he dicho bien claro: si te veo llevar a moler trigo para el mercado negro, te denuncio… Y te vas a la ruina. Y a la cárcel.

—Por eso al Moreno le ha ocurrido lo que le ha ocurrido… —he añadido, tratando de despertarle la memoria.

Él ha callado y ha mirado hacia la ventana, desde la que podía verse el camino de las huertas. He insistido:

—El Moreno volvía al mediodía por la senda que se ve desde aquí. Solo. A la hora de más calor…

—Con el sol de agosto cayendo a plomo —ha evocado él inmediatamente—. ¿A quién se le ocurre…? Y a plena luz del día, que podía verlo cualquiera… Hay que ser tonto…

—Desde aquí se le ve entre los matorrales —he añadido para estimular los recuerdos del anciano—. Lleva un saco de harina a la espalda.

—Sí, hijo, sí, con un saco de harina a la espalda que pesa más que él.

—Lleva un saco de harina para venderla en el mercado negro; y eso usted no debe permitirlo.

—¡No! ¡Nunca! Nadie se burla de mí de esa manera. Por eso he bajado las escaleras corriendo en cuanto lo he visto. «Os he pillado», le he dicho. «Y esa es la prueba que os arruinará la vida… Deja ahí ese saco».

—¿Y él qué ha hecho?

—Ni me ha mirado, el muy cabrón… Iba asfixiado, que casi no podía andar… Y ha seguido sin detenerse, tratando de dejarme atrás.

—Y usted ha ido tras él.

—Lo he agarrado del hombro para que se parara. «Os denunciaré a los dos», le he advertido. «Os tengo cogidos por los

huevos».

—¿Y le ha hecho caso?

—¡Qué va…! He tenido que ponerme delante de él, para detenerlo.

—Y habéis peleado.

—¿Pelear? ¿Ese? No tiene agallas…

Esa era la actitud despectiva que él tuvo siempre. Así lo recordaba yo: chulesco y airado. He insistido:

—Ha tenido que golpearle…

—Lo he empujado para que se detuviera.

—Y él ha respondido.

—¿Responder? ¿Ese delgaducho? Vamos, hombre… Al primer golpe se ha caído en el ribazo y ha soltado el saco. «Sois unos ladrones», le he dicho yendo a por él. Le he agarrado por el cuello y le he tirado al suelo. «¡Ladrones, que sois unos ladrones!». Y él braceaba como un escarabajo… Quería darme puñetazos en la cara… Y yo le he sacudido la cabeza contra el suelo. Hasta que he visto que estaba sangrando…

Trini me ha mirado con cara de asombro.

—Nunca había hablado de esto —ha dicho—. Pero no le haga caso. No sabe lo que dice. Lo mismo dice hoy una cosa y mañana otra.

Unos minutos antes, mientras seguía a aquella mujer por el pasillo en penumbra para encontrarme con don Rafael, había tenido la impresión de estar transitando por un túnel del tiempo en busca de un pasado que ya solo existía en la memoria confusa de aquel hombre. Ningún otro había vivido aquellos sucesos que yo estaba indagando. Todos habían muerto ya. El recuerdo de lo que ocurrió estaba solo en la memoria extraviada de un anciano.

—A mí también me confunde a veces —ha dicho Trini—. Me llama Berta: cree que soy su mujer, ya ve usted…

Él ha girado la cabeza hacia la ventana y se ha quedado en la misma posición que tenía cuando llegué. Con la mirada perdida, ensimismado, como si nosotros no estuviéramos allí. La mujer le ha agarrado las manos cariñosamente y le ha cambiado los brazos de

posición, dejando las palmas paralelas, una encima de cada rodilla.

—A veces voy un rato a la cocina o a la habitación. Da igual que tarde en volver diez minutos, una hora o dos; vuelvo, y me lo encuentro igual que lo he dejado. Ni se mueve. Ni parpadea siquiera.

He mirado el rostro de ese hombre, que parece un cuero viejo lleno de pliegues. No me ha producido rabia su confesión. Aquel día cambió el destino de Delia, mi madre, pero en la persona que lo provocó ya solo veo los destrozos que produce el paso del tiempo.

—No le hable más de Antonio, ni del estraperlo —me ha pedido la mujer—. No le hable del Moreno. Porque llega un momento que estalla y se vuelve agresivo. Háblele del campo. Y de su caballo. Eso es lo que más le gusta.

He vuelto a mirar al anciano con inquietud. Seguía igual que cuando entré en la habitación, en la misma postura, con el mismo gesto: encorvado, perdido, aislado del mundo. No podía irme sin hacerle las dos preguntas que llevaba en la cabeza desde que llamé al picaporte de aquella casa. Me he acercado a su oído y le he dicho:

—¿Estaba Álvaro con usted cuando golpeó al Moreno?

La mujer me ha agarrado inmediatamente del brazo y me ha zarandeado nerviosa:

—¡¿Qué hace?! —me ha recriminado—. ¡No le mencione el nombre de Álvaro! Le saca de sus casillas. Se pone nervioso. ¡Y agresivo!

He vuelto la cabeza hacia la mujer, desconcertado por su nerviosismo. Apenas he podido mirarla, porque él ha alargado también hacia mí su mano temblorosa, mientras gritaba:

—¡No nombres a ese mal hijo delante de mí! ¡Nunca! ¡Ni se te ocurra! ¡Para mí es como si no existiera!

Tenía de repente la cara descompuesta y el rostro rojo de ira. Le temblaba todo el cuerpo de furia. Se ha puesto a gritar:

—¡Ha manchado a la familia! ¡Y ha echado a perder la hacienda! ¡Eso no se lo perdonaré nunca!

Me ha mirado con ojos desorbitados, como si me viera entonces por primera vez.

—¿Y tú a qué has venido ahora?

Ha comenzado a toser. Se ahogaba.

—Váyase, váyase… —me ha rogado la mujer con un tono imperioso y lleno de angustia.

—Pero tengo que hacerle otra pregunta —le he dicho—. Es sobre la muerte del Moreno…

—Hoy no, hoy no… ¡Qué desastre! Hay que conseguir que se calme. Buena la ha hecho usted… Váyase cuanto antes, por favor.

Me ha agarrado del brazo y ha tirado de mí para que me levantase. Me he puesto de pie desconcertado. Don Rafael seguía farfullando palabras ininteligibles, fuera de sí, tembloroso, desquiciado. Manoteaba levantando los brazos enclenques y no dejaba que la mujer se acercara a él para tranquilizarlo y que no se cayese de la silla.

Me he detenido en la puerta, con la esperanza de que volviera la calma a la mente extraviada de aquel anciano. No quería marcharme aún: necesitaba preguntarle por la relación entre Álvaro y el Moreno. Los celos. La envidia. Y Delia, en medio de los dos. La mujer ha percibido mis dudas. El anciano tenía el rostro congestionado por la cólera. Estaba desencajado y solo pronunciaba improperios. He visto la mirada suplicante de ella:

—Váyase, por favor… —me ha pedido—. Aquellos fueron malos tiempos para todos.

5 de diciembre

HE IDO AL COLMENAR a primera hora de la mañana, pensando en ella. En el horizonte había una bruma rosácea alrededor del sol, que daba calor al campo dormido en estos días del otoño. Al acercarme al muro de piedra he recordado el zumbido de mil alas batiendo simultáneamente. He abierto la puerta de madera que da acceso al recinto cercado con un muro de piedras y, al atravesar el umbral y cruzar la luz amarilla de la bruma de la mañana, me ha parecido como si hubiera entrado en un territorio mágico. Nada más atravesarlo, he escuchado el zumbido que sonaba como el arrullo de las madres que velan el sueño de los niños pequeños.

Detrás de los corchos que forman cada colmena hay una familia de abejas. Todas se cuidan, porque se reconocen. Una abeja huérfana está desprotegida. Eso es lo que me explicó Delia, mi madre. Y que entre las personas ocurre lo mismo. Que la orfandad es compañera del desvalimiento. «Y eso no lo quise para ti», me dijo.

Durante años he recordado la imagen de un niño montado en un caballo blanco, en el cuento que me contó tantas veces. «Si alguna vez llama a tu puerta, ábrela, porque busca a su padre y está solo». De pequeño, cuando oía las herraduras de un caballo en la calle, me asomaba corriendo a la ventana, esperando que fuera ese. Han tenido que pasar muchos años para oír el eco de aquel caballo cano y, al verme asomado a la ventana con la nariz pegada al cristal y con los ojos muy abiertos de asombro, he reconocido a ese niño que busca a su padre del que tantas veces me hablaba ella. Porque me he dado cuenta de que ese niño era yo.

Sentado sobre la roca, contemplando la ladera, los matorrales, el muro de piedra, el vuelo tenaz de las abejas, he aspirado el aroma del romero que crece en el colmenar. Su fragancia me ha traído a la memoria el encargo que un día me hizo mi madre. Alrededor de la tumba del Moreno crecen las matas que ella plantó. Todos los años, en el mes de noviembre, el día de difuntos la acompañaba y clavábamos algún tallo nuevo en la tierra, que florecía en la primavera siguiente. «Vendrán las abejas a posarse en estas hojas, libarán el néctar de las flores y le harán compañía al hombre que reposa bajo esta tierra», me decía. «Acuérdate de él siempre que huelas la flor del romero. No lo olvides nunca».

He recordado al Moreno en la ladera del colmenar, iluminada por el sol tibio de la mañana. Las abejas rebuscaban entre las flores. Acariciaban con la levedad de sus patas los pétalos, los estambres, los pistilos, los ovarios que ellas mismas iban a fecundar. Si no existieran las abejas, las plantas no podrían reproducirse; y sin plantas, pronto se acabaría la vida.

He pensado en el amor entre mi madre y el Moreno. ¿Puede sobrevivir el amor más allá de la muerte? En cada colonia de abejas la misión de la abeja madre es hacer que esta sobreviva. Por eso las abejas simbolizan la capacidad de renovarse permanentemente, la inmortalidad. La miel es un conjuro de eternidad. Los egipcios embalsamaban los cadáveres con miel. Los cristianos dibujaban abejas en las catacumbas para acordarse en su sufrimiento de la vida eterna. Pero el ser humano es frágil y su vida pasa como un suspiro. Eso fue la vida de los dos en la tierra, del Moreno y de Delia: apenas un parpadeo.

Álvaro jamás participó en las labores del colmenar, porque lo consideraba un vestigio de la vida de Delia cuando ella amaba a otro hombre. Contemplando la ladera, me he preguntado si aquel disparo el día que estaba con los cazadores fue un accidente o indicaba hasta dónde estaba dispuesto a llegar Álvaro por mantenerla a su lado.

Álvaro era un hombre decidido y no se arredraba ante nada. Si quería algo, lo perseguía hasta el final. Hasta conseguirlo. Se

enfrentó a su padre por ella. Renunció a la hacienda. Y no le importaron las habladurías de todo el pueblo por la boda. ¿De qué habría sido capaz por tenerla? ¿Estaría dispuesto a llegar hasta el crimen?

Durante años han anidado estos recelos en mi cabeza. Y ahora, sentado en el colmenar donde disparó el cartucho que llenó de perdigones la pierna de Floren, he vuelto a plantearme la misma pregunta: ¿qué habría sido capaz de hacer para tenerla cuando ella era la mujer de otro hombre? La mujer de otro para siempre. Hasta que este murió; y él la hizo suya.

Ha empezado a oscurecerse el cielo de nubes y me he levantado para salir del recinto del colmenar antes de que empiece a llover. Hace años había un pequeño cobertizo construido con unos postes de madera sobre los que se sostenía una cubierta de cañas. Servía para protegerse del sol y de la lluvia, pero ahora la techumbre está rota y no me va a servir de refugio.

Mientras voy por el camino hacia el pueblo, pienso que el pasado está hecho de silencios. Hay silencios que buscan protegernos, porque aquello que se desconoce no hiere: la ignorancia evita el sufrimiento. Pero hay otros silencios que son encubridores. La muerte del Moreno se cubrió con un manto de silencio que ahora estoy obligado a retirar. Aunque me duela.

He llegado hasta el almacén donde se guardaba la miel cada año. En este lugar se abrazaron por primera vez Delia y el Moreno. Las paredes aún conservan el aroma dulce de las colmenas. He aspirado con fuerza y he sentido el aire que me llegaba hasta los bronquios como un bálsamo, igual que cuando era niño.

«La miel lo cura todo», me decía ella en los días de la infancia. Cuando yo tenía los labios resecos, ella metía el dedo en el bote de miel, arrastraba un poco y lo esparcía por los labios, dejando una capa suave y finísima que cerraba las grietas y curaba la sequedad de la piel. Si tenía catarro, me hacía beber un vaso de leche bien caliente con una cucharada de miel. Si me picaba la garganta, me

hacía chupar la miel cruda apelmazada en una cuchara. Si tosía, me daba una infusión de tomillo, miel y limón. Cuando el asma no me dejaba respirar, me ponía en el pecho una cataplasma de miel y cebolla cada noche. La miel todo lo curaba.

Pero con el tiempo aprendí que hay cosas que no se pueden curar, por mucho que nos empeñemos. Llevamos la vida en la mano encerrada en un vasito de cristal y, al primer tropiezo, se nos rompe en mil pedazos al chocar contra las piedras del camino. Así se quedó un día sin vida el cuerpo del Moreno sobre un camino de polvo y de piedras.

Estoy en el lugar donde comenzaron a quererse ella y el Moreno. Aún queda alguna tina de barro junto a la pared; y el viejo ahumador en el que se quemaba la paja mojada para calmar a las abejas con el humo durante la recogida de la miel; y dos máscaras de alambre que están colgadas de unos clavos en las vigas de madera, como dos fantasmas sin rostro. Al ver esas caretas he recordado su cara tras los alambres, con sus ojos sonrientes que me animaban a que descubriese el mundo sin miedo. Aquí se dieron los primeros abrazos, los primeros besos… Y aquí fue donde un día decidieron que querían casarse, tener hijos y construir una casa.

El nacimiento es un azar curioso. He trancado la puerta del almacén y he subido por una de las calles en cuesta de Valdeálamos hasta la casa en la que vivieron Delia y el Moreno. Me he detenido frente a la fachada. Nadie vive ya en ella. Me he quedado mirando las dos ventanas del piso superior. Desde la calle se puede ver un visillo alegre de color azul, que asoma por la parte inferior del cristal en una de ellas. Aquella habitación fue el dormitorio que ocuparon después de su boda.

Una de las últimas tardes que subí con mi madre la colina en la que está construido Valdeálamos, cuando ella sabía ya que la enfermedad se había instalado en su cuerpo, me miró muy seria y me dijo: «Tú no naciste en sábanas de seda, sino en un colchón de paja. Como los hijos de los segadores». Eso me dijo; o eso es lo que

yo he recordado toda la vida. El significado de esas palabras tardé tiempo en entenderlo. ¿De qué somos consecuencia? ¿De una pasión? ¿De la entrega temblorosa entre dos personas? ¿De qué amor nacemos?

Me he dado cuenta de que no buscamos a los demás en el pasado, sino a nosotros mismos. Las huellas de quienes nos precedieron son nuestra prehistoria. Porque de ellos lo heredamos todo: la mirada, el miedo, la voz, el color de los ojos, los deseos. Nos buscamos en ellos para reconocernos. Indagamos en sus miedos para saber por qué nos asustamos nosotros. Queremos saber sus pasiones, para controlar las nuestras. Conocer su vida, para explicar lo que nosotros estamos viviendo. Saber qué fueron ellos, para entender cómo hemos llegado a ser nosotros lo que somos.

«Tú naciste sobre un colchón de paja…». Recuerdo la mañana que el abuelo Antonio me llevó al corral de las ovejas. Abrió la puerta y se dirigió a una de las corralizas, separada de las demás por una valla de tablones. Dentro había una oveja tumbada sobre la paja, que baló nada más vernos. Me dijo: «Quédate ahí, detrás de la valla, y fíjate bien». Me asomé por encima de uno de los tablones. Antonio la acarició el lomo, mientras le decía con voz sosegada: «Tranquila, tranquila. Todo irá bien». Y cuando al rato le escuché decir: «Ya está aquí, ya está, ya pasó todo», me subí a la valla de madera, asomé la cabeza por encima de los tablones que formaban la corraliza y vi un corderillo sobre la paja, que intentaba ponerse de pie. La oveja lo lamía maternalmente y le limpiaba la piel mojada. Le pasaba la lengua una y otra vez por el cuerpo, y los hilillos de lana se le quedaban ordenados como cuando mi madre me peinaba antes de ir a la escuela.

El amor es un imán misterioso. ¿Qué atracción fue la que hizo que yo naciera? Estoy ante la casa en la que vivían Delia y el Moreno. Allí le ardió la cara a ella de una forma especial. El tacto de la piel, las piernas entrelazadas, dos bocas juntas. Esa noche tardó en amanecer. Luego cantaron los gallos. Comenzó a sonar el zureo de las abejas alrededor de la miel. Y yo era ya una vida minúscula. El amor es una atracción más poderosa que el imán.

6 de diciembre de 1978

EL CAJÓN DE LA MESA DEL DESPACHO está cerrado con llave; la he buscado, pero no aparece en ningún lugar. He empujado el tirador varias veces; he zarandeado el mueble tratando de desencajarlo; pero todo ha sido inútil. Solo ese cajón está trancado, entre todos los muebles de la casa; y la llave se ha perdido. O alguien la ha ocultado intencionadamente.

He recorrido despacio con la mirada la disposición de este cuarto que Álvaro usaba como sala de consulta: los muebles, la camilla, los utensilios médicos. ¿Dónde pudo guardar los documentos de su vida, él que era siempre tan ordenado? He recordado el día que vi aquel lugar por primera vez, escondido detrás de las piernas de mi madre. Está todo igual que entonces: la mesa de despacho, la silla en la que se sentaban los enfermos para explicarle los síntomas de sus dolencias y la vieja camilla pegada a la pared, cubierta con una sábana blanca. En el rincón sigue estando aquel esqueleto que llenó de pavor mi mente infantil. A su lado hay unas estanterías metálicas, con pinzas, tijeras, pomadas para realizar curas, gasas, vendas, unos frascos de cristal y un fonendoscopio. Está ordenado, como si estuviera dispuesto para atender a cualquier enfermo que atravesara la puerta en ese momento. Álvaro era así: cuidadoso y metódico. El cuarto conserva el aire arcaico de una consulta en uso anclada en el pasado. En el perchero cuelga una bata blanca, que espera ahí como un fantasma a que alguien lo rescate. Cuando la he mirado, he presentido que en cualquier momento podía oír la voz de Álvaro, que entraba por la puerta y me

reprochaba que estuviera allí fisgándolo todo.

Los cajones de la mesa llegan hasta el suelo y tienen forma de archivadores. Sentado en la silla, he vuelto a tirar del agarradero metálico, pero tampoco esta vez se ha abierto, porque está trancado con llave. Me he levantado y he repasado cada una de las estanterías buscándola. He movido de un lado a otro utensilios médicos y frascos de medicinas, con la esperanza de que junto a alguno de ellos apareciese la llave. He mirado a uno y otro lado de la habitación, en busca de algún indicio que indicara dónde la guardaba: podía estar en una caja de madera con objetos personales o en un clavo colgado en la pared en forma de llavero. Pero allí no había nada de eso.

Me he vuelto a sentar. He apoyado las manos sobre el borde de la mesa, pensativo. Tendría que romper la cerradura con una ganzúa, con un destornillador o golpeando en ella con un punzón y un martillo. Entonces he sentido en la mano el reborde que sobresale del tablón horizontal de la mesa. Me he percatado de que no era una moldura decorativa. Lo he agarrado, he tirado de él y ha salido un cajón muy estrecho, en el que había solo material de escritorio: papeles en blanco, folios y cartulinas para escribir los tratamientos médicos. He movido las hojas envejecidas y allí, al fondo, han aparecido tres pequeñas llaves. Las he cogido con rapidez. He ido probando cada una de ellas en la cerradura. La primera ni siquiera entraba; la segunda tampoco era de allí; la tercera ha encajado en el orificio, la he girado y he oído cómo se desplazaba el resbalón en el interior de la madera.

He abierto el cajón expectante. Era el archivo que tenía Álvaro para guardar los historiales de los enfermos que atendía. En orden alfabético, estaban colgadas diferentes carpetas con los nombres de los pacientes. Las he ido pasando con rapidez, hasta llegar a una de ellas que tenía el nombre que yo iba buscando. Ahí estaba: el expediente de Aurelio Martín, al que todos en Valdeálamos conocían como el Moreno.

Con ansiedad he abierto la carpeta y he encontrado archivados papeles que prueban que el Moreno fue tratado por él cuando comenzó a trabajar como médico en Valdeálamos, inmediatamente

después de que terminara la Guerra Civil. Una de las hojas está fechada en mayo de 1939. Delia y Aurelio se habían casado hacía poco más de un año. Aurelio Martín había acudido al médico ese día con un ataque severo de asma bronquial. El parte médico diagnostica escuetamente «dislea paroxística», «opresión torácica», «hiperplasia del músculo liso», «pérdida de conciencia». En ese papel Álvaro le receta un tratamiento continuado de «atropina». Eso es todo lo que he podido entender.

En la carpeta he encontrado varias hojas que testimonian la enfermedad bronquial del Moreno: frecuentes revisiones, recaídas, petición al boticario de fármacos con los que calmar los ataques. He hojeado algunos de esos papeles con una vaga sensación de estar hurgando en un pasado oscuro.

Al pasar uno de ellos, ha aparecido una hoja rugosa, gris, en la que he leído con asombro: Certificado Médico de Defunción. Ese era el documento en el que «Álvaro Martín Castro, médico de Valdeálamos», certificaba la muerte de «Aurelio Martín, el día 2 de agosto de 1939, a las 16 horas».

He sacado el certificado de la carpeta y al tirar de él se ha desprendido una hoja que llevaba grapada. En la esquina superior del papel ha quedado la mancha de óxido de la grapa rota. He recuperado del archivo esa hoja suelta y he visto que era una nota informativa escrita con el papel de carboncillo con el que se hacían las copias en las viejas máquinas de escribir. Iba sellada por la Guardia Civil. Álvaro, como médico encargado de firmar el parte de defunción, había cogido una copia de ese informe para justificar los motivos de la muerte y la había adjuntado al certificado médico. El original no estaba en el ayuntamiento, pero ahí quedaba la copia que él había archivado de forma metódica.

Lo que sucedió aquel 2 de agosto, y que me desveló aquel escrito, había marcado mi vida para siempre. Y también la de ella. Cada

escena del pasado es una imagen aislada, que cobra significado cuando se encaja en el lugar del que alguna vez quedó desprendida. La vida es un relato en busca de sentido.

Esa nota era el informe de los controles que hacía la Guardia Civil en el monte, persiguiendo el estraperlo. Tengo ante mí ese escrito, ensuciado por el carboncillo que mancha de negro los pliegues del papel. Dice así:

PARTE DE VIGILANCIA del 2 de agosto de 1939

Por la noche, hacia la una de la madrugada, fue localizado un individuo en el monte de encinas, en el término que llaman El Cerro. Avistado el sujeto, se le ha perseguido, bajo la sospecha de llevar harina o algún otro producto de estraperlo. Se le ha dado el alto, pero ha huido y ha permanecido escondido en algún lugar durante toda la noche, sin que se le haya podido detener.

DENUNCIA: En el término municipal de Valdeálamos se practica el estraperlo y se llevan a moler cantidades de trigo no declaradas.

DILIGENCIAS: Se abren diligencias para identificar al susodicho. Se interrogará a Antonio Nogales y a Aurelio Martín, apodado el Moreno, sobre los que recaen sospechas de realizar esas actividades ilícitas aprovechando su condición de tenderos.

EL DENUNCIANTE: Abelardo Pinilla, cabo de la Guardia Civil.

No se acompaña ninguna diligencia que testimonie cuáles fueron las investigaciones que se realizaron después. En ese escrito solo se indica que el Moreno pudo haber salido esa noche al estraperlo. Unas horas más tarde lo encontraron muerto. ¿Por qué Álvaro incorporó ese documento a la certificación de su muerte? ¿Qué quería revelar con ello? ¿O qué es lo que ocultaba?

El pasado es un misterio. Desde el despacho, he levantado la vista hacia la ventana y he contemplado la fachada de piedra del edificio de enfrente. Más allá está la casa de don Rafael; y tras ella,

los huertos, el arroyo, los álamos; y más allá aún, el monte de encinas por el que se desplazaba sigilosa la sombra de un hombre con un saco de harina a la espalda para venderlo en el mercado negro.

Cuando lo encontraron desangrándose en el camino de las huertas, la culpa ocultó con un manto de silencio lo que había sucedido realmente. Antonio no podía promover una investigación sobre la muerte, que acabaría destapando su implicación en el estraperlo. Se exponía a una multa, a la ruina y tal vez a la cárcel. Don Rafael calló lo que había visto, llevó el saco a su corral y no denunció las trampas de Antonio en el mercado negro, porque podían implicarle en la investigación de un delito, que era un crimen: cómo había muerto el Moreno junto a su hacienda. Álvaro fue llamado como médico para que acudiera con urgencia a la casa de Antonio, pero al llegar se encontró al Moreno en la cama, que era ya un cadáver. Vio las heridas y que tenía varios golpes en la cabeza contra las rocas del suelo. Él era quien lo sabía todo y calló también.

Imagino a Álvaro aquellos días con la cabeza llena de dudas. ¿Qué debía hacer? ¿Denunciar a su padre por la muerte del Moreno? ¿Esconder su culpa? ¿Qué pruebas tenía él? ¿Un hombre denunciaba a su padre que lo había desheredado completamente? ¿Era solo una venganza? ¿Cómo se iba a interpretar su amistad con Delia y el tiempo que estaban juntos, si se investigaba que su marido había muerto asesinado? ¿Eso le acusaba a él? ¿Y qué iba a pensar ella desde entonces? ¿Qué podía hacer…? ¿Desatar una investigación? ¿Sembrar sospechas? ¿Inocular rencores? ¿Reabrir una guerra de odio entre familias? ¿Destrozarle a Delia la vida? ¿Renunciar al amor que él siempre había sentido por ella?

Cuando tuvo que redactar el certificado de defunción, escribió que la causa de la muerte había sido «desvanecimiento por insolación grave, lo que le produjo en la caída un golpe contundente en la región occipital, con herida abierta, hemorragia y muerte instantánea». Eso es lo que consta en el informe que tengo en las

manos.

Álvaro señaló el accidente como la causa del fallecimiento. Y así cerró el caso. Su silencio protegió a los demás de la venganza; pero eso le llevó a él a vivir toda su vida con un secreto.

Con el certificado de defunción en la mano, me he acercado a la ventana. El cielo está gris y el aire remueve a rachas las hojas secas que se arremolinan pegadas a las paredes. Al otro lado de los cristales el viento ha levantado de repente las hojas de los árboles, haciéndolas volar a espasmos, como si esas ráfagas de aire estuvieran removiendo un pasado que había permanecido oculto durante demasiado tiempo.

He vuelto al cajón archivador y he repasado los nombres de cada una de las carpetas que colgaban en él. En la que estaba rotulada la palabra «Certificados», uno de los papeles, amarilleado por el paso del tiempo, estaba encabezado con estas palabras: FE DE VIUDA.

D. Gerardo Castro Pbro, cura párroco de Valdeálamos,

CERTIFICO: Que D.ª Delia Nogales García, feligresa de esta parroquia, permanece en estado de viudez desde el 2 de agosto de mil novecientos treinta y nueve en que falleció su esposo Aurelio Martín, según consta en el libro de defunciones.

Y para los efectos oportunos libro la presente en Valdeálamos, a y de octubre de mil novecientos treinta y nueve.

Gerardo Castro, Pbro cura párroco.

Ese documento era imprescindible para que no hubiera ningún impedimento para celebrar la boda. Entonces yo era un pececito que nadaba en un mar cálido y acogedor. Y mi corazón, chiquitito como una cabeza de alfiler, latía ya en su vientre.

A veces me pregunto cuánto de azar o de providencia hay en

nuestras vidas.

Hay un recuerdo que durante muchos años he tenido en la memoria y que me ayudó a entender el origen que da sentido a todo. Estaba en el colmenar con mi madre, que había ido a reparar una colmena que se estaba muriendo. Ella tenía ya la enfermedad instalada en su cuerpo, pero yo entonces no lo sabía. Cuando acabó el trabajo, se sentó en una roca desde la que se podía contemplar el valle. «No tenían reina», me dijo. «La abeja reina es la madre de cada una de las abejas. ¿Y sabes lo que ocurre si en una colmena falta ella?». Me miró con los ojos grandes y negros, en los que yo veía reflejado el campo, el cielo azul, la tierra, las flores de romero. «Se sienten perdidas», me explicó. «Y acaban muriéndose…».

Me miró con los ojos cómplices que ponía cuando iba a decirme algo importante. «¿Tú sabes por qué les pasa eso a las abejas?». Negué con la cabeza, y ella añadió: «Porque se sienten huérfanas». Me agarró la cara suavemente con las dos manos y acercó su rostro al mío. «Tú nunca estarás huérfano». Yo en ese momento no podía comprender la ansiedad con la que mi madre decía esas palabras. «Lo que hice lo hice por ti. No olvides esto cuando oigas cosas que no te gusten. No lo olvides cuando hayas crecido y busques a tu padre».

Tardé algún tiempo en entender el sentido de aquellas palabras. La vida es un lugar curioso. «Tuve miedo», me confesó mi madre, aunque yo no alcanzara a entender entonces todo su significado. «Solo esa vez en mi vida he tenido miedo de verdad. Y fue por ti».

Acercó más su rostro al mío y rozó mi nariz con el dedo varias veces, como un gesto cariñoso. «¿Tú sabes lo que es el miedo?», me preguntó. Y yo balanceé la cabeza arriba y abajo, acordándome de la calavera que había en la consulta, de los perros de los cazadores ladrando con los dientes babeantes, de las sombras de animales que vigilaban la alacena de la cocina para que nadie robara los alimentos. «Tuve miedo por ti», añadió. «Miedo de que estuvieras solo».

Yo conocía el miedo que me producían los perros. Y las arañas.

Y la noche. Pero no sabía la existencia de otros miedos: el pánico de quien se sabe perseguido por llevar un saco de harina que le condenará a la cárcel. O la angustia de una madre cuando va a tener un hijo huérfano en un mundo que ha perdido la piedad. ¿Qué podía saber yo del miedo? La vida se le rompió en un instante y tuvo que recomponerla. «Necesitabas una familia y yo te la di», me dijo. El amor es un imán. Pero también es un refugio que nos cobija y nos protege.

He oído golpes en el cristal que sonaban como un tamborileo de pequeños proyectiles. Me he acercado a la ventana y he visto que ha empezado a llover sobre Valdeálamos. A través de los cristales he contemplado el mismo paisaje de lluvia de los años de mi infancia. La cortina de agua que se desplaza empujada por el viento humedece la tierra y la deja lista para que en ella puedan germinar las semillas. Así será este año. Como sucedió el anterior. Y hace cincuenta. Y el siglo pasado. Y siempre. Aun antes de que los hombres habitaran estos campos.

He cogido las carpetas del despacho en las que estaban anotadas las enfermedades, las miserias y los trastornos de tanta gente. Con ellas me he acercado a la chimenea de la sala, que servía para caldear un poco el ambiente gélido de aquellos rígidos inviernos de mi infancia. He encendido una cerilla y he prendido fuego a uno de los papeles. Cuando la llama se ha hecho más consistente, he ido quemando todos los historiales médicos de aquellas personas que habían muerto hacía años. Hay que respetar el silencio de los muertos, he pensado mientras veía ascender las llamas en la chimenea.

Contemplaba el chisporroteo amarillento del fuego y pensaba en las personas que acompañaron los años de mi niñez. Antonio y Amparo, a los pocos meses de morir Delia, se trasladaron a Aranda, donde abrieron un restaurante. Ahora, con más de ochenta años, regentan dos de los mejores asadores de Aranda de Duero y todavía controlan cada día el trabajo de los cocineros. Preparan un sabroso

cordero asado con sarmientos de vid, que acompañan con tortas de pan horneadas de la misma forma en que se hacían en las casas de Valdeálamos durante los años en los que yo era un niño.

El primo Juan se fue a trabajar a Bilbao. Se casó con una mujer de Baracaldo y tiene dos hijas. En Baracaldo alimenta cada día el fuego de los Altos Hornos que funden el hierro de las minas para abastecer de perfiles de acero a media Europa.

Las fincas del hacendado Rafael estuvieron unos años abandonadas y ahora las explota un agricultor que cultiva también las tierras de otros pequeños propietarios que emigraron a Burgos, a Sabadell o a Portugalete.

Cuando se ha consumido el fuego en la chimenea, he vuelto a mirar por la ventana. Al otro lado de los cristales, la lluvia otoñal sigue empapando la tierra. He cerrado la puerta de la sala, he salido al portal y desde allí he vuelto a aspirar el olor a membrillo que impregnaba la casa en los otoños de mi niñez. He salido a la calle y he trancado la puerta.

Me he dirigido hacia el coche, mientras llueve mansamente sobre Valdeálamos. Esa lluvia riega las tierras sembradas de cereal, empapa las colinas a lo lejos y fecunda las huertas, las orillas del río, los álamos y los montes de encinas que cierran el horizonte. Vuelvo a la ciudad donde vivo desde hace años. La memoria de la niñez que he recuperado durante estos días me ha animado a retornar a estos campos. Haré algún arreglo en la casa para convertirla en el refugio de mis días de invierno al calor de la chimenea. Cultivaré el huerto y el patio volverá a ser el lugar tranquilo que necesito para leer en las tardes de verano a la sombra de la higuera. Con los documentos que he encontrado y los recuerdos quiero escribir bajo sus ramas la historia de Delia, mi madre, la mujer que amaba a las abejas. El tiempo es una rueda que acaba llevándonos al punto donde comenzó todo. El pasado siempre estará con nosotros, porque forma parte de lo que somos.

Cuando he llegado con el coche al pie de la ladera del colmenar,

he visto desde la carretera las plantas de romero y he pensado en ella, Delia, una mujer valiente. Un rayo del crepúsculo se ha colado entre las nubes por un instante y ha teñido de color rojizo las tierras de la colina. Es el color de los tejados de Valdeálamos; del vino recién exprimido en los lagares; de la sangre de quienes vivieron antes para que yo naciera. He abierto la ventanilla y ha entrado el aroma del romero que crece en la ladera. He oído el zumbido de las abejas que aletean buscando el néctar con el que fabricar la miel. En las patas llevarán el polen para fecundarlas y hacer que nazcan nuevas plantas durante la primavera. Junto al colmenar crecen algunos almendros, que tienen ya en las ramas las yemas de las flores; al mirarlos, me he acordado de lo que ella me dijo viéndolos florecer en pleno invierno: «La vida es un continuo comenzar de nuevo, a pesar de lo que ocurra».



JOSÉ LUIS MARTÍN NOGALES (Burgos, España, 1965). Es doctor en Filología, profesor de Literatura y director de la UNED en Pamplona.

Es experto en literatura española contemporánea, campo en el que ha publicado varios ensayos académicos, entre ellos *Cincuenta años de novela española, Los cuentos de Ignacio Aldecoa*, y la antología *El cuento español*. 1975-1990, que fue editada en español, inglés y alemán.

Su primera novela, *La mujer de Roma* (2008), fue publicada en España, México e Italia. Ha publicado también *Herederos del paraíso* (2012) y *El faro de los acantilados* (2013).

Actualmente es director de la revista Lucanor y dirige el premio Mario Vargas Llosa NH de Relatos.